

08





V. h 12 h/5 - P. de Toca -

P. 13 h - Definición exacta de Costa -

COSTA Y EL REGENERACIONISMO

COSTA Y EL REGIMEN DE LA REGENERACION

R. 50.617



E. TIERNO GALVÁN

NT= 169.042

CB= 1180914

C O S T A

Y EL REGENERACIONISMO

*Nació en Francia en 1844 - Murió allí
en 1911 -*



EDITORIAL BARNÀ, S.A.

BARCELONA

© Copyright by
EDITORIAL BARNA, S. A.
1961



Depósito Legal B. 5524-1961

Número Registro 94-61

Impreso en GRAFCOLOR - La Barca, 8 - San Adrián de Besós

(c) Gobierno de Aragón

El Comité d'Ecrivains Européens, tuvo la gentileza de ayudarme, para que pudiera acabar este trabajo con algún sosiego. Cumplo, mínimamente, con la gratitud que debo a este Comité dedicándole el libro.

A los Señores Vicente Cervera, Antonio Menchaca, Fernando Morán, Raúl Morodo y Ramón Sáinz de Buruaga, debo también especial gratitud. A los primeros porque de una u otra forma han contribuido a mejorar este libro, al último por su inestimable ayuda en la consulta de periódicos locales de tiempos de Costa.



Don Joaquín Costa

EL ESPACIO HISTORICO-GENERACIONAL DE COSTA

EL krausismo en España tiene efectos muy diversos e, incluso, en ocasiones contradictorios. El contenido de la doctrina de Krause es tan difuso —en ocasiones hasta enigmático, como dice Juan López Morillas— que podía infiltrarse en las doctrinas defendidas por las actitudes contrarias al propio krausismo. No es fácil conjeturar cuál hubiera sido la suerte del krausismo en Francia, quizás la misma que en Alemania, pero se puede aceptar que en cualquier país en las condiciones de inferioridad en que estaba España, los resultados hubieran sido semejantes; la vaguedad teórica, el moralismo en la práctica y el sentido de lo concreto, habrían hecho de la doctrina un bien común más o menos compartido, del que sólo unos cuantos aparecían como titulares. En ocasiones se encuentran sorprendentes semejanzas en la concepción orgánica de la sociedad entre krausistas y tradicionalistas, otras la moral krausista se alía con el descreimiento religioso, vinculándose dos concepciones que parecen incompatibles.

La polivalencia del krausismo no tiene más límites que la idea y el sentimiento liberal de la tolerancia como base de la convivencia. El proceso del krausismo fue en desperdigamiento, llegó a desvanecerse por

asimilación a doctrinas dispares. La lectura del libro de D. Patricio Azcárate «Confesiones de un hijo del siglo», deja la impresión que desde sus comienzos el krausismo fue una actitud de protesta más que otra cosa. Según el tiempo pasa esta actitud de protesta se generaliza y el grupo de acusadores de la corrupción del período que llamamos Restauración, particularmente los acusadores que no participaron en funciones políticas de gobierno, es de un modo u otro, heredero del krausismo. El krausismo se fortalece en lo que inicialmente había sido, una «actitud» y lo mismo se encuentran vestigios de esta actitud, en una u otra tesitura, en Galdós que en Gomez Senador. Cabe incluso que admiradores de la dictadura como los que recogemos en este libro sean krausistas. Aún más, los perfiles imprecisos, cuando no desvanecidos, con los que configuran esta institución sus defensores post-krausistas se deben en gran parte al germen liberal de «armonía espontánea» introducido por el krausismo.

Es natural que según la teoría se difumina la actitud se fortalezca cuando la actitud es lo que importa. De aquí que dentro de la Institución Libre de Enseñanza y bajo la dirección de D. Francisco Giner, creciera el sentido práctico y operacional del krausismo y se produjera lo que D. Adolfo Posada llamó «krausismo positivo». Esta tendencia la que recoge Costa y algunos de los que le admiraron; la inclinación por lo concreto, la formación espiritual sobre un fundamento de ciencias naturales y métodos rigurosos. Basta ojear el Boletín de la Asociación para percatarse del predominio creciente, aunque paulatino, de temas estadísticos y científico-naturales. En el orden de las ideas la Institución se oponía al positivismo, en el orden de los hechos contribuyó a incrementar la actitud de protesta intelectual que tenía más tradición en el siglo.

Es difícil explicarse a Costa, la perplejidad de Costa y la imperfección de Costa, sin encuadrarle en esta situa-

ción de vaguedad ideológica y tendencia hacia lo concreto en que había acabado el krausismo. Parece aceptable la hipótesis de la influencia del proceso económico, en el sentido de vincular cada vez más a la concreción por el aumento del espíritu de conquista del mercado y de organización de la empresa. La protesta antirretoricista de Costa estaba muy generalizada y en su estilo es simplemente un precursor de la generación más joven de esteticistas. Machado, lo mismo que Baroja y Ortega, poseen un estilo que no es convencional, sino personalísimo y que está elaborado como un instrumento cuya organización permite un acceso propio y ventajoso al tema literario. Es la respuesta estética española a la maduración de la mentalidad burguesa en Europa y al desarrollo de la burguesía industrial en la península.

En Costa es simplemente un anticipo, y como después sostendré, la expresión menos auténtica de sí mismo. Azorín, que menciona con más frecuencia a Costa que los restantes coétanos ilustres, en un artículo titulado «Elegía a Costa» (Febrero de 1911); que puede leerse en el libro «Lecturas Españolas» resalta el aragonismo de Costa y lo vincula a su sentido de lo real y concreto; a la aversión a las soluciones abstractas y burocráticas. No obstante el realismo de Costa es, como el realismo de la mayoría de los escritores del 98, una referencia estilística o un modo elaborado de expresión, no una conexión auténtica con lo real. Por otra parte ésta no es una condición exclusiva de unos cuantos intelectuales; es una condición general de las regiones que inician un desarrollo económico por el cual las categorías morales quedan desplazadas de las relaciones efectivas de la vida pública.

Como en el transcurso de los capítulos que siguen veremos Costa dio contenido nacional a dos tópicos frequentísimos en su tiempo; la dictadura y la revolución. El proceso por el cual pretendió hacer de la dictadura una solución nacional, sin abjurar de sus principios de

tolerancia hacia las ideas y respeto a las actitudes de los demás, es en extremo curioso. La Dictadura para Costa no es la expresión de una ideología política, sino el resultado de las condiciones del país. España necesitaba, a su juicio, una dictadura ideológicamente neutral, que subordinase las ideas a la eficacia para salvar al país de la situación de catástrofe en la cual se encontraba. La expresión ideológica de la dictadura sería exclusivamente la «Nación», su historia y sus aspiraciones intra y extra nacionales. En este sentido creó y potenció, ambas cosas a la vez, una idea y sentimiento difusos de admiración por la dictadura totalitaria nacionalista. A esta tradición la llamamos en el presente libro *Costismo*.

La importancia del hecho *Costismo* es a mi juicio grande. Llegó por dos caminos claros a los fundamentos del movimiento del 18 de julio de 1936. Uno de ellos el grupo Jonsista de Valladolid cuya admiración por Costa, y el costismo, a través, particularmente de Macías Picavea, es conocida: Otro la admiración incondicionada del General Primo de Rivera y bastantes de sus adeptos hacia Costa, como después veremos.

Costa se ofrece a esta luz como un prefascista y la presencia del costismo y su significación, en cuanto síntoma de lo que ciertos sectores del país veían como salvación y engrandecimiento nacional, justifica la rapidez con que se construyó un andamiaje teórico de contenido español en el sector «fascista» de las fuerzas contendientes en la última guerra civil española. No es absolutamente exacto que el totalitarismo español fuera una imitación del italiano con ingredientes del nazismo alemán. Existía un prefascismo en España, impreciso, incluso contradictorio, que sirvió de fundamento para la teorización posterior de quienes buscaron justificar ideológicamente la guerra intestina española. La pormenorización de esta influencia exigiría un nuevo libro, que no es, sin duda, fácil de hacer.

Ahora, a cierta distancia histórica, comprendemos

que Costa se equivocó. El Parlamentarismo y el sistema de representación democrático son inherentes a la economía europea en su fase actual y la tesis de Costa de que España no es Europa y debe ser europeizada a través de instituciones propias históricamente justificadas, resulta falsa. El Parlamentarismo es la estructura política que se corresponde con el capitalismo moderno y en este sentido no tiene patria ni tolera, en ciertos niveles, exclusiones.

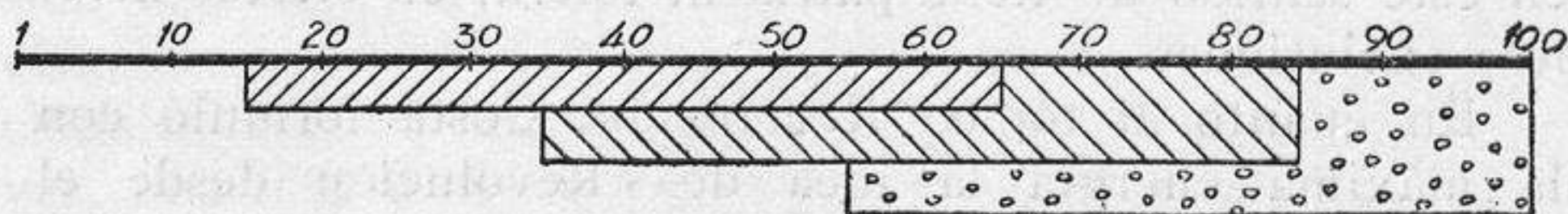
En cuanto al tópico *Revolución*, Costa formuló con la máxima energía la idea de «Revolución desde el poder» vinculándola al decisionismo dictatorial que defendió con tanta tenacidad.

El lector comprobará a lo largo de las páginas que siguen que Costa se esforzó en conciliar un espíritu tradicional, al cual estaba sinceramente vinculado, con una mentalidad científica, dominada por la eficacia, que negaba la utilidad de la historia nacional, rechazándola, incluso, por negativa. Esta contradicción es permanente

Creo oportuno explicar en este capítulo introductorio el alcance y significado de ciertas expresiones que emplearé con frecuencia en las páginas que siguen. Me refiero a las expresiones «espacio histórico generacional» y «grupo generacional». A mi juicio la división de las generaciones por fechas de nacimiento es un dato relativamente accesorio frente a la cultura objetiva de cada período histórico. Es un período de cien años, que por una u otra razón suele encerrar en el área de la cultura occidental un ciclo definido, conviven tres grupos generacionales en un espacio de unos cuarenta años. A este tiempo llamo espacio histórico generacional. Está definido por las mismas tensiones entre los contemporáneos convivientes, es decir, por la inexcusable referencia a actitudes e ideas, con frecuencia antagónicas, respecto de unos mismos modelos. Este espacio histórico generacional puede ser más o menos homogéneo según sus estructuras, y tener o no tener un grupo generacional que protagonice determinado cambio histórico. Al nivel

actual de la historiografía es fácil aplicar el criterio del espacio histórico generacional como expresión objetiva y en cierta manera cuantificable del hecho de que biológicamente sólo tres grupos generacionales pueden ser coactuales.

Gráficamente expuesta la idea es ésta, contando por décadas del 1 al 100:



Tomando como edad media convencional para el intelectual español durante el siglo XIX, los 70 años, resulta que una persona, cuya productividad intelectual de uno u otro carácter, incluido el recuerdo y el ejemplo anecdótico, dura desde los 20 a los 70, convive vitalmente treinta años productivos con los que han nacido 20 después que él y 10 con los postrimeros, es decir, respecto de los que han nacido 40 años después. La convivencia vital no es sino un ejemplo óptimo, en realidad se convive dentro de la coetaneidad científica o literaria aunque el autor de la obra científica o literaria haya muerto. El espacio histórico generacional, es realmente, el espacio de la coetaneidad intelectual de tres grupos generacionales.

Por otra parte, la cronología como determinante de la vinculación al grupo tiene un interés menor. Aunque no es éste el momento de desarrollar la idea adelantaré que los grupos generacionales se definen por el intermedio, es decir, por el de los que conviven 10 y 30 años respectivamente con los otros grupos y es el grupo intelectualmente piloto para estudiar un período histórico. La amplitud cronológica es, por consiguiente, mucha, pues deja un espacio de 20 años para la clasificación dentro del grupo.

Costa, pertenece al grupo intermedio entre los nacidos alrededor del año 20 y los nacidos en torno a 1875. Este grupo generacional intermedio vivirá dentro del

espacio histórico generacional común sin adaptarse del todo al incremento económico y transformación social que acompañó a la Restauración.

Insisto en que el esquema que propongo está especialmente referido al grupo intermedio. El sentido del tiempo convivencial cambia si se toma, por ejemplo, el grupo más joven, que convive vitalmente diez años con la generación descendente y tiene una perspectiva distinta a la de los otros grupos. La diferencia está en una u otra actitud o tema, pero no hay ninguna exigencia para que los más jóvenes sean los más modernos. La idea de modernidad hay que estudiarla en relación con las estructuras culturales que correspondan al espacio histórico generacional de que se trate.

De acuerdo con tal criterio, sostengo en este libro que Costa es, en determinados aspectos políticos, más moderno que el grupo generacional del 98. Como después veremos Costa defiende una actitud «científica» de concreción y apego a la estadística que no era frecuente en los teóricos políticos de su tiempo, y que es más moderna que las actitudes estético-políticas las de los intelectuales del grupo generacional más joven.

Creo necesario advertir por último dos cosas. Una, que mi opinión de Costa prefascista había sido ya intuitiva por D. Dionisio Pérez en un libro publicado en el año 1930, cuyo título sugiere vigorosamente el contenido: «El enigma de Joaquín Costa, ¿Revolucionario? ¿Oligarquista?». El Sr. Pérez denuncia con abundancia de textos y algunos testimonios coetáneos, la contradicción permanente en las ideas e incluso, actitudes de Joaquín Costa y vacila en cuanto a la posición política en la que habría que situar al intelectual aragonés. Precisamente lo que yo pretendo en este libro es explicar el sentido y los resultados de esa contradicción permanente (1).

(1) Ramiro de Maeztu, vio también la duplicidad de Costa, pero gran admirador suyo, intentó resolverla por una interpretación armónica: «Al casar de esta suerte dos substanti-

La otra aclaración a que aludía, se refiere al Costa republicano. A mi juicio el republicanismo explícito y combativo de Costa es una actitud de última hora que no responde a una concepción política profunda, sino al cansancio producido por sus continuas frustraciones en los intentos de acceso al poder por medio de un partido de base nacional.

No obstante, para opinar con mayor fundamento sería necesario conocer algo más que sus famosos discursos de Zaragoza. Es el archivo de Costa, que parece perdido, lo que sería necesario consultar. Por otra parte esta última etapa de la vida política y fisiológica de Costa nada nuevo añade a su biografía fundamental.



HACIA el año 1870 aparecen en la vida política, social y económica española de modo explícito las fuerzas que se venían incoando desde 1812. Quizás por eso, porque se veía claro el juego de las distintas actividades y sus inevitables contradicciones, la perplejidad era mayor. Por lo pronto no existía un centro de poder supremo e indiscutible. La revolución de septiembre desinstitucionalizó el poder y el sentimiento de orfandad política fue quizás el más profundo de los que había sentido el país. Nadie sabía con certidumbre cuál sería el futuro político de la nación y quienes desempeñaban los puestos políticos de dirección estaban aún en mayor perplejidad que el hombre de la calle. A esto, hay que añadir la crisis francesa. La caída de Napoleón III supone para

vos antitéticos (Reconstitución y Regeneración) se convirtió a Joaquín Costa en puente entre la España pasada o celtibérica y la España futura o europea». (*«Obreros e intelectuales»*, conferencia pronunciada el día 5 de marzo de 1911 en el Teatro Principal, de Barcelona, pág. 26.)

las clases directoras españolas la pérdida de la confianza en la literatura mesiánica y en la política en cuanto evasión del presente social y económico. Una fuerza, la democracia liberal, sostenida por la clase media y por la expansión del mercado de producción y competencia, triunfa en Francia y provoca una conmoción intensa en España. Si el ajuste en aquélla era difícil en ésta lo era más entre otras razones porque nuestro país piloto perdía su capacidad de pilotaje. Francia se obscurecía como modelo cultural y fuente de saber. Alemania es el nuevo país que se impone. Un país políticamente fuerte y ordenado. La admiración de los intelectuales españoles de la época, Sanz del Río, por ejemplo, por Alemania, equivale en el fondo a un deseo de seguridad.

En estas circunstancias de perplejidad y desorden el grupo humano aparece ante sus miembros como totalidad. El «nosotros» se generaliza como resultado de la toma de conciencia de una situación efectivamente común. Las dificultades conciernen a las instituciones básicas y todos y cada uno toman posiciones con relación a los problemas totales. Son, sin embargo, dos las actitudes fundamentales con relación a la urgencia de la situación total: Una consiste en la contemplación. El país es un espectáculo triste, el espectador lo siente y aconseja para evitar los males, pero no interviene sino como consejero lejano. Es una actitud clásica muchas veces repetida y comentada desde la antigüedad: «Un hombre honrado no interviene en estas situaciones tumultuarias y equívocas». Por lo general esta toma de conciencia de los problemas comunes que se resuelve en contemplación y queja caracteriza al moralista. Pero los adoctrinadores de moral no suelen ser intelectuales puros en el sentido de que un intelectual es más que un espectador, es un espectador comprometido. Castelar no era simplemente un espectador, ni Gumersindo de Azcárate, ni Cánovas. La cuestión está en definir el sentido y alcance del compromiso. A mi juicio se comprometen en la medida en que creen tener soluciones para las dificultades y

miserias del grupo general del que son parte. Se da en estas circunstancias un principio general de operatividad según el cual tener una solución supone implicarse en la mecánica de la solución. Como las soluciones del intelectual suelen ser generales y en planos superiores, la implicación del intelectual suele ser general y elevada. Sus lugares más propios durante el siglo XIX han sido el Parlamento, las Academias, los Ateneos, etc.... Pero si no tienen «soluciones» para los problemas generales, no son intelectuales puros, entendiéndose aquí por «puros» que están al nivel de la mentalidad y de los hechos europeos; son contempladores marginales que se dedican a moralizar como Menéndez y Pelayo o D. Juan Valera, y a estudiar disciplinas sin compromiso efectivo con los problemas sociales y políticos del país.

A mi juicio el intelectual moderno, el intelectual puro o de soluciones, crece paralelamente con el liberalismo parlamentario y no es posible separar los dos fenómenos en su origen y desarrollo aunque hoy la especialización de los parlamentos, relegue al intelectual y sus soluciones generales al plano más literario que político.

Ya se comprende que un intelectual, tal y como aquí lo hemos definido, no es propiamente un político. El intelectual tiene las soluciones, pero no está dotado para la acción directa e inmediata sobre los hechos. No sabe dirigir un partido político y le fatiga luchar en las elecciones. Cuando de los hechos se pasa a la operación en política, el intelectual es normalmente inútil. De aquí esa propensión de los intelectuales a creer que tener la solución, es haber resuelto, y por consiguiente se inclinan a cierto autoritarismo lógico que procede de la repugnancia o incapacidad para salir del ámbito de las soluciones teóricas. A los intelectuales convendría repetirles con frecuencia, que en política suele ocurrir que hasta que no se ha resuelto no existe la solución.

Estos intelectuales puros, comprometidos con el espectáculo abundan de modo increíble en España desde el regreso de los emigrados en 1834. Son intelectuales

menores que copian o se inspiran en los libros franceses más asequibles, pero abundan, quizás por nuestro atraso industrial más aquí que en ningún otro sitio de Europa, y tienen tantas semejanzas en el comportamiento, en general, que el esquema de su biografía suele ser uniforme. Por lo común se cansan y acaban abominando de la política activa y asombrándose de que en algún período de su vida creyeran que podrán solucionar los males del país. En otros lugares el esquema cambia, pero en España es constantemente así, de modo que el proceso biográfico de estas personas se integra en tres períodos: soluciones, desengaño e indiferencia, y sarcasmo respecto de la política.

Claro está que me refiero a los intelectuales de más valía, no al político activo que escribe un folleto o desarrolla un programa. Me refiero a Castelar, a Costa, Ortega y Gasset o Marañón.

A título de ejemplo y para que quede como una reminiscente comparación con Costa, expondré un caso de aconsejador moralista. Inicialmente dudé entre Don Modesto la Fuente y D. Antonio Bermejo, al fin me decidí por éste en razón de su moralismo más claro y clásico.

Don Ildefonso Antonio Bermejo, en principio dirigió sus «Cartas transcendentales» (Historia del último Reinado), al Rey D. Amadeo. Después las dirigió al príncipe que había de ser Rey Alfonso XII. Pero no se crea que esto es una censura. Tanto a uno como a otro rey habló con claridad y sensatez, sin abandonar su tono clásico, sumamente influido por Tácito y sus traductores; aconsejó bien y parece que buscó siempre la verdad. ¿Qué decía este prudente observador marginal de la situación de España en 1870, cuando Costa tenía 20 años e iniciaba su vida pública?

Dejo a un lado las invocaciones religiosas y transcribo los párrafos más substanciosos del prólogo al Tomo II de su obra.

- 1.º «Estamos dentro de un bagel azotado por montes de agua que flota a merced de vientos encontrados, sin mástiles, ni timón, ni piloto.»
- 2.º Desea que llegue un día que no haya vencedores y en el que los hombres públicos se hallen dotados de talento y virtud, para que veamos lucir el sol resplandeciente de la paz y de la justicia.
- 3.º La monarquía española yace acostada en un féretro que ha querido cubrir de rosas la democracia, ocultándole sus espinas: pero acaso se apareje a levantarse a la voz del deber y recupere su dignidad perdida. Un solo hombre que tenga fe y arrojamiento puede hacer este milagro. España espera un mesías político: ¡él vendrá!

Si consideramos las prudentes observaciones del intelectual comentador y moralista observamos tres sentimientos fundamentales; pesimismo, deseo de paz y justicia y confianza en un hombre excepcional. Los tres sentimientos estaban generalizados en la última parte de nuestro siglo XIX. Especialmente el pesimismo sirve de punto de partida y fundamento a los demás. No se trata de un pesimismo metafísico ni teológico, sino de un pesimismo que procede de la experiencia diaria. Son los robos, cohechos, prevaricaciones, abusos de confianza, cobardías individuales y colectivas los que justifican una desesperanza que había ganado la totalidad del país. Cuando el pesimismo se generaliza se convierte tanto en excusa como en justificación y es difícil poseer el valor moral suficiente para ser honrado en un medio en el cual el pesimismo justifica la honradez a medias o la truhanería descarada. No sólo es necesario valor moral, se requiere incluso una cierta fortaleza física y una austeridad de costumbres practicada desde la niñez. Por lo que he oído del pasado siglo y del nuestro visto, la honradez y el optimismo proceden de campesinos muy

humildes, de gente alimentada mal pero fuertes y cuyo espectáculo inicial ha sido la lucha por la supervivencia familiar y personal. Sanz del Río y Costa son dos buenos ejemplos. Los dos son mesetarios, los dos muy pobres, los dos inmaculadamente íntegros. Es éste un proceso contrario al de los países desarrollados, en los cuales las clases superiores son vivero de integridad y optimismo. Fundamentalmente es un problema vinculado a la ausencia o la corrupción de las instituciones. Ambas, ausencia o corrupción necesitan ser suplidas por las virtudes personales de gentes obligadas a una pobreza de cuya perspectiva el lujo e incluso el desprendimiento o simplemente la abundancia son sospechosos de alianza con el mal. A este optimismo originario que tiene por base la virtud es difícil atribuirle un carácter antropológico. Es sobre todo un optimismo moral, construido sobre la idea del cambio y la regeneración. Hay elementos biográficos muy profundos en este optimismo que desprecia a cada uno de los demás pero confía en la regeneración de todos.

A juzgar por la experiencia histórica, en los países subdesarrollados junto con el pesimismo generalizado y elusivo de las clases superiores hay un optimismo que es mucho menos frecuente, pero que posee una enorme fuerza y acaba por definir un período histórico posterior. Bastará quizás comparar Cánovas con Costa. Cánovas jamás dejó cierto pesimismo que llevaba con resignación, creía conocer bien a los españoles y dudaba de ellos como material humano regenerable.

«Hay, dijo en cierta ocasión en el Congreso, en el corazón y en la manera de sentir de nuestra Patria una grande y funesta flaqueza que, ayudada por la imprevisión, que es su primera obra y su primer fruto, hace que se desee cambiar de posición a cada momento, substituir sin suficiente examen una solución por otra...»

«No ha habido jamás nación alguna que en tan poco espacio de tiempo cambie tan radicalmente sus ideas y conductas» (1).

Una de las cosas que más asombran de Costa es su optimismo fundamental pese a todas las vacilaciones con relación a la Nación, opuesto al pesimismo resignado, propio de la élite, que descubrimos en Cánovas. Costa llega a insultar al país, pero en el fondo jamás dejó de confiar en su regeneración e incluso en su grandeza. Esta confianza, muy profunda e incommovible, a mi juicio, es insólita y denota en escritores políticos posteriores la huella de Costa. Como después veremos el «costismo» nunca perdió del todo la fe en las posibilidades históricas de España (2).

Pero el pesimismo era lo más general y sólido a fines del siglo XIX. A medida que nos acercamos al fin del siglo los lamentos, que a veces rozan con la desesperación, aumentan. Es cierto que se buscan menos consuelos teológicos o metafísicos y se recurre menos a la providencia divina o bien a exaltaciones retóricas de nuestras virtudes antiguas, pero encontrar un español optimista en España desde mediados de siglo hasta 1900 es difícilísimo. A medida que el siglo XIX avanza, la amargura y quejas son mayores. Las tres notas

(1) Discursos de 6-6-1870 y 15-12-1886.

(2) D. Rafael Salillas negaba el pesimismo de su amigo y maestro, Costa, sosteniendo que si el optimismo se manifestaba a veces como su contrario, no era sino «voces de alarma, gritos de rebeldía, acusaciones iracundas, imprecaciones violentas, arrebatos llenos de pasión» («Comentarios», en Heraldo de Aragón, 15-2-1906).

Por su parte D. Juan Quixé, otro seguidor de Costa, entiende que no se trata de un pesimismo auténtico, sino de rectificación del optimismo convencional español. «Optimismo prosopopéyico y fantástico, que forjó las mentiras del desastre: la mentira patriótica, la mentira religiosa, la mentira de nuestro valor legendario, la mentira militar» («El pesimismo en España», en el Ribagorzano, 15-7-1909).

descubiertas en D. Ildefonso Bermejo, historiador moralista, no pasan de ser en él consejos dichos desde la moderación, pero los intelectuales puros, los comprometidos ¿qué opinaban?

D. Segismundo Moret en un prólogo a un libro muy conocido, el de D. Julián de Zugasti, titulado «El bandolerismo, estudio social y memorias históricas» (1876) da un buen ejemplo de cómo veían los «intelectuales» la cuestión. D. Segismundo insinúa la salida de la pura lamentación hacia las soluciones, con una mentalidad que no es ya la romántica. La queja moral y el simple lamentarse de Larra y de los historiadores se transmuta, por razones que luego veremos, en el afán de construir programas y encontrar soluciones.

En el prólogo al que aludo utiliza Moret la idea krausista de «condicionamiento social».

«Si alguna similitud pudiera encontrarse, dice, con el presente libro, no en su estructura orgánica, sino en una cierta analogía de sentimientos, es en las Memorias del Padre Saénz, donde al recuerdo de la España de mediados del siglo xv, se experimenta la misma especie de temor y disgusto, que la miseria social de aquellos tiempos excita, y que en ambas producciones, lleva naturalmente el ánimo del lector a pensar en la naturaleza de las causas que originan tan graves males, y en el soberano influjo de ese ambiente general que todo respira en una época determinada; en ese conjunto de ideas y de hechos, de opiniones y leyes, de usos y costumbres, de sentimientos y creencias, que se llama la «condicionalidad social» o modo de ser colectivo de las sociedades humanas.»

La línea límite en el que las quejas de D. Segismundo Moret están a punto de convertirse en investigación de los males nacionales no pasa de la «organización». D. Segismundo denuncia que nuestro país es un

país mal organizado, ni siquiera emplea la palabra atrasado.

«En países mejor organizados que la España, las proezas de una policía honrada y valerosa llegan hasta dar alimento a la leyenda y al romance, si bien con un sentido moral, no ya diverso, sino esencialmente contrario; porque así como entre nosotros el romance popular hace un héroe del contrabandista y del bandido, en países más felices que el nuestro, el héroe de esas leyendas es el agente de policía, cuyo valor, cuya abnegación, cuya inteligencia, detienen la acción del criminal en el momento de cometer un delito, o salvan la vida y la honra de los ciudadanos de las más hábiles asechanzas» (XLIII).

Quejas y reproches son continuos. Apenas se abre un libro de la época en el que no aparezca el convencimiento de nuestra miseria social y moral. Se atribuye a distintas causas pero la coincidencia en los hechos es absoluta. El desconcierto del país es muy profundo, su podredumbre moral equivale a su empobrecimiento material, esta es la opinión común pero faltaba un diagnóstico hecho con mentalidad moderna. De la queja había que pasar al análisis de las causas que producían tantos males disminuyendo las concesiones a la retórica. Era necesaria una investigación positiva de las condiciones materiales del país e inducir de ellas los remedios. Un nuevo espíritu crítico y en cierto modo científico, como el que apunta en Moret, se extendía por el país vinculándose al grupo generacional de Costa. En torno a los hombres que nacieron alrededor de 1850, cuaja, coincidiendo con la revolución de 1868 y la restauración, un espíritu crítico que se yuxtapone, con diferentes valores según cada fórmula personal, al romanticismo. Cajal, Costa y Menéndez y Pelayo nacieron en fechas muy próximas. Este grupo generacional introdujo un es-

píritu crítico de carácter científico en el análisis de una cuestión, la de «el problema nacional», que se examinaba tradicionalmente desde tópicos tales como, «nuestra indómita fiereza», el «individualismo español», etc.

En 1901, pronunció Costa un discurso en los juegos florales de Salamanca. Es uno de los documentos más importantes de su vida intelectual y me referiré a él con reiteración. Ahora quisiera simplemente subrayar como Costa en esta fecha, tenía como muchos de sus contemporáneos, plena conciencia de que el tiempo le había dado la razón a quienes luchaban contra el retoricismo. Se siente más seguro y acompañado porque hay un conjunto de personas que reaccionan ahora como él lo venía haciendo desde antiguo.

«Ya veis, señores, como los Juegos Florales españoles, sobre todo a partir de aquella especie de juicio final de 1898, no cabían en el molde donde los troqueló Don Juan I de Aragón, el «amador de la gentileza», como no podían ser ya ejercicios de ingenio y «de gay saber», so pena de que pareciesen corona de siempre-vivas puesta sobre un sepulcro: Como tenían que reflejar la universal preocupación, que es, por excelencia, social y política; como tenían que ser conforme al dicho de una escritora célebre, «tribuna desde donde pueda decirse lo que en las Cortes no se ha podido o no se ha querido decir» las cañas se han tornado lanzas; la violeta de antaño, rubia como de oro, se ha teñido de rojo con la sangre de nuestros desastres; y así, quien se arriesgue por la espesa floresta de discursos de los mantenedores, verá a Pí y Margall, en los juegos florales de Barcelona, defender el federalismo, o sea, la autonomía de las regiones, y a Balaguer en Zaragoza y Calatayud, discutir y recomendar un regionalismo conservador y a Romero Robledo en Ronda, distinguir entre reinas y reinas y a Emilia Pardo Bazán en Orense, afirmar la

bancarrota del régimen parlamentario en España y la necesidad de una revolución muy honda y de un gobierno personal que la impulse y dirija, y a Guimerá en Barcelona, plantear el problema del separatismo catalán arrojándose con furores de poseído sobre Madrid, y a Unamuno en Bilbao, embestir con igual formidable arranque a las patrias chicas y la lengua vascuence, y a Canalejas en Almería queriendo anticiparnos una perspectiva de lo que él haría si fuese Jefe de Gobierno, y a la comisión organizadora del certamen de Salamanca, prestar mayor atención en sus temas a asuntos históricos y a prosaicas cuestiones de industria, de agricultura, de pedagogía, de psicología colectiva y de legislación social, que a romance y lirismos sobre el clásico lema *Patria, Fides, Amor.*»

La inclinación a la concrección, al primado de lo útil y a la tendencia a enfrentarse con cuestiones de hecho convierten la queja en programa, búsqueda de soluciones y cierto vago pero eficaz positivismo. Como luego veremos, algunas de las personalidades de este grupo generacional, Costa entre ellas, vivieron inauténticamente las características modernas de pragmatismo y concrección, pero las aceptaron y procuraron aplicarlas. Es curioso que los nacidos en un grupo generacional posterior, alrededor del año setenta o algo más tarde, se inclinaran abiertamente por la valoración estética y su compromiso con los problemas políticos fuera un compromiso de carácter más convencional y lejano que el de Costa y sus coetáneos de grupo. Se produce una especie de retroceso difícil de justificar. Hay un alto nivel retórico y estético desde 1850 a 1870, se inicia después la reacción en pro de lo positivo y concreto que permanece hasta el triunfo del grupo generacional llamado del 98; podemos elegir como fecha 1900. Estos tres períodos de unos veinte años que definen el espacio histórico generacional de nuestro siglo XIX dan

el máximo de espíritu científico en los programas políticos para el grupo intermedio a que pertenece Costa. Desde este punto de vista el grupo generacional de Unamuno y Machado significa una desviación. Hasta cierto punto un retroceso.

¿Qué razón hay para que los escritores que alcanzan notoriedad después de Costa se entreguen al esteticismo propio del humanismo antiguo y se olviden o rechacen el humanismo inmediato de base científica?

La explicación, en el orden psicológico, está en el miedo a enfrentarse con las fuerzas que amenazaban con la «Revolución». Como después veremos es éste uno de los tópicos de mayor vigencia en el pensamiento político y social español del siglo XIX. Por otra parte, está el urbanismo del grupo generacional del 98, frente al origen rural de las generaciones anteriores, para las cuales la urbe no era aún una realidad que se opusiese sistemáticamente al campo. No conozco ningún libro que explique el proceso de la idea de «ciudad» en España pero, en términos generales, las primeras descripciones de Madrid como cosmópolis están en Pardo Bazán y Galdós y no adquieren pleno sentir social y literario hasta Baroja.

No obstante a mi juicio la razón profunda está en la incuestionable mejora económica que vivió el país y que mantuvo y fomentó un grupo de intelectuales cuyo nivel de vida y prestigio social eran comparativamente excepcionales en España. En este mismo libro, con relación a alguno de los autores a los que aludo, me refiero a la subida de precios de la inteligencia como bien en el mercado. Parece, a juzgar por los datos reunidos de Barcelona y Madrid, que a partir de 1900, las obras intelectuales se pagaban bastante más que en los dos decenios anteriores.

En líneas generales ocurre que de mil novecientos uno a mil novecientos diez se da un aumento vegetativo de la población española de 10,1 frente al 4,8 de 1881 a 1900. Es dato importante, sobre todo si se cone-

xiona con la economía: «Al aproximarse el siglo XX se inicia una fase de recuperación de precios, que comprende de 1835 a 1913... en España el empujón se nota con brío y así se pasa del índice 75 en 1896 al 90 en 1898. De este año hasta 1913 se alcanza un techo de estabilidad de acuerdo con la política de equilibrio presupuestario y de saneamiento financiero. Los índices conocen tres máximos: 1905, 1907 y 1913 y dos mínimos, 1903 y 1911. Estas oscilaciones mínimas responden a la firmeza de la situación económica interna y al mercado internacional».

Aceptando en su conjunto estos datos, que proceden de la «Historia Económica y Social de España» dirigida por Vicens Vives, resulta que cierta prosperidad económica, añadida a una manifiesta elevación de nivel de vida en las clases acomodadas urbanas, más una apertura amplia y un influjo profundo de la cultura exterior al grupo nacional, particularmente francesa, alemana e inglesa, produjo hacia 1900 un grupo generacional de literatos, historiadores, profesores de Universidad, absolutamente quimérico, en el sentido de vivir y entender a España como una quimera desde una lejanía absoluta de la praxis. A medida que el intelectual español se europeiza más, en este tiempo, más desconoce y más falsifica a su pueblo.

Resulta pues, a mi juicio, que hay un grupo generacional, que llamo grupo generacional intermedio y en el cual sitúo a Costa, que aparece singularmente vinculado y sometido a la necesidad de una solución positiva antiestética de nuestros problemas, que se fija en estadísticas, en sistemas de cultivo, en la escuela y la despena, según frase de Costa. El desarrollo orgánico de esta actitud, tendría que haber producido «intelectuales» cuya solución no fuera estética, en otras palabras tendría que haber producido continuadores de Costa, pero Costa no tuvo continuadores propiamente dichos. Se da pues una distorsión o desviación nuevamente estética, que tie-

ne una justificación económica cuya explicación resulta difícil.

Como el lector verá esta distorsión del grupo extremo del espacio generacional, no es, a mi juicio, una actitud inauténtica. Al contrario tiene mayor autenticidad que el «costismo», en cuyo fondo latían las mismas aspiraciones y prejuicios que en el 98, pero que se vinculó al espíritu práctico, positivo o «científico» de Europa por la desesperación que produjo la corrupción política y administrativa de la Restauración. El grupo generacional del 98 encontró al país en una situación económica e incluso intelectual más estable y organizada.

El costismo permaneció en latencia y reapareció cuando el país vivió otra vez momentos de grave perturbación política y económica y se hizo patente la necesidad de soluciones concretas y programas que evitaren y recogieren la amenaza de la revolución. Es otro grupo generacional quien recoge a Costa; es el grupo generacional que asoció a Costa con el fascismo.

El pragmatismo o mejor dicho, la mentalidad positiva en cualesquiera de sus aspectos había estado en España circunscrita a círculos profesionales, sofocada por la concepción romántica del mundo dentro de la cual el pragmatismo más que un método y un sistema de eficacia, era un conjunto de prejuicios y protestas que se vivían con exaltación. Existen desde luego en España testimonios tempranos de la nueva mentalidad europea que en términos generales se puede llamar pragmática. Así el Benthianismo del que después hablaremos con mayor extensión, y la actividad científica del Ateneo madrileño que propendió a orientarse en este sentido. El Sr. D. Rafael M.^a de Labra, que ha escrito la «Historia del Ateneo de Madrid», denuncia el hecho de la tensión antiretórica en las aulas de esta entidad.

«Merecen ser cotejados, dice en la página 45, los sencillísimos discursos con que el Sr. Martínez de la Rosa abría los cursos académicos del Ateneo hacia el 54 y el 55, y los profundos y transcendentales de los señores

Cánovas del Castillo y Moreno Nieto, en estos últimos seis años. El público no se contenta ya con bellos períodos y frases delicadas. Pide sobre todo, pensamiento y perspectivas. Esto mismo se advierte en las secciones, donde hasta los oradores más propicios a las formas brillantes y al lenguaje pintoresco, hace diez años muy en boca, en 1890 tiene que refrenarse. No digo nada de los discursos retóricos, en el Ateneo ya inauquantables».

En el año 1858, D. Pedro Mata publicaba unas lecciones que había explicado en el Ateneo con el título genérico de «Tratado de la Razón Humana con aplicación a la práctica del Foro». Mata era profesor de Medicina Legal y Toxicología en la Universidad de Madrid y sostuvo en sus lecciones, la tesis general que muchos delitos se cometen en estado psicológico permanente de irresponsabilidad. De estas lecciones que fueron criticadas con dureza por los periódicos católicos de polémica, y a las que, sin embargo asistía numerosísimo público, tomo, eligiendo de entre muchos párrafos tanto o más expresivos, las siguientes palabras :

«Hablar del ser en general, de la substancia y de la materia en abstracto, podrá ser fundado, si se habla de lo que tienen todos de común ; más ¿a qué conduce todo eso ? ¿Vale la pena de fatigar el entendimiento con esas elucubraciones ? ¿Qué utilidad reporta esa Gimnástica ? La verdadera ciencia útil y provechosa no es la que se entretiene en hablar del ser en general, sino de los seres particulares, de los animales, de las plantas y de los minerales ; el estudio de sus atributos, facultades y propiedades y sus aplicaciones a las diversas cosas de la vida social es lo que lleva con razón el nombre de ciencia : todo lo demás es un puro entretenimiento de ociosos, estéril palabrería y lo que vulgarmente se llama música celestial». (Pág. 725).

En este libro de Mata el positivismo es clarísimo y se puede considerar su autor comtiano, sin que sepa yo

con exactitud por donde le vino, tan temprano, el com-tismo. Hay, sin duda, que vincular, en general, a esta tendencia, recogida sobre todo a través de Hipólito Taine y a la crítica histórica alemana, el crecimiento del auto-didactismo en la generación intermedia a la que con anterioridad aludí.

En 1900 Pompeyo Gener editaba un libro de ensayos en el que incluía uno titulado «Hiperpositivismo». Introducen a este ensayo —una defensa del materialismo absoluto— unas frases de filósofos que el autor relacionó, sin duda, para que expresasen en síntesis su pensamiento. Una frase es de Hume: «todo se reduce a la impresión». Otra es de Comte «La inteligencia humana sólo puede conocer el fenómeno: esta es toda la realidad cognoscible». Otra es de Vauvenargues: «La claridad es la buena fé del filósofo». Otra de Schopenhauer: «Nada tiene valor si no está bien observado».

Rudolf Eucken, en un libro que, supongo que a través del francés se leyó en España y acabó por traducirse por Nicolás Salmerón y García con el título de «Las grandes corrientes del Pensamiento Contemporáneo», dedica un párrafo al esteticismo moderno:

«En lo que concierne al esteticismo moderno, le reprochamos una falta de verdad interna. El universo y la vida nos presentan actualmente demasiada obscuridad y demasiada sinrazón: nos hemos emocionado demasiado por las grandes contradicciones de la existencia para poder, desde el fondo de nuestra alma y con un abandono entero, transformar en goce la mayor parte de nuestra vida y contemplar con pura satisfacción la armonía del conjunto.

El esteticismo es menos la verdadera expresión del sentimiento actual de la vida que una tentativa para substraerse a lo que esta última tiene de grave y de serio».

Es incuestionable que, por muchos caminos, había ido configurándose en España una corriente antiretoricista,

e incluso que miraba con sospecha al predominio casi absoluto de la mentalidad y de los temas estéticos, en los intelectuales. No obstante la mentalidad burguesa española giró hacia la estética, y los intelectuales, en el sentido que aquí empleamos la expresión, dejaron la estadística y la valoración científica de los problemas sociales a los especialistas. Los elementos de cultura de la Ilustración, que se notaban con claridad en el grupo generacional de Costa, se esfuman en las figuras preminentes del 98 que, en este sentido, son psicológica y nacionalmente más auténticos. Al nivel de 1900, en el orden de desarrollo económico y cultural, en incluso al nivel de ahora, la autenticidad nacional en España se aproxima al entusiasmo por la elementalidad o la barbarie.

Un ejemplo esclarecedor son los toros. El grupo generacional estetizante del 98 revalorizó los toros como expresión de la coincidencia absoluta de los prejuicios básicos en un espectáculo. Los toros se constituyen así en «acontecimiento nacional». Pues bien, Costa y en términos generales, el grupo intelectual de su tiempo veía los toros como una fiesta bárbara y degradante, o como un espectáculo indigno de un intelectual.

Esta actitud proviene en parte, de la influencia de la Institución Libre de Enseñanza, que era, por principio enemiga de la «Fiesta Nacional». Sin embargo el grupo generacional del 98, revalorizó los toros. Vinculó estéticamente al intelectual con la fiesta. Aunque en algunos se advierta crítica o incluso, repulsa hacia los toros como acontecimiento, su admisión como tema estético principalísimo implica cierta revalorización moral en un país en el que los valores estéticos y los morales son, en muchos casos, equivalentes.

Acabamos de aludir a la influencia de la Institución Libre de Enseñanza lo que plantearía, otra vez, el tema del influjo del krausismo español en la mentalidad pragmática del grupo generacional de Costa.

COSTISMO Y TRADICION COSTISTA

I

EL primer libro que vamos a tomar en cuenta en las siguientes consideraciones sobre la aparición de cierta mentalidad científica en el enfoque de los problemas nacionales que deriva o está en conexión con Costa es el de L. Mallada, titulado, «Los males de la patria y la futura revolución española. Consideraciones generales acerca de sus causas y efectos».

La primera parte, única que conozco, se refiere a «Los males de la patria» y apareció como libro en 1890, aunque su autor había publicado parte de la obra en el Bol. de la Institución libre de Enseñanza y otras revistas.

El punto de partida del autor es la objetividad. A su juicio la consideración objetiva de los hechos es previa al pesimismo o al optimismo. No hay concepciones del mundo pesimista u optimista, viene a decir, sino actitudes de pesimismo u optimismo en función de los hechos analizados. El análisis objetivo y «científico» debe preceder a las conclusiones generalizadas que se tiñen de pasión política, o de ardor moral o religioso.

«Pero España, dice, es uno de los países donde más rige la pasión que el raciocinio, donde todo amor es sublime y todo rencor implacable; donde

lo prosaico se desdenna y donde a todo, hasta lo más humilde y sencillo, es forzoso adornar con las ricas y brillantes galas de la poesía. No sabemos vivir sin pasar de una exageración a la contraria. O somos enteramente optimistas o pesimistas del todo. Por cuya razón el autor pretende juzgar a la patria de hoy puestos los ojos en la patria de mañana, como la juzgaría un extranjero.»

Mallada es uno de los primeros que siguiendo y coincidiendo con Costa caracteriza a nuestro país según dos notas que lentamente se convertirán en categorías necesarias para enjuiciar la historia nacional: pobreza y fantasía. La cuestión de la pobreza la había expuesto en un periódico de la época, «El Progreso», en una serie de artículos titulados *Causas físicas y naturales de la pobreza de nuestro suelo*.

No creo oportuno repetir las razones que Mallada expone para justificar su criterio porque la mayoría de ellas se han convertido en lugares comunes. Lo que me parece más importante, y lo que quiero subrayar es la mentalidad, en cierto modo nueva, que recoge Mallada. Da un índice máximo y mínimo de temperaturas en España y concluye que:

«En la mayor parte de España no pueden vegetar muchas plantas útiles, incapaces de resistir grandes heladas y que tampoco pueden ostentar su verdor, de un modo general, otras igualmente útiles a las cuales acorta una temperatura superior a 40°, sobre todo sino hay otras condiciones, como la humedad que contrarresten el excesivo calor.»

Con el mismo criterio recoge las cifras de la altitud media de los diversos países de Europa, de donde induce que si se exceptúa Suiza, España es el país más montañoso y quebrado de Europa, advirtiendo que la disposición de las cordilleras de la península es mucho más

desfavorable que los Alpes en relación con la humedad. De estos y otros análisis que no transcribo, Mellada obtiene el siguiente cuadro :

Rocas enteramente desnudas	10 %
Terrenos muy poco productivos o por la excesiva sequedad, o por la altitud o por su mala composición	35 %
Terrenos medianamente productivos, escasos de agua, o de condiciones tipográficas desventajosas, o de composición algún tanto desfavorable	45 %
Terrenos que nos hacen suponer que hemos nacido en un país privilegiado	10 %

¡ Ojalá, agrega, que nuestras cuentas salgan fallidas !

La cuestión parece que se centra en la pregunta implícita en el último párrafo.

¿ Por qué nos hemos creído contra todo fundamento un país privilegiado ? Fundamentalmente es la pregunta que inquietó a los pensadores españoles que reflexionaron sobre España después del impacto de Costa ¿ por qué ?

Es incuestionable que ha habido una razón histórico-política. La expansión casi universal de los siglos XVI y XVII, creó un clima de ficción y la necesidad de engañarse. Las clases dirigentes españolas se engañaron y engañaron al pueblo. Salvo escasas personalidades y en períodos muy críticos, el conjunto de la inteligencia española ha estado al servicio de una falsedad; la falsedad de nuestra condición de país no sólo rico sino privilegiado.

En el siglo XVII Fernández de Navarrete, un hombre obscuro al cual, sin embargo, se ha aludido, como pieza clave para la comprensión de su época, en repetidas ocasiones, desempeñó un papel parecido al de Lucas Mallada denunciando ciertos males, al parecer endémicos del país.

La actitud de Navarrete es comparable, salvadas las

distancia a la de Mallada. No son comparables los procedimientos. Mallada parece incapaz de la ironía sutil. Denuncia los males con brusquedad y beligerancia, Navarrete es dueño de la ironía. «Lo que a España ha sido de grande daño, dice en su famosa *«Conservación de Monarquías»*, es el modo de administrarse la hacienda, de que ha resultado de que en los ejércitos del más rico príncipe del mundo se hayan conocido infinitas necesidades... España está mucho más rica que otras cualesquiera provincias de Europa; y si no tenemos los pesebres y tinajas de plata como cuando los cartagineses vinieron, hay en el día de hoy mucha gente ocupada en servicio de mesa, en cántaros, en vacías, en bufetes, en vivillas de chapines, en ramilleteiros y en tiestos para yerbas y otros vanos ministerios.»

Crejera o no con firmeza Navarrete en la riqueza y prosperidad de España e ironizase o no a este respecto, impresiona la visión que da del país en su época a través de la respuesta al Consejo de Castilla que pedía en nombre del Rey un informe. Los principales males que Navarrete ve son los siguientes :

- 1.º Que la despoblación y falta de gente es la mayor que se ha visto ni oído en estos reinos, después que los progenitores de V. M. comenaron a reinar en ellos.
- 2.º Que la causa de hallarse el pueblo en tan miserable estado nace de la raíz de los demasiados pechos y tributos de que está cargado... Vuestra Majestad se sirva de irse muy a la mano en las mercedes y donaciones que ha hecho y hace y en las ayudas de costa que ha dado : porque lo que se da a uno se quita a muchos y por acudir a lo supérfluo se falta a lo necesario.
- 3.º Que para poblar el reino de gente no se ha de traer de fuera de él, porque los extranjeros sólo sirven de destruirle... La gente que hay en esta

corte es excesiva : y así es bien descargarla de mucha parte de ella, y mandar a los que hubieren extraños que se vayan a sus tierras.

4.º Que con indispensable vigor se modere el lujo.

5.º Que a los labradores para que no vengán a tanta disminución, se les anime, proteja y aliente.

6.º Que se tenga la mano en dar licencias para muchas fundaciones de religiones y monasterios y que se suplique a su Santidad se sirva poner límite en esta parte y en el número de los religiosos, representándole los grandes daños que se siguen de acrecentarse tanto estos conventos y aún algunas religiones... en las que entra la gente con el gusto de dulzura de la ociosidad y no por devoción.

7.º Que se prescinda de los demasiados receptores de tributos, porque unos tienen poca capacidad, otros son muy pobres y fallan y otros en exceso codiciosos.

El espíritu que anima al Licenciado Navarrete se manifiesta muy bien en la frecuencia con que emplea la palabra *exceso*. Equivale en cierto modo a la frecuencia con que Mellada emplea la palabra *exageración*. Así como Mallada no fue único, tampoco lo fue Navarrete. Una serie de hombres prácticos, preocupados por la administración y la economía aconsejaron durante el siglo XVII y no aconsejaron mal, pero sus advertencias fueron en general desoídas y no encontraron eco profundo hasta casi cien años después. Algo semejante ocurrió a Mallada : fue en la época de la segunda república española cuando él y los que con él habían pasado de la queja a la crítica, según la línea de Costa, encontraron un espíritu reformista en el orden teórico equivalente, sobre todo en las revoluciones de derechas, corporativistas, sindicalistas nacionales, etc.

Poco después de haberse pedido la consulta a Nava-

rrete y de haber éste formulado la respuesta, se degollaba en Madrid a D. Rodrigo Calderón, por cohecho. Es un proceso público sumamente moderno en el que hay un claro tinte de regeneracionismo. Una «revolución de derechas» acaudillada por el propio Rey y el Conde-Duque de Olivares.

La reiteración de estos esquemass tan semejantes respecto de la relación entre cada español o grupo mínimo de españoles y las necesidades generales, produce el sentimiento de una constante nacional, es decir, de una condición que afecta a todos y que compromete a todos en los mismos errores.

Cada intelectual en diferentes períodos y situaciones ha ofrecido el descubrimiento personal de esta condición común para Mallada esta condición es la fantasía.

«Reconozca por causas una alimentación deficiente, los crudos temporales de las altas parameras, los excesivos ardores de un sol abrasador, los desfavorables cruces de las razas invasoras, la emigración de los individuos de mayor arranque y de más fuerza muscular o reconozca otras causas que en este momento no se hallan a nuestro alcance, ello es, que sin largas discusiones ni muchos distingos, habremos de confesar los españoles que físicamente somos de marcada inferioridad a casi todos los demás pueblos civilizados.»

Tal notoria inferioridad física arrastra cierta flojedad de espíritu, origen de nuestros defectos morales, unos inveterados, otros sumamente comunes en los tiempos modernos y casi todos decididamente irremediables a juicio de Mallada.

Tales defectos han engendrado la general afición a lo sobrenatural y maravilloso. «Seducidos por todo lo poético, queremos huir de la prosa de la vida... y ¡pobres de nosotros! la prosa de la vida es la realidad.»

«Para todas las clases sociales existe entre nosotros un defecto que me permitiré expresar con una sola palabra : la *fantasía*. La patria de D. Quijote es un país de soñadores : por lo mismo que aquí se sueña tanto hay necesidad de dormir mucho, y sin embriagarnos con opio como los chinos, estamos viendo visiones y en ilusión perpetua, sin despertar de nuestra modorra. Sin duda algunos nos consideramos felices con nuestra soñolencia... volveré a la palabra, con nuestra fantasía.

Si la loca fantasía es nuestro principal defecto : la fantasía convierte en un verdadero laberinto la administración pública : la fantasía nos hace ser los mayores proyectistas y los más holgazanes de Europa ; a la fantasía debemos ese lujo de fiestas, romerías y ferias en que se negocia poco y nos divertimos mucho ; la fantasía nos hace creer que España es un país privilegiado ; la fantasía nos induce a reclamar un puesto de honor entre las grandes naciones, aunque continúa flotando el pabellón británico en Gibraltar ; la fantasía nos hace esperar que seamos algún día los redentores de ese continente que colonizan los franceses desde Argelia y los ingleses desde el cabo ; la fantasía nos cierra los ojos y nos tapa los oídos para no ver ni oír una sola verdad».

Mallada continúa la cantilena hasta el punto de hacerla acongojante, para concluir con esta frase, que después se ha repetido mucho «Si España comprendiera sus intereses empezaría por colonizarse a sí misma».

Al defecto profundo de la fantasía agrega otros, principalmente.

«Nuestra pereza tan inmensa como el mar, cuyos límites no se pueden distinguir de una sola ojeada y cuyo fondo no se puede comprender sin largos y detenidos sondeos.»

«Es indudable que el ejemplo de las gentes de

afuera ha sido muy provechoso a la Nación : pero en el rápido desarrollo que en estos últimos tiempos han tomado los intereses materiales, España sigue entumecida y rezagada detrás de todo el mundo civilizado. Todos van más deprisa que nosotros y cuando las demás naciones dirigen a la nuestra una mirada compasiva, al verla macilenta, con torpe e inseguro paso, no pueden creer que llegue a alcanzar un puesto de honor en el banquete de la vida. Es que en medio de sus esfuerzos la ven envuelta en una densa niebla de apatía e ignorancia.»

A continuación Mallada pone en acción sus argumentos estadísticos. Precisamente esta mezcla de denuncia y retórica apoyada en cifras globales, fácilmente retenibles, confiere a su libro una capacidad de penetración e incluso seducción, sin equivalentes en la literatura española de autoprotesta nacional y le da un carácter abiertamente costista. Es el programa de Costa planteándose como una necesidad a través de los números. El número de anal-fabetos, de escuelas, de producción hullera, la vinícola, todo concurre a dar una base demostrativa, de carácter científico, a los alegatos del autor. Aunque antes que Costa, bastante antes, la estadística se utilizaba a escala nacional, él es quien elevó el número a la categoría de argumento literario al mismo tiempo que matemático. Esto dio al costismo una dimensión peculiar, haciéndolo al mismo tiempo que agresivo, seductor.

La mentalidad que predomina en el libro de Mallada es científica y utilitaria, se construye, como en el caso de Costa, sobre programas concretos determinados por las necesidades y no por ideales o concepciones del mundo. Véase el conjunto de los 33 males que según él gravan nuestra agricultura, en el capítulo III (Malestar de la agricultura).

- 1.º La excesiva contribución territorial.
- 2.º La desigualdad de los tributos.

- 3.º Las ocultaciones de la propiedad.
- 4.º El impuesto de consumos.
- 5.º La concurrencia exterior.
- 6.º El servicio ferroviario.
- 7.º La exagerada y ruinoso centralización.
- 8.º La ruindad de los partidos políticos.
- 9.º El militarismo.
- 10.º La impotencia e incapacidad de los gobiernos.
- 11.º El desbarajuste administrativo.
- 12.º La inmoralidad pública.
- 13.º La torpe y larga tramitación de expedientes.
- 14.º La lentitud y desorden de las obras públicas.
- 15.º El mal estado de los caminos vecinales.
- 16.º La mala división de la propiedad.
- 17.º La desnudez de nuestros montes.
- 18.º El abandono de las márgenes de los ríos.
- 19.º La falta de riegos.
- 20.º El encharcamiento de lugares pantanosos e insalubres.
- 21.º El empobrecimiento del suelo.
- 22.º La falta de abonos.
- 23.º La falta de capitales.
- 24.º La falta de espíritu de asociación.
- 25.º La falta de crédito.
- 26.º La usura.
- 27.º El caciquismo.
- 28.º El absentismo.
- 29.º La inseguridad de los campos.
- 30.º Las emigraciones.
- 31.º La rutina y la ignorancia en las prácticas agrícolas.
- 32.º Las plagas naturales que devoran las plantas y los ganados.
- 33.º Las inclemencias del cielo.

No hay duda que aquí se insinúa un programa, programa que se perfila y concretiza cuando Mallada aduce

datos y antecedentes para aclarar de una manera especial estos tres puntos:

- 1.º Intensidad relativa y dependencia mútua de los males que afectan a la agricultura.
- 2.º Su clasificación desde el punto de vista de la aplicación de remedios.
- 3.º Someras indicaciones acerca de un plan general de reformas.

Es incuestionable que estamos ante un libro insólito que abre un camino insólito a la política nacional recogiendo el espíritu y las actitudes de Costa. Quizás lo más expresivo del libro no esté en la denuncia de errores y abusos, ni siquiera en las soluciones, lo más expresivo está a mi juicio en el cansancio del autor, en cuanto español, ante ciertas cosas frente a las cuales estaba cansado de un sector importante del país, aunque nadie lo había expresado con la rotundidez de Costa y Mallada. En el libro hay unos cuantos cansancios básicos.

Cansancio ante la irremediable permanencia de los males, en cuyo cansancio se esconde una especie de irracional necesidad de optimismo.

Cansancio ante las cuestiones secundarias, que habían venido presentándose como principalísimas e inescusables; la forma de Gobierno, la cuestión religiosa, etc....

Cansancio ante las reformas infecundas y una vaga esperanza en una revolución administrativa y económica y, en cierta medida, espiritual.

Cansancio ante las evasiones y la falta de radicalidad en la exposición de los males del país, a cuyo cansancio va unido un claro desprecio por el esteticismo y la retórica y lo que, en general, llama «fantasía».

Desde estos cansancios en los que participaban muchos de sus compatriotas, Mallada advirtió que al bienestar y la interpretación empírica de la vida eran remedios infalibles para los males de la Patria.

«¡ Oh, infelices, dice en cierta ocasión, sobrios, prensados y enjutos compatriotas ! Si debemos admitir como axioma este principio : *dime lo que comes y te diré quién eres*, no será muy envidiable la fama nuestra en Noruega y otros países del norte, mientras continúe el bacalao en nuestros aranceles como el tercer artículo de importación, con la enorme cantidad de 45 o 46 millones de kilogramos, o sea por valor de unos treinta millones de pesetas.

¡ Desdichado país, a quien condenó la Providencia a perpetuas vigiliias y prolongados ayunos, cuando no por el fanatismo religioso, por la flojedad de cuerpo y la pobreza de espíritu ! ¡ Y pensar que en tanto la ganadería desfallece, no puede comer carne la mitad de los españoles ! »

El lector habrá observado que dos de los adjetivos utilizados por Mallada, irónicamente «sobrio» y «enjuto» fueron después elevados a categorías estéticas diferenciadoras del castellano, por el grupo literario generacional del 98.

Dejando al lado otros mil comentarios que el libro sugiere y textos que cuesta trabajo no transcribir, tiene especial importancia, la valoración que hace Mellada de la marina unos años antes del desastre de 1898. Después de unas estadísticas aclaratorias el autor concluye.

«Bien se ve que no es Marina el más descuidado de todos los ministerios para correr las escalas y procurar buenas ventajas a su escogido y afortunado personal. Si no mienten las estadísticas del año anterior, de 47 generales en activo sólo había uno en alta mar, de los 41 capitanes de navío y 47 capitanes de fragata sólo se contaban 17 navegando, de 358 tenientes sólo 100 estaban embarcados y entre 187 alféreces se escabullían 82 sin lanzarse a través de los mares. Es decir, que 620 jefes y oficiales

estaban exentos de mareos y naufragios nada menos que 397, cobijados en cascos viejos que no pueden navegar, anclados en Madrid y repartidos por las Comisiones navales de Londres, Marsella, el Havre, París, Nápoles, Alemania y Viena, sin contar otra comisión en los Estados Unidos y otra en China con cargo al ministerio de ultramar.»

Todos los males los ve Mellada orientados, por decirlo así, por el desbarajuste administrativo y la torpeza e inmoralidad de los políticos. El desbarajuste administrativo es mucho y contribuye poderosísimamente a él la burocracia monstruosa en número y absolutamente ineficaz.

«Nótese desde luego, que abundan aquí, en mayor proporción que en parte alguna, esos seres débiles y enfermos, más raquíticos de espíritu que de cuerpo, a quienes está vedada la energía de todo trabajo independiente. Miles y miles de individuos, si no han de perecer en la lucha por la existencia, tienen que mendigar un puesto oficial y fiar de la intriga y de la adulación, más que de sus propios y dudosos merecimientos, la obtención de un destino y la seguridad y los ascensos de sus cargos. Todos esos seres que llamamos débiles, por no decir inútiles, allá van en tropel tras la sopa boba del presupuesto, en competencia con otros estudiosos y de probada inteligencia, salidos de las aulas de tantos y tan concurridos centros de enseñanza como hay repartidos con profusión por varias provincias, y donde bondadosamente se conceden títulos académicos en mayor número que las necesidades del país».

En cuanto a los políticos oigámosle :

«Fuera de contadas excepciones, las cualidades generales de los políticos españoles son las siguien-

tes: la más crasa ignorancia en los fundamentos del difícil arte de gobernar; la osadía y la falta de aprensión proporcionales a esa misma ignorancia; el espíritu de discordia y rebeldía en relación con su inmensa soberbia; la veleidad y la ligereza en armonía con su aturdimiento; la ingratitud y la doblez indispensables para su ambición ilimitada».

Ahora bien, si consideramos todo lo anterior y el lector se fia de mis conclusiones, para no reproducir textos hasta la fatiga, resulta que en el fondo del libro de Mallada alienta un totalitarismo «revolucionario». En la obra de Mallada se oculta también, quizás de modo inconsciente, un totalitarismo nacionalista. Quien piensa que el pueblo español es el más perezoso del mundo, que está infectado de un raquitismo moral y físico y que, en resumen no *tiene* arreglò, no podía pensar en una democracia, cuyos principios descansan en la confianza, en las virtudes cívicas y en el sentido de responsabilidad colectiva. Hay un párrafo en la página 172 que no deja lugar a dudas:

«A pesar de las apariencias favorables que con ciertas intermitencias se observan, juzgamos que España tardará mucho tiempo en conseguir un grado notable de adelanto en la industria y el comercio considerados en su conjunto. Los progresos de estos últimos años, que nos parecen colosales, son bien poca cosa comparados con los progresos de los otros pueblos civilizados... Opuesta a los progresos industriales, hay una razón muy poderosa qué repetiremos una vez más: *¡No lo da de sí el país!* Son entre nosotros males irremediables el desbarajuste administrativo, la impotencia y la incapacidad de los gobiernos, por un lado; la apatía y la ignorancia por otro; la falta de patriotismo, por todas partes y en todos los asuntos. Sería necesario, además, que nos despojásemos de nuestra fantasía, que reconociésemos nuestra pequeñez y que *todos los hombres*

honrados y enérgicos se asociasen cuanto antes para combatir los estragos, de año en año crecientes, que causa entre nosotros la inmoralidad pública».

Costa cultivó una semilla que Mallada y otros recogieron, la semilla del caudillo revolucionario que realizase la Revolución Nacional. En este sentido, visto desde ochenta años después, Costa es culpable. Desde el libro de Mallada se ilumina con claridad el perfil de Costa; duro, mal dotado para convivir, inflexible, generoso desde la superioridad e incapaz de comprender la desobediencia o la contradicción en las relaciones personales. Costa tenía condiciones, pero no temperamento de jefe y hubo de vivir bajo el signo del liberalismo ascendente y del espíritu democrático de la Restauración. Resulta, pues, una personalidad contradictoria que sembró la semilla de un nuevo caudillismo, que tiene poco que ver con el caudillo tradicional de los pronunciamientos, sin percatarse que en el fondo había una dificultad insuperable: la clase dirigente española jamás admitirá una revolución nacional regeneradora hecha desde arriba. El caudillo de Costa y Mallada había de ser *necesariamente* el caudillo de la propia corrupción que venía a remediar. A Costa le faltó algo previo a su programa, pero inexcusable, una revolución destructora. Esta ausencia hace de Costa un burgués imperfecto, violento y soñador, precursor de otros burgueses violentos y realistas en grado sumo. No obstante siempre será un mérito de Costa su reducción de lo teórico a lo concreto y su tendencia a huir de las ideologías e impone un espíritu práctico. Precisamente lo más fecundo de él, apenas se ha secundado.

Como resumen y fin oigamos por última vez a Mellada.

«Pero ¡ la patria es inmortal !

Cuando nos reemplace la generación que nos sigue, cuando otros hombres substituyan a los de ahora, esa juventud que no sufrió las tristezas de la derrota, ni el desmayo de las ingratitudes, ni el

desencanto de las traiciones; esa juventud noble y generosa que no querrá una patria envilecida y despreciada, que no querrá una patria corroída por bajas pasiones y miserables rivalidades; esa juventud que no querrá una patria empobrecida y sin aliento, se alzará con brio para regenerarla. Si para entonces los partidos monárquicos se hallan mejor organizados que ahora, esa juventud aclamará entusiasta la mayor edad de D. Alfonso XIII, y llena de patrióticas esperanzas, procurará días más gloriosos a nuestros sucesores. Pero si los males de la Patria continuaran sin enmienda, si a los males de ahora se agregasen otros nuevos, esa juventud querrá respirar atmósfera más pura, volverá los ojos a la República, querrá acomodar el país a nuevas instituciones; y entre esa juventud unida y compacta, resonará la voz de algún caudillo que arrastrará en pos de sí toda la masa al grito de ¡ Viva España con Honra ! ¡ Abajo los explotadores de la Nación ! ¡ Paso a la Revolución Española !

II

OTRO libro cuyo análisis es de suma importancia para esclarecer el proceso del costismo es el de Ricardo Macías Picavea, titulado «*El problema nacional*», editado en Madrid en 1899. El autor se había ocupado, lo mismo que Mallada, de diversos problemas nacionales antes de arribar a su libro definitivo. Sobre todo sus *Apuntes sobre la Instrucción pública en España y sus reformas* (Valladolid 1882) y los ensayos, *Críticas y estudios*.

En las novelas predomina cierta inclinación a la crítica social y al planteamiento de los problemas en función del medio. Así ocurre, por ejemplo, en «Tierra de Campos», novela construida sobre el esquema de *Doña Perfecta* de Galdós, hacia quien el autor sentía una admiración ilimitada, pero acentuando los elementos rurales y las notas

de miseria y rencor de las regiones poco desarrolladas. En *Tierra de campos*, es patente el deseo de crear en la dimensión estética de la novela, ciertas categorías sociológicas, disciplina a la que el autor era muy aficionado. Quien compara *Doña Perfecta* y *Tierra de Campos*, tiene la impresión que el autor de esta última quiso perfeccionar la primera dándole una base social más amplia y profunda como si notara la obra de Galdós excesivamente académica o superficial. Las otras obras que conozco del autor, *La mecánica del choque* y *El Derecho de la fuerza*, llevan a lo mismo, es decir, a un profesor impregnado de lecturas sociológicas, entusiasta de Sales y Ferrer, que está mejor dotado para el ensayo que para la novela.

El libro que ahora nos interesa, *El problema nacional* es un ensayo semejante al de Mallada y hecho con un criterio parecido. También se tiene la impresión que es el libro de Mallada perfeccionado. Parece que fuera el sino de Picavea, ampliar y perfeccionar lo que otros hicieron.

Pero esto no quiere decir que sea una repetición o un plagio. Son dos libros diferentes aunque traten los mismos asuntos y apunten a parecidas soluciones. Hay diferencias temperamentales y distinta actitud ante el compromiso. Mallada se resigna al compromiso y apela a la juventud, Picavea no se resigna, quiere resolver la cuestión aquí y ahora; poner de inmediato la revolución en marcha.

Por lo pronto su punto de partida es distinto. Incluso alude indirectamente, a su antecesor en el tema :

«No han faltado pesimistas que tomando tan largos accidentes históricos por cualidades esenciales, declaran país y raza a inferioridad congénita e irremediable condenados, por pobre de solemnidad el primero, por incapacitado para todo linaje de altos destinos la segunda. Es el mismo error, harto disculpable en flaqueza humana, del que toma por incurables crónicas enfermedades, a veces hasta le-

ves, ni más ni menos que, porque la duración que parece interminable, y la pertinacia, que se antoja invencible del mal, rinden la voluntad y desesperan el ánimo. Más por eso mismo tales situaciones demandan, para ser diagnosticadas y pronosticadas mayor severidad en el uno y temple en la otra. No conviene dejarse imponer por la desgracia, pues también la adversidad tiene sus seducciones».

El optimismo inconsciente de Mallada, que se entrevé en su confianza en una revolución nacional, es en el libro de Picavea un optimismo consciente: el país tiene arreglo, no hay nada intrínseco que lo impida.

Sin embargo, de diferentes lugares del libro se induce que en las ocasiones en las que piensa para sí mismo y con mayor altura, más que optimismo, pues al fin y al cabo no puede desprenderse de un subsuelo irracional de *sí o no*, hay confianza en una modificación del medio. Convencimiento de la inexorabilidad de un principio sociológico de su época: «cambiando el medio cambian los hombres». La influencia del positivismo, al que aludí en un principio, es aún más clara en Picavea que en Mellada.

No se puede atribuir un optimismo fundamental a quien pone en la lejanía visigótica la causa de nuestros males. Si es así, hay algo más que defectos que permanecen porque no se remedian. La tesis de Picavea, que después recogió Ortega y Gasset, es la siguiente. El romanismo es el subsuelo básico nacional. La dominación visigoda sólo fue hábil para acabar de disolver esta antigua provincia del Imperio.

«En una corrupción gris y atónita, sin una sola grandeza, sin una creación sola original de vida política, social o artística. Por ella España ni Italia no son una nación germánica, como lo son Francia e Inglaterra, y... ¡quién sabe si la carencia de esa levadura social en nuestra historia será causa

secreta de la prescrita debilidad que para asimilarse plenamente la civilización contemporánea parecen mostrar, cada una a su modo, ambas penínsulas! ¡qué tan hondas y ocultas raíces suelen tener a veces las leyes y fenómenos históricos!»

El optimismo de Picavea resulta superpuesto y artificioso. Tiene, a veces, la apariencia frágil de la propaganda bien intencionada. Es más profundo y menos forzado el de su modelo Costa, que, al fin y al cabo, se apoya, salvo excepciones, en el tópico admitido de las virtudes raciales de los celtíberos.

Pero sigamos al autor en su investigación científica. Porque, en este aspecto, pretende dar un paso más y perfeccionar la actitud inicial de Mellada. Su libro es un libro científico, aunque de divulgación. «Consideren, dice, los políticos, los partidos, las clases sociales, que nuestro criterio ni es político, ni profesional, ni religioso, ni militar, sino científico.» Y entiende que caracteriza al científico, sobre todo, el descubrimiento de la verdad y que cumple con perseguirla y mostrarla, sin otra intención ni transcendencia. En este sentido, Picavea perfeccionó la obra de Costa, pues en su libro se rechaza, sistemáticamente, toda ideología política. Sólo quedan los hechos y los programas para resolver los hechos. Es verdad que incurre muchas veces en el ensayismo de la interpretación histórica generalizada, pero siempre al servicio del mejor esclarecimiento de un hecho actual. La primacía de la intención de mantenerse frente a las cuestiones actuales en la mayor asepsia intelectual, es clarísima. Si se vincula esto a un gusto por la novela y sus intentos como novelista aparecen en el libro que estudiamos a una luz nueva, es una síntesis de ciencia y estética en la cual la intención científica prevalece. Esto hace de Picavea un precursor ilustre del ensayismo español contemporáneo tal y como lo cultivó D. José Ortega y Gasset.

También Picavea recurre sistemáticamente a la esta-

dística; se debió percatar de que parte del éxito de Mellada estaba en la hábil dosificación y empleo de la estadística y le imita. Cada capítulo tiene una parte dedicada a corroborar con cifras los hechos que aduce.

El libro tiene, pues, una estructura muy sólida a la que ayuda su perfecta sistemática.

No vamos a reseñarle, sino a recoger aquellos puntos que señalan la clara influencia de Costa y la presión de su pensamiento en la vida posterior del país. A través del libro de Picavea, aún mejor que a través del libro de Mellada, se ve claro que en la acción intelectual de Costa está, más que en germen, la pretensión de una revolución nacional totalitaria, de carácter semejante al que después tomaría el fascismo.

Por lo pronto, hay en el libro de Picavea una crítica tan cruel, en ocasiones llega a la ferocidad, como en el de Mellada. En el orden de la cultura comienza con la enseñanza primaria y se pregunta del maestro, α

«¿Hasta dónde no es popular en España la pobre, huera e ideológica pedantería de estos desgraciados, que parecen aquí formados para rigor de todas las desdichas?... Resultados: un setenta por ciento de españoles que no saben leer ni escribir y otro setenta por ciento del treinta restante, que de la instrucción primaria alcanzada apenas logra otro beneficio útil que los que ninguna recibieron; maestros ignorantes, cuasi mendigos, desprovistos de todo prestigio e influencia social, desconsiderados por la plebe y maltratados por los cacicuelos; una masa de población inferior, que por lo que toca a su cultura, apenas puede ser rectamente calificada de población civilizada.»

La enseñanza secundaria sale tan mal parada como la primaria, y la Universitaria no se escapa a los golpes demoledores. Picavea se queja de un saber mandarinesco,

transmitido por autoridad, sin ninguna de las notas del saber vivo y creador.

La crítica llega a ser, incluso, excesivamente minuciosa con referencias concretas a vacaciones y festividades universitarias. El libro cobra de nuevo altura cuando concluye acerca de la cultura española de la época. En principio le niega el carácter de cultura europea creadora :

«Un Doctor español es, casi siempre, un hombre que sabe leer, generalmente traducidos y pocas veces originales, los libros o revistas que escriben los sabios franceses, alemanes, ingleses, italianos, y luego repetirlos...»

Por otra parte, falta la cultura experimental y positiva en la esfera de las ciencias. La barbarie española es proporcional a la ausencia de espíritu positivo y a la carencia de actitudes técnicas en la esfera de las artes e industrias, «ausencia funestísima que da generalmente a las artes e industrias españolas ese aire tosco y bárbaro propio de los pueblos medio civilizados».

He aquí el resumen, culminación digna de esta crítica, que deriva hacia el impropio.

«Nuestra cultura es sólo cultura de segunda mano, epidérmica, yuxtapuesta, no nacional, advenida casi exclusivamente por el arcaduz francés.

Llegan escasamente a media docena los espíritus independientes e investigadores originales que crean y fundan en España.

Es igualmente muy reducido el número de los que en las diversas profesiones científicas son capaces de entender y asimilarse con fruto a esos creadores de primera mano nacionales y extranjeros... Esquivez, hostilidad, zafia bestialidad a veces que opone nuestra bárbara aristocracia intelectual a toda reforma, movimiento y progreso, hasta el punto de no ser raro resultar altos centros univer-

sitarios y docentes, focos de incultura y agrega a la rutina más bien que de ilustración y progreso para sus respectivas poblaciones.

La juventud nueva que sale de tales centros hace bastantes años pone el colmo, con su ineducación, tendencias parasitarias del caciquismo reinante, moral inferior y costumbres flamenquistas, a este cuadro sombrío.»

El lector disculpará que cite tanto textualmente, pero el resumen de estos lugares comunes, que no pierden actualidad, los despoja de vigor e incluso de dignidad moral. Y es necesario que nos percatemos de la aparición de este nuevo intelectual que trata los problemas nacionales con un radicalismo desconocido hasta entonces, y desde la doble idea de Costa: 1.º, no hay muchos problemas nacionales, sino un problema nacional básico que exige un tratamiento total; 2.º, los males del país son males concretos que exigen hacer más que hablar.

Incluso en el orden económico las acusaciones de Picavea conservan aún la lozanía del tópico y su vigencia.

«La vida modernísima industrial es, ante todo, vida fluida, movimiento ágil, ambiente libre y grande para hacer girar con rapidez eléctrica el torbellino de las moléculas sociales útiles... pues en España todo ese modernismo ágil y fundente ha de sujetarse a una administración de Estado egipcia, inventada para las momias; esa fuerza expansiva, cuyo poder por cientos de atmósferas se cuenta, destínase a ser encerrada en los calabozos de unas cobachuelas. Aquí el industrial no puede moverse fuera de esos moldes tenebrosos, de esas galerías subterráneas, donde el tiempo se asimila a la eternidad inmóvil, cuando fuera es rayo fulminante. ¿Cabe esperar resultados de un germen nacido para la libertad, a quien así se encadena?

No hay ponderación que llegue a la realidad represiva de semejante régimen. Sólo el temor que causa aplasta en embrión innúmeras vidas de industrias no nacidas. En otras ocasiones, cuando el sepulturero decreta al germen el permiso de que nazca, se le ha secado la savia, y es ya partícula inerte, imposible para la evolución. Oír a un emprendedor atrevido la odisea (perdóneme Ulises) expedientil de su pretensión a crear una energía industrial en esta patria, devorada de gusanos burocráticos, es asistir al rezo de un calvario doloroso, al Evangelio de la Pasión y Muerte de un Cristo llevado de Herodes a Pilatos, ultrajado, escupido, azotado y no pocas veces crucificado con *Inri* y todo sobre la santa cabeza y aún lanzada en el divino costado, deshecho por las llagas y cubierto por la sangre. ¡No es posible industria con semejantes sayones!»

Aunque Picavea se ha impuesto un optimismo moral, el deber de ser optimista, necesariamente ha de preguntarse alguna vez, o caer en ello a pesar suyo, si no habrá alguna razón psicológica profunda que permanece, pese a las Instituciones, las reformas y los arreglos del medio social condicionante. Apenas hay escritor que preocupado por el tema de Mallada, Picavea y tantos otros, no caiga en esto; en la búsqueda de una característica psicológica que explique todo, incluso la irremediabilidad de nuestros defectos. Picavea se resiste a aceptar esta explicación que equivaldría a una sentencia condenatoria, pero se maravilla del número de contradicciones y, sobre todo, de la tensión continua entre voluntad y emoción, que interpreta como una característica básica para la comprensión de la historia nacional.

«Asusta, al par que maravilla, estudiar nuestra vida colectiva, pública y privada, al través de esa enérgica y persistente psicología de repulsiones y

explosiones, de irresistibles estallidos de la pasión furiosa e impulsiva o de inercias incommovibles de la pasión melancólica y deprimente: el hombre que se revuelve feroz y llega hasta el crimen por inocente quebranto de cinco céntimos en su bolsillo, y ese mismo hombre que contempla impasible como una fuerza brutal le arrebatara toda su hacienda.»

Y todo esto porque la raza española es más pasional que política, según la terminología de Picavea. Es decir, y continuó utilizando su peculiar lenguaje, más determinada por el estímulo irritador de las pasiones, que el resorte dinámico de la voluntad definida por la razón, y orientada según normas y fines concretos. Las pasiones irreprimibles e irreguladas explican la peculiar idiosincrasia nacional.

¿De dónde si no ese predominio morboso del afecto sobre la justicia en todas las relaciones humanas; esa tendencia a convertir en asunto familiar privado y regido por la recomendación lo que ser debe interés público y social regido por el derecho; el abandono por un lado y la resistencia por otro a aplicar el resorte regulador y enfrenador de la responsabilidad, cual si desconociéramos la virtud redentora de la sanción, que posponemos siempre al laxo procedimiento del indulto o del olvido, gustándonos repetir la frase «aquí no ha pasado nada»...

Todo esto que concreta la vida de los españoles en un delirio de ensueños difusos, más que en una vigilia de realidades tangibles, según frase de Picavea, se traduce en tres vicios fundamentales:

- la informalidad de la conducta,
- la perpétua contradicción entre los juicios y las obras,
- la falta de valor cívico

Ómitiré la crítica que Picavea hace de estos defectos. Son tópicos que el lector conoce, aunque pocas veces se hayan dicho con el brío y la seducción moral y agresiva que utiliza Picavea. Elegiré un sólo párrafo de muestra, para que no se esfume en el comentario la actitud del autor :

«Todos hacen críticas «in vivo» y sangrientas de los horrores que se fraguan en las antipáticas covachuelas de nuestra administración, mientras los propios críticos ejercen de sus mayores corruptores; todos en fin quieren regenerar diariamente al ejército, a la enseñanza, a la justicia..., de boca, sin perjuicio de convertir, de hecho, tales instituciones en simples medios de granjería para sus hijos, yernos, hermanos, cuñados y parásitos más próximos de la clientela caciquista.»

El análisis de los defectos nacionales lleva a Picavea a formular la siguiente tabla de valores negativos que definen a nuestro país.

Austracismo — Cesarismo — Despotismo ministerial — Caciquismo — Centracismo — Teocratismo — Unidad católica — Intolerancia — Militarismo — Parálisis de la evolución — Diocia — Psitacismo. Atrofia de los órganos de vida nacional — Olvido y suplantación de la tradición — Pérdida de la nacionalidad — Desorientación — Incultura, ideologismo, vagancia, pobreza, moral bárbara, irreligiosidad decadentista, incivilidad regresiva.

No pretendo seguir al autor en la consideración de cada una de estas categorías, pero creo que tiene interés, para vincularlo después con la opinión de Costa, explicar qué entiende Picavea por austracismo.

Para él la España cristiano-árabe, de los siglos VIII al XV, fue un período de enorme intensidad en la historia nacional por el sinnúmero de fuerzas en acción y la grandeza de las concepciones que chocan; el espa-

cio histórico-geográfico de mayor creatividad de Europa en la Edad Media. La cúspide del proceso está en los Reyes Católicos de quienes es Picavea un entusiasta.

El reinado de Fernando e Isabel es el apogeo y paradigma de nuestra vida nacional. Un ejemplo incommovible que debe servir de guía y ejemplo a los gobernantes que echen sobre sí la carga de regenerar al país. Pero la línea histórica del país se rompió, se introdujo un cuerpo extraño, los Austrias. A partir de aquí todo fue decadencia.

«Carlos V y Felipe II fueron dos césares germánicos que mataron primero el alma de España y luego hicieron servir su robusto cuerpo, el cuerpo titánico que les legaron los Reyes Católicos, a la persecución loca y tenaz de los para nosotros exóticos ensueños e ideales que constituían la tradición perpetua del imperialismo alemán. Y como no eran españoles ni conocían la tradición de vida nacional, ni sentían con el sentir de la raza, ni vibraban con las vibraciones del pueblo hispánico, sino con otras, con las suyas, con las alemanas, resulta, no ya que nos desnacionalizaron, arrancándonos personalidad, espíritu y carácter, sino, lo que es peor mil veces, que no nos amaban, que no se interesaban por nuestra suerte, que usaban de nosotros de nuestras fuerzas, para sus peculiares fines, como se usa del asno prestado o de la hacienda ajena.»

Frente al austracismo sólo ha habido tres actos de defensa, los Comuneros, los Borbones ilustrados y el liberalismo del siglo XIX. Los tres han sido actos fallidos. Picavea lo razona a su modo y del razonamiento puede inducirse cuales obstáculos será necesario evitar, en la Revolución nacional que defiende y cuyo programa constituye la última parte del libro. He aquí lo que hay que evitar y en otros casos conseguir.

- que la Revolución sea prematura,
- que se desboque el individualismo nacional,

- que la oposición al mal resulte inconexa y menos interesada o coherente que el propio mal,
- que se disponga de medios económicos suficientes,
- que las ideas sean nacionales y no exóticas,
- que se disponga de hombres inteligentes y decididos,
- que las ideas y actitudes no sean aparentes o inauténticas.

Sobre este último punto cabe recoger la opinión de Picavea útil y sabiamente exacta, de que en la paradógica estructura de nuestros liberales se descubren dos elementos: «Una sedimentación subyacente de los tres últimos siglos teocrático-cesaristas y una epidermis vestida con el pantalón y el gorro rígido de la populachería francesa».

«¡ Frailes por dentro; jacobinos por fuera !»

Para que no se den tales obstáculos y conseguir la lenta pero eficaz elevación del país al nivel europeo, es necesario substituir la organización político-administrativa por otra nueva.

Tan claramente ve esto Picavea y tanto urge a su juicio empezar, que ataca incluso, encubiertamente a Costa.

¿No se ha ya plenamente demostrado que, para curarnos, hay que empezar por volcar rotundamente la informe mentira del sistema político vigente, causa única de las desdichas de la patria? ¿Por qué en este caso políticos, publicistas, representaciones del país, las Cámaras de Comercio, la *propia* Asamblea de Zaragoza..., hasta, en parte, la mismísima Cámara Agrícola del Alto Aragón, andan inventando artificios y rodeos, sin atreverse a irse a fondo, sin coraje para decir *toda la verdad* y sobre todo para enderezarse hacia su triunfo ¡ «Cobardía Civil» !

Como luego veremos, Costa desatendió el exabrupto, por su perpleja voluntad de hierro.

La Revolución Nacional que Picavea defiende tiene

que afectar a todo, incluso a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, pues no hay que olvidar que para el autor «España es en estos momentos —en los que escribía Picavea— el pueblo más irreligioso, indiferentista y prácticamente ateo de Europa».

¿Pero una revolución profunda que substituya las instituciones básicas o corrija las relaciones entre ellas, habría de respetar la Monarquía? Se plantea de este modo, una vez más, el problema de las formas de gobierno. La actitud de Picavea continúa orientándose según el criterio de la utilidad y la economía del esfuerzos. Puesto que tenemos Monarquía, aceptémosla, cambiemos lo necesario para hacer de ella una monarquía nacional, pero no intentemos un cambio que plantearía la cuestión en el plano doctrinal y en el práctico desde los orígenes del poder. A Picavea, en general a los autores de la línea que estudiamos, no les interesa el origen del poder o el problema de la soberanía, o la teoría de las formas de gobierno. Es, en este sentido, el suyo, un punto de vista absolutamente nuevo, «costismo», desde el cual la política es simplemente gobierno y estructura y función y sociales.

El lector se percata de que hay un descenso brusco de las discusiones teóricas de los intelectuales políticos que hacían filosofía de la historia y filosofía del poder en el Parlamento, a estos libros que consideran las cuestiones políticas en cuanto problemas de organización y convivencia. Esta es la mentalidad de Costa que en cierto modo era incapaz de salir de lo concreto e inmediato y del mundo dinámico de las soluciones. Estar en la gobernación más que en la explicación y conjetura parece que era frecuente en los intelectuales españoles anteriores al 98.

El monarquismo de Picavea, lo mismo que el de Mallada, tiene un fundamento exclusivamente de hecho y utilitario. Son monárquicos porque en las circunstancias por las cuales atraviesa el país la Monarquía es lo más *conveniente*. No se discute una sola cuestión de principio. Lo importante es poder gobernar y gobernar bien.

«Si hoy nos gobernase una mediana República, teniendo enfrente una oposición monárquica sin ningún fuste, propondría la continuación y mejora de dicha República hasta hacerla instrumento de gobierno nacional. Como ocurre precisamente el viceversa, el viceversa propongo. No estamos para malgastar tiempo ni fuerzas dando nuevas batallas por viejos ídolos, que tan exhaustos nos dejaron, y todo espíritu sano para quien la nación, la patria y la civilización sean nortes de vida ineclipsables por estrellas fatuas, no puede pensar, ni sentir, ni obrar de otra manera. Aparte los mil peligros que nos rodean y acechan, ¡buenos estamos para ponernos a hacer ahora una guerra por la República o por un D. Carlos que no representan una solución nacional, ni siquiera definida! Porque ¡ah! si cualquiera de esas dos políticas la representara... aceptar pues, en calidad de hecho insustituible, la Monarquía actual, pero nacionalizarla.»

A partir de aquí resumiré el programa de Picavea para orientar, hacer y cumplir la Revolución Nacional. Por lo pronto acabar con los partidos.

«Se acabaron los llamados partidos, que no son sino bandos asoladores de caciques, explotadores y enemigos del Rey (e igualmente de la República siendo republicanos) y del Pueblo, del Ejército y de la Iglesia, de la Justicia y de la Enseñanza, del Estado y del ciudadano, de España entera, víctima de sus insaciabiles ambiciones y bárbaras rapiñas. Toda esa borra insepulta de conservadores, fusionistas, federales, republicanos progresistas, centralistas, íntegros, unionistas-católicos, carlo-eclesiales y carlo-fin-de-siglo hay que barrerla al hoyo del spoliarium hasta enterrarla, esterilizar y antiseptizarla en lo más hondo de donde nunca debió salir».

En la lógica de las cosas está que suprimidos los partidos se acabe con el parlamento. Picavea titula uno de sus capitulillos «¡Fuera Cortes!». Es incuestionable por la alusión sistemática de las cuestiones de principio, que la actitud marginal a toda ideología que no sea la nacional de estos escritores, les permite con una comodidad envidiable suprimir órganos que, partiendo de una filosofía de la política, son inexcusables. Un demócrata liberal no puede decir ¡fuera Cortes!, un republicano no puede aceptar así como así la monarquía. Para Picavea todo esto es fácil porque sólo emplea una medida, la utilidad nacional. No es útil para la nación, pues ¡fuera!

Las Cortes son imposible en España. «Todo lo perverso y nocivo tiene allí un asiento: instrumento forjado para el mal sólo y fatalmente». No excluye el autor que si se logra la regeneración nacional, las Cortes reaparezcan, pero en todo caso pide «diez años como plazo mínimo sin Cortes».

Por otra parte, el problema de las cortes se acentúa si se tiene en cuenta el acentuado espíritu descentralizador y regionalista del autor. Es notable que un castellano viejo, santanderino, comprenda con tanto acierto la necesidad de construir autónomamente las regiones, con una autonomía que llega a rozar el federalismo. Quizás Picavea no ha visto que su exaltación nacionalista, e incluso su petición final de ¡un hombre! se contradicen en el orden práctico. Un poder gerárquicamente disciplinado, en función de la voluntad de un *Princeps* no se aviene con la descentralización y la autonomía. Es una de las contradicciones básicas del libro.

«Es indispensable la autonomía; es necesario el regionalismo. Lo pide España entera. Lo pide la intelectual Cataluña, que no es posible que sufra sin rasgamientos interiores la tiranía de la inepta caciquería madrileña. ¿Cómo no recordar la información publicada sobre la materia por *El Liberal*, donde figuran documentos memorables de una pru-

dencia y una sabiduría, que no les vendrá mal aprender a muchos altos madrileños para educarse y aprender a pensar y hasta a escribir? ¡Y se quiere que gente de esa altura vaya a supeditarse sin repugnancia a un gobierno central de hombres decadentes e inferiores? La piden las provincias Vascas, que con sus santos fueros se han conservado el paraíso de España. La piden Valencia y Asturias, dos regiones prósperas en víspera de engrandecerse. La piden todas las demás regiones de España, que ya no pueden con la carga madrileña».

Todo esto y mucho más que pide Picavea ha de hacerse con instrumentos nuevos. Un nuevo sistema político-administrativo e, incluso, económico tiene que subsistir al que rechaza. ¿Cuál es ese sistema? Para no hacer citas demasiado prolijas, reduciré a unos cuantos puntos básicos el programa defendido por Picavea.

a) Corporativismo. — El tópico de la pulverización de la sociedad moderna y de la destrucción de los valores morales y materiales por la desintegración en moléculas aisladas lo maneja Picavea con gran vigor. Para evitar los males de «esta pulverización y dispersión del ser humano», propone un sistema corporativo en el cual «se transforme cuanto sea posible las nuevas empresas de producción industrial mercantil o agrícola en instituciones u órganos sociales unidos por todos los lazos de la vida, no ya sólo económica, sino moral».

Huyendo de un tópico se cae en otro que tenía en Europa una gran vigencia, que se fue imponiendo como esquema ideológico para las pseudo-revoluciones burguesas y que concluyó con diferencias más o menos profundas, siendo la base del fascismo.

b) Este mismo sentido corporativo se aplicará a la representación política que ha de subsistir a la farsa de las antiguas cortes. Serán los gremios los que ofrecerán la base laboral y humana para el nuevo sistema representativo, reuniéndose en asambleas libres y designando un

corto número de individuos que constituirán un consejo permanente en el que «habrán de estar representados todos los ramos de la actividad social que son también los ramos de la administración. Se llamará *Consejo Nacional*.»

c) Aplicando el criterio «orgánico» que predomina casi con exclusividad en la obra de Picavea, describe un proceso que va desde las «hermandades» de concejos a la autonomía regional. Como ya hemos indicado se llega prácticamente a un semi-federalismo pues cada región tendrá un Gobierno Regional con amplias atribuciones, elegido por los gremios e instituciones regionales.

d) Incremento de los elementos técnicos que es correlativo a la ausencia de ideologías. Se pide una administración técnica y no política, un alto índice de conocimientos especializados en los funcionarios, el aumento en la dimensión «práctica positiva de la enseñanza».

Entramos por último, en la cuestión que pone fin a la obra de Picavea, ¿quién ha de llevar a cabo estas reformas? Propone y contesta a la pregunta del capítulo XXII ¿quién lo ha de hacer? El epígrafe que abre el capítulo es, en cierto modo, la contestación «Un hombre».

«Consignemos esta verdad de la ley moral y la experiencia histórica. Este, precisamente, o jamás lo hubo en la vida, es el momento para España de la aparición de *un hombre*, del hombre histórico, del hombre genial, encarnación de un pueblo y cumplidor de sus destinos. Este, este es el ambiente de necesidad, ésta la condición ajustada, este el minuto supremo ¿por qué no sale? He aquí el campo de lo incognoscible y desconocido... Repito que la hora presente en España es la hora de un gran corazón y una gran inteligencia de ese fuste. Sólo bajo su dirección cabría la certeza del éxito, por cumplir cuantas condiciones para él son necesarias. Patriota ferviente, encarnaría en todas sus resoluciones el alma de la Patria; una mano de hierro, ante ella caerían, como ante el rayo las torres cuarteladas,

oligarcas, banderías y caciques; Apóstol y Mesías del pueblo, la sacudiría su modorra y despertaría su fe y sus entusiasmos; alta inteligencia, barrería hasta las últimas telarañas de nuestro fanatismo y nuestra barbarie, procurándonos en cambio, inundaciones de civilización; actividad ubícua e indomable, a todo acudiría y nada dejaría sin la visita de su superior espíritu; poder robusto y triunfante, infundiría donde quiera respecto a nuestros enemigos o extraños; artista de naciones renovaríá grande y floreciente la nación hispana. Prevenid un buril de ese numen y esa energía y, nadie lo dude, la estatua estará hecha. Sin él, en cambio... ¡ Toda obra resultaría incierta y precaria !»

Picavea ha saltado, inconscientemente a un plano absolutamente falso. Es incuestionable que escribe haciendo propaganda de un tópico que en el fondo no comparte. Picavea era consciente de que un hombre así no existía. Una de las razones básicas de su inexistencia es que no se apoyaba en ningún mesianismo. No era un elegido de Dios, sino un hombre excepcionalmente dotado para la vida práctica y la convivencia.

Un mecanismo sumamente sutil de difícil descripción. Y le llevo a imaginar un imposible en principio para encontrar vía libre a un entusiasmo que está reprimido con dureza en el transcurso de la obra, y en segundo lugar para tener una fórmula disculpatoria de las propias flaquezas de su proyecto. Es curioso como aparece, y crece en España el mito del grande hombre, del héroe salvador de la nación. Aparece como consecuencia de no haberlos tenido. Costa se impregnó de esta idea del héroe social y nacional, leyendo a Gracián y Quevedo y soñando sobre el Cid y desde Gracián a Costa hay, en el fondo de esta ficción estética consoladora y compensadora, la falta de héroes rigurosamente nacionales. Entiendo por héroes personalidades que, de una manera u otra, se identifiquen por la posteridad como realizadores en el ámbito

peninsular de los deseos del pueblo, que hayan superado situaciones especialmente difíciles. Desde el Cid parece que esta posibilidad no se repite. Precisamente esta ausencia y la conciencia de esta ausencia han fomentado el mito del hombre excepcional que culmina en el siglo XIX como una fórmula estética por la que se libera el sentimiento profundo de que el acuerdo y paz entre los españoles es en principio tarea imposible para los españoles.

Picavea sospecha lo mismo y plantea la posibilidad de que el hombre superior no aparezca, en cuyo caso pide que la burguesía realice la *Revolución Nacional*.

«Ante la pavorosa sentencia «España perece pronto, perece totalmente, sí pronto, radical y totalmente no se cura y renueva», ante nuestra desgracia de no deparársenos el hombre capaz de ser artista de ese renacimiento, uno de esos grandes hombres, guías y redentores de pueblos..., la nación española, y en nombre de ella sus elementos conscientes y directores, deben sentir la solemnidad del momento supremo, deben agitarse en el escalofrío intenso de las grandes sacudidas, deben pasar por el pasmo hondo de las crisis renovadoras que transforman la personalidad y cambian su ambiente normal externo e interno, deben sufrir el golpe de la sangre que hincha el corazón y el latido del alma que ilumina el cerebro... y toda esa transfusión vibratoria y efusiva llenarla con una idea cívica, la idea de la patria en peligro y con un único verbo, el verbo de España rediviva. Esta es la ocasión ¡o nunca!».

Hay en el pensamiento y proyecto de Picavea, tan próximo al de Mallada, algunas contradicciones internas que deseo exponer:

1.º El criterio científico que se propone seguir Picavea funciona con bastante rigor en la parte analítica y denunciadora de los males de la patria, pero no se aplica

en su programa que parte, fundamentalmente, de la hipótesis de un *hombre excepcional* y de un *sentimiento conjunto homogéneo de buena voluntad y amor a la patria*, que pone a su programa en contradicción con sus supuestos.

2.º No aparece en el libro crítica ideológica ninguna. Las ideologías se consideran inoperantes porque el autor personalmente no sustenta ninguna, salvo el nacionalismo que se convierte en «ideología de ideologías». El supuesto es falso y, como el proceso histórico demostró después, peligrosísimo. En España había a fines de siglo ideologías más operantes o tan operantes como el nacionalismo y fue un grave error desconocerlas.

3.º El autor apenas sale del ámbito de la burguesía conservadora. Interpreta la sociedad española como una unidad definida por la burguesía. En su libro no aparece el proletariado, ni la lucha de clases, ni ninguna de las categorías básicas que definen la tensión social moderna.

4.º Defiende una Revolución, realizada por la burguesía, apoyándose en el nacionalismo. Son supuestos contradictorios. La burguesía no es, por definición, revolucionaria y menos apoyándose en el nacionalismo, ideología nacida y desarrollada como un sistema de protección de los intereses burgueses. Es un error cuyo mayor dogmatismo pertenece, en el origen, a Costa.

Es a mi juicio claro, y estas últimas conclusiones habrán contribuido al logro de la claridad, que en Picavea hay más que en gérmen un totalitarismo de signo fascista, que como veremos, procede de Costa, del que ni siquiera falta el hombre providencial. El totalitarismo de Picavea, lo mismo que el de Mallada, gravitaron con enorme fuerza sobre cierto sector del grupo generacional que maduraba en España hacia los años treinta. Tanto Mallada, como Picavea, como Senador, se leyeron mucho más que se supone.

No obstante, Picavea era un hombre honrado, poseído de buena intención que buscaba soluciones para el conjun-

to del país. Por estas sus condiciones de buena intención y honradez, cabe, desde nuestra perspectiva histórica, decir de él que fue la peculiar situación de subdesarrollo del país lo que motivó su error.

III

A fines de siglo publicaba Fuillée en la *Revue des deux Mondes*, un trabajo acerca de España que despertó grandísimo interés. Fue uno de los estímulos que condicionaron bastante de las respuestas del grupo «del 98», sobre España, su significado y su destino. A Fuillée se le consideraba entonces por los intelectuales españoles un gran sociólogo y ciertas ideas suyas, por ejemplo la concepción de la ideas-fuerzas, estaban tan divulgadas como las de H. Taine.

Fuillée sostenía que los males de España eran simplemente históricos, y que no había ninguna condición racial ni psicológica que determinase la incapacidad del español para organizarse y convivir. A juicio del filósofo francés el vicio nacional había sido la pereza. El ejercicio de las armas y el ejemplo de la esclavitud americana produjeron un inmenso desdén hacia el trabajo y los oficios llamados serviles. La aversión a las novedades, el imperio de las formas y de la vida imaginativa le parecen caracteres permanentes del pueblo español. Después de China, España es el país donde hay menos sabios y más mandarines: doctores, licenciados y bachilleres en las cuatro facultades, todo ello en un Estado artificial, agotado en las guerras de Carlos V y la conquista de América. Parece que las conclusiones de Fuillée habían de ser tan sombrías como las de Mallada, pero no; con relación a España finisecular, Fuillée es optimista. España mejora, su comercio mejora, su industria crece, su educación se perfecciona.

«Ya los filósofos, concluye Feuillée, y sociólogos de España hacen constar que una gran reacción en

sentido de mejora actúa en su país. El espectáculo de la prosperidad y de la fuerza que otras naciones deben al trabajo, la conciencia creciente de las lagunas de la moralidad española, la cultura positiva que llega cada día de las regiones industriales y comerciales de la península y que contrapesa el falso idealismo de los espejismos deslumbradores aún predominantes en el centro y en el medio día: el fondo sano y vigoroso de la mayor parte de la nación, que después de haber vivido como un sueño secular en la esfera de la acción refleja y de los instintos elementales, está pronta a despertarse y obrar; el descrédito de que son objeto las retóricas, en el propio país del énfasis heroico, el favor que empieza a concederse a los elementos reflexivos y prácticos una política, en fin, sensata y previsora que honra y defiende el trabajo nacional, la progresiva eliminación por una selección inevitable en nuestras sociedades modernas de todo elemento que no sea la virtud y el esfuerzo personales, el sentimiento más *humano*, más eficaz y más verdadero que penetra hoy hasta en las convicciones religiosas tanto en España como fuera de ella, todos estos hechos dan la esperanza que, poniendo fin a su derivación secular, España volverá a las grandes vías a cuyo término la historia entera muestra la verdadera condición. Nadie puede imaginar cuantas riquezas duermen en el seno de las naciones. El patriotismo las descubre y el amor a la patria lo tienen los españoles, como decía Camöens, *naô movido da premio vil mas alto e quasi eterno*».

El canto de vida y esperanza del profesor francés produjo profunda impresión en las minorías cultas españolas, apenas hubo intelectual que no lo leyera e interpretara a su manera. De las diferentes reacciones, elegí una, ex-

plícita, que constituye un libro más en la serie de los que recogen la acción de las ideas de Costa. Me refiero al libro de Luis Morote «La moral de la derrota» (Madrid 1900).

Morote es un entusiasta de Costa y uno de los pocos que ven claro la influencia decisiva que sus ideas tuvieron en España. Morote toma como base de su explicación de los males de España la teoría que Costa encerró en una frase: «Doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar». Esta debe ser a su juicio la fórmula de nuestra regeneración. Su admiración por Costa está fundamentada y parece sincera. / π

«Repárese que muchas de las cosas que parecen hoy novedad y descubrimiento recientísimo de medicina regeneradora, estaban ya contenidas en las múltiples campañas del Sr. Costa. Se le ha pretendido disputar, no sólo el mérito de haber señalado el primero ese camino de rendición el (agrario) sino el nombre metafórico con el cual le bautizó de «*Política Hidráulica*.»

Para Morote, Costa es uno de los cerebros más poderosos, de las inteligencias más sólidas y de saber más intenso: verdadero hombre nuevo... que representa como nadie en España la doctrina sociológica evolutiva...

Pero volvamos a la explicación que da Morote de la continuidad y persistencia de los males de la patria. De acuerdo con Feuillée cree que la raíz es meramente histórica. Todos los capítulos de su libro acaban con un estímulo esperanzador. El principio es: «la regeneración de España ha comenzado». Este optimismo le separa fundamentalmente de los demás escritores que hemos visto. Son las dos direcciones que proceden del impacto de Costa: La dictatorial o totalitaria una, la meramente reformista otra. Esta última es menos clara, aunque sus seguidores se reconozcan continuadores de Costa, lo que demuestra que en el fondo de la actitud y de la doctrina

costista late un sentimiento de jefatura fácilmente convertible en dictadura. No en vano el dictador General Primo de Rivera dijo en la inauguración de un grupo escolar de Vallecas :

«El régimen sigue la política del gran Costa; dispensa y escuela, agricultura y enseñanza primaria, a la que desde el principio declaró su preferencia; pero Costa, desde que la dictadura coincidió con él, ha pasado a ser para los vanguardistas un valor de segunda fila, lo cual no quita que, aun muerto, su poderosa inteligencia y su corazón sano y patriota, incapaz de alianzas bochornosas, aunque muchas inconscientes, con elementos extranjeros, negociantes y demoledores, luzca aún con esplendores a que no quitarán brillo en mucho tiempo las menguadas lucecillas del sector de intelectualidad declarado en franca rebeldía. (1)

Morote decía :

«Si España no desaparece, esa labor, la de Costa, no será perdida y un día vendrá en que sean un dogma para toda clase de gentes y partidos las ideas que perseverantemente, como verdadero aragonés, viene predicando hace un cuarto de siglo el señor Costa, sin que se le oiga ni se le atienda, y sin perjuicio de que llegada la hora de la regeneración se le aparte a un lado, como profeta molesto de desdichas al que no se le puede perdonar que haya acertado.»

Hay bastante de esto que denuncia Morote. Se produjo en torno de Costa una especie de silencio menospreciativo, un olvido estético hacia el hombre que se había atrevido

(1) Dionisio Pérez. «La Dictadura a través de sus notas oficiosas». 1930. Pág. 257.

llamar a España uno de los más ruines e incómodos arrabales del planeta. Un señor apellidado Martínez Ruíz, supongo que el posterior Azorín, decía en *El Progreso*, periódico de Madrid (22 de abril de 1900) que Costa quería prescribir «la abnegación, el heroísmo, la generosidad, la nobleza, todo lo que hay de grande y sincero en nuestro pueblo».

Ya hemos indicado en el capítulo primero que el grupo generacional estetizante que llamamos del 98, no admitió a Costa. Particularmente los grandes escritores le silenciaron. Es una actitud análoga a la de Castelar, que no lee apenas y el motivo profundo está en que Costa denunciaba como un mal la visión estética que por un curioso proceso que analizaremos luego, se había alzado como concepción del mundo contra Costa y su sensata afirmación, que había que abaratar la patria para que nos sintiésemos contentos de ella (1).

Pero dejemos esto y volvamos a nuestro republicano optimista y entusiasta Sr. Morote. Para este ensayista, que sigue a Costa o que está al menos impregnado de su espíritu, la verdadera grandeza de España consiste en haber sido una de las naciones más industriosas de Europa. Posteriormente a partir de los fueros de la Casa de Austria, el país se agotó en esfuerzos sin fin que aniquilaron su economía. De aquí la tajante afirmación del autor; «La decadencia de España consiste en el olvido o en la violación de las leyes económicas». De aquí que la ilustración consiguiera cambiar el país, simplemente porque se atuvo a las exigencias del primado de lo económico. De aquí también las esperanzas que el autor pone en las

(1) Es curioso el folleto de D. Alfonso Pons y Umbert, cuyo tema es «*El Salón de Conferencias*» (Madrid, 1916), que elogia la oratoria política, pocos años después de la muerte de Costa. «Yo os digo, Senadores mudos, Diputados mudos, los que murmuráis y aun maldecís de los oradores, yo os digo que es llegado el momento de que habléis, para que sepamos qué pensáis, qué sentís; hablad todos, pues quizás se halle entre vosotros, oscurecido ahora, el futuro estadista, el futuro orador que haya de redimirnos, salvarnos» (pág. 7).

Asambleas de las Cámaras de Comercio y en la Liga de Productores. No son organismos políticos, en el sentido de ser partidos, son organismos económicos que subestiman la política en cuanto lucha por el poder.

En este punto se separa Morote de Costa, oscila dijéramos entre Costa, Azcárate y Moret. Azcárate estimulado por la insinuación a las Cámaras de Comercio, según idea de Costa, para que se organizara una representación por gremios y clases, pronunció una conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil que fue muy discutida. Se titulaba la «Representación Cooperativa». Según Azcárate las Cámaras de Comercio podían caer en estos errores :

- 1.º Instituirse en órgano político y querer prescindir de las instituciones políticas en cuanto tales partidos políticos, para la realización de la voluntad nacional. No se comprende, decía Azcárate, Ministerios de Agricultores o comerciantes.
- 2.º El olvido de la política como expresión de idea los democráticos rectores de los intereses económicos.

Morote está fundamentalmente de acuerdo. Su idea básica es la siguiente : que los partidos políticos subsistan pero que se impregnen del espíritu de convención y preferentemente económico de la Liga de Productores, Cámara de Comercio, etc.

Por su parte Moret, pronunció el 18 de noviembre de 1899 un discurso de apertura de las Cátedras del Ateneo titulado *Las causas que han producido la decadencia y desprestigio del sistema parlamentario*.

Moret ve como vicios fundamentales el predominio de los partidos sobre la institución, y la falta de una organización adecuada para el trabajo efectivo. Estos defectos se pueden arreglar, pero no se puede prescindir del Parlamento; copiamos un párrafo de Moret :

«Decir como frecuentemente se oye, y acaba de repetir un escritor de grande ingenio, que es preciso sustituirlo con algo, no sólo no es decir nada sino que es afirmar implícitamente que los hombres pueden regirse y gobernarse por otro sistema que no envuelva la manifestación de sus opiniones, el cambio de sus ideas y las resoluciones por mayoría; y como esto ha sido siempre y ni las edades ni los pensadores han encontrado otra fórmula para dirigir la vida colectiva, lo mismo en las corporaciones políticas, que en las religiosas, que en las científicas, que en las industriales, sería más bien descifrar un enigma, que estudiar un problema de sociología, buscar la substitución de lo que por ser producto de la naturaleza humana, es irremplazable e insubstituible».

Moret alude a Costa y en el fondo plantea esta cuestión: ¿substituir el Parlamento significa implantar la dictadura? Los parlamentarios, republicanos, o no, vieron claro. Quien permaneció en una perplejidad difícil de explicar fue Costa. Por múltiples razones, entre otras temperamentales, se inclinaba por la dictadura, pero no quería prescindir de la democracia.

Morote sigue a los parlamentarios. Escoge el Costa más débil y casi inexistente Costa republicano y liberal. Costa era prácticamente indiferente a las formas de gobierno. Morote se inclina por la república. Es cierto que su posición no parece en el orden técnico muy firme, pero también es cierto que al contrario de Mallada y Picavea, hace profesión de fe republicana y no de indiferencia respecto de las formas de gobierno. Se acoge a citas numerosas de diferentes autores pero da preferencia a esta de don Adolfo Posada, quien,

«repara que en las Monarquías, el Jefe del Estado «es una persona irresponsable, determinada de por vida y por lo común según el principio hereditario».

y en las repúblicas las funciones del Estado «se ejercen en virtud del principio de la vocación y de la aptitud personales y todos los funcionarios son responsables». Si no hubiera otras razones, agrega Morote, para que la república fuera el objeto de nuestras preferencias, de nuestros amores, de nuestro culto eterno, habría esta, la de las indudables ventajas de la responsabilidad y de la vocación y aptitud personales, que hacen de esta forma de gobierno, no solamente la única compatible con la dignidad humana, sino también la única conforme con las condiciones de la vida moderna.»

Morote, lector de *Max Nordau* y de *Spencer* quiere buscar una solución que de contenido a la República y haga realmente nacional la democracia, porque la lectura de H. Teine entre otros, le han convencido de que cada medio social requiere instituciones propias y bien diferenciadas.

Sospecho, a través de la lectura del libro que comento, de Morote, que pertenece a nuestro autor de lleno al espíritu y acción de la Institución Libre de Enseñanza en la época segunda, cuando la dirigía e inspiraba don Francisco Giner. En esta segunda época, por un proceso general en los pensadores más útiles y serios del momento, la institución derivó a lo que llamaba Posada *Krausismo positivo*, es decir, krausismo concreto, o práctico influido por la mentalidad inglesa a la que tanto admiraba Giner. Costa se había alejado del krausismo positivo. Había perdido casi todo contenido dogmático intelectual. Su pensamiento se centraba cada vez más en la acción y en la eficacia.

Un aspecto interesante de la obra de Morote es su afirmación de la vida local y la censura de la parálisis general engendrada por la centralización. Por lo pronto es amigo de un sistema protector y fomentador de las autonomías corporativas. En esto, como en muchas otras cosas sigue a Costa y lamenta que nuestra vinculación

al espíritu francés nos haya llevado a una centralización perjudicial, que no se aviene con las necesidades nacionales. Vincula pues corporativismo y descentralización aunque en el plano administrativo y no en el político. Costa había llevado el proceso también al plano político. Para Morote los que han logrado concretar en un plan y una hueste la reivindicación regionalista cometen dos errores: 1.º Inspirarse exclusivamente en la escuela histórica, 2.º particularizar la cuestión encerrándola en los límites de una región, de su patria chica. Ante estos dos errores se acoge el autor a la opinión de una de sus autoridades ya citadas, Azcárate que discutiendo en la Academia de Ciencias Morales y Políticas sobre el tema «*Hasta qué punto es compatible en España el regionalismo con la unidad necesaria del Estado*», desarrolló la doctrina que a Morote parece mejor. De acuerdo con tal doctrina hay que rechazar todo lo que implique dependencia, como el protectorado, hay que rechazar la Unión Real y las ligas o alianzas que implican varias soberanías. El ideal es a su juicio una descentralización administrativa y cultural compatible con la unidad política.

«Sí, restablezcamos el culto a la patria del hogar, del campanario, de la escuela en que aprendimos las primeras letras, del cielo que primeramente nos alumbró y cuya belleza disputamos como única: pero para que ese culto nos lleve al territorio, al vuelo de la bandera nacional, de España más querida cuanto más postrada...» etc.

Costa era menos inocente. Interpretaba la patria en función, aunque no siempre ni exclusivamente, del bienestar y en este sentido regionalismo significaba para él descentralización económico-administrativa cualesquiera que fuere su repercusión política.

Con esto dejamos a Morote, republicano culto y progresivo, que creyó de verdad que a raíz de la derrota del 98 había comenzado la regeneración de España y que

confiaba en que un nuevo espíritu animase al cuerpo viejo, sin necesidad de recurrir a ningún hombre excepcional, otra de sus diferencias con Costa.

«Grave yerro sería pedir por caridad un general que nos salvase, un tirano que nos redimiese, sin pensar que el caudillo que necesitamos es un hacendista que nos saque a flote, y el tirano que nos hace falta es el maestro de escuela que disipe las sombras de la ignorancia nacional.»

Quizás el lector heche de menos la explicación totalizada que Morote, como la mayoría de sus contemporáneos, da de los males de la Patria.

Es sumamente ingenua y simplifica y reproduce muchos criterios ajenos, especialmente los de Costa. La pobreza física del suelo y el desgobierno, particularmente el de los Austrias, produjeron en el español el afán inmoderado de aventuras. La aventura quijotesca, la aventura del Imperio, la aventura quijotesca personal de cada uno. La aventura unida a su expresión mejor, el afán guerrero, los interpreta el autor como raíz de los males de España. Pide pues un pueblo pacífico, regenerado por la reforma que cree que se ha iniciado en su tiempo.

Tiene Morote, como los autores anteriormente mencionados, mucho entusiasmo y buena voluntad, pero quizás, menos capacidad para la decepción en cuanto confiaba menos en las reformas absolutas. Quienes trabajan con mentalidad de revolucionarios y piden cambios totales sufren decepciones más profundas que quienes confían en el progreso, la adaptación y la reforma parcial.

Queda aún, aunque me aleje un poco de la reciente promesa de dejar a Morote, una cuestión por aclarar. ¿Está también en la línea «científica», tan fomentada por Costa, de recurrir a la estadística y los informes técnicos? Incuestionablemente está. No era un científico, ni siquiera un especialista, pero tenía la pretensión, mantenida con honradez poco común, de opinar con objetividad. Hom-

bre de muchas lecturas no da un paso sin acogerse a una autoridad y cuando la cuestión lo requiere recurre a las cifras o indica el autor que las da. También odiaba la retórica como encubrimiento de la ineptitud. Este era un tópico en el que caían hasta los mismos que practicaban el charlatanismo o la oratoria convencional o fácil.

El antireterocismo era la moda del tiempo y de él se abominaba en Ateneos y Academias. Tengo ante mí un folleto modelo: El discurso de D. Jacinto Ribeyro y Soulés, leído en el Ateneo de Jerez el 23 de mayo de 1900, titulado «Influencias de las cuestiones económicas en la vida de los pueblos.»

Dice el autor:

«En vano es que los proyectos de reorganización social se revistan de la más frondosa hojarasca. En vano que la más brillante palabrería y los más enrevesados términos sirvan para fascinar incautos. A todos estos sistemas les falta la luz de la verdad: y sin ella su existencia es precaria y su propaganda estéril. A ellos es aplicable la moraleja de la conocida fábula de Iriarte.

«De qué sirve tu charla sempiterna
si tienes apagada la linterna.»

Podría citar sin demasiado esfuerzo, cien conferenciantes más que por estos años finiseculares decían lo mismo.

IV

COMO cuarto ejemplo de reflexión con pretensiones de positiva y científica, no meramente estética, del problema español, he escogido el libro de D. Damián Isern, titulado *Del desastre nacional y sus causas*, publicado en Madrid en 1899. La tendencia práctica enemiga en absoluto de novelorías y exaltaciones retóricas, de Isern, se había evidenciado unos años antes de publicarse el

libro citado, en otro, en dos tomos, cuyo título ya es indicador, *Problemas y teoremas*. No se trata de un libro de matemáticas, sino de Ciencias Sociales. En la mentalidad del autor la corriente positivista había influido profundamente, por lo menos en orden al método, aunque, como vemos Isern se negaba a admitirlo.

En el prólogo del *Desastre Nacional*, expresa los puntos de vista de concreción y técnica que le han guiado :

«Ofrezco al público un álbum de fotografías tomadas de realidades sociales, económicas, jurídicas, políticas y militares y he de añadir que en ellas he atendido más a la atenta observación que a ideas preconcebidas, a los rigores de la exactitud que a las exigencias del arte, a la fidelidad de la expresión que a las galas del bien decir».

Desde luego Isern no era admirador de Costa. Procura eludir incluso su mención y en el prólogo que acabamos de citar se mete con la asamblea de Zaragoza. A su juicio el odio de la opinión, odio injusto por lo indiscriminado, a los políticos, ha producido una reacción que se manifiesta en el éxito de la Asamblea de Cámaras de Comercio de Zaragoza.

¿Puede explicarse de otro modo la resonancia que han tenido las asambleas de Valladolid y Zaragoza, en una nación como esa, donde saben todos que gran parte de nuestros comerciantes son defraudadores del público y del Estado a un tiempo, cuando no envenenadores de la masa social con las sustancias adulteradas que le venden, productoras en muchos casos de enfermedades endémicas que diezman constantemente y sin piedad por modo especial a nuestras poblaciones obreras? ¿No existe entre los directores de ese movimiento, y es público el caso, quien por mucho tiempo ha tenido oculta una riqueza para substraerse mejor a los deberes de la justicia distributiva en materia de contribuciones e impuestos?

No sabemos con exactitud a quienes se refería en el prólogo, pero a Costa, entusiasta de sus propias virtudes y alma del movimiento, no le debieron gustar los ataques de Isern. Por otra parte, el libro de éste es una denuncia permanente y documentada de los vicios nacionales. Precisamente en lo que tiene de denuncia va implícita la demanda de arreglo y el deseo de regeneración. Pero de modo explícito el libro no pasa de «fotografías» del mal aceptando la expresión que el autor emplea en el prólogo.

Ahora bien, la antítesis con Costa es explicable pues Isern plantea como fundamento de su libro esta cuestión. ¿El positivismo, el utilitarismo, incluso el antiparlamentarismo sin discriminación no habrán ocasionado una indiferencia escéptica, raíz de todo mal? Es este planteamiento el que me hace traer aquí a Isern y analizar su obra. Es el único libro de la época que toma conciencia del peligro de la pura concreción y eficacia y de la ausencia de ideas políticas generales. No hay ideas, dice, sólo utilidades. Si nos fijamos bien hay aquí algo muy profundo que afecta a Costa y contribuye a explicarnos su actitud, y que en cierto modo responde a las inquietudes provocadas por Costa.

En principio Isern es hombre que desea la concreción y menosprecia la garrulería oratoria. En segundo lugar busca ideales y no simplemente el dominio y corrección de los hechos, aunque, al parecer, sólo dispone del ideal nacionalista. En tercer lugar cree que los españoles son un pueblo degenerado y sin remedio. En cuarto lugar, aunque pide ideas generales orientadoras no ofrece ninguna. El libro resulta angustioso. Sin duda el libro más angustioso de aquel tiempo por la absoluta falta de remedios. Impresiona en el sentido de alguien que ve llegar la muerte, sin indiferencia, pero sin desesperación porque la falta de soluciones deja sin sentido, para un hombre superior, desesperarse. Desde este punto de vista, Isern es el intelectual que expresa la inutilidad de los remedios. En múltiples aspectos coincide con Mallada, con Picavea, con Morote y, a pesar suyo, con Costa. Pero

muy en el fondo difiere de ellos en algo que se desprende de cada una de las páginas del libro; no hay solución.

Resulta contradictorio, al menos formalmente. Se queja, como a continuación veremos del utilitarismo y también del espíritu literario y místico. Está sumido en una perplejidad dramática, quizás en la misma que Costa en los últimos tiempos. En la misma perplejidad dramática que la mayoría de los intelectuales españoles de buena fe desde principios de siglo hasta hoy.

«...se ve estudiando nuestro pasado, que entre las obras que las generaciones que se van dejan a las que quedan, han de contarse en primer término las de imaginación y fantasía, ya en la literatura, ya en las otras bellas artes. Así, por ejemplo, se tiene en España a Calderón, que puede competir por sus concepciones dramáticas con sus rivales de más nota en el extranjero, a Cervantes con su incomparable Quijote, a Velázquez y a Murillo, con sus lienzos inmortales. No se tienen, sin embargo, rivales de Bacón en la dirección política de los estudios filosóficos y en los mismos estudios históricos, de suyo tan objetivos, apenas se encuentra algún autor de primera magnitud, sin excluir al Padre Mariana, en el que la imaginación no se sobreponga, en multitud de casos a la investigación paciente y aún a la realidad conocida por el común de las gentes. En el caudal mismo de las tradiciones religiosas de nuestro pueblo, es tan difícil distinguir los productos de la realidad de los de la fantasía, que no pocas veces hombres de buena voluntad han renunciado a la tarea de segregar lo uno de lo otro, temerosos sin duda de no salir con su propósito adelante. ¿qué más? entre las manifestaciones literarias y científicas de nuestra literatura religiosa apenas se encuentran obras de razón, y en cambio abundan las de sentimiento».

Aunque Isern es un admirador de Menéndez y Pelayo, convencido de los perjuicios de la fantasía en nuestro país, sostiene que en la mayoría de los libros que cita D. Marcelino en la «Ciencia Española» predomina el sentimiento sobre la razón y que muchísimos hay que carecen en absoluto de valor científico aunque no de valor literario. Puesto en el camino de la sinceridad se atreve a decir algo que no fue frecuente oír hasta pasados unos años, hasta que lo dijeron los literatos del grupo del 98.

«En lo que toca a nuestros llamados filósofos, sufra lo que quiera con ello el patriotismo, ha de afirmarse resueltamente que quien haya leído a Sto. Tomás puede hacer cuenta que ha leído en lo fundamental a casi todos los escolásticos que florecieron desde Suárez, Vitoria y Soto a Puigservés y Ceferino González».

Pese a todo este buen sentido y a su inclinación por los hechos y el método científico, culpa de nuestro atraso intelectual a la influencia de Bentham en España. En términos generales esta actitud de perplejidad e incluso confusión la explica la propia vida de Isern. Ex-seminarista, militante del carlismo, colaborador del Siglo Futuro, más tarde, decepcionado del tradicionalismo, se pasó a un grupo entre liberal y carlista que llamaban los «mixtos»; pero hay algo que a su vez explica estos cambios, la falta de posibilidades que ofrecía el medio español para las actitudes conciliadoras, o simplemente abarcantes. Era prácticamente imposible ser a la vez, desde un punto de vista doctrinal, español y europeo.

Veamos la interpretación de Isern acerca de los gérmenes de la situación que llevó al desastre. A su juicio a comienzos del siglo XIX se inició la destrucción de la familia española, por la introducción de ideas francesas y de libros como el «Contrato Social» y los «Tratados» del Abate Mably, pero particular y fundamentalmente por obra de las ideas de Bentham. D. Luis Silvela autor de

un trabajo sobre las ideas de Bentham acerca de España, le depara la base de hecho para sostener su doctrina. Decía D. Luis Silvela que «ningún autor extranjero ha ejercido en España la influencia de Bentham desde 1820 a 1845». Esto es en parte cierto y las cortes de 1820 y 1821 estuvieron sumamente influidas por el escritor inglés. Las Cortes hicieron mención honorífica de Bentham en el diario de sesiones. Por otra parte nadie ignora como el benthanismo, creció en la Universidad de Salamanca hasta la segunda mitad de siglo. Visto con la perspectiva actual, el benthamismo en España es una actitud precursora del krausismo. Los fundamentos son los mismos; conciencia de la necesidad de cambio. Bentham, lo mismo que Krause tuvo aquí discípulos logradísimos y también se insinúa en alguno de ellos la tendencia a transformar las ideas morales y filosóficas en estilo de vida. Sin embargo, es discutible la tesis de Isern de que la moral tradicional fue poco a poco substituida, de un lado, por el naturalismo de la Revolución y, de otro, por el utilitarismo o quizás, mejor la teoría egoísta y utilitaria de Bentham. Parece más claro y útil admitir como hipótesis de trabajo que la minoría intelectual del país necesitaba ponerse al nivel europeo y eligió, como suele ocurrir en estos casos, la doctrina más nueva y eficaz para la situación. Bentham filósofo-legislador se avenía perfectamente con el espíritu de las Cortes de Cádiz y la continuación de la mentalidad dieciochesca que parece predomina hasta la recepción plena del romanticismo, en España más tardía que en el resto de los pueblos europeos occidentales. Algo parecido ocurrió con el krausismo. También se le eligió porque era Alemania el país más adelantado filosóficamente de Europa, y porque la moral krausista se avenía con el romanticismo liberal que predominaba en nuestro país. En todo caso, no parece en absoluto congruente que el autor vea el proceso desde categorías como, por ejemplo, la «adaptación al medio», y la falta de alimentación.

«Además todo parece confirmar que Darwin estuvo en lo cierto, al escribir que la cantidad de alimentos de que se dispone, determina el límite extremo del aumento posible de una población cualquiera.»

Esto parece de un positivismo que no va de acuerdo con la inicial queja de autor. Por otra parte la literatura que cita no deja lugar a dudas, particularmente el libro de Demolins «¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?», que había traducido, prologado y anotado Don Santiago Alba (Madrid, 1899).

Manejando las estadísticas alimenticias, sobre todo las recogidas en los varios tomos que comprende la obra «Reformas sociales, información oral y escrita», practicada en virtud de Real Orden de 5 de diciembre de 1883, Isern llega a la conclusión que la clase obrera está degenerando y, por consiguiente, la mayoría de los españoles degeneran, ya que son los obreros los más numerosos. Apoyándose en una obra de Max Nordau que hizo mucho ruido en su época *Dégénérescence*, París 1894, sostiene que la degeneración en España se ha extendido a todo :

«Degenerada es en gran parte nuestra literatura, ligera, alegre, inmoral, cuando no desenfrenada, y causa de relajación, en algunos casos, de las costumbres : degenera ^{la} nuestra fuerza militar, que antes prefería honra a recompensas, y hoy prevalecen las recompensas al honor de las armas; degeneradas aquellas ciudades en las cuales reviven por modo especial los vicios de la decadencia de Grecia y Roma, y en especial el estetismo; degenerada una parte de nuestro clero, que no está a la altura de otros siglos en virtudes y ciencia; degenerada en algunos establecimientos de enseñanza, reducida a un mercantilismo sin frenos, cuando no a un favoritismo sin conciencia.»

De verdad sorprende que viendo la causa de la degeneración de la mayoría de los españoles en que no comen carne, Isern da estadísticas muy concretas, acuse a las propagandas krausistas y a los progresos del positivismo, que «reduce a la razón y a la experiencia las fuentes del conocer» de haber completado la degeneración iniciada por el espíritu de la Revolución francesa y Bentham».

En todo caso el libro de Isern no resulta muy coherente por la superposición de causas tan heteróclitas. Su denuncia de los hechos es apasionada y apasionante: en ocasiones supera al propio Picavea, al que cita varias veces.

«Aquí, dice, las gentes los conocen y señalan (se refiere a los sinvergüenzas enriquecidos por procedimientos sucios), con el dedo: son los que tenían un millón, por ejemplo, hace cuarenta o cincuenta años y ahora tienen centenares de millones, adquiridos por la usura primeramente, luego por contratos con el Estado, siempre explotando a todos, siempre levantando la mole de sus riquezas sobre la ruina y miseria de sus semejantes; son los que, bordeando y no pagando a nadie, quebrando a tiempo y rehabilitándose a la hora, han convertido en pocos lustros, diez, veinte o treinta mil pesetas en quinientas mil o en un millón; son los dueños de minas que con cantinas y multas, hacen ilusorio el jornal del obrero; son los dueños de fábricas, que defraudan al Estado no tributando, al obrero retribuyendo mal su trabajo y al comprador engañándole, si pueden, en la cantidad y en la calidad de la mercancía; son los comerciantes que se reúnen en Zaragoza para ver de regenerar a los demás, es decir, para ver de imponer a los demás nuevos sacrificios y echar ellos de sí los que las leyes de la igualdad les exigen, sin que las hayan cumplido fielmente nunca; son los grandes banqueros que, cuando se acercaba la guerra con

los Estados Unidos, y al estallar, compran a bajo precio cien millones de francos y libras esterlinas en París, Londres y aun Madrid; procuran luego por todos los medios la subida rapidísima de los cambios, incluso sirviéndose de su legítima influencia en el Banco de España; y cuando los cambios se acercan o llegan a 115 %, colocando la patria al borde del abismo, venden al Estado, agobiado por supremas angustias, su mercancía, obteniendo ganancias tan considerables, que persona competenteísima ha podido calcularlas en 96.000.000 de pesetas.»

Así continúa durante dos páginas un alegato durísimo, el más duro de los que conozco, cuyo final es notable.

«Y no ha de hablarse de lo que ocurre con los cargos diplomáticos, no pocas veces confiados a quienes son extraños por completo a las artes de la diplomacia y a las ciencias que las completan y perfeccionan, porque estos cargos tienen más carácter político que social, y porque más adelante habrá de ponerse de manifiesto como ha sido funestísimo a los intereses patrios el sistema de confiar cargos diplomáticos a quienes, por no conocer dichas artes y ciencias, no podían desempeñarse con acierto.»

Nada de extraño tiene que después de este alegato Isern se lance a las obras de Legrain — *Du Délire chez les dégénérés* — de Roubinovitch — *Hystérie mâle et dégénérescence* — de Lombroso — *Genio y Locura* — de Paul Sollier — *Psychologie de l'idiot et de l'imbecile* — y de Cullere — *Las fronteras de la locura* —, intentando explicar desde ellas los males de la nación. Sí, sin embargo, sorprende tanto positivismo científico.

Resulta, pues, que España es un pueblo de degenerados que no poseen el minimum de equilibrio psíquico

para gobernarse bien. Son expresiones que emplea con frecuencia el propio Isern. Es cierto, sin embargo, que de acuerdo con Costa atribuye estas condiciones en especial a las clases directoras y, así, el capítulo IV, en el que están las inculpaciones de degeneración se titula en general, «Las clases directoras». No obstante, como al fin y al cabo las clases directoras imprimen carácter en el pueblo, proceden de él, al menos parcialmente, y han vivido y heredado la misma historia algo habrá en el último estrato del espíritu nacional que explique la degeneración de las clases directoras y los males continuos que aquejan al país.

La característica fundamental del pueblo español es el desequilibrio psicológico, en dos planos fundamentales; uno político, en cuanto el Estado y sus Instituciones no coinciden con las exigencias sociales, otro educativo. A los españoles se les educa desde niños, dice Isern, para fomentar la fantasía o la imaginación desbordada. Tomando párrafos de libros de texto, Isern expone exageración tras exageración, relatos de las apariciones de Santiago, de las guerras con Napoleón, de la inmensidad de nuestro imperio, de Guzmán el Bueno, de la pureza y permanencia de nuestros caracteres raciales originarios.

«Excusado es manifestar que los autores que así pintan el carácter español, mutilándolo en la pintura, se ven obligados a mutilar luego, para ser consecuentes, la realidad de los hechos pasados, y resulta en su labor que apenas hablan, o no hablan, de lo que contradice sus anteriores afirmaciones. No es natural que si un día y otro se le dice al niño en la primera enseñanza, y se le repite en la segunda, que «los españoles se han distinguido siempre por su amor a la independencia, su valor heroico, del cual han dado al mundo ejemplos sin igual, por su grandeza de alma en la desgracia, de la cual han triunfado siempre; no es natural que, aprendido esto, crea el niño o el joven que

España es invencible en las guerras y, hombre ya, pida unas veces la guerra con Alemania por un conflicto cualquiera, como sucedió cuando el conflicto de las Carolinas, vendidas luego por unas pesetas a aquel Gobierno sin protesta de nadie, y otras, si es periodista o político, sostenga la necesidad de adoptar temperamentos enérgicos y algún tanto belicosos frente a Estados Unidos, por la isla de Cuba, perdida ya por entonces a juicio de las autoridades de aquella isla?»

Este dominio de la imaginación sobre la razón, el mismo argumento que emplea Mallada, se manifiesta en el plano político con caracteres catastróficos, hasta el punto de opinar, citando palabras de Guérin, que el el Gobierno a que estamos sometidos es, en resumen, la dominación de un grupo acampado en la nación como en un pueblo vencido, que aplica los procedimientos de la conquista jacobina.

La razón profunda de esto está en que el Estado y las instituciones en que encarna no cumple sus fines propios. El Gobierno, gobierna en interés de un grupo mínimo de españoles, las Cortes no representan la opinión del país, y por lo que hace al cuerpo electoral, preciso es reconocer que jamás su acción inteligente y libre ha logrado traducirse en la constitución de unas Cortes hechas a su imagen y semejanza. Es simplemente un inmenso sistema de corrupción y aunque Isern no lo formula, late en el fondo de su obra una acusación que también se transparenta en las obras que anteriormente hemos mencionado; la acusación contra Cánovas. Cánovas legalizó la corrupción; gobernó con unos cuantos a costa de la mayoría. El país, sometido a una oligarquía de caciques que gobernaban con los grupos más fuertes de interés. Tal fue, en el fondo del pensamiento de estos autores sobre la obra de Cánovas a quien ni uno de ellos dedica un solo elogio, ni apenas una referencia. Le ven como un apestado, como fuente de mal y de contagio.

Isern no quiere que se sustituya el parlamentarismo ni los partidos políticos. La rectificación de sus viejas doctrinas carlistas le llevó al convencimiento de la necesidad inexcusable de los partidos, para que las aguas «no se estanquen y se corrompan». Los partidos políticos españoles son camarillas de gentes que buscan el medro personal, ni siquiera el del grupo, por otra parte el pueblo ha sufrido casi tantos desengaños como hombres políticos y partidos han dirigido el Estado.

«¿Pueden sorprender ni extrañar por lo tanto que viva sin la confianza de que España torne a ser lo que ha sido, o al menos lo que sería, sin duda ninguna, si rotos los frenos morales y jurídicos, los egoísmos de arriba no hubiesen despertado los de abajo, y el interés individual o de familia, sobreponiéndose constantemente al social o del Estado, no hubiesen concluido por mucho tiempo con los medios materiales y morales que habían de servir, no sólo para conservar lo que se tenía, sino también para mejorarlo, completarlo y aun acrecentarlo por diversos modos y maneras?»

No quiero insistir reproduciendo textos que denuncian, una vez más, el desbarajuste político-administrativo y la corrupción de la «feliz» época de la restauración, pero no quiero abandonar el libro de Isern sin referirme a su capítulo II, de la parte tercera titulado «Los grandes privilegios». Isern denuncia con valor insólito irregularidades económicas de los grupos oligárquicos dominantes. Por lo pronto denuncia la corrupción barcelonesa en el orden público oponiéndose a la común opinión de la honradez cívica de los barceloneses.

«Véase sino lo que sucede en Barcelona; hoy esta industriosa provincia que como dicen los registradores de la propiedad del territorio de su audiencia «ocupa el primer lugar en España desde el

punto de vista de la industria y del movimiento comercial», clama a todas horas contra la inmoralidad de los políticos y de la capital de la Monarquía y luego tiene que reconocer, por fuerza incontrastable de la realidad, que no sólo figura con justicia casi a la cabeza de las regiones en que es más considerable la ocultación de la riqueza urbana, sino que ocupando el primer lugar en España desde el punto de vista de la industria y del movimiento comercial, tributa por contribución industrial y de comercio, muchísimo menos que Madrid. En Barcelona 53.312 contribuyentes por industria y comercio pagan al Estado, por dicho concepto, 8.900,793 pesetas y aquí, 35.793 satisfacen pesetas 11.768.291, triste es confesarlo, en esta infortunada patria son contadísimos los que tienen derecho a tirar la primera piedra, como fieles cumplidores de lo que deben a las exigencias legítimas de la justicia distributiva.»

Por otra parte la corrupción económica y en concreto hacendista que Isern denuncia es conocida. Nadie ignora la profunda corrupción económica protegida por Cánovas, pero la mayor parte de lo que sabemos, que en conjunto no es mucho, se debe al desastre del 98. El desastre provocó la aparición de estadísticas, datos y sin número de denunciadores. Sociedades caprichosamente eximidas de tributación, desfalcos, conexiones ilícitas con capitales extranjeros, todo esto y mucho más tiene un sentido que se escapó a Isern; el país se transformaba económicamente. El propio desastre, que fue más militar, que económico, contribuía a esta transformación. Una burguesía industrial y un conjunto de miembros de la burocracia y profesiones liberales con la misma mentalidad de placer y conquista se disputaban el país. Se pasaba como reiteradamente diremos, por un ciclo inevitable de corrupción, equivalente al que habían sufrido Francia e Inglaterra medio siglo antes. Estas coyunturas econó-

micas son substancialmente incompatibles con el intelectual puro. Puro en la dedicación y puro en el orden moral. Son períodos de hombres muy cultos e integérrimos en la miseria. A Costa le faltó poco para morir así. Isern, uno de los hombres más cultos de su tiempo murió loco de miseria, agotado de trabajar por unos céntimos. La restauración no fue en general coyuntura para los hombres honrados.

Concluido el análisis de parte del libro de Isern, de los capítulos que se refieren en concreto al desastre del 98 no me voy a ocupar, nos preguntamos, ¿en qué medida está Isern en la línea de Costa? Son sumamente parecidos. Tienen incluso análoga actitud dramática. Se asemejan también en el poligrafismo jurídico histórico y científico. Sólo los diferencia el temperamento y la vocación regeneradora, pero sin Costa y sus alaridos, Isern no hubiera secundado la actitud de Mallada, Picavea y Morote. Ya he dicho que Isern murió loco, en el manicomio de Cienpozuelos, con una locura triste y virtuosa, se creía salvador de España. Costa es como un río que produce muchas desviaciones. Isern critica a las Asambleas de Zaragoza, pero su libro es inexplicable sin los mensajes y programas de Costa.

V

EL año de 1900 fue un año de entusiasmo costista en toda España y quizás con preferencia, exceptuando Zaragoza, en Valladolid. Como en el capítulo siguiente se verá, 1900 fue el año de apogeo de la Unión Nacional y marca el máximun de aproximación de Costa al poder desde la presión de un movimiento de opinión nacional. Este año de 1900 un vallisoletano íntimo amigo de don Santiago Alba, muy próximo a él políticamente, y por lo tanto entusiasta del movimiento de «regeneración» iniciado por Costa, al que Alba secundó, publicaba en Madrid un libro titulado: «Problemas del día» (1900).

Es un libro costista. Los temas, el planteamiento, incluso en bastantes casos la formulación, recuerdan la personalidad de Costa. Es, por otra parte, un libro que está en la línea temática y dentro de la mentalidad de los que ya hemos analizado. Un libro castellano, pensando desde Castilla y que lleva en sí, como los anteriores, el germen de una concepción totalitaria, que se conservaría en peligrosidad latente, más en Valladolid que en otra parte.

Prologó el libro Gabriel Tarde de quien había sido discípulo el autor, César Silió. La lectura sistemática de las obras de Tarde y la audición de sus conferencias universitarias, le llevaron a aceptar un sociologismo generalizado, al menos en este período de su vida, cuyo principio básico era la negación de los fatalismos históricos y el convencimiento de que un cambio positivo en el medio produce la regeneración individual y colectiva.

«Cuando veo a este pensador patriota, dice Tarde, hallar en sus teorías sociales una confirmación de sus esperanzas, un motivo de consuelo, un apoyo contra el fatalismo vulgar y el pesimismo cobarde, que conduce a las naciones desgraciadas a una irremediable decadencia; cuando le veo también, fundándose en parte en mis ideas, indicar el camino de la regeneración a uno de los más grandes y más hermosos pueblos que han existido bajo el sol, saboreo la mejor recompensa de una vida dedicada al trabajo y pienso que no ha sido, tal vez, gastada en vano.»

El primer tema que trata Silió en su libro es el siguiente ¿Un país o un hombre? Y como epígrafe a la pregunta que titula el capítulo, pone, «Después del desastre». Si connexionamos las dos cosas resulta que es previo para el autor decidir, después del desastre de Cuba, si hay que apoyarse en el país o hay que buscar a un hombre.

Pero la disyuntiva que plantea Silió, no es, según él

mismo aclara, la que existe entre un poder personal y un sistema liberal del poder. Cuando Silió dice lo que dice, no dice de acuerdo con el significado y alcance normal de las palabras.

«Si solicito un redentor, mi redentor no es un mesías, dotado de divinas facultades, que por arte mágico nos transforme, nos haga buenos, sabios, justos trabajadores... Me refiero únicamente a la dirección del impulso. Si ha de venir «de arriba abajo», o ha de surgir «de abajo a arriba»; si el país, la masa, el pueblo, cuantos vivimos en España y nos llamamos españoles, hemos de regenerarnos primero, con un esfuerzo cada uno, rindiendo culto a la justicia, transformando mediante el cumplimiento de los deberes públicos y privados la sociedad española, y haciendo ineficaces o imposibles todas las malas artes de los políticos, hasta colocar en la altura al mejor o al más útil; o si por el contrario, la redención ha de venir como vino la culpa, «de arriba abajo», mediante el ejercicio de un poder sabio, bienhechor, que predique y practique la justicia, que persiga la inmoralidad y el fraude, que corrija con mano firme abusos y demasías, que premie a los mejores y haga del bien, de la honradez, del talento y del trabajo, condiciones tan necesarias para triunfar en la lucha por la vida, como hoy son la influencia, el compadrazgo y el favor.»

Si la disyuntiva que plantea Silió es realmente ésta, su fórmula no es afortunada. En esta visión se contraponen reforma y revolución, acción de las minorías directoras o acción de la masa del pueblo, pero no parece que esté legitimada la contraposición un país o un hombre. A mi juicio la explicación popular, se repetía en los cafés, en los periódicos, en los círculos culturales, y con frecuencia simplificada a una afirmación, era necesario un hombre.

Silió aceptó la fórmula común pero no su contenido. ¿Tenía miedo a las dictaduras?

El punto de partida de Silió para resolver la disyuntiva propuesta son las teorías de Tarde sobre la imitación. Hay pueblos poderosos, viriles, conquistadores; otros débiles, cobardes, conquistados. ¿Cuál es la razón? Silió la ve en el ejemplo de los hombres de prestigio y con preferencia en *un hombre* de prestigio.

«Los grandes cambios, las transformaciones profundas van asociados siempre a un nombre prestigioso que dirige, congrega, empuja al pueblo comunicándole su fe y sus entusiasmos, y precedidos siempre de un brote fecundísimo de ideas, enunciatoras de mil deseos antes dormidos y de mil ansias antes no expresadas.

Una voluntad, un entendimiento, un prestigio; he aquí todo lo necesario para que Lázaro abandone su sepulcro y se lance a la nueva vida.

Donde quiera que tendamos la vista, encontraremos comprobada esta tesis. Una idea redentora lanzada al viento por una voluntad persistente que se consagra a difundirla: una masa sugestionada, que comulga en la idea, que se dedica a copiar el modelo puesto en lo alto; una revolución, un cambio, una reforma, realizados por la fe y el esfuerzo colectivos, que fueron antes esfuerzo y fe individuales».

A las teorías de la imitación de Tarde agrega las de Gustavo le Bon sobre la masa, para concluir que no hay multitud sin jefe, que las multitudes duermen hasta que,

«surge *el hombre*, con alientos bastantes para hacer que despierten de su letargo; y sólo entonces las energías potenciales se transforman en fuerzas vivas brotando de improviso, como corriente poderosa que nada teme y ante nada se arredra».

Silió se olvida de que contrapone, según ha afirmado, las clases dirigentes a las clases dirigidas y su argumento toma el carácter de la defensa de una jefatura personal. En ocasiones la jefatura personal adquiere en este libro un sospechoso matiz de caudillaje,

«todos los grandes sacudimientos populares, todas las explosiones colectivas, han estado siempre determinadas o iniciadas por unos pocos hombres; y el fracaso del caudillo o caudillos de la muchedumbre fanatizada, han producido siempre, como primera consecuencia, la disgregación de la masa».

La teoría de la innovación, procedente también de Tarde sirve a Silió para sostener que los grandes hombres, innovando y acelerando el proceso histórico, superan las posibles limitaciones raciales, o lo que se ha llamado «genio nacional». No hay ninguna razón para aceptar la inferioridad constitutiva de un pueblo. La invención e innovación, si es acertada lanzará al grupo humano por una nueva senda. Por consiguiente, no tienen los españoles que aceptar las teorías que sostiene su inferioridad racial e incluso histórica, necesitan sólo dirigentes:

«Si desde arriba no se inician evoluciones salvadoras, tendrán que hacerse revoluciones desde abajo; y cuando ni uno ni otro camino se siguieran, habría llegado la hora de enterrar los despojos de esta patria, de escribir en su historia el «Finis Hispaniae», sellando su última hoja como se sellan los sepulcros.»

Pero nada de esto ocurrirá, dice Silió, si aparece el hombre; «como haya hombre habrá país».

Esta conferencia de D. César Silió, pronunciada en el Círculo Mercantil de Valladolid, es una más de las muchas que en el ámbito de Castilla, particularmente de Castilla, insistían en la necesidad de caudillo. No fue una actitud

frecuente en Europa. Al contrario por este período de comienzo de siglo predomina un criterio democrático, o de dictadura de clase en el socialismo revolucionario, pero no es frecuente un grupo selecto poseído por la obsesión del caudillaje. Creo que es un movimiento especialmente español y concretamente castellano, aparecido al calor de la decepción provocada por las clases directoras en cuanto grupos políticos. Vinculada esta tendencia a la nueva dimensión que imagina Costa de concrección estadística y retórica antiestética se explican a una luz, a nueva luz, los antecedentes teóricos del totalitarismo español.

El resto del libro de Silió, contiene una parte teórica en la que se disputan algunos tópicos de la época, como «La civilización y la moral», «El anarquismo», etc., y una última parte, la que más nos interesa, titulada «El gran problema», que se refiere exclusivamente a la situación económica y social de España.

En la primera parte Silió, procura combatir la tristeza, el mal del siglo, defendiendo los progresos de la civilización, tanto técnicos como espirituales, frente a los contemplativos y estetas que prefieren la quietud o el pasado. En la segunda maneja hábil y constantemente la estadística.

«Es indudablemente la estadística un arma que debe manejarse con gran tino, con honradez acrisolada. En la estadística se debe pensar sin prejuicios y sin preocupaciones: no en busca de algo que deslumbré, de contrastes o coincidencias que produzcan admiración en quien lea, sino en busca de la verdad desnuda, sin adornos postizos ni composturas atractivas, de la verdad como ella sea.»

Guiado por este criterio de objetividad, se enfrenta con el problema de los peligros del momento o disminución demográfica para defender la necesidad de que aumente la población española. En principio niega la teoría

de Malthus, desmentida a su juicio por el proceso de la historia.

«Pero hoy por hoy, en el estado de la civilización actual, no tan sólo no existe el desequilibrio que asustaba a Malthus hace cien años, sino que ni siquiera se hallan equilibradas la población y las subsistencias. Hoy por hoy, la hiperdemia es un fantasma y es una realidad el fenómeno de la *superproducción*. Cuando se considera el movimiento rápido, velocísimo, con que se desarrollan a nuestros ojos todas las artes productoras, y se contemplan inmensos territorios que apenas cuentan pobladores, cuesta trabajo comprender que nadie sueñe en la proximidad de una época en que los hombres se disputen un pedazo de tierra donde vivir y un plato en el banquete de la vida.»

La consecuencia que obtiene Silió, es que un índice de natalidad bajo destruye a un país haciéndole inferior y a la larga víctima de los países de índice de natalidad elevado. Tanto cuanto alaba en este sentido a Alemania, censura a Francia y a España. El escaso nivel demográfico de Francia se lo explica por el predominio del principio democrático o individualista.

La argumentación de Silió parece en esta, como en otras ocasiones, poco sólida, particularmente por su tendencia a excluir o incluir en su argumentación, según le convenga. En este mismo caso que comentamos no es justo incluir sólo a Francia entre los países democráticos, sin embargo, su argumentación recae particularmente sobre Francia y su espíritu individualista e igualitario.

«A cambio de los bienes que han derramado sobre el mundo las ideas democráticas, también han producido innegables males, —entre otros el de fomentar la ambición y con la ambición el egoísmo, el idealismo *individual*. Todos miramos hacia arriba, hacia

los que se encuentran más altos que nosotros para decirles, en tono de amenaza «¡somos vuestros iguales!». Todos pugnamos por subir y subir siempre, atraídos, más que atraídos, fascinados por la contemplación de mayores bienes, de mayor poder, de mayor gloria que los propios. En esta carrera desenfrenada del asalto del placer, del poder, de la riqueza, del saber mismo, son los hijos embarazosa impedimenta, carga insufrible. Nuestra organización social, visiblemente modelada por este frenesí, concede una prima al celibato.»

La democracia no es únicamente culpable de la esterilidad francesa. Late en el conjunto de la obra de Silió una aversión profunda al individualismo liberal-democrático. Su concepción se inclina a un corporativismo o concepción orgánica de la sociedad e incluso del Estado, que concilie la libertad individual y la disciplina corporativa.

Si Francia es un país estéril por el individualismo democrático, España lo es por la excesiva mortandad. Silió titula la III parte de su libro «El país de la muerte». A su juicio España es un país señalado por el dedo riguroso de la desidia y la ignorancia que conducen a la muerte.

«Durante el septenio de 1886 a 92, en 32 de las 49 capitales de provincia españolas, las defunciones excedieron a los nacimientos. Y aún tomando en conjunto las 49 capitales, resulta, que hubo en ellas 624.224 defunciones por 591.483 nacimientos. El exceso de la mortalidad sobre la natalidad, de los gastos sobre los ingresos, produjo en la población urbana una pérdida positiva de 32.741 habitantes, pérdida siempre dolorosa, señal siempre de ruina...»

Silió considera, casi con expresiones de Costa, un mal negocio, en el sentido económico, morirse. El cuarto capítulo del libro, «El valor económico de la vida», lo

dedica a analizar cuánto gana y cuánto pierde un país por la muerte de sus habitantes.

La expresión de Costa «hay que abaratar la patria», y en general los puntos de vista técnicos y concretos de la asamblea de Zaragoza los recoge Silió para concluir que aun «tasándonos tan baratos».

«Se verá hasta qué punto es costosa la muerte a nuestra España, qué enorme pérdida económica significa para el país la mortalidad española, vergonzosa y tristísima excepción entre todos los pueblos cultos, muestra evidente, la más sensible y la más funesta, del atraso en que yacemos».

El punto de vista de Silió, que coincide con la idea nacionalista tradicional, según la cual el poder de un país reside en el número de sus habitantes, es inadmisibile si se considera como parte de un conjunto mucho más amplio de problemas, pero constituye uno de los soportes eficaces de la política de disciplina y autoritarismo agresivos y, al menos teóricamente, dominadores. Para la agresión y el Imperio hace falta utilizar el poder psicológico de las grandes cifras.

«Ningún problema de cuantos ha planteado la realidad abrumadora a que nos condujeron las propias culpas, iguala en interés a este problema de la repoblación de España. No aumentaremos sensiblemente las migajas de la civilización europea que hoy constituyen el pobre matrimonio de la cultura nacional, mientras no aumentemos el número de seres que viven y trabajan en nuestro territorio.»

El último capítulo de la obra de Silió se refiere al regionalismo y la descentralización; temas actualísimos entonces en España. Su punto de vista coincide con el de

Brañas, (1) que a su vez coincide con Costa, puesto que admite un regionalismo integrado de manera que el amor a la región fortalezca y aumente el amor a la patria grande. Tanto en Silió como en los demás autores que recibieron las influencias de Costa, parece que se configura la idea de un Estado orgánico, en el cual las entidades naturales se integran en las políticas y administrativas, resultando un Estado muy fuerte, pero no por su presión sobre la sociedad, sino por su identificación con la sociedad. Es un ideal tradicionalista y, en términos generales, conservadora en cuanto se utiliza como una fórmula para evitar las competencias, las disparidades o la administración democrática liberal de la sociedad. Detrás de esta idea está la aversión a los partidos políticos y un quietismo político que ampara la estamentación rígida de la Sociedad.

Silió ataca los separatismos, tratando con especial menosprecio a Sabino Arana, de cuyo folleto «Bizcaya por su independencia» (Bilbao, 1892) se burla. No cree que exista separatismo alguno, más bien un regionalismo fomentado por la abusiva centralización en Madrid.

«El odio latente en todas las regiones —hasta en Castilla, la región forjadora de la unidad— al centralismo español, es simple reflejo del odio al gobierno y a la mala administración nacional. Como este desgobierno cesara, como esta mala administración se trocase en buena, predicaría en un desierto quien predicase regionalismo en España. Lo que importa principalmente es gobernar, hacer labor viva, no labor muerta, gacetada; resolver en justicia y resolver pronto, no ~~murdir~~ revoluciones y hacer expedientes: buscar apoyo y fuerza en la opinión, solicitándola si es preciso, no en los caciques señores de los fuedos.»

(1) Alfredo Brañas. «El regionalismo». Barcelona, 1889.

Silió no quiere la revolución, el desorden y la indisciplina repugnan a su conciencia y a su razón. Su fórmula es la de Costa, y en esto, como veremos se aleja de Santiago Alba.

«Mejor sería que, cuerdamente, sin exageraciones ni disputas apasionadas, compenetrados y fundidos en una aspiración gobernantes y gobernados, Gobierno y pueblo caminaran serenos y animosos a la conquista del porvenir.»

Si resumimos lo que hay, implícito y explícito, en el orden político, en la obra de César Silió, resulta claro que :

- 1.º Responde a la mentalidad de Costa de fundamentar quejas y proyectos de renovación en un criterio científico y estadístico.
- 2.º Lo mismo que Mallada, Picavea, Isern no resuelve ni siquiera plantea, el problema del acceso al poder.
- 3.º El libro encierra un totalitarismo en embrión, que procede del espíritu antipolítico de Costa y su valoración de la jefatura política como caudillaje.
- 4.º La concepción del mundo que sostiene al libro y le da sentido es el nacionalismo exaltado, compatible, incluso necesariamente vinculado, a la europeización de España.
- 5.º Considera y valora sobre todo, problemas económico-sociales, confiriendo un papel secundario a los políticos.

- 6.º Por último su «tensión» de ánimo es menor.

La esperanza, la angustia, el pesimismo, en general, los ingredientes sentimentales del libro se manifiestan menos. Hay un índice menor de apasionamiento y de fórmulas retóricas, y por consiguiente, en el fondo, mayor convencimiento y menos ingenuidad.

VI

QUIZÁS el lector esté cansado de resúmenes y comentarios de libros tan semejantes. El autor también lo está y para que sirva de descanso al mismo tiempo que de complemento, vemos en un libro no castellano, el enfoque del problema nacional. Desde la periferia, la generalización que del problema español hacen los autores castellanos parece exagerada. La tesis de los autores españoles, no castellanos, que escriben sobre el tema español en los alrededores de 1900, es, en conjunto la siguiente: Los males de España proceden de la primacía castellana, y de los males de Castilla y de las virtudes castellanas se quiere hacer un patrón en el que encaje la nación entera.

Esto, por otra parte, es muy exacto. Las tres grandes universidades españolas, los focos de control y creación ideológica en el período de formación de la nacionalidad política, son Salamanca, Valladolid y Alcalá. Las ideas castellanas, son las ideas oficiales, y la interpretación de Castilla se convierte en la interpretación de España. De este modo la ideología que las clases directoras constituyen sobre los hechos concretos de un pueblo estepario, dinámico, sin arraigo profundo, insolidario y sumamente pobre se convierten en esquemas ideológicos para explicar la totalidad de la historia nacional y la mentalidad de todos los pueblos peninsulares. Esta castellanización pasó inadvertida en tanto que la totalidad de las minorías directoras la admitían cualesquiera que fuese su localización regional. Pero la aparición de grandes centros urbanos en competencia con Madrid y el desarrollo de burguesías locales con un inevitable acompañamiento de intelectuales, produjo la creación de ideologías antagónicas. Ante el hecho catalán, o el hecho vascongado, los intelectuales de Barcelona y Bilbao, no aceptaron la explicación castellana. Los regionalismos y separatismos son productos de la burguesía urbana local que rechazan la identificación

que desde Madrid se había hecho entre Castilla y España. A su vez este fenómeno produce otro. La mitificación oficial de Castilla y el desarrollo del sentimentalismo ante la meseta y la vida mesetaria por parte de los patriotas que ven desmontarse la interpretación tradicional de la Historia de España. Todo entusiasta del pasado español ha de confluír a la apología de Castilla o a la obsesión por lo castellano. Así se forman dos grupos intelectuales los castellano-céntricos y los regionalistas que defienden su propia y nueva interpretación. El signo de la interpretación castellana, era, como es natural, fuertísimo y está a la base de la interpretación de Costa y de cuantos en Costa se inspiraron, y a la base de la interpretación del grupo estetizante del 98. Sólo algún que otro escritor regionalista, catalán con preferencia, ve a Castilla como *una región más* y la interpreta en sí misma, aislándola de España. Lo curioso es que la interpretación de Castilla es la única. Resulta de esto que Cataluña o Vasconia están sin contaminar, que lo que dicen Costa y los que le siguen de España es verdad pero sólo para Castilla. Es una curiosa visión del problema esta que hizo decir a muchos escritores políticos regionalistas y separatistas después del desastre del 98, *Castilla es culpable*.

De los diversos escritores que podríamos elegir, he preferido a Valentín Almirall, por razón de su buen sentido, mucha cultura e incluso profundidad y originalidad. De sus múltiples obras he optado por «El catalanismo», cuyo primer capítulo se dedica al «estado actual de la nación española» y el segundo a «El carácter castellano». En su conjunto son un ensayo muy interesante sobre Castilla desde el punto de vista de un pensador catalán (1).

Por lo pronto puntualicemos cuál es la posición de Almirall ante el problema del regionalismo.

(1) Tengo ante la vista, y por ella cito, la traducción castellana de Celso Gomis. Barcelona, 1902.

«A muchos se hará extraño que, después de algunos años de apartamiento completo de la vida pública, y teniendo o poco menos, «puesto ya el pie en el estribo» salgamos ahora con una edición, en castellano por añadidura, de nuestras obras y escritos políticos y literarios, que quizá aparecerán trasnochados y pasados de moda y aún ridículos a los ojos de esta generación de catalanistas que a fuerza de exageraciones patrioterías ha llegado a descubrir que, como los antiguos griegos, pero sin tener el fundamento que estos tenían, ha de declarar bárbaros a los no catalanes, y aún a los que no piensan, hablan ni rezan como ellos, aunque hayan nacido en Cataluña.

«Precisamente volvemos a publicarlos, y lo hemos puesto en la lengua más general de la nación de que formamos parte, para que sean más los que nos comprendan y evitar así que jamás se pueda por nadie con aquellos confundirsenos.»

Queda pues claro que es un escritor no separatista que va a interpretar la cultura española y el carácter castellano considerándose dentro de la primera, pero sin estar señalado por las notas que definen al segundo. Va, además, a hacer un estudio «científico». En esto sigue el criterio de Costa y en general de los no estetizantes. El subtítulo del libro es significativo, debajo del título general «El catalanismo», va este otro «Motivos que lo legitiman. Sus fundamentos científicos y sus soluciones prácticas.»

Almirall insiste mucho en el sentido científico de su libro y en el método «positivo».

«Realmente generalizamos bastante; pero obsérvese que hemos procurado huir de idealismos y de abstracciones basándonos siempre en hechos comprobados por la observación directa. No nos apar-

tamos pues, del criterio positivista, que es el único que se adapta bien al particularismo» (Prefacio).

Almirall sostiene con muy buen criterio que los renacimiento literarios regionales han contribuido a engrandecer la historia de España suprimiéndola su particularismo castellano. España, dice, no es ya únicamente la tierra del Cid y de Guzmán. Estos regionalismos que en el orden literario e histórico han engrandecido a España, ¿no producirían el mismo efecto si se produjeran en el orden social y político-administrativo?

Es tesis de Almirall que el «regionalismo» castellano debe substituir al peninsularismo castellano, si se quiere evitar que el país se degrade cada vez más.

«Hace ya años y hasta siglos que todo lo nuestro lleva el sello de la ignorancia y de la inmoralidad. Lo primero que se trata de averiguar al estudiar un país es cuáles son sus instituciones fundamentales, y la verdad es que en España ni siquiera instituciones fundamentales tenemos.»

La ausencia de instituciones va acompañada, como correlato necesario, de defectos gravísimos que se reflejan en nuestra vida pública. Almirall los delata con la misma dureza que los escritores castellanos.

«Del triste privilegio que goza la nación española de ir al frente de todas las demás en punto a deuda pública y abundancia de generales, se desprende que los grandes cánceres de su gangrenado cuerpo han de ser, y lo son en efecto, la miseria del tesoro y el militarismo... No nos será difícil encontrar alguna otra materia en la que, si no toda la nación, buena parte de ella va a la cabeza de las demás de nuestro continente. En efecto, ninguna nos aventaja en la inmoralidad pública y privada que se manifiesta no

sólo en la capital, sino también en la mayoría de ciudades y villas de alguna importancia.»

Almirall es observador objetivo y culpa con la misma imparcialidad a Barcelona que a Madrid. En un párrafo cuya dureza iguala a los mejores y más concisos de Picavea, Almirall denuncia la inmoralidad pública. Al lector de hoy le causará asombro que habiendo tantas y tan inteligentes personas plenamente conscientes de los males del país, no buscarán un arreglo eficaz, en un sistema que, al menos en el orden formal de la competencia, permitiese la libre actividad política. Efectivamente es inexplicable si no se piensa que la inmoralidad era entonces una de las condiciones inexcusables del desarrollo en un país que sufría el choque traumático con un nuevo nivel económico.

«Por desgracia, dice Almirall en un párrafo que exige que se transcriba íntegro, en punto a inmoralidad, casi ninguno de los que bullen y se agitan en nuestra nación podría tirar la primera piedra si algún día se tratase de lapidar al inmoral como a la adúltera de la Biblia. El dinero que pasa por las manos de los funcionarios del Estado se derrite y evapora, del mismo modo que el que pueden coger los empleados de la Provincia, de los Municipios y hasta los de muchas Sociedades particulares. Los ministros se retiran ricos sin haber ganado nunca más que el sueldo de seis u ocho meses; del mismo modo que muchos concejales y diputados adquieren fincas después de haber desempeñado durante igual tiempo un cargo que debiera ser gratuito y honorífico; y lo peor del caso es que al sentimiento que unos y otros inspiran a la generalidad de la gente no es de indignación repulsiva, sino de envidia mal disimulada.»

Este es un párrafo de la página 23, es decir, del comienzo mismo del libro. Tendría que transcribir los dos

capítulos primeros de este primer tomo para que el lector no perdiese nada de la crítica de Almirall. Desfila toda la suciedad moral de España contemporánea por estas páginas. Los partidos políticos, que son un compendio de la situación del país, el parlamento, que a su vez expresa los partidos políticos, el ejército y también la iglesia y sus fieles, pues «hasta en religión, prescindiendo de los fanáticos, no encontramos más que incrédulos o indiferentes que niegan».

Las páginas finales de este capítulo son un lamento que hiere tanto como cuanto fue escrito. Es un pesimismo casi absoluto, más profundo que relativo el de Picavea o Mallada, y mayor, desde luego, que el de Costa, salvo en los momentos de mayor amargura del aragonés.

Quizás el estrato último que hace a este pesimismo tan absorvente esté en la singular capacidad del autor para reducir a conceptos muy precisos y generales los defectos nacionales. Descubre, por así decirlo, las «invariantes» del espíritu público nacional, con una agudeza que supera los defectos para encontrar los elementos universales de las actitudes. Particularmente su valoración del escepticismo y de la indiferencia nacional. Nuestro país, dice en una frase que parece acuñada por Costa, es hoy *teatro de una infernal orgía de negaciones*. Los españoles de su tiempo se le aparecen como negadores mecánicos aunque no sistemáticos. Niegan no porque tengan un sistema que los impulse a negar, sino porque nada les impulsa a afirmar. Es una negación mecánica que procede de la lógica de la vacuidad intelectual y emocional en el orden público.

«La cuestión es negar siempre. Se niega en religión, se niega en política, se niega en ciencia. Toda idea o proyecto positivo es acogido con un coro de negaciones. Qué quieren, pues... no quieren nada: están cansados y aburridos de todo lo que son hasta incapaces de ensayar... En España aún no ha entrado el verdadero progreso. Somos un pueblo ca-

duco lleno de vicios alimentados por la ignorancia y ni aún tenemos fuerza para darles cierta brillante apariencia... Sólo así se explica el indiferentismo musulmán, la inmoralidad aterradora y la ignorancia supina que constituyen hoy los caracteres más salientes de la *hidalga y orgullosa nación española.*»

La última frase la subrayó sin duda Almirall para hacer patente la ironía y el sarcasmo; ni hidalga ni orgullosa, ruin y llena de bellaquerías por culpa, sobre todo a juicio del escritor catalán, del absolutismo castellano.

Desde luego no parece útil ni criticar ni alabar el criterio en exceso generalizador de Almirall con relación a Castilla, pero tiene interés conocerlo. Es el esfuerzo más interesante y agudo realizado desde fuera de Castilla para explicar la postración de España, desde el carácter castellano. Por otra parte también conviene adelantar que sólo en Castilla la voz *Regeneración* encontró eco profundo y permanente. Como luego veremos el bozarrón de Costa que apenas llegó al litoral, quedó sonando en las ciudades castellanas como una promesa, aunque tomara, en relación con su impulso inicial, un sentido totalitario y en muchos aspectos quimérico.

¿De qué acusa Almirall a Castilla?

Por lo pronto inicia una clasificación difícil de calificar, pero que en términos generales entra dentro de lo que llaman los franceses «psychology des peuples». Las valoraciones comparativas que Almirall establece le llevan a concluir que el pueblo castellano estaría en el extremo de una escala cuyo punto opuesto lo ocupasen los anglosajones.

«Si este (el pueblo anglosajón) es la más perfecta representación del positivismo basado en el sentido práctico individualista, aquel es la genuina expresión del idealismo apoyado en el más inconstante afán de abstracciones.»

La abstracción, la vida vivida como una exaltación constante, la desmesura en las actitudes, la fe en la

quimera, la interpretación irreal del mundo, son las características del castellano que tienen su modelo más perfecto en D. Quijote. La interpretación que Almirall hace del personaje cervantino, tomándole como modelo castellano, es en extremo curiosa por lo insólita. Quizás sea la única interpretación en la que D. Quijote aparece como un pobre loco vulgar. Es un hombre débil de cuerpo y de inteligencia que, no obstante emprende las tareas más difíciles, en vez de estarse en su aldea o en una casa de salud, que sería lo más apropiado.

«Tiene gran acopio de lugares comunes y persuadido de que en ellos se resume toda la erudición científica, usa de ellos a todas horas y se considera capaz de discutir con cualquiera que le contradiga, arraigándole aún más en esta ilusión la facilidad con que logra siempre, si no convencer, hacer callar a Sancho Panza. Su discurso sobre armas y letras y todos los demás que en cuanto se le presenta ocasión dirige a los que se prestan a oírle, son mucho más parecidos de lo que a primera vista parece a los que hoy hacen las delicias de las Cortes. Tienen la misma falta de solidez y la misma exuberancia de palabras. Cuatro lugares comunes, disfrazados con amplio ropaje de colores chillones, hacen las veces de argumentos, y donde estos no lleguen, llegará la lanza o la espada, a pesar de que el brazo apenas conserva fuerza suficiente para manejarlas. D. Quijote es el tipo del generalizador sin bases de observaciones propias ni recogidas por medio del estudio cree que todo puede reducirse a una fórmula sencilla e indiscutible. Pretende resolver los más intrincados problemas con una divagación bien adornada y en seguida quiere imponer su solución a los demás ¿puede darse un tipo más genuinamente castellano?

La valoración de Castilla y el carácter castellano es, como el lector ha tenido ocasión de ver, rigurosamente antagónica a la perspectiva estética del grupo de literatos y poetas de 1898 que se extasían ante Castilla y D. Quijote, interpretándole como símbolo de lo español. Es notable que los intelectuales catalanes rechazaran el mito quijotesco. Da idea clara de la consistencia de la cultura e historia catalanas, únicas con personalidad suficiente para evitar que sus intelectuales se castellanicen. Vascos, andaluces, valencianos, gallegos incluso, se castellanizarán de un modo profundo, con entusiasmos de conversos.

Almirall procura justificar con ejemplos y opiniones su teoría y cita párrafos de las relaciones de los embajadores venecianos y de algún viajero famoso, cuya apreciación de Castilla coincide en términos generales, con la suya. La epopeya castellana en América, ante cuya magnitud se rinde Almirall, la ve como consecuencia de la reconquista que produjo espíritu bélico, religiosidad exaltada, amor al dinero fácil, y tendencia a imponer la voluntad propia e imaginar tiempos y quimeras. Todo ello originó, lo que Almirall llama el idealismo castellano. Este idealismo permanece en sus notas esenciales.

«Mientras hubo reyes absolutos, el instrumento de la unificación fue el absolutismo; una vez desarrollados aquellos, el falso parlamentarismo se ha encargado de proseguir aquella tarea.»

El pueblo castellano, en el máximo atraso material e incluso intelectual, se impone al resto de España. Habla una lengua absoluta, generalizada y generalizadora que se extiende inexorablemente y domina a las demás lenguas peninsulares. Es la lengua del discreto y de la pompa y el formalismo. En resumen, en el propio lenguaje lo mismo que en las demás condiciones se evidencia que había de producirse, como resultado inexcusable,

«no sólo el autoritarismo, sino que dentro de éste había de predominar una oligarquía, y así ha su-

cedido en efecto, en todos los períodos de la historia. Hasta cuando los elementos oligárquicos han desaparecido casi de las leyes, modificadas en los tiempos modernos por el espíritu de imitación, que es una de las manifestaciones de decadencia, han quedado encarnados en las costumbres. Un pueblo poseído por el afán de mandar y predominar no puede vivir sin jefes que lo guíen. Los temperamentos generalizadores se sujetan de buen grado a aquellos a quienes consideran como representantes de una abstracción que haya hecho fortuna entre ellos. Obsérvese que toda la historia castellana se concentra en algunos hombres que descollaron sobre el nivel general, al revés que la catalana que, como veremos después, se halla condensada en algunas instituciones. Caracteres como el castellano necesitan tener ídolos a cuyos pies puedan quemar incienso. Hoy mismo los tiene en todas las esferas. Los más venerados tienen el altar en Madrid; por eso Madrid es la ciudad santa, la Meca de la gente castellana».

No puedo transcribir todos los criterios de Almirall y lamento que la índole de este trabajo y las condiciones en las cuales le hago, no me permitan extenderme en la comparación que el autor del «Catalanismo» hace entre el país catalán, «país de la medianía» y el país castellano. Acabaré con el párrafo con el que describe Almirall la conducta de la oligarquía que gobierna desde Madrid.

«Manda y ordena sin más razón que por sí, y no se toma la molestia de pensar, pues le basta traducir malamente del francés todo lo que necesitan para conservar el predominio, desde las constituciones y las leyes, hasta las obras de texto.»

Es incuestionable, a mi juicio, que Almirall peca de abstracto y generalizador y da, paradójicamente, una con-

crección excesiva a la voz «castellano». Pero todo es de menor importancia si juzgamos que fue uno de los pocos autores periféricos que no se rindió a la seducción hispano-castellana y vio los males del país como males castellanos. Es digno de nota que Almirall viera el peligro de la dictadura como un peligro castellano. Confirma una de las tesis que veremos luego, según la cual Costa tiende a identificarse con las ideologías tradicionales españolas, incluyendo el culto a la jefatura y la personalidad. Es interesante, desde luego, comparar a Almirall con Costa. A luz de esta comparación Costa aparece como un Castellano desaforado. Almirall como un europeo objetivo y, en lo posible, desapasionado, que defiende «el procedimiento especialista y el método de observación directa que conducen directamente al positivismo científico» (pág. 211).

VII

EL notario D. Julio Senador Gómez, editó tres años después de la muerte de Costa, en 1915, un libro costista que demuestra la hondura y esclarece la dirección del influjo de Costa.

La admiración por Costa es explícita :

«Aquel coloso inolvidable que se llamaba Joaquín Costa, trazó unos planos y construyó un andamiaje : pero se vio forzado a desistir de su tarea cuando comprendió que nada robusto se sostendría sobre estos cimientos de ignorancia brutal, de miseria alucinante, de barbarie marroquí.»

No sólo es Costa quien influye en él, sino toda la tradición del movimiento costista. Preguntándose por las causas de nuestra decadencia intelectual, después de criticar la teoría de Pompeyo Gener según la cual la inteligencia de los mesetarios está adormecida porque no tiene *argón*, Senador propone la suya.

«Más fundado en principios científicos, sería tal vez creer, que este indiscutible aplanamiento del espíritu de una raza víctima de la anestesia quirúrgica por un exceso de dolor, contra el cual se refugia en el nirvana de los faquires indios decidiéndose a no pensar en nada: esta evidente vaciedad de nuestra producción intelectual que, desde «El Problema nacional» de Macías Picavea, es decir, desde hace cuarenta años, no ha dado fuera de Madrid un solo libro que merezca ser recordado: y esa relajación de la tensión normal en todos los resortes de nuestra vida suprasensible, que acabará oxidándoles y aniquilándoles por falta de ejercicio, quizás provenga de aquellas lluvias que lavan las tierras desnudas y se llevan al mar los fosfatos, es decir, el alimento del cerebro.»

Está claro que ha leído y se ha entusiasmado con Picavea a quien valora en exceso y con clara injusticia para otros españoles si tenemos en cuenta que el libro de Senador se publicó en 1915. Pero y, esto es lo más importante para nuestros fines, estamos ante un escritor que pertenece fiel a la línea de Costa, que piensa desde un hiperpositivismo, como diría el propio Pompeyo Gener, y que ofrece a Castilla como un país deshecho, identificándolo, inconscientemente, con España, como solemos hacer la mayoría de los castellanos.

El libro de Senador es, como corresponde a sus modelos, expresión del máximo «conservadurismo revolucionario». Su punto de partida, incommovible, es la institución de la *propiedad*. Sin propiedad no hay orden material ni valores morales.

«Conviene, pues, insistir sobre este hecho por todos sabido y por casi todos negado: que cualesquiera instituciones humanas, incluso las que parecen más respetables como el matrimonio y la familia, reposan exclusivamente sobre la propiedad y por lo tanto, es claro, que al desmoronarse la propiedad, se desmoronan también interiormen-

te todas las demás instituciones, aunque en el exterior conserven cierta apariencia de solidez suficiente para tranquilizar a los borregos de Pa-nurgo.»

No se trata, desde luego, de cualquier clase de propiedad. La referencia es constante a la propiedad agraria y dentro de ella a la corporativa o colectiva. La propiedad municipal corporativa destruida por la amortización la defiende Senador como base de la restauración de Castilla. *des*

«Si al hacerse la desamortización se hubiera respetado la propiedad municipal, y el resto se hubiera hecho llegar a manos del pueblo, bien por medio de cesiones enfiteúticas o bien reconocido a cada ciudadano el derecho de pedir y obtener gratuitamente una porción de los terrenos públicos baldíos, como se hace en los Estados Unidos, la riqueza, después de un estancamiento transitorio, habría recobrado su curso natural y los vagos forzosos de ahora se habrían convertido en productores y ciudadanos útiles.»

El espíritu comparativo rural, el amor a la tierra y la aversión por los grandes complejos urbanos dan a veces a la obra de Senador Gómez cierto tono alucinado. Es incuestionable que está en el espíritu de Costa y de la tradición costista, llegando a formular una invitación semejante a ésta que voy a transcribir de la página 92 del libro de Senador Gómez. Es una invitación a abandonar la Universidad y dedicarse a la tierra. Preocupa pensar qué pudo llevar a un hombre de estudios culto — Senador Gómez era notario cuando escribió este libro — a semejante negación y exceso. Es a mi juicio una especie de rencor ciego y desconfianza absoluta hacia las clases directoras, rencor y desconfianza exaltadas por el patriotismo convencional y agresivo

que impregna a todo este grupo de prefascistas. No obstante, como sistema tiene un valor en cuanto exterioriza la fuerza con que se adueñaba de ciertos intelectuales la idea de una reforma radical, puritana, al margen del Estado y de las instituciones oficiales.

«No vayáis a las Universidades. Mirad que mientras sean lo que son, no han de enseñaros nada que sirva para nada. Mirad que ahí van a tratar de corromper vuestro instinto natural de la justicia procurando persuadiros de que la razón escrita es ese derecho Romano urdido por una taifa de bandidos que esclavizaban, asesinaban y luego inventaban leyes para justificar la esclavitud y el robo y el asesinato. Mirad que ahí os roban la felicidad porque cuando acabéis vuestras carreras os avergonzaréis de encontraros tan inermes e ignorantes; y ni siquiera tendréis el derecho de casaros porque seréis incapaces de ganar una peseta. Mirad que por ahí sólo véis la miseria y la muerte. Mirad que por ahí vais a enterrar toda la sana alegría de vuestra adolescencia y toda la tranquilidad de vuestra vida. No os dejéis extraviar por ilusiones de vanidad que no han de realizarse nunca. No os dejéis alucinar por los oropeles de esos títulos que ni dan ciencia ni siquiera la suponen. No os acordéis de los pocos que triunfan gracias a una buena fortuna. Acordaos, por el contrario, de los muchos pobres médicos que en la ciudad visitan a 10 céntimos, de los muchos infelices abogados que en la ciudad mendigan plazas de cobradores de tranvía.»

¿Cómo arreglar el problema español? La pregunta tiene respuesta difícil si consideramos el párrafo anteriormente transcrito en el que se eleva a programa de acción la desconfianza hacia las instituciones básicas. Estará quizás el arreglo en la solución democrática, que según Senador consiste en obligar indirectamente a los gobier-

nos, mediante la acción colectiva, a realizar los programas impuestos de antemano por la opinión pública? La respuesta es negativa. Esto sólo puede ser obra de las muchedumbres ilustradas y en España hay, el autor del libro se refiere a 1915, un 60 % de analfabetos. Pero no sólo hay que hacer hombres libres, sino hombres iguales lo que exige una previa igualdad económica. ¿Cuál es, pues, la solución para un país, en el cual la región directora, Castilla, está moral y materialmente en escombros?

«La raza infeliz que la puebla, dice en un párrafo violento, no ha tenido nunca inteligencia bastante para constituir opinión pública porque está embrutecida; ni fuerza suficiente para plantear los problemas que le interesan resolver, porque está hambrienta.»

Páginas después, repitiendo y ampliando con nuevos matices la fórmula dice:

«Hoy, en tesis general, decir *Castilla* no es más que articular un vocablo vacío de sentido, porque ya no queda aquí ninguna Castilla de existencia real; sino un conjunto de hombres desligados de todo vínculo social, sin trabazón de ningún género entre sí y que para ningún fin, ni por ningún concepto, se consideran solidarios del vecino como no sea en asociación transitoria para maquinar el daño de otro.»

Admitamos que no hay Castilla, admitamos que no hay instituciones, admitamos que no hay clase dirigente, ¿queda algo sobre que construir?

En principio el lector tiene la opinión que Senador va a negar que queda esperanza alguna. Sobre todo cuando se lee en la página 252:

«Nada se habría perdido si contáramos siquiera con el factor *hombre*. Pero para prueba de que tampoco tenemos nada que esperar del factor hombre, al menos por ahora, vamos a examinar la situación mental en que se encuentra nuestra población campesina por culpa de los obligados a educarla, que en lugar de dedicarse a eso, se han dedicado premeditadamente a embrutecerla para tenerla más sumisa.»

Alguno de los resultados del examen ya los hemos transcrito, los demás con diferente asunto, son semejantes en cuanto a la conclusión pesimista. Resulta, pues, que nada se puede esperar del factor hombre, como dice Senador. Por consiguiente, ¿en qué o en quién se puede esperar?

Se dan en este libro, sobre este punto, parecidas vacilaciones, e incluso contradicciones que en las obras de Costa. Olvidándose el autor de sus propias conclusiones, pide que los propios ciudadanos reaccionen y en el último párrafo de la obra deja la solución en manos del pueblo :

«Cuando una llaga empieza a gangrenarse, hace falta primero, extirparla con valor sin perjuicio de curarla luego con amor... Sobre el fundamental desconcierto busca sus apoyos una política que tiene por exclusivo objeto oprimir el hombre como animal para anularle como ciudadano en provecho de la bandada de caciques que se ciernen sobre el país como los cuervos sobre un campo de batalla... Dos soluciones nos quedan : o perecer bien pronto con quienes nos han traído hasta el derruinbadero que se abre a nuestros pies o empezar a salvarnos por nuestro propio esfuerzo.»

Pero esto no tiene sentido cuando, prácticamente, se ha dedicado un libro a demostrar que no hay tal pueblo. Algo más profundo y coherente, por lo tanto, más autén-

tico, tiene que expresarse o traslucirse en el libro de Senador.

Téngase en cuenta que para el autor de «Castilla en escombros», el nuestro es un país sumido en una modorra de siglos. Sólo la superficie se agita en las tormentas marinas por grandes que sean las olas y, del mismo modo,

«Las tempestades políticas que en el siglo pasado se desencadenaron sobre la Nación, enrojeciendo su suelo con torrentes de inocente sangre, apenas han conseguido rizar las aguas dormidas de la ciénaga mental en que se revuelcan a su gusto nuestros pueblos incomunicados.»

En otra ocasión, siguiendo la aversión de Costa por la Fiesta Nacional, los toros, opina así, de los castellanos.

«Y hay que haber visto a un pueblo entero, borracho de vino y de barbarie, acosando a un pobre animal indefenso, hiriéndole con rejonas, golpeándole con varas y atormentándole de mil maneras hasta que los mansos le retiran al corral hecho una llaga o exhala el último aliento a la vista de un millar de espectadores que presencian su muerte con alegría de caníbales.»

«Y si ni ahora piensan, ni nunca parecen haber pensado en otra cosa no es mucho suponer que al concluir la lectura de los anteriores párrafos nuestro amable lector exclame indignado: ¡pero eso no es casta de hombres! ¡Eso es un hato de facinerosos!»

En alguna ocasión parece que se inclina por una aristocracia de hombres honrados, que aún quedan, dice, para substituir una política,

«Que, en el espacio de cien años ha promovido once guerras formales y treinta y nueve de menor cuantía; perdiendo 14 millones de kilómetros cuadrados de territorio, cuatro millones de vidas, cincuenta mil millones de pesetas; de los que se deben todavía diez mil millones por los cuales abonamos intereses.»

Pero, insistimos, es difícil creer en la acción redentora de una aristocracia que proceda de un pueblo como el que descubre Senador que ni siquiera tiene,

«Un ideal colectivo y por eso no tenemos un Himno Nacional; pero también a otros pueblos les faltaba, y lo que no hizo el amor lo hizo el temor y tuvieron que ocuparse y olvidar sus disensiones, como Francia y Austria, para no morir despedazados por algún enemigo poderoso.»

El castigo y el temor como base de regeneración nacional para un pueblo como el que descubre Senador, me parece a mí que es la línea más clara, por lo menos la más congruente del libro, y la que lleva a una dictadura como única solución. La descripción que en el libro se hace de la ignorancia de los castellanos y de su cerrazón frente todo lo que sea mejora es escalofriante y, a mi juicio, injusta. Tanta ignorancia y degradación no se compensa con ninguna virtud, ni siquiera con la práctica de la religión que es otra de las falsedades que envuelven a Castilla.

«Respecto a la religión no hay en cada lugar doce personas que sepan la mitad del catecismo, aunque es casi la única enseñanza que se da en la escuela; ni cruz de piedra del antiguo Via Crucis que no haya sido derribada o aprovechada para dintel de algún pajar; ni santo de hornacina que no esté machacado a pedradas; ni ermita que no

se encuentre en ruinas; ni tejado de Iglesia sin goteras; ni espadaña con esquila; ni cementerio bien cuidado, ni imagen sin carcoma; ni cura que gane para comer a gusto; ni tío que se atreva a gastarse en misas tres pesetas.

»Sin embargo, se opina que hay mucha religión. La religión de ellos consiste en acudir a la iglesia cuando oyen tocar una campana; acomodarse en cualquier sitio; abrigarse lo mejor posible y dormirse con toda tranquilidad arrullados por la música del órgano.»

El lector coincidirá sin duda conmigo, que pensando así hay que acudir a remedios radicales. Tales remedios además de radicales serán nuevos, absolutamente nuevos, por dos razones: una, porque «aquí no ha gobernado nadie», otra, porque nunca ha habido una revolución.

«Nuestras revoluciones no han sido más que una farsa; y cada vez que trataban de justificarse invocando el nombre del pueblo representaban otra farsa. El pueblo no las ha hecho nunca porque como no entiende de organizaciones, será capaz de lanzarse al motín en un momento de arrebato, pero no lo es de organizar y sostener el motín para convertirle en revolución.»

Con esto se perfila un tópico que es muy grato a Senador como a todos los intelectuales de su época; la revolución desde arriba. Pero, volvamos a la cuestión inicial: ¿quién la hará? Hablando a propósito de la amortización (la idea agresiva de Senador, la necesidad de corregir los males de la «desamortización») se formula el principio costista de «un hombre». A mi juicio la fórmula que sigue seducía realmente al autor y a ella se hubiera adherido de existir en el orden real, tal y como él la quería. La solución dictatorial es la que encaja con

el conjunto de ideas y emociones que se expresan en «Castilla en Escombros».

«La nación... no confiando en el pueblo ha puesto su confianza como último recurso, en un hombre: ¡en cualquiera! Quién de nuestros lectores no ha escuchado mil veces por lo menos la frase de que «aquí hace falta un hombre». Esa es nuestra democracia. Una aspiración constante hacia la dictadura por embrutecimiento de las masas incapaces de regirse a sí mismas. Hoy los hombres no piden derechos. Piden pan. Esto será lastimoso, pero es cierto. Nuestra democracia, como se ve, no es más que otra farsa. La Nación lo ha conocido intuitivamente y desprecia democracias, parlamentos y parlamentarios. Por eso vive esperando, un día y otro, al hombre providencial que ha de venir a salvarla devolviendo su propiedad al municipio que es como devolvérsela a los pobres; y le espera con los brazos abiertos para reconocerle como hijo benemérito, para aclamarle como a un liberador, y tal vez para elevarle sobre el pico de Muley. Hacerle una estatua de cien codos de altura con la inscripción siguiente en letras de oro:

*«Al amortizador de España,
La gratitud del pueblo hambriento.»*

Las reformas que Senador propone se asemejan mucho a las de Costa y las propone con la misma dureza y claridad de visión respecto de los males de España y también con la misma perplejidad en cuanto a los modos de poseer el remedio para iniciar la curación. Tampoco propone ninguna vía directa de acceso al poder. Pretende conmover al país con un libro, cuyo mayor mérito está, como en los casos anteriores, en la crítica y planteamiento de los problemas y no en su solución. El propio autor parece consciente de este hecho y, en

cierta medida, de la limitación de su libro y de la necesidad de que intervengan los demás.

«Somos pasajeros de un barco que se hunde. En estas páginas hay voces de alarma; pero también voces de consejo sobre el modo de tapar esas desgarraduras por donde entran a raudales la inundación y la muerte.

»Los que frente al peligro común se crean con derecho a permanecer cruzados de brazos, háganlo en buena hora; pero sepan también que la perdición será para todos y que no es así como se evitan los naufragios.»

El libro de Julio Senador es en exceso vociferante y alarmante. Nos coloca al borde de la muerte colectiva con demasiada precipitación y, a veces, sus estadísticas son exageradas en favor de los datos negativos. Pero, por estas razones y porque hay en él un fondo de verdad y honradez indiscutibles, ejerció gran influencia, tanta o más que los libros de Mellada y Picavea. En 1920 se reeditaba, también en Valladolid, y despertaba la atención y los comentarios de los periódicos castellanos, casi todos elogiosos.

Con Senador adquiere perfil definitivo la retórica fascista de las grandes cifras y los problemas absolutos, y el llamamiento desesperado a la nación para que, de un modo u otro, inicie el camino de la salvación más allá de la democracia y de la farsa de los Parlamentos españoles, por la aplicación de un principio de autoridad que se basa en supuestos diferentes. Sus palabras son taxativas en este sentido:

«Todo gobierno español es siempre impopular, y desde la implantación del sistema constitucional, no ha habido nunca un ministerio capaz de subsistir dos años como no fuera acudiendo a la astucia y muchas veces a la franca violencia.

»Semejante desorganización política es una gran desgracia para todo pueblo, porque significa un verdadero trastorno visceral que impide el funcionamiento normal de la vida colectiva conforme a los dictados de la razón y del derecho; y desde que la vida deja de funcionar así, se interrumpe la evolución natural y comienza la regresión al estado salvaje.»

De aquí sólo se induce una cosa; una dictadura nacional expresada en el tópico del tiempo ¡un hombre! En 1912, los hermanos Cuevas, saineteros conocidos, estrenaban en Madrid, con enorme éxito, una comedia cómica titulada «¡Aquí jase farta un hombre!». Esto da idea de la extensión y popularidad del tópico e incluso del humor que se ponía en la reiteración de una exigencia más fácil de cumplir en la imaginación que en la realidad.

VIII

EXAMINAREMOS a continuación un libro que quizás ateniéndose al orden cronológico de aparición deberíamos haber visto antes, pero que deliberadamente he dejado para lo último por ser, a mi juicio, el de mentalidad más moderna y, sin duda, uno de los más notables.

Me refiero al libro de Joaquín Sánchez de Toca, «Reconstitución de España en vida de Economía Política actual», publicado en Madrid en 1912. A mi juicio es una exposición reposada de las ideas de Sánchez de Toca sobre el problema español en cuanto nación, y se puede considerar como el testamento político del autor, que fue escritor fecundo.

El libro es, como veremos, un libro costista. Nada importa el espíritu religioso, incluso providencialista histórico, para que en los aspectos concretos piense como Costa, y llegue hasta casi repetir literalmente ideas de Costa. No le cita porque a Costa no le cita nadie o ape-

nas nadie. Este es un aspecto de la cuestión que procuraré aclarar luego. No obstante queda siempre remanente algo oscuro en este silencio en los libros importantes que están en la propia línea del silenciado. Quizás la explicación esté en que Costa formuló las opiniones comunes con tal contundencia y precisión que citarle supusiera para sus lectores una conformidad equivalente a la obediencia. Pudiera ser, repito, que ésta fuera la razón por la cual sólo los periodistas expresaban admiración hacia él y le repetían.

El prólogo es en gran parte un resumen de ideas de Costa. Ya veremos que en uno de sus mensajes programáticos Costa dice que una de las fuentes de nuestra abulia está en habernos acostumbrado a medir la importancia de los pueblos por su extensión. Sánchez Toca dice :

«En la psicología de nuestro espíritu territorial, así connaturalizado al concepto de no apreciar la grandeza de las naciones sino como valor material y cuantitativo, la súbita mutilación de todos los Estados coloniales produjo instantáneamente fenómenos reflejos semejantes a los de las sensaciones que en la fisiología individual del hombre acompañan a las grandes mutilaciones del cuerpo vivo. La imaginación llevó de súbito a los más a creer que habíamos sido precipitados a los abismos de las desesperaciones. Otros se dieron a pregonar en delirio panaceas de regeneración. Muy pocos a esa hora reportaron su espíritu a considerar que la grandeza de una nación no se mide por la extensión territorial, sino por la energía de sus disciplinas sociales y por la magnitud y permanencia de una acción en la historia.»

Y en el mismo prólogo otra afirmación de incuestionable linaje costista :

«Olvidamos que el derecho público no lo hacen los legisladores, sino el pueblo mismo y que la opinión pública, las libertades públicas, la voluntad colectiva de una nación, pueden expresarse de muy diversos modos y que su modo más bello de expresión no es siempre el texto legal o los recuentos de los comicios de sufragio universal ni supimos incorporarnos a las corrientes generales de la historia, adaptándonos a los factores nuevos que la evolución contemporánea aporta a las soberanías nacionales; ni supimos tampoco conservar entre lo propio aquello que es como elemento vital de nuestra existencia.»

Las fórmulas antiretóricas y el entusiasmo por los programas concretos y las soluciones inmediatas y urgentes abundan en el libro que comentamos. Del regeneracionismo de Sánchez de Toca, al regeneracionismo de Costa no media nada. La coincidencia es tan profunda que a veces se llega a descubrir cierta estrecha correspondencia temperamental e intelectual que hace intercambiables muchas ideas y actitudes. La semejanza temperamental era realmente grande, según me dicen quienes conocieron a ambos. Sánchez de Toca era también incorruptible, jamás hacía ni aceptaba una recomendación, lo mismo que Costa, y tenía carácter intransigente incapaz de adular ni aceptar la menor servidumbre. Por estas razones a Sánchez Toca le ocurrió lo que a Costa, no tuvo equipo político personal e inmediato.

«Nada se imponía tanto durante este período (1900 a 1910) como el recogimiento en austeridades de vida de administración y gobierno, vigorizando los órganos de nuestra economía nacional, evitando disputas superfluas por considerar que hasta ni el propio parlamentarismo se ha hecho para hablar, sino para trabajar en los días críticos en que la desgracia prueba a los pueblos co-

mo a los metales el crisol... En vez de concentrar su actividad sobre aquellos problemas de urgencia que, por responder a lo más positivo del vivir como nación, subordinan a todas las demás cuestiones, por el contrario prosiguieron la misma polémica baldía que entablaron en el siglo último sobre teorías de política abstracta.»

Del libro de Sánchez de Toca, omitiré cuanto se refiere a proyectos concretos de carácter administrativo, o financiero, y recogeré como con los demás autores he hecho, sus puntos de vista generales y críticos, para acabar puntualizando su inclinación por la dictadura.

Los supuestos que sirven de fundamento a las reflexiones particulares de Sánchez de Toca, sobre España, son los siguientes que ofrecen un panorama extenso y bien definido de las ideas más progresivas y críticas de su tiempo en orden a la Política y la Economía.

1.º La crisis del Estado soberano tradicional.

«El Estado no puede ahora construir exclusivamente como un poder de dominación que por sí mismo determina sus facultades discrecionales y arbitrarias... Ahora en las comunicaciones internacionales servidas por instrumentos de intercambio, que suprimen la distancia para las transferencias de los principales elementos de vida económica, y por órganos de transmisión instantánea de todas las impresiones del espíritu público, se ha producido un poder internacional nuevo con el que todos los Estados necesitan contar, pues es opinión de naturaleza activa cosmopolita en potencia para intervenir en todo momento sobre cualquier incidencia que afecte más o menos directamente a un interés general.

»De este poder nuevo se deriva que jamás las naciones hayan tenido entre sí tan compleja e íntima

trabazón de intereses como ahora; que jamás tampoco, como en la actual generación los intereses primordiales de la humanidad prescindirán para sus obras de solidaridad de las fronteras políticas de los Estados, y que jamás, por último, como hoy, las grandes masas populares, y singularmente las muchedumbres del proletariado, encontrarán vías tan expeditas para oponer la solidaridad de sus intereses de clase a los artificiosos convencionalismos que procuran el aislamiento de la soberanía del Estado.»

La mayor parte de lo que en estos párrafos se afirma se podría sostener hoy sin cambiar una tilde y no es frecuente encontrarlo expuesto con tanta claridad y precisión, no ya en escritores españoles, siempre muy retrasados en el orden intelectual respecto a Europa, sino en los propios escritores europeos. Si admitimos que existe una fuerza internacional, tan poderosa y condicionante que limita incluso la soberanía de los Estados, hemos de preguntarnos qué fuerza es esa. No basta la opinión que la expresa, sino el resorte poderoso que está debajo. Para nuestro autor esa fuerza es la económica. Las diversas formas del proceso económico se han desarrollado de tal modo que ocurre en economía lo que ha pasado en física, en la cual todo es energía, estable o dinámica, de tal modo que la distinción entre ponderables e imponderables, que durante siglos rigió el raciocinio, se ha superado, en cuanto fuerza y materia son dos formas distintas de una misma cosa. Lo mismo ocurre en Economía

«El mecanismo financiero del crédito moderno desmaterializa la riqueza en términos de extraer de todas sus masas de valor energías de fluído imponderable instantáneamente transmisible de un continente a otro. La supremacía en la riqueza mundial no está representada ni por los valores solariques de elementos económicos inertes, ni por el

caudal de especies metálicas que cada nación acumula. Depende de las múltiples actividades desarrolladas dentro de la economía nacional, transformando en energía activa los estados inertes de sus primeras materias o de las que importe elaborarlas; depende de la potencia de sus órganos para el trabajo de la producción y del comercio y de sus aparatos circulatorios para movilizar y dar homogeneidad al stock monetario esparcido por el país y facilitar instantánea liquidación bancaria de todos los intercambios mundiales; depende del crédito de sus emisiones y de la intensidad progresiva de su solidaridad internacional; depende, sobre todo, de que el prestigio de las firmas de la alta banca disponga en tal grado de la confianza del mercado universal, que puedan contar a todo evento con el criterio de las reservas psicológicas acumulado por las prácticas financieras y comerciales de los emporios que llevan la primacía del gobierno de los negocios en la civilización contemporánea.»

Aunque expuesto a veces en un estilo excesivamente enfático el pensamiento de Sánchez de Toca en sus líneas generales está claro: las relaciones económicas predominan sobre las políticas. Este hecho ha producido la aparición de nuevos imperialismos y colonialismos definidos por la creación de mercados en lugares donde hace unos años sólo existían «inmensidades esteparias o mangas impenetrables, o cordilleras formidables, o ríos con proporción de brazo de mar». Desde esta idea central, el predominio de las fuerzas económicas, se plantea la cuestión del regeneracionismo que, en términos más generales, equivale a esta otra: la función de los Estados nacionales en la moderna estructura internacional.

2.º La Nacionalización económica.

Es incuestionable que aquí surge una profunda contradicción en el programa de Sánchez de Toca. Quizás

sea una contradicción salvable con argumentos, pero en el orden intencional y de los prejuicios básicos determinantes, existe una contradicción.

Por una parte el antiguo Estado nacional de fundamento político se desmorona, por otra parte el nacionalismo ha de tomar nuevos fundamentos según se plantea sucintamente por Sánchez de Toca.

«Qué es lo más fundamental para mantener soberanía de personalidad internacional ante las nuevas realidades con que actualmente se plantean para las naciones los problemas de la economía política.»

Parece que sería consecuente con el planteamiento inicial defender la internacionalización y preveer el proceso de integración de los antiguos Estados en comunidades económicas más extensas. Pero el autor, aun consciente de la crisis del nacionalismo político, defiende un nuevo nacionalismo: el económico. Sánchez de Toca aparece como un nacionalista de nuevo cuño, económico-financiero y la base prejudicial de su pensamiento en el orden nacional e internacional queda fijada desde este supuesto: la nación sobre todo. En muchos casos más que una idea es un sistema de prejuicios, pero en el subyace el elemento totalitario, que se conjuga con los fundamentos prejudiciales de Costa, y que lleva directamente a la hiperestimación del control político. El nacionalismo económico se traduce en nacionalismo político por una razón poderosa; porque no existe nacionalismo económico puro. Todo nacionalismo económico es una forma de adaptación del nacionalismo político.

«Hoy más que nunca, dice Sánchez de Toca, cada pueblo necesita personificarse por sus obras en la nacionalización de su economía patria debida a las energías individuales y colectivas de su población; por la que hace rendir a su suelo y a las

riquezas latentes de las primeras materias soterradas en su subsuelo, centuplicándoles valoración mediante las transformaciones de la gran industria por las grandes empresas comerciales que acierta a desenvolver... Si acierta a sumar todo esto, aunque su cuerpo nacional figure geográficamente como pequeño, actuará como nación grande, sobre todo si la nacionalización de sus factores económicos sobresale con supremas maestrías en el manejo del mecanismo financiero...»

La nacionalización de la riqueza es un programa estatalizador de signo frecuentemente totalitario. El pensamiento de Silió y el de Sánchez de Toca, desde puntos de vista distintos denuncian la misma intención latente; la población y la economía al servicio de un Estado nacionalista totalitario.

Estos dos supuestos básicos, primacía del factor económico y nacionalización, justifican el regeneracionismo en cuanto pueden dar a España la posibilidad de convertirse en una nación que pese definitivamente en el ámbito internacional. Sánchez de Toca no participa del pesimismo, a veces insuperable, del resto de los escritores de la línea costista que hemos examinado.

«Necesitamos reaccionar, sostiene, contra la descomposición de la estructura interna de nuestro organismo patrio, que poseyendo peculiarmente como beneficios primarios recibidos de la naturaleza los elementos más valiosos para quien sepa transformarlos de riqueza inerte en valor activo, los presenta, sin embargo, en estado mísero de peso muerto o de energía degradada. Nuestro esfuerzo preliminar debe cifrarse en nacionalizar los elementos más vitales para la economía patria poniendo por propias energías en plenitud de valor nuestros manantiales del trabajo y de la producción acertando a conexionar un organismo en vida económica in-

tenza y solidaria para todo el cuerpo peninsular con las preemiencias de nuestra posición geográfica, mancomunándolas por las habilitaciones de sus servicios de puerto y por el régimen de los transportes terrestres y de las comunicaciones marítimas con todos los factores naturales de constitución hermanada a la gran industria que permite la riqueza sedimentada en nuestro territorio.»

Si a esto se añade la aplicación de los métodos bancarios y económicos que llevan «al gobierno imperial del régimen económico», el país entraría en un camino claro de regeneración y poderío.

La segunda parte del libro de Sánchez de Toca se refiere al «Cuadro geográfico de nuestra península y los fenómenos sociales de la evolución económica en la vida contemporánea». No es sino la aplicación sistemática a nuestro país de las teorías que, en general, ha expuesto en la primera parte. No insistiremos en lo que Sánchez de Toca llama vivificación del territorio nacional. El lector puede suponer cuáles son sus opiniones y consejos. Me limitaré a exponer cuáles son sus puntos de vista más originales y las críticas y soluciones que fortifican la inclusión del autor en este ejemplario de formas encubiertas de prefascismo en España.

Es, a mi juicio, importante que Sánchez de Toca eluda la obsesión agraria en la que están metidos los restantes autores citados. Con mentalidad moderna descubre la función básica de la ciudad y del camino en el bienestar y el poder de una comunidad.

«Actualmente la urbe y el camino ostentan eficiencias sociales y potencias de expansión sin precedente en la historia. Como emporio de actividad económica o generador de las corrientes de espíritu, la urbe es hoy el factor social preponderante para nacionalizar las más diversas expresiones geográficas y todos los elementos colectivos del orden

espiritual y material que entran en la composición y existencia soberana de los grandes organismos patrios, y es también el foco más activo e intenso para estrechar la solidaridad de todas las partes del planeta.»

Esta visión más moderna le permite configurar con mayor exactitud el papel del proletariado y la función de las estructuras e ideologías que defienden, por ejemplo el socialismo y el comunismo. También, a mi juicio, la mentalidad más moderna y la constante preocupación por los fenómenos de masificación y la necesidad de controlar y disciplinar las nuevas fuerzas en acción provocó en Sánchez de Toca, lo mismo que en muchos de sus contemporáneos, la aversión al parlamentarismo y, en general, al liberalismo. Un proceso que se ha estudiado y denunciado muchas veces, la necesidad del control económico y financiero antagónico al principio liberal de la libre competencia, produjo las tendencias totalitarias de regular la política de acuerdo con los nuevos esquemas económicos. Los principios y las instituciones liberales y democráticas le parecían incapaces o imperfectas y buscaba un sistema capaz de superar sus flaquezas.

La crítica al parlamentarismo es análoga y parte de los mismos supuestos que la crítica de Costa.

«Bajo cualquier apariencia de régimen constitucional, las naciones viven siempre al modo de gobierno que se deriva de la constitución mental, predominante en sus estados sociales, y no hay ilusión tan vana como la de imaginar que se ha renovado a un pueblo cambiándole las ficciones jurídicas de su derecho público. La mentalidad de las colectividades, con criterios más positivos que el de las ideologías de los legisladores, crea espontáneamente por las vías del derecho consuetudinario las formas vivas en que se desenvuelve su biología.»

Hay pues, que tener en cuenta que existen diferencias específicas irreducibles que traen como consecuencia que el parlamentarismo funcione con su naturaleza invertida, es expresión de Sánchez de Toca, de modo que en vez de fomentar el liberalismo fomenta las oligarquías.

«Aunque las naciones tienen por privilegio de la naturaleza ser cuerpos siempre sanables, todavía no se ha dado ejemplo de nación que, informada por el parlamentarismo, llegara a convalecer sin salirse de ese régimen.»

De todo esto se induce que en España el parlamentarismo, es decir, el liberalismo vigente en Europa, no es aconsejable. Es necesario buscar un sistema en el que se dé

«el modo de sentir el deber y la responsabilidad moral de las propias obras, la energía del espíritu de sacrificio, el dominio de sí y la firmeza de resolución para aportar cuanto sea necesario en la solidaridad de la cooperación social. Sin disciplinas mentales de esta calidad incorporadas a su estirpe ningún pueblo puede salirse por propia soberanía, ni evitar que les gobiernen extraños.»

La falta del peculiar tipo de disciplina mental que aconseja el autor ha hecho que en España

«vivamos un régimen parlamentario sin cuerpo electoral y agitando con estridencias de sufragio universal aparatos de gobierno de opinión pública, no sólo en orfandad de aquellos elementos de opinión activa que en los países bien constituidos fortalecen a las instituciones, sino hasta de aquellos mismos estados de opinión pasiva que en los gobiernos despóticos contrarrestan y suplen el silencio de

las instituciones. Las muchedumbres que convocamos a tomar parte en la gobernación pública resultan sin otra cohesión espiritual que la de difusos resplandores crepusculares o reflejos atávicos en cerebros convulsivos; y los que actúan como directores políticos de esas muchedumbres se agrupan con romances de programas hilvanados por el odio o por la concupiscencia, sin poder sumarse en un plan de gobierno.»

Sánchez de Toca opina que desde 1868 se desnacionalizó nuestra economía y que, por consecuencia, nuestras instituciones políticas pasaron a la condición de vasallaje respecto de las oligarquías financieras extranjeras. Las propias clases directoras se sumaron a estos intereses y al restablecerse la Monarquía el sistema oligárquico era tan fuerte que resultó de todo punto imposible desarraigarle.

De aquí que :

«Los partidos alternan en el poder como si fueran meras denominaciones distintas de una misma razón social y son a modo de compañías sin arraigo en la economía nacional, que gobiernan sin orientación trascendente, viviendo para sí, teniendo por base diferenciaciones de ficción, perturbando la vida económica con trabas de arbitrismos fiscales, desórdenes administrativos, concesiones de monopolios y otorgamientos de privilegios.»

Son muñecos en manos de los grandes Consejos de las grandes compañías.

«Actualmente los Consejos de las grandes compañías implican funciones de Estado y de alto interés nacional, a las veces de mayor importancia que muchos de los que figuran como más eminentes en la jerarquía política... Y a la vez por lo que se refiere al más alto interés público, el hecho

de que en esos cargos la valoración del generalato resulte en contradicción con el valor interno del posesionado del grado, dada la inmensa trascendencia de los instrumentos sociales y económicos que ellos manejan, convierte a esos consejos en peligrosísimos aparatos de seducciones y engaños con incalculable eficacia perturbadora y disolvente, tanto para la vida interna cuanto para la seguridad exterior del Estado... Resulta por tanto, en esto invertidas las funciones de clase directora de la política, en vez de ser órgano general de la Nación, son embajadores de los empresarios.»

No cabe, pues, sorprenderse de que en este sistema ocurra lo que Sánchez de Toca va exponiendo en sucesivos epígrafes.

«Que la jerarquía burocrática queda también sometida al sistema extra legal del patronato y de la clientela.»

que se

«Produzca el avasallamiento de los partidos políticos al sistema beneficiario del patronato de plutocracia.»

El análisis que el autor hace de la burocracia es, aunque breve, sumamente agudo, distinguiendo acertadamente entre grupos de interés y de presión. Los primeros corresponden al primer período, cuando las grandes compañías tenían burócratas que se ponían a su servicio a través de las altas categorías de la política.

«Hoy — dice refiriéndose al segundo momento —, las oligarquías de las grandes empresas no necesitan de intermediario influyente: tienen contacto de relación directa con todos los grados de la burocracia, cuyos cargos son hoy, de hecho, inamovibles en cualquier escala de la administración.»

No quiero insistir, me parece innecesario, en la crítica de Sánchez de Toca al sistema político general español. El lector se habrá percatado, a través de lo que llevamos dicho, que explícita o implícitamente en este libro inteligente y de cierta novedad se afirman los supuestos siguientes:

- 1.º Necesidad del regeneracionismo por vías no democrático-parlamentarias.
- 2.º Disciplina nacional férrea.
- 3.º Nacionalismo económico. Nacionalización sin censura de las riquezas del país.
- 4.º Patriotismo exaltado incompatible con la adinámica nacional.

Pero, al final, llegamos a la pregunta que constantemente nos hemos hecho. ¿Cómo y con qué sustituir al parlamentarismo?

Prefiero que sea el propio Sánchez de Toca quien conteste.

«Para acometer tamañas empresas sobre este territorio peninsular, necesitamos un hércules tan poderoso como el renovador de la tierra en los tiempos mitológicos de los helenos. Nuestro parlamentarismo no parece generador de semejante linaje. Hasta ahora no engendró más que sohogunes y samurais secuestradores del Mikado de la civilización occidental, a semejanza de los de la antigua constitución del Japón hasta el resurgimiento revolucionario del Imperio del Sol Naciente en 1868.

La reconstitución de España en soberanía nacional con vida de economía política moderna necesita que del sohogunato constitucional europeo contemporáneo nos surja Hércules-Mikado o Hércules-Sohogún, en personal capacidad para administrar y gobernar al Estado con dominio de lo más fundamental de las nuevas realidades con que

actualmente se plantean ante las naciones los problemas internos y mundiales del mantenimiento de la soberanía.

Sin asistencia de tal personaje o de una feliz combinación de ambos, como la que en la era contemporánea alumbró la gran política meritoria de Patria mayor para otros nacionalismos, nuestro parlamentarismo con sus Gabinetes, Cámaras y Palacios para el Gobierno de las Cortes con el Rey, vendrá fatídicamente y desintegraciones de soberanía mediatizada para que los imperialismos financieros y políticos operen a través de ella en forma semejante a como se filtran por entre los Kedivatos, sultanías, visiratos y magzenes.»

Parece claro que Sánchez de Toca pedía también un dictador, apoyándose en otras razones que las anteriores, pero partiendo de los mismos defectos, llega a la misma conclusión, ¡ un hombre ! Un ser extraordinario, un Hércules salvador.

Este programa y los puntos de vista que le integran, incluidos en el conjunto de los demás que hemos analizado, autoriza a pensar en una corriente intelectual que sin integrarse en una organización política, ni preocuparse de buscar un modo adecuado de acceso al poder, preconfigura los elementos sociales y económicos que servirían de base a los totalitarismos europeos de derechas.

PERPLEJIDAD Y CONTRADICCION

I

LA personalidad de Costa se define, para el lector de sus libros, perpleja, indisciplinada y contradictoria. Cuesta trabajo llegar a ciertos supuestos constantes que permitan definir sus actitudes como consecuencia de determinadas ideas. Ni siquiera es perceptible con claridad el proceso de endurecimiento ideológico que sigue al curso de la vida. Costa viejo es tan inestable como Costa joven. En resumen, no es posible exponer sus ideas básicas. No las tenía. Tenía abundantes ideas sobre casi todos los temas jurídicos, políticos y sociales de su tiempo, pero los puntos de vista se sucedían unos a los otros y a la postre el lector no sabe con certeza si era liberal o dictatorial, pesimista u optimista, religioso o irreligioso. Y no se trata de una actitud deliberada de ocultamiento. Sus reacciones parecen espontáneas, pero están definidas por sus últimas lecturas, por la situación, por sus cambios de humor y de temperamento.

En 1866 hablaba del Supremo Hacedor en el tono entusiástico, que parece sincero, de un cristiano convencido.

En 1901 identifica a Jesús con el cirujano de hierro y pide un San Francisco de Asís para que gobierne a España. Las citas bíblicas abundan. La impresión general es la de un católico que no alardea de su fe. Sin em-

bargo, Giges Aparicio, que habló con la hermana de Costa, cuenta que se negó a tomar los Santos Sacramentos y que blasfemaba a más y mejor. Desde luego no se trata de un hipócrita, sino de un hombre inquieto que no ha tomado conciencia ni de su perplejidad ni de su inconstancia. Es hombre de instantes. Para cada instante una decisión, la suma de estas decisiones, aunque sean contradictorias, le dan de sí mismo la imagen de un hombre consecuente que jamás se equivoca. Sin embargo es todo lo contrario. Cada año hay un Costa. A veces cada día. Mirando así las cosas no parece una personalidad normal e interesa, para entenderle bien, quizás como español ejemplar, llegar al fondo intelectual y de educación desde el que creció esta voluntad ocasional.

En principio es un hecho determinante su condición de autodidacta. En todo autodidacta hay en germen un dictador y un revolucionario. La propia posibilidad del autodidactismo es un hecho desconcertante, si se incluye en un panorama intelectual muy amplio, porque sólo en ciertos momentos y exclusivamente dentro de la cultura occidental, se da el autodidacta. Por lo pronto parece un producto especialmente latino. No tiene mucho que ver en un plano profundo con el hombre que se ha hecho a sí mismo. Al contrario, sólo en los países de muchas y bien ordenadas instituciones o de muchas y libres oportunidades sociales, pueden darse hombres como Wells, tomándole como ejemplo de *self-made-man*.

El autodidacta no se hace a sí mismo. Prácticamente no se hace nunca. Su proceso de información y cambio es permanente y en todos y cada uno de los momentos de su vida está vinculado a lo último. La experiencia personal le ha educado en el sentido que el último libro, incluso la última amistad, pueden ser definitivos. El autodidacta vive en el cambio y en cierto sentido en la incongruencia. En los países muy institucionales el hombre sale de la adolescencia con criterios firmes adquiridos en el colegio y la Universidad. En cierto sentido su origen influye poco. Una vez admitido en la

institución la institución le configura. Pero el autodidacta lucha sin adaptarse a las instituciones pedagógicas y políticas que apenas son más que un estímulo para el proceso de su autoeducación. Así surge una disformidad y, en todo caso, un disconforme cuyo eje espiritual será una especie de maniqueísmo entre error y perfección.

El bien y el mal, el autodidacta y las instituciones y los hombres, no llegan a un acuerdo porque en el fondo de todo autodidactismo está la pretensión de una perfección absoluta. En conexión con esto está la exigencia moral del autodidacta, una exigencia que procede de un alto nivel moral y de la conciencia de la privación. Equivale en el fondo a un orgullo constante que procede de la experiencia interna de la propia excepcionalidad. Nadie puede quitar a Costa ese orgullo primitivo de las privaciones y el ascetismo impuesto. De un modo u otro estos autodidactas dan en un puritanismo agresivo; sólo toleran la perfección o el camino de perfección.

En momentos de cambio institucional violento el autodidacta es imprescindible. La enorme masa de autodidactas renacentistas en Italia, Francia e Inglaterra en el siglo XVI, frente a la suma de intelectuales educados por la Iglesia en España, indica a las claras que aquí las instituciones cambiaron poco. Cuando realmente hemos tenido autodidactas ha sido en el siglo XIX, de donde se puede indicar que el cambio en las estructuras generales y en las instituciones fue, en este siglo, muy profundo. Pueden incluso aproximarse poligrafía y autodidactismo. A medida que una persona tiene más conocimientos y más dispersos, el autodidactismo es más hondo. Quien se ha educado así, cree sinceramente que ningún saber le es inasequible. Habla con autoridad de los conocimientos más dispersos: geología, agricultura, filología, historia. Y aquí hay otra fuente de intransigencia y orgullo, mezclada con temor. Cierta temor al especialista, incluso cierta aversión, y la conciencia de poder y superioridad de que nada está vedado a la inteligencia enciclopédica del autodidacta. En España este

tipo humano es frecuentísimo. En el grupo generacional que precedió cronológicamente a Costa, pero con el que Costa convivía, Castelar es un buen ejemplo. En términos generales en la primera República abundan los autodidactas. Sin embargo, el caso de Costa no es frecuente. Quizás en él el autodidactismo llegara a su expresión más pura. Después decae. Es difícil encontrar, doblado el novecientos, hombres como D. Modesto la Fuente o el propio Isern. Hay muchas razones pero la principal está en el proceso creciente de institucionalización y creación de un medio burgués semejante al europeo. Los estetas del noventa y ocho son universitarios, la mayoría acomodados, que han oído a profesores aceptables. En esto tuvo una enorme influencia la Institución Libre de Enseñanza que reanimó y dio dignidad a la *universitarios* auténticos. No obstante, el autodidacta tiene grandeza y ha tenido una enorme importancia histórica. Durante mucho tiempo, sobre todo en las sociedades modernas sacralizadas, ha impedido que la cultura se haga exclusivamente mandarinesca.

Pero pensemos en las distintas vocaciones del autodidacta. Si da en la Filosofía, como Sanz del Río, resulta un asceta apacible que identifica el valor universal con la consideración e intuición filosófica del cosmos. Si es un teórico de la política y un parlamentario, desfoga en muchos libros, de tenor muy diverso, su saber y su superioridad. Pensemos también en el autodidacta que vive una época difícil de convulsión y fracaso social. Una coyuntura histórica que no permite la Filosofía moral contemplativa, ni simplemente la retórica parlamentaria. Una época que sale del proceso de la República y de la frustración de una Monarquía de nuevo cuño. Una situación exigente, en la que se plantean problemas concretos, precisamente porque el país ha salido de la quietud social y económica e inicia su ascensión a niveles burgueses industriales.

En estas circunstancias el autodidacta se convierte en

pura protesta activa y exigencia perentoria de lo perfecto. Pretende además que su saber abarque todo, desde los problemas artesanos hasta la legislación hipotecaria. Cree que la pureza salvará al país en momentos en los que la corrupción es un síntoma de desarrollo. De aquí también su polivalencia ideológica.

No obstante hemos de esforzarnos por encontrar las condiciones más generales y permanentes de las actitudes de Costa. Digo actitudes y no ideas, porque en el fondo me parece descubrir ciertas inclinaciones permanentes que convertidas en actitudes más o menos constantes, fueron las que ejercieron una mayor influencia posterior.

Yo creo que hay algo muy profundo en el discurso de Costa, en la inauguración del Congreso español de Geografía Colonial y Mercantil el 4 de noviembre del año 1883. Es un discurso castelarino. Algunos de sus períodos parecen proceder directamente del estilo oratorio de D. Emilio :

«Comprenderéis también porqué hemos dibujado con una misma tinta en ese Mapa-Mundi los territorios que poseen fuera de Europa los pueblos latinos y porqué deben erigir los gobiernos españoles ese mapa en programa fundamental de toda su política exterior, regular por él sus fuerzas militares, ajustar a él sus alianzas, inspirar en él sus tratados de paz, de guerra, de comercio, inculcarlo como el Evangelio del porvenir en el espíritu de la nueva generación y cultivarlo, cultivarlo con el mismo amor con que el jardinero cultiva sus flores al sol pasados los fríos y las noches de invierno, como si fuese la fecunda semilla de esa España ideal en que soñamos todos, heridos de nostalgia porque la vemos muy lejos de nosotros, nación prepotente gloriosa madre de pueblos, piadosa vestal enamorada de la belleza eterna, encargada de mantener encendida la llama del ideal en el hogar de la humanidad, extendida por toda la tierra, abrazándola

y calentándola con su aliento para que no la reduzcan a témpano de hielo con sus balances de precisión, con su partida doble, con sus artes de Maquiavelo y sus filosofías pesimistas, esa raza metalizada de calculadores y escépticos que presumen sujetar a los cálculos de su matemática abstracta hasta los impulsos más nobles del corazón humano.»

Y unas líneas más abajo agrega :

«Yo no soy un guarismo, yo no soy una categoría abstracta, yo soy un hombre de mi raza y de mi tiempo y por esto aborrezco con toda mi alma a la raza inglesa, y lo digo casi con pena : si por alguna cosa siento ser viejo, si por alguna cosa tengo envidia de los que nacen ahora, es porque ellos verán, y yo no, la primera guerra de España con la Gran Bretaña y la reivindicación de Borneo, de Gibraltar y de otros territorios de que se ha apoderado y se seguirá apoderando en este eclipse de nuestro poder aquel pueblo insaciable.»

En este discurso Costa se muestra optimista, prevee un porvenir venturoso para España en particular y los latinos en general y se eleva a predicciones casi proféticas que han resultado rigurosamente desmentidas.

Pero el mismo Costa autor de este discurso imperialista, pues en cierto sentido lo es, que canta la raza y sus virtudes, decía unos años más tarde en «La Marina Española o la Cuestión de la Escuadra».

«Los barcos no salen de los montes, ni de las minas, sino de la cabeza. Porque no hemos tenido en ella el *seapower* (poder o dominio del mar), no lo hemos tenido nunca en los océanos. Todo intento nuestro ha resultado artificial, no ha sido espontánea creación de la colectividad, sino obra imagina-

tiva y abstracta de unos cuantos, y claro no podía prosperar y era abortado siempre. En nuestros días ha sucedido lo propio y sucederá otra vez y otra vez si nos obstinamos en el empeño.»

Parece que hubiera sobre todo dos Costas. Uno panegirista de lo nacional, exaltado casi hasta lo patriotero; otro demoledor, práctico, que ve las cosas desde fuera y con una mentalidad nueva. La contradicción entre los dos es casi permanente. De aquí que tenga interés saber qué actuaba desde un estrato más profundo y qué realmente dejó unas líneas más definidas en una u otra de las dos actitudes, porque a veces las contradicciones en las que cae no tienen arreglo.

Hay tres libros de Costa que creo recogen un pensamiento más personal. Con esto adelanto la tesis de este capítulo y en cierto modo la de este libro. El Costa más moderno, el que realmente ha influido en el proceso histórico posterior, el hombre concreto del riego y la estadística aparece siempre subordinado al Costa auténtico, más próximo al pensamiento burgués estetizante de lo que normalmente se cree. El alma de Costa va unida a una España más o menos quimérica que se conecta con la de Menéndez Pelayo y Ganivet. De los dos, Costa, el auténtico es, a mi juicio el autor de los «Estudios Ibéricos» de «El Colectivismo agrario en España» y de los primeros capítulos de los «Estudios jurídicos y políticos». Es el menos popular y el menos efectivo, pero el que realmente escribe y responde según las exigencias de la ideología burguesa imperante. Sería absurdo pretender que ha existido un Costa elemental, proletario, campesino de verdad que vivió sin enajenarse a la ideología burguesa española. Ese otro Costa aparece en los momentos de inautenticidad cuando el burgués que admira la burguesía europea, que no cita a Marx y que no sabe distinguir entre proletariado industrial y campesino, está desesperado y habla de los de la alpargata. Es una actitud profundamente contradictoria. Su

ideal es burgués y conservador. Su desprecio al cacique es el desprecio del autodidacta austero, pero no existe un Costa efectivamente popular. Por otra parte es infrecuente el autodidacta revolucionario. Al contrario de lo que comúnmente se cree, los grandes revolucionarios han salido de una educación seria e institucionalizada. Los revolucionarios de comparsa y glosa o bien los fingidos y grandilocuentes, son los que se han instruido leyendo a deshora más los libros que encontraban que los que querían. Conviene no olvidar que Marx era antes que otra cosa un profesor, y que Lenin procedía de una familia de intelectuales dedicados a la enseñanza, y que él mismo fue un universitario licenciado en Derecho. Aún más claro es el caso de Bakunin. Desde el punto de vista de otros ejemplos, Rousseau, un autodidacta típico, tenía manifiesta proclividad a la dictadura y aspiró siempre a la condición de burgués. Ni uno sólo de sus libros pretende ser revolucionario, más bien reformador, como corresponde a su miedo, incalculable, por el desorden.

El caso de Costa, en este sentido, en España es común. Las clases directoras poseen una ideología sumamente precisa y atractiva, que se centra en torno a la apología del pasado y las grandes virtudes que la raza tiene en reserva; ideología que seduce al hombre del pueblo que asciende. Le seduce tanto más cuanto le da una justificación genérica de grandeza y hondura histórica. No conozco más caso que el siempre extraño de Goya, que al parecer no aceptó la ideología la de clase social dirigente. Costa la aceptó y me parece incuestionable que cuando la formulaba se sentía seguro y más feliz. Sin embargo, en los momentos de desesperanza o de desesperación excesiva formuló las protestas concretas y la ideología popular del bienestar que eran formalmente incompatibles con el nacionalismo profundo apologético que profesaba. De esta yuxtaposición, procede el germen totalitario que tanta raíz echó en ciertas minorías urbanas castellanas.

Costa no era por completo inconsciente de la contradicción e intentó explicarla como resultado de un método intelectual, método que, por otra parte, era propio de la enseñanza de D. Francisco Giner.

«Al modo como en el orden del pensamiento buscan solución a los problemas de la política, de un lado los científicos, y de otro el pueblo; en la vida práctica obran asimismo dos energías jurídicas y entrambas concurren a la formación del derecho: los legisladores oficiales, autores de la ley, y el pueblo, padre de la costumbre. Y de igual suerte que los historiadores de las doctrinas políticas han reducido su estudio sin excepción, a los sistemas más reflexivos y personales, a las teorías, a las escuelas, a los libros, menospreciando esa otra fuente de ideal político que tiene su origen directo en el espíritu de la comunidad social...»

No es mi intención juzgar del aparato crítico de Costa ni del mérito científico que se pueda otorgar a sus escritos. El Sr. Fernández Almagro ha recogido en un artículo sobre Costa, publicado en la Revista del Instituto de Estudios Políticos, unas frases de D. Eduardo Hinojosa sobre Costa científico. Según el conocido historiador del Derecho, Costa era un espíritu soberanamente constructivo que no menospreciaba el análisis minucioso y un cerebro maravillosamente organizado.

En nuestro caso concreto nos interesan sus lecturas más asiduas en orden a los libros más importantes que publicó después. Desde joven tenía tendencias explícitas. En 1877 publicaba en Huesca un folleto titulado *Cuestiones celtibéricas: religión*, en 1880 el *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*, en 1881 *La Poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas*. En los citados *Estudios jurídicos y políticos*, donde recoge materiales más refinados y concretos, las fuentes son:

- 1.º *Romances, refranes y Cantares de gesta.*
- 2.º *Crónicas y fueros.*
- 3.º *Dos literatos del Siglo de Oro, Quevedo y Gracián.*
- 4.º Una masa considerable, aunque indiscriminada de *juristas españoles clásicos*, con especial insistencia en Vives y Suárez.
- 5.º *Juristas clásicos europeos y juristas contemporáneos*, en pequeño número, citando con más frecuencia a Savigni.

Me refiero, sobre todo, en este esquema al capítulo primero de los citados Estudios, titulado «Apuntes para la Historia de las doctrinas políticas en España», y al segundo «Poder legislativo del Estado; requisitos de la costumbre jurídica según los autores». De los otros estudios después hablaré, en general.

En cuanto a los estudios Ibéricos, cuyo valor auténtico riguroso ignoro, es un conjunto de estudios sumamente erudito en los que campea cierto ingenuo espíritu patriota.

«Déjase comprender por lo expuesto que la industria de los tintes era menos necesaria en España, y puede colegirse que alcanzaría menos desarrollo, que en los demás países del Mediterráneo; pero no por eso la desdeñaron los españoles, y aun tal vez tuvieron que dar lecciones a los romanos.»

Párrafos de este espíritu son relativamente frecuentes y aparte del valor técnico de las fuentes y el uso de las ciencias auxiliares, de ellos se induce que Costa partía de un nacionalismo ingenuo interpretando España como una continuidad desde Tartesos hasta su época. Parece indubitable que se encontraba metido en lo español y apenas podía salir de los temas y preocupaciones nacionales, buscando consuelos inconscientes a la situación caótica del país durante la Restauración. No se puede sostener que Costa haya escrito un libro europeo o que,

en cualquier sentido, rebase el ámbito de preocupaciones y temas estrictamente nacionales. Sus lecturas, por otra parte, revierten siempre a este ámbito.

Son, además, lecturas especialmente vinculadas a los escritores del siglo de Oro. De este modo la mentalidad profunda de Costa, el sistema de prejuicios a que responde, está determinado por el pasado y el presente españoles. De la historia nacional extrajo sus categorías básicas, incluso sus protestas. Costa inauténtico, el moderno, el que habla de abaratar la patria, es una expresión superficial de Costa admirador y coincidente con Menéndez Pelayo (1).

Tengo ante mí una de las obras básicas de Costa, «Colectivismo agrario en España». Es obra muy erudita, bien compuesta, e incuestionablemente, bien intencionada. Lo peor de la obra es la introducción, o «concepto del colectivismo agrario». Responde a la admiración que Costa sentía por Spencer, George y Wallace. No acabo de entender esta preferencia por los sociólogos y economistas ingleses desviándose de la línea francesa de imitación más natural y de información más fácil. En todo caso la cita de Spencer, George y Wallace, tiene el carácter de un pretexto exigido por la estructura que el método de la época imponía a ciertos libros. Está, además, bajo la presión del Boletín de la Institución Libre de Enseñanza y de D. Francisco Giner que valoraba especialmente la cultura británica por su concreción y empirismo. En todo caso Costa se mueve con libertad y maneja con suficiencia las fuentes y temas españoles. Comienza por Flores Estrada y retrocede después al siglo XVI.

«En la exposición en que ahora entro, de los que podríamos llamar precursores de Flores Estrada»

(1) En el «Ribagorzano» de 15 de abril de 1905, se publicó un curioso artículo titulado «*Tolstoi y Costa*», que evidencia que, incluso para sus adeptos, había un Costa doble, inexorable y flexible a la vez.

da, tomo como punto de partida el siglo XVI; aquel siglo por excelencia español, en el que nuestra nación cerraba con llave de oro las puertas de la Edad Media y abría las de la Moderna, siendo el gerente y portaestandarte de la civilización aria por todo el planeta, como en otras edades Grecia y Roma, y que nuestros pensadores sembraban simiente de nuevas ciencias en las aulas europeas, mientras nuestros descubridores esparcían simiente de naciones en el Nuevo Mundo... generación de semidioses sobrada para un cielo legendario y cuasi mitológico, superior a la Ilíada y al Ramayana; tejió a las naciones peninsulares una corona de grandeza tan maciza y tan sólida, que por ella viven aún en la memoria de la humanidad y ocupan un puesto en la Historia Universal, y les habría asegurado para muchos siglos la hegemonía de la raza blanca, en la acción lo mismo que en el pensamiento, si hubieran tenido, como no tuvieron, descendencia.»

El entusiasmo de Costa por el pasado nacional le vincula a un mundo de mitos y exaltaciones estéticas en el que se siente feliz, y cuyas limitaciones acepta sin vacilar. Desde esta especial mitología es difícil el contacto con la praxis política cotidiana, la comprensión de los problemas concretos, la introducción real en las necesidades. Todo se deforma en la medida en la cual los prejuicios exigen grandeza y el pasado mítico gravita sobre el presente. Era mucho menor la enajenación de Cánovas que valoró con mayor exactitud, porque le conocía mejor, el pasado nacional. Junto a Costa, Cánovas es un burgués concreto con espíritu de empresa.

Los autores de los siglos XVI y XVII que cita Costa son sobradamente conocidos. Algunos de ellos arbitristas que reflejan con exactitud el malísimo Estado del país en el tiempo que Costa canta. El propio Costa cita párrafos en este sentido. No obstante, se niega a admi-

tir, en esta ocasión, que haya un mal endémico, que siempre estuviese mal la vida política y económica del país.

Sin embargo, en otras obras lo acepta. Admite la continuidad de unos males incommovibles. Son los momentos depresivos, de imaginación e inautenticidad.

«Cuatro siglos son tiempo bastante para acreditar una experiencia que la historia, dudando de nosotros, haya querido hacer; y los siglos XVI al XX sedimentan esta desconsoladora conclusión, que ahora empezamos a deletrear: España carece de aptitudes para la vida moderna, en lo económico o industrial lo mismo que en lo financiero; en lo científico, en lo diplomático, en lo militar lo mismo que en lo político.»

Es sumamente interesante el análisis de la imperfección burguesa de Costa. Un burgués bien entrenado como Cánovas, o un hombre de origen más modesto pero con mejores condiciones de adaptación como Maura, pensaban desde supuestos prácticos y actitudes resolutorias. Pero Costa tenía la ideología burguesa y carecía del don burgués de la efectividad empresarial. Vacilante, epilépticamente enérgico, bien intencionado, inteligente e ineficaz. Nada de lo que intentó salía adelante. Es difícil tener una ideología burguesa, vivir los modos de acceso intelectual a la realidad de la burguesía y empeñarse en pertenecer al pueblo. Este empeño es común a muchos autodidactas, y resulta destructor. Salvo en ciertos casos en los que se resuelve en ironía y caricaturización a lo Bernard Shaw, tal situación genera actitudes personales sumamente ambiguas.

Costa tiene incluso dos lenguajes. Uno retórico, de párrafo amplio y sonoro, otro conciso de programa y slogan. Este último estilo, nuevo en España e incluso en su época, tiene vigor extraordinario y gran capacidad de seducción. Es, sin duda, un anticipo de la oratoria artificialmente adusta y concisa de los oradores

del totalitarismo moderno y engrana la afirmación dogmática, que se acepta o se rechaza, con la contundencia afirmativa de la estadística y el número. Este Costa popular, construido en falso, en alianza con el Costa auténtico de los ditirambos y del lenguaje ampuloso, es un arquetipo del hombre fascista. La propaganda fascista e incluso la mentalidad fascista tienen la misma duplicidad. Sobre todo la semejanza con el fascismo italiano, es grande. Otro autodidacta, Mussolini, recuerda en muchas de sus actitudes el nuevo estilo oratorio de Joaquín Costa. También Costa se quejaba del mucho hablar, y entre sus fórmulas había una bien expresiva, de concisión gracianesca, «Manos sin lengua»; pero no fue él, sino los que recibieron su impacto inmediato, quienes acentuaron el antiesteticismo como fórmula retórica de redención.

El lenguaje de Costa es impresionante :

«Hace algunos años, cuando más enardecida la guerra, dije de España que era una nación unisexual, compuesta de dieciocho millones de mujeres... Cuando ahora vuelvo la vista atrás y abarco en una mirada las cosas horrendas, inverosímiles, sucedidas en esos cuatro años, y contemplo en el fondo del espejador el inmenso rebaño, mirando indiferente, con los ojos mortecinos y estúpidos, a los conductores jugar sobre sus destinos, sobre su libertad y sobre su piel, comprendo el agravio que hice a las mujeres con aquella calificación. No : España no es una nación unisexual ; es una nación sin sexo. No es una nación de mujeres, es una nación de eunucos.»

Aunque sea en exceso largo el texto que sigue, no resisto la tentación de transcribirlo, ya que, en cierto sentido, es una necesidad, porque expresa el proceso de «empirización» de la mentalidad de Costa y la reducción al segundo lenguaje. Costa incorporó al lenguaje

político las expresiones técnicas, de modo parecido a como Ortega incorporó las técnico-científicas al lenguaje filosófico. Sus escritos y discursos políticos de última hora están llenos de lo que siempre se insinuó en su prosa y pensamiento; cuantificación y concreción. Expresiones como coeficientes, estadística comparada, atmósferas de presión, hidráulico, etc., son constantes. Un lenguaje nuevo en su tiempo que atestigua uno de los méritos de Costa, que se percató de cuál era la dimensión intelectual que podía substituir con éxito en política a la antigua retórica estetizante. Oigámosle :

«La República tiene que hacer para que la revolución de arriba quede consumada ; primero formar (en su mayor parte fuera de aquí, en Europa y América) el personal auxiliar, que ha de ser su brazo ejecutor en la educación nacional, en la administración de justicia, en fomento de los riesgos, en instrucción técnica, en oficinas, en comunicaciones, en seguro popular, huertos comunales y demás instituciones de previsión, en legislación social, en legaciones, en ejército, en higiene pública, en policía de las subsistencias, etc., bajo la dirección o inspiraciones del gobernante ; simultáneamente construir el instrumento material, la escuela, el canal, la biblioteca, el pretorio, el camino, el almudí, el pantano municipal, la terma, el alcantarillado, la fuente, el colegio en el extranjero, el laboratorio, etcétera, y en seguida poner a alta presión y lanzar a gran velocidad la máquina resultante de esos tres factores, hasta que las treinta mil escuelas de aprensión sean sesenta mil escuelas de verdad, y las cinco o seis vegas o huertas de Zaragoza, Castellón, Valencia, Murcia y Granada sean una docena y las de Bilbao o las dos Barcelonas y media sean quince siquiera, y se duplique la producción agraria por unidad de área, como en Europa, y afluyan raudales de sangre al corazón y la vida

media aumente en un tercio cuando menos y el analfabeto sea un fenómeno raro, escándalo a la población y la tribu que ahora y desde hace siglos acampa en la península hasta que España se haya convertido en una nación moderna que lleve con Francia e Inglaterra, con Alemania y los Estados Unidos, la voz de la civilización y el cetro de la humanidad.»

A través de este largo párrafo del libro «Política quirúrgica», el lector se habrá percatado que tiene menos importancia lo que se ha dicho, que cómo se ha dicho. Hay algo nuevo en el lenguaje de Costa que consiste, fundamentalmente, en implicar al lector o al auditor en los intereses concretos a través de afirmaciones generales.

A través de los dos lenguajes de Costa y de las dos actitudes, parece que se configura una mentalidad, e incluso una concepción del mundo, cuya expresión más clara es la yuxtaposición de elementos tradicionales y puntos de vista modernos. Cuando no es una yuxtaposición, sino el predominio de todo al imperio del pasado, y lo nuevo no existe sino como transformación gradual de lo que fue, el resultado suele llamarse tradicionalismo. Este no es el caso de Costa. En él no hay tradicionalismo (palabra que evitó empleando «tradicionismo»), sino nueva yuxtaposición de lo tradicional y lo nuevo al servicio de la regeneración nacional. En el plano más profundo está lo antiguo, que Costa identifica con lo popular; en el plano más superficial lo nuevo, que Costa llamaba europeización. Es otra coincidencia notable que sea característico del totalitarismo fascista identificar lo antiguo con lo popular.

En principio, es discutible que parte de las fuentes que Costa tomó como base para fortalecer y documentar su idea de lo popular, sean valiosas. Muchos de los romances que cita no tienen nada de populares. Por otra parte, la idea de su romancero popular significa más bien popularizado. En segundo lugar, la idea de un de-

recho «emanación del pueblo», es una idea que Costa recogió del Krausismo y es un residuo de la tendencia romántica de substancializar los colectivos abstractos, tendencia e idea ambas muy discutibles. En cualquier caso, la tradición no la hace el pueblo, sino las aristocracias.

¿Pero qué entiende Costa por pueblo? Aquí también pugnan las dos direcciones del pensamiento de Costa. Por un lado, el pueblo es miseria rural. En 1880, cuando Costa metía en el país la lucha contra el tópico de la feracidad nacional y el dato concreto y la valorización desde las cifras, decía en el Consejo de Agricultores y Ganaderos, celebrado en Madrid el 15 de mayo:

«...esos guarismos aterradores, expresivos del número de fincas embargadas por el fisco, que hacen pensar con amargura en el porvenir de la pequeña propiedad; ese rápido y progresivo decrecimiento en el número de propietarios, efecto inmediato de la usura, que es decir de la falta de equilibrio entre el crédito hipotecario y la producción agrícola; esa repugnancia en todas las clases a adquirir tierras de labor y esa depreciación consiguiente por falta de demanda; esa eterna petición de aumento en las tarifas aduaneras contra los trigos extranjeros, una de las tantas manifestaciones de lucha por la existencia con que defienden la suya agonizante los cereales españoles; ese constante huir de la vida de los campos, que dio vida al Banco de doña Baldomera, que da muerte al crédito de la Nación, que inunda de estudiantes nuestras universidades y de cesantes mendigos las antesalas de los ministerios, ¿qué mejor estadística que esos cuerpos demacrados, macilentos, cubiertos de harapos y de inmundicia, procesiones de espectros que desfilan tristemente por los encendidos campos de la península, manadas de siervos del fisco y del terruño, que arrastran una vida peor que la de las bestias, amargo contraste de la que pintaban en

sus falsos y artificiosos versos los émulos de Virgilio y Garcilaso? En aquellos rostros de indefinido color, surcados por el hambre; en esa lamentable agonía de treinta años (porque no es mayor la vida que viven nuestros labradores)... Es lugar común entre nosotros que en España, sea virtud del clima, sea milagro de la caridad, nadie se muere de hambre; y yo creo que mueren de hambre las tres cuartas partes de los españoles, y que esa muerte por hambre es debida al mismísimo cultivo del trigo. Es otro lugar común también, que los españoles son muy holgazanes y que duermen mucho; y yo abrigo la convicción de que son tan desdichados porque trabajan con exceso, porque remueven demasiado la tierra... Mal que pese a nuestra tradición agrícola, hay que persuadirse de que España no es el país de Ceres...»

Un año después, 1881, en un arrebató retórico, insistía en el tema del labrador y del agua, tema agresivo para Costa, comparando al labrador español con los salvajes de Brasil y de Tahití y afirmando:

«Padece más hambre, más frío, más calor y más infortunios que ellos, salvajes y todo como son; tu entendimiento es como su entendimiento, una tabla rasa; tu vida, más todavía que su vida, un batallar sin tregua; tu libertad, sin nombre; tu redención una mentira. En vez de adelantar parece que han retrogradado.» (1).

(1) En 1906 veía así el problema: «Podríamos representar⁴nos la nación como un compuesto de las distintas sociedades: una, que es ya casi Europa; otra, que vive aún en estado de aquélla: la España chica, formada de los grandes, la que se ve, la que mete el ruido, la de los órganos, la que ha ocupado y ocupa a los historiadores y a los periodistas; la otra, la España grande, formada de los pequeños, la silenciosa y que no se ve, semejante a los mapas mudos de las Escuelas» (El Ribagorzano, 20-9-1906).

Del obrero industrial apenas se acuerda Costa. Rara vez habla de los arrabales urbanos. Esta limitación le impidió ver cuestiones estrictamente modernas, e incluso valorar con exactitud la corrupción de la restauración canovista. Para Costa el socialismo apenas era algo más que una palabra, no se percató de la fuerza escondida en el obrero industrial, consciente de la lucha de clases, como arma de acción del proletariado. Faltándole esta perspectiva no es de asombrar que al propio labrador no le vea como «proletario» y no le estimule a la revolución. Quizás porque la valoración no es moderna para su tiempo. Considera el problema en términos exclusivamente técnicos y no políticos. Pide reformas, riegos, abonos; estudia, e incuestionablemente, en el ámbito agrícola, piensa bien y está informado, pero no pone en marcha ninguna acción política efectiva. Tanto Costa como Mallada, Picavea, etc., desconocen el proceso de la lucha de clases y los procedimientos para la conquista efectiva del poder desde la conciencia de clase. Por razones que afectan a la estructura social y económica del país, el esquema de mayor vigencia en Europa no tenía aplicación en España. De este modo Costa es un reformador que tiene soluciones concretas y una mentalidad práctica, pero que no ve el problema en los términos entonces reales; la conquista del poder. Esta incapacidad de Costa para identificarse con el poder y la fuerza, como requisito previo, procede de la yuxtaposición dual que hemos estudiado. El fuero tradicional reaparece constantemente y, desde la ideología burguesa de la autonomía corporativa y el desarrollo de las instituciones tradicionales agrícolas, pretende regenerar al país. Es curiosísimo que para Costa no contase la acción política popular. A fines de su vida cambian ligeramente sus puntos de vista, pero muy poco y sin eficacia. El pueblo es objeto de cuidados y atenciones, *debe* intervenir, pero Costa no le ve como protagonista de la reforma, como brazo del poder y agente de la revolución. Las viejas ideas del proceso histórico nacional y de la nación como

una totalidad que realiza la historia, le impidieron comprender que sólo desde la toma de conciencia individual por parte del obrero de los males que sufría, en cuanto punto de partida para su intervención en política, podría haberse conseguido la iniciativa efectiva en la acción. Pero Costa no quiere una acción revolucionaria eficaz; quiere que los señoritos reformen al país. Apela al patriotismo y al nacionalismo, al sentido común y a la solidaridad. El campesino era para él algo así como el preso para doña Concepción Arenal; una realidad muy bien definida y esquematizada pero sólo activa en cuanto la actividad es atributo de su condición, no en cuanto la acción determina la actividad.

Sólo a última hora, en las postrimerías de su vida, se decidió a promover y organizar un movimiento político, un instrumento de acceso al poder. Es notable que cuando se acerca a la política por el camino de la decisión la dimensión práctica de su pensamiento se concrete y Costa formule la afirmación lapidaria e hiriente. Pero no crea un movimiento político definido. Le falta capacidad para el acceso al poder. Son males de origen. No sabe *mandar*. Estaba demasiado intelectualizado para mandar. Hasta tal punto es esta la impresión que produce que incluso su tendencia analítica, el gusto por el dato y la estadística parecen sólo formalmente vinculados a la política. En el fondo «España» es para Costa un objeto de reflexión para la acción, pero no un hecho vinculado a la acción misma. La puesta en marcha del programa de Costa exigía un grupo decidido a la «Conquista del Estado». Es el último paso para que el pensamiento de Costa se convirtiese, realmente, en fascismo.

Considerada así la actitud de Costa, y en términos generales lo que hemos llamado costismo, se replantea la cuestión inicial: la incapacidad de Costa para la empresa y respecto de esta cuestión sólo cabe, a mi juicio, una respuesta. El espíritu empresarial es una condición burguesa. Cualquier empresa en los tiempos modernos exige las condiciones que ha impuesto la mecánica de

la acción capitalista, es decir, programa, capacidad para la acción y ambición de poder. Parece que Costa no tenía todas estas condiciones. Se había asimilado la ideología burguesa más convencional y distanciada de la acción directa de los intereses; la patria, la justicia, el pan, el imperio, la historia gloriosa, pero no alcanzó al espíritu burgués auténtico, que utiliza y fomenta la corrupción o lucha desde los intereses para dominar con un sentido práctico confirmado con la acción. La fórmula característica de Costa, como de tantos otros autodidactas, es clara; *burgués a medias*. Algún tiempo después, cuando burgueses auténticos recogieron la fórmula de Costa, el país sabría cuál era el sentido profundo del programa de la Regeneración.

La peculiar actitud de Costa, su indecisión y la necesidad psicológica de una seguridad casi plena del control absoluto de los hechos, se ve con claridad en el mitin que celebró la Asamblea Republicana en 1903. Según cuenta don Francisco Goitia, que era con Costa representante en la Asamblea por la Cámara Agrícola del Alto Aragón (1), Costa ocupaba un palco del teatro en el que se celebraba la reunión, se mantuvo en la sombra y no quiso que el público supiera su presencia; mucho menos participar con los demás oradores. Justificó su actitud diciendo que :

«Había rehusado tomar parte en la Asamblea por exigirle su lealtad a los compromisos previos contraídos para la celebración de la misma, cuyo único fin era la creación de la dictadura revolucionaria, idea que él había impuesto, para acabar con el régimen monárquico, que no aprendía ni escarmentaba y que seguía siendo el obstáculo tradicional para el levantamiento de los corazones hacia una España mejor, que todos ansiábamos y que

(1) En un artículo publicado en «La Voz de Guipúzcoa», en 29 de febrero de 1911, titulado «Recuerdos íntimos».

siendo condición de un solo hombre que concentrase las energías, el dinero y la confianza de todos los republicanos y patriotas, si él hubiese presentado al pueblo como tribuno, las gentes se habrían dividido siguiendo los más la bandera de Salmerón y otros la suya, por más que ambos prefirieran estorbar la disidencia, logrando el fracaso ruidoso del último intento que se hacía en bien de la patria.»

En el mismo artículo se comenta que Salmerón rogó a Costa que aceptase un puesto en la candidatura republicana por Madrid, como lo exigían todos los correligionarios. Costa se negó, alegando que el parlamento era una pura verborrea.

La conclusión que obtiene quien analiza el comportamiento de Costa, se refiere al descubrimiento de una profunda inseguridad en sí mismo y en el mundo y la exigencia continua de sentirse absolutamente seguido y ayudado. El carácter de Costa exigía adhesión incondicionada, que, como suele ocurrir, no procedía de una confianza plena en sus actos e ideas, sino de la perplejidad y las vacilaciones respecto de azares futuros.

Insisto en que no se crea que en la vida intelectual y emocional de Costa hay dos etapas claramente diferenciadas. A mi juicio es perfectamente válida la tesis de la yuxtaposición. En 1880 Costa formulaba al Congreso de Agricultores, celebrado en Madrid, la siguiente tesis:

«La condición fundamental del progreso agrícola y social en España, en su estado presente, estriba en los alumbramientos y depósitos de aguas corrientes y fluviales. Esos alumbramientos deberán su obra a la Nación y el congreso agrícola debe dirigirse a las Cortes y al Gobierno reclamándolos con urgencia, como el supremo desideratum de la agricultura española.»

Es un anticipo de un discurso inaugural de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, de 8 de septiembre de 1892.

«Podréis escribir en la Gaceta cuantas constituciones se os antoje; aunque la Constitución lo diga, no seréis libres mientras no trabajen para vosotros, sin vosotros, las plantas y los animales, y esto no sucederá mientras el labrador no sea como el maquinista del ferrocarril, que para que la locomotora os lleve de un lugar a otro, sin que trabajen nuestras piernas, cuida de juntar en ella el agua y el calor en justa proporción.»

Hay, pues, objetivos básicos y permanentes en el orden de la reforma de los hechos, aunque las ideas y las actitudes vacilen. Lo más permanente en Costa es la protesta contra la mala administración y el hambre y la ignorancia, pero esta permanencia no es de Costa, pertenece por entero a España. Las ideas y los procedimientos que corresponden plenamente a Costa son vacilantes, aunque orientados según un norte constante propio, a mi juicio, del intelectual autodidacta; el autoritarismo.

En un artículo de un periódico de la CA
mala Agrícola del Alto Aragón, de 8 de septiembre
de 1893.
El artículo es de carácter alocutivo y se
dirige a los señores de la CA.
El artículo escrito en la Gaceta citada con-
tiene los siguientes párrafos: aunque la Constitución lo
dice, no está libre ni libre no traspasar para
nosotros, sin nosotros, las plantas y los animales,
y esto no sucederá mientras el labrador no sea como
el maquinista del ferrocarril, que para que la lo-
comotora os lleve de un lugar a otro, sin que tra-
baje ni se agite, es necesario que el hombre, en el
momento y el lugar en que se encuentra,
tenga los mismos objetivos y permanentes en el
orden de la reforma de los hechos, aunque las ideas y
las actitudes varíen. Lo más permanente en Costa es
la protesta contra la mala administración y el hambre
y la ignorancia, pero esta permanente no es de Costa
porque por dentro y fuera las ideas y los hechos
mientras que la corrupción permanente a Costa son va-
riables, aunque crecientes según un norte constante por
el fin último del pueblo, la autonomía, el honor
y la dignidad.
El artículo es de carácter alocutivo y se
dirige a los señores de la CA.
El artículo escrito en la Gaceta citada con-
tiene los siguientes párrafos: aunque la Constitución lo
dice, no está libre ni libre no traspasar para
nosotros, sin nosotros, las plantas y los animales,
y esto no sucederá mientras el labrador no sea como
el maquinista del ferrocarril, que para que la lo-
comotora os lleve de un lugar a otro, sin que tra-
baje ni se agite, es necesario que el hombre, en el
momento y el lugar en que se encuentra,
tenga los mismos objetivos y permanentes en el
orden de la reforma de los hechos, aunque las ideas y
las actitudes varíen. Lo más permanente en Costa es
la protesta contra la mala administración y el hambre
y la ignorancia, pero esta permanente no es de Costa
porque por dentro y fuera las ideas y los hechos
mientras que la corrupción permanente a Costa son va-
riables, aunque crecientes según un norte constante por
el fin último del pueblo, la autonomía, el honor
y la dignidad.

LOS INTENTOS DE ACCION

EN 1893, según el editor de la «Biblioteca Costa», de cuya cronología no hay que fiarse nada, pronunciaba nuestro autor un discurso en Barbastro. Estos discursos de Barbastro sirven, mejor que otros, para mostrar al Costa orador. Ya hemos anticipado sus dos estilos. En ninguno de los principales discursos de Costa está ausente esta superposición de retoricismo y concreción. Sin embargo, a partir de 1892, recoge el lugar común de su tiempo, el antirretoricismo, y lo convierte en un arma de combate. En sus manos este tópico es demoledor, porque se embarca en él con un enorme fervor retórico. Crea la retórica del antirretoricismo, actitud y estilo de éxito casi seguro, porque permite divagar e incluso abusar de la metáfora con una especie de garantía de inmunidad. En estos discursos del período en el que intentó la acción, es frecuentísimo en Costa el tema bíblico y la cita de la Biblia. Pienso que de un modo inconsciente se vinculó al tono y al estilo oratorio que le parecería más adecuado para estos discursos rurales ante cientos de campesinos.

El discurso de Tamarite, de 29 de octubre de 1892, es, en el orden de las referencias literarias, exclusivamente bíblico.

«Hay un libro, señores, lleno de enseñanzas políticas, de gran notoriedad y no sospechoso para

nadie, que nuestros estadistas no estudian porque todo el tiempo que les deja libre los graves afanes de la gobernación, lo han de menester para leer las moralidades instructivas de Emilio Zola; este libro todos lo conocéis, siquiera sea como lo conocen nuestros políticos, por el forro, porque entre los católicos ha pasado la moda de leerlo; es la Santa Biblia.»

Parece indudable que a Costa le gustaba en esta última época adoptar la actitud bíblica convencional que se avenía con su corpachón de gigante y su voz estentórea. Es la expresión plástica que Miguel Angel inventó para los hebreos y que ha tenido un gran éxito por la propensión del europeo a toda clase de grandeza cuantitativa. Costa encontraba, como casi todo intelectual de sus condiciones, un especial alivio en estos desahogos tan semejantes, formalmente, al radicalismo. Algo semejante le pasaba a Castelar, y, con anterioridad, a Donoso. Este radicalismo verbal, que propende a las palabras atronadoras, une a la mayoría de los pseudo radicales del siglo XIX. Es el estilo de la época para eludir decisiones. Sin embargo, en Costa va unido a puntos de vista concretos. A frases acertadísimas para expresar mucho en poco; la facilidad para el slogan, al que ya hemos aludido. Desde la conciencia de una mayor concreción y mayor inmediatividad con los hechos, Costa reniega de Castelar y del castelarismo:

«Sólo el silencio es fecundo, dice en 1893. No podemos regenerarnos sino por la Santa, por la creadora virtud del silencio. España necesita, antes que nada y por encima de todo, un Parlamento silencioso, un Gobierno silencioso, y un pueblo silencioso. Yo aborrezco a los almendros por lo que se parecen a nuestros Gobiernos y Parlamentos al uso. ¡Llega el mes de febrero!, aún no ha terminado el invierno, y ya ellos revisten de primavera; los

rayos de sol se filtran a través de la enramada, tomando matices de rosa y nácar; las abejas sorprendidas vuelan de flor en flor, refrescando sus bocas fatigadas de no comer más que conserva durante tantos meses; sin miedo a la nieve que se exhibe de lejos, colinas y cañadas se cubren con su manto más vistoso y espléndido, ceñida la cabeza con corona de azahar, como si las hubiesen convidado a alguna boda; no hay sinfonía comparable a aquella sinfonía que forman tantos pintados pétalos, tantos susurros armoniosos, tantos aromas penetrantes, tanta luz difusa en la atmósfera, que parece irradiar de los árboles y no del cielo; fascina el alma por el hechizo de aquel cuadro ideal que no parece de este mundo, siente como un arrobamiento místico que lo transporta al país de las leyendas y los sueños de donde es tan triste regresar; entonces cada almendro nos parece un discurso pomposo y perfumado de Castelar, rebotante de tropos lleno de flores retóricas, del cual fluyen, como gotas de un panal, promesas enloquecedoras.»

Supongo que los auditores de este discurso tendrían la impresión de estar oyendo al propio Castelar. Unos párrafos después, aparece la conciencia de la necesidad de lo concreto. Esta intuición de la exigencia de inmediaticidad con las obras es una aspiración constante en las clases directivas españolas, aunque una constante, por así decirlo, discontinua. De cuando en cuando aparece, en una u otra personalidad, la vocación por lo concreto y la repugnancia a la retórica; sin embargo, el fondo económico que sostiene al país no tolera que tenga éxito. Grandes terratenientes, monopolio banquero, concentración del capital y de la industria sin impulso ni desarrollo, no toleran más ideología que la que se sostiene en

la divagación y la esperanza como conjetura. Unicamente cuando un país entra en el progreso del desarrollo económico efectivo, el antiesteticismo está en condiciones de triunfar.

Esto explica este notabilísimo discurso de Costa, típico, por otro lado, del clima intelectual post-romántico de la Restauración. Como decíamos unos párrafos más adelante, Costa se entrega a la necesidad de lo concreto.

«El pueblo está harto de retórica vegetal, como está harto de retórica parlamentaria, deseando ver instituidas las actuales Cortes por otro Gobierno en quienes reviva el Conde de Aranda, manos sin lengua, que no ofrezcan pero que den.

El análisis de estos discursos de Costa no puede ser más decepcionante. No se explica bien la función de un parlamento silencioso, ni siquiera la de un gobierno que no ofrezca pero que dé. Lo único que se trasluce es la vaga tendencia hacia un despotismo ilustrado cuya fórmula fuera «todo para el pueblo, todo por el pueblo, pero nada con el pueblo».

La conexión del empirismo del programa con la voluntad de conquistar el poder, pone a Costa frente a la acción, en el sentido en el cual la acción es más pura y absorbente: la acción política. De entre todas las acciones la actividad política es la que mejor muestra y con más energía obliga a experimentar el contenido social de la acción. En la acción política entran en juego las reservas más profundas de auto-control y decisión. Por otra parte, el político activo está siempre bordeando situaciones irreversibles. En la medida en la cual el juego político tolera o no tolera la reversibilidad en la actitud política, el político es o no es congruente. Los intelectuales suelen intervenir en política desde la apreciación lógica de los hechos y pretenden superar las equivocaciones.

ciones volviendo a empezar. Normalmente, las fuerzas políticas activas no se toleran y el intelectual político queda al margen, fuera de la lógica del juego político, que consiste en continuar en las posiciones que conviene aunque la razón exija otra cosa. La consecuencia política no es la consecuencia racional, y la pretensión de identificarlas lleva normalmente a los intelectuales, en este ámbito, al fracaso y el utopismo. Tal fue, en términos generales, el caso de Costa. No tenía tacto político y ni entró nunca, plenamente, en el juego político. Le pasaba lo que a Ortega y Gasset y a Unamuno, no podían vivir la política como realmente es, como una adaptación de lo que conviene al poder y del poder a lo que conviene. Quizás esté aquí también la razón de la propensión intelectual al autoritarismo en política. Donde predominan los esquemas lógicos el poder deviene autoritario. De aquí que en las democracias auténticas sea necesario un cierto grado de irracionalidad e imprevisión.

Ramiro de Maeztu opinaba de manera muy parecida respecto de Costa. Maeztu publicó en el «Heraldo de Madrid», en 1911, una serie de artículos cuyo encabezamiento general era «Debemos a Costa». Dice Maeztu, refiriéndose a Costa: «No era político. Había vivido vida de estudio. No podía conocer a sus contemporáneos, ni sabía manejarlos personalmente, como no suelen saberlo los hombres de gabinete. Buscó a ciegas un instrumento político que sirviera su ideal de «Escuela y dispensa». Primero entre los agricultores, después entre las clases neutras, luego entre los intelectuales, quiso hacer una liga, más tarde un partido neo-liberal, después se fue con los republicanos, al fin se desengañó hasta de los mismos republicanos».

El republicanismo de Costa es algo que no trato en este libro, entre otras razones porque hasta que no se pueda consultar el archivo familiar, no se tendrán elementos en juicio suficientes. Sin embargo, en términos

generales, opino, como Ramiro de Maeztu, que al fin se desengañó hasta de los mismos republicanos. El republicanismo de Costa es, sin duda su actitud más antigua, es juvenil. En el diario de Costa que, fraccionadamente, publicó Antón de Olmet, se lee el siguiente párrafo :

«Se ha proclamado la república (por renuncia de Amadeo) y ha comenzado a hacer sus pruebas. Predije parte de lo que sucedería, decía yo : «Los radicales se harán republicanos, los Sagastinos Alfonsinos». Vendrá la República. El ensayo, como todos los principios será fatal. Ocurrirá la Restauración con Alfonso, durará diez o doce años y volverá la República más racional y prudente, porque el país estará desahogado, el pueblo educado y menos crédulo y los propagandistas serán más prácticos, menos utópicos. Hoy los empleados no han tenido oficina porque ha venido el rey a repartir los premios de la exposición oficial. Ayer pasaron por las oficinas una comunicación para que asistiéramos al Gobierno Civil a la recepción. Yo, como todos, firmé que quedaba enterado; pero frescos están si creen que había de ir. Ya podía haber andado solo el monigote de D. Alfonso, si no tenía otro que le acompañara. Me he estado solo en la oficina trabajando y me he ido a la hora de costumbre a tomar el sol y leer el Imparcial junto a la plaza de toros. Desde allí oía las campanas a vuelo, veía las esquinas llenas de gente, los balcones colgados, hombres y mujeres de gala. Si lo hubieran hecho para solemnizar la exposición, corriente. Si hubieran engalanado las calles para el paso de los premiados, magnífico, pero por el reyezuelo, mentecatos, idólatras. Cada vez que oía o veía alguna de esas manifestaciones no podía evitarlo, decía : Estúpidos, merecen ser regidos por un maniquí, semidios por nacimiento. Cada día aborrezco más la monarquía. Quieren que fuera yo

a formar parte de relleno, a oír embebido «las elocuentes palabras que se dignase pronunciar con su pico de oro el padre del pueblo, el fomentador de las artes...» y luego creerse honrados los labradores con recibir del monigotillo los premios, ellos que tienen que pagarle treinta millones, amén de su madre, abuela, hermana, etc. Ellos a quienes se niega el ejercicio de la magistratura más sencilla, la del elector, mientras a él, el diosecillo de menor edad y todo, le creen apto para la magistratura más alta y difícil...» (págs. 136-137).

Como después veremos, Costa hizo concesiones a la Monarquía, hasta manifiesta reiteradamente en su época de mayor actividad política, que el problema de las formas de Gobierno era secundario. En 1907, ya en la vejez, el problema se planteó de modo directo, cuando Costa estaba igualmente decepcionado por Monárquicos que por Republicanos. En el diario Español de Buenos Aires, se publicó un artículo titulado «Hacia el Orden Vigente» cuyos conceptos fundamentales eran los siguientes :

«Sin mayores comentarios ha transmitido el telegrama la noticia de haber sido dada a la publicidad, en Madrid, una nueva carta del profundo pensador D. Joaquín Costa declarando estériles las enseñanzas republicanas e invitando a sus amigos a plegarse a la Monarquía. Mucho nos tardaba tal declaración. Esperábamos desde tiempo atrás que alguien entre los más batalladores, se hiciera oír, poniendo punto a las rencillas intestinas y señalando el camino que lógicamente se debían encaminar las energías populares para la salvación de la patria. Lo que esperábamos lo ha hecho el Sr. Costa. Gracias le sean dadas.»

Costa contestó en El Ribagorzano, el 10 de abril de 1907, en un artículo que titula «Contra el orden vigen-

te» en el que dice que han engañado al diario Hispanoamericano.

«No precisamente jubilado de la política, pero sí en situación de excedencia forzosa, sigo teniendo una opinión y lo que opino es lo mismo que pensé y sostuve desde 1898, que mediante una total renovación de los métodos de gobierno y del personal gobernante de los últimos años, sin excluir la representación hereditaria del poder moderador (como con menos motivos lo hizo Francia en 187), se habría quizá llegado a tiempo de reconstruir la personalidad histórica de la nación y hacerla avanzar a marchas forzadas hasta las vecindades de Europa, así en el orden económico e intelectual, como en el social, político y religioso; y por no haberlo intentado seriamente ni los neutros ni los republicanos cuando fue razón, han condenado a España a correr una común suerte con Corea y Zanzíbar, con Túnez y Egipto, con Polonia, con Marruecos, con Portugal. El régimen republicano, con sus hombres, pudo ser un camino: del régimen dinástico no digo nada, porque eso no es ni será nunca camino, sino despeñadero.»

En una entrevista que Costa concedió a Gambón, acerca de este tema insiste en que es un fracasado y que no tiene humos para terciar en la disputa si son galgos o son podencos.

Cuando veo a España en los perros sobre sí que la están acabando de despedazar. Me causa tedio ese criterio y esa agitación de partidos nuevos o de nuevas facciones, grupos, ligas, bloques, uniones, alianzas, desprendimientos y diferenciaciones que se forman, se disgregan, se repelen, se suman, cizañean, se excomulgan, se embisten, se eclipsan, resurgen, se observan, se abrazan, se excomulgan, se embisten, se eclipsan, resurgen, se observan, se abrazan, etc.,

etc., todo sobre la punta de un alfiler, fija de ordinario la vista en el fulano, vuelta casi siempre la espalda a casa, que se quema... Lo que España ha perdido desde aquel alborozado Alzamiento Nacional de 1898 y desde aquella frustrada tentativa de reprise de 1903, no son cuatro años, no son nueve años: ha perdido los últimos cuatro, los últimos nueve años, que es decir todos los años».

Es difícil interpretar inequívocadamente el pensamiento de Costa en este punto. La frase relativa a su poder moderador hereditario parece monárquica, sin embargo afirma explícitamente que es republicano. Quizá pensase obsesivamente, en una dictadura, cualquiera, que fuese la fórmula de Gobierno. En 1910, escribía en *El Ribagorzano* un artículo «sobre la forma de Gobierno», en el que decía:

«En sustancia creo yo que esas combinaciones mecánicas que se han ideado para la organización de los poderes del Estado, carecen de toda o casi toda eficacia: la única forma que tiene o puede tener, mayor o menor, alguna virtualidad, es a su vez, una sustancia: la acción personal y libre de tales o cuales sujetos con o sin reglas predeterminales.»

Parece por último que estuvo a punto de colaborar desde el poder con la Monarquía. Olmet cuenta que en una conferencia dada en Zaragoza por D. Manuel Bescoa, íntimo amigo de Costa, manifestó el orador que S. M. la Reina Regente, ofreció el poder a Costa, aconsejada por el cardenal Cascajares a quien consultó sobre política, pero poniendo como condición a Costa la colaboración con Gamazo. Costa no admitió esta colaboración.

Pone un acabado final a este proceso, la información que publicó el *Heraldo de Madrid*, de 14 de enero de 1913, comentando la visita del señor Azcárate a S.M. el Rey, en cuyos labios pone estas palabras: «No quiero

más puertas cerradas, sino abiertas, muy abiertas, para que a Palacio

lleguen las opiniones de monárquicos, republicanos y socialistas. Los que no vengan serán llamados y sólo lamento que ya no exista el gran Costa, a quien, de vivir, hubiera escuchado con mucho gusto».

Hacia el año 1900, metido de lleno en la vida intelectual española, concibió la idea de mover a los agricultores a una acción política aunque, en principio, sin ideales de partido. El supuesto era claramente totalitario. Subsumir todas las ideologías en una sola, acabando con las parcialidades y divergencias para aglutinar al país en un intento común para un fin común. Aunque no he encontrado ningún texto explícito entre los que he manejado, parece que el proceso intelectual de Costa está claro. La voz de la Patria, el amor nacional, la llamada a la moral y la convivencia no dan resultados efectivos entre los españoles. La gente se ríe de todo esto y sigue robando. Por otra parte el conjunto del país estaba harto de la política, y de los políticos. El ciudadano medio adoptaba una actitud crítica de espectador forzosamente desinteresado. En 1888 Romero Robledo pronunció una conferencia en la Cámara de Comercio de Madrid, que fue sonadísima. Significa muy bien la decepción moral y la mentalidad que entonces imperaba. Se titulaba el discurso «La indiferencia en política», y en él decía Romero Robledo :

«La indiferencia, el apartamiento de las cuestiones políticas, engendra como primera consecuencia hacer del arte de gobernar al país, un como oficio aparte, una profesión, profesión u oficio que obedece, naturalmente, a las leyes rigurosas de todos los que tienen por objeto algún fin material en la vida, cual es el de sacar el mejor y mayor provecho posibles en su ejercicio, procurando am-

parar las ideas malas y forzar las ideas buenas. De aquí nace que en cualquier medida, por vejatoria que sea o pueda ser para el contribuyente, jamás Gobierno alguno introduzca en ella atenuación de ninguna clase, y de aquí eso que constituye un clamor universal, el de la inmoralidad administrativa, inmoralidad que va arraigándose ante la indiferencia de los que creen que la política es cosa baladí, cosa que mancha y que parece como que el apartarse de ella es un título de honra ante los ciudadanos españoles.»

Hay en esta conferencia párrafos que debieron herir a Costa o estimular lo que él ya pensaba hacer.

«La política es la vida, la política es completamente necesaria. Llevar a ella ideas generosas, pensamientos fecundos, legítimos intereses; ese es el deber de todos los ciudadanos y en eso se fundan las conquistas de la época moderna, pero apartarse de ella, es condenarse completamente a la muerte y condenar al país a la postración y a un estado que todos por igual lamentamos.»

Llega a más Romero Robledo. La postración y, según la famosa frase, falta de pulso, era tan patente que se incoaba la necesidad de una fórmula que actuase por encima de cualquier discrepancia o parcialidad. En torno a 1900 la Restauración se ofrecía como un sistema de corrupción sin precedentes. Ahora, a una cierta distancia histórica, podemos explicarnos el proceso en función de fuerzas simplificadoras, concretamente el inicial desarrollo económico. Pero el político contemporáneo de cierta altura, que veía venir los desastres, o el ciudadano medio que intuía un proceso distinto al de la convencionalidad canovista del casticismo, la vida académica o la zarzuela, pedían soluciones, y en la mayoría de los casos soluciones drásticas. No era sólo Romero Robledo quien creía que la verdad

«Es una; lógica y racionalmente no cabe más que un solo partido, aquel que se encamine por el camino más recto a la consecución del bien general, y a la posesión de la verdad necesaria para el prestigio y el engrandecimiento de un pueblo.»

De esta afirmación y deseo de Romero Robledo a la petición de un «cirujano de hierro», sólo había un paso.

La inquietud, que era, como digo, profundísima, había prendido de modo particular en los grupos mercantiles, o, como Costa decía, productores. El problema del arancel, proteccionismo o libre cambio, expresaba en un orden preferentemente jurídico la situación de un mercado que iniciaba una transformación. La presencia de un mercado europeo en expansión influía decisivamente sobre el mercado nacional, y en la actitud y mentalidad de quienes representaban las fuerzas más poderosas. Parece que hacia 1876 se produjo una crisis intercíclica que se notó, según se refiere en la «Historia Social y Económica de España», dirigida por Vicens Vives, de modo especial en el comercio, los precios y la circulación monetaria. En el orden internacional la crisis denuncia un cambio hacia la baja, pero en España inaugura el período más brillante del siglo XIX: el decenio 1876-1886, sobre cuya dorada cresta se cimentó la «Restauración». Invadió al país una ola de dinamismo económico producida por diferentes causas. En primer lugar, las nuevas construcciones ferroviarias; después la aportación de capitales extranjeros y, especialmente, la fundación de Sociedades mineras. Los países capitalistas pletóricos de riqueza, sobre todo Inglaterra, Francia y Bélgica, amplían cada vez más las zonas de sus inversiones. Consecuencia de esta actividad es la riada de metales útiles que parte de España, especialmente hierro, cobre, plomo. El primero cuadruplica pasando de 1578. Simultáneamente se produce la primera gran oleada exportadora de productos agrícolas llevando a la cabeza el vino, cuya exportación, a compás del desarrollo de la crisis filo-

xérica más allá de los Pirineos, casi sextuplica en un decenio.

Estos hechos explican la inquietud social e incluso la amargura y quejas de las clases directoras. Explican, incluso, parte de las contradicciones de Costa moralista en una coyuntura económica no apta para el moralismo. Hay cierta clase de corrupción administrativa y de indiferencia pública por los principios morales que proceden del desarrollo económico, casi súbito, en los países subdesarrollados. Esta clase de corrupción es prácticamente insuperable, y provoca reacciones intelectuales típicas de desilusión, amargura y generalizaciones históricas inaceptables.

Hacia 1892 se produce un reajuste en la economía española. Particularmente el derrumbamiento del mercado exterior del vino y del hierro, pero hay compensaciones explícitas, como el desarrollo de la siderurgia vasca, y desde 1890 la exportación en masa de naranjas y el aumento de la del aceite.

El reajuste aumentó ciertos matices de la inquietud; en general el movimiento obrerista; pero, fundamentalmente, la expansión económica produjo un espíritu de empresa con ímpetu y, sobre todo, elevó el valor de la inteligencia en el mercado. No tengo datos concretos, pero las editoriales más antiguas que he consultado, y han tenido la amabilidad de consultar sus archivos, me dicen que a partir de 1900 el trabajo intelectual se pagaba en el mercado unas 10 veces más que hacia 1876. Esto también explica, en parte, el fenómeno esteticista del grupo generacional de 1898.

Sin embargo, como hemos visto y veremos, en los momentos de desarrollo y empuje económico, incluyendo el enorme fraude económico-administrativo de la guerra de Cuba, las quejas son amarguísimas; la obsesionante reiteración de los males de la Patria. Son quejas que proceden fundamentalmente de los políticos y del sector del país no vinculado a la industria y el comercio —profesores, funcionarios, periodistas—, gentes que permane-

cen al margen de la actividad económica como acción profesional o que tienen que adular al sector del país que se queja. El reajuste de la economía y el relativo colapso que se produjo en el crecimiento en el último decenio del siglo XIX, puso a las claras la insuficiencia de las instituciones y llevó la protesta a clases tradicionalmente pacíficas, como el labrador y el comerciante medios.

Costa, burgués imperfecto, tenía sensibilidad ante la desgracia de las clases menesterosas, especialmente la rural, y veía un peligro doble en el descuido de los gobernantes frente al naciente proletariado. De una parte la concreción en algo próximo y amenazante del tópico político literario del siglo XIX, la Revolución. En España no había habido nada más que motines. Difícilmente se puede llamar revolución a los disturbios de 1854. Tampoco se puede llamar revolución a la «Gloriosa». Sus contemporáneos llamaron a este pronunciamiento y sus resultados Movimiento Nacional, y en algún caso «Glorioso Movimiento Nacional». Tenían conciencia de la impropiedad de llamarle Revolución. El miedo a la revolución es un tópico de oratoria parlamentaria y de la literatura política que proviene de Francia. En Inglaterra y Alemania, la Revolución, como tema kiliástico, no se extiende mucho más de la post-guerra napoleónica. En Francia, por razones al alcance de todos, el tópico permanece, y llega hasta a la *Commune*, por cuyos sucesos renueva su vigencia. Cuando el socialismo da al término revolución un contenido científico y le incluye en un esquema de filosofía de la Historia, pierde el valor tópico incluso en Francia. Quizás sea Lamartine uno de los últimos escritores en el que la idea de revolución tiene un alcance de tópico retórico. En España permanece con este valor hasta entrado el siglo XX, como corresponde a su mayor retraso económico y adinamia social. Vázquez de Mella es un buen ejemplo. Costa es uno de los pocos que habla de la revolución raras veces, y cuando habla ve detrás de la

palabra una amenaza real y en ocasiones hasta una necesidad histórica que hay que satisfacer «desde arriba». El antecesor de Costa en este sentido es un ensayista de altura que se preocupó, con mentalidad moderna, del problema de las luchas de clase y de las reivindicaciones obreras. Me refiero a don Andrés Borrego. Borrego ve las cosas con otro criterio que Balmes, Donoso, Aparisi y Guijarro y Vázquez de Mella.

Balmes empleaba el tópico revolución para protestar contra la desamortización, y en general contra los ataques a la propiedad.

«Una vez atacado un género de propiedad —dice— ya no es posible defender los otros... y si en alguno de los torbellinos de la Revolución se levantan un día millares de brazos armados con el puñal, con el hacha y la tea incendiaria; si en nombre de la libertad, de la igualdad, de la utilidad pública, de la mejora de las clases inferiores, de la mayor circulación y de la más equitativa distribución de la riqueza, se arrojan sobre vuestros caudales y haciendas, ¿qué les diréis? Al tribuno que acaudille a la turba feroz ¿qué le responderéis cuando os recuerde lo que hicisteis con el clero? Su lógica será terrible, porque estribará en vuestro propio ejemplo; él os podrá decir con verdad: yo os despojo, y vosotros me lo habéis enseñado.»

El párrafo sacado de las *Observaciones Sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero*, es un testimonio claro del empleo del tópico revolucionario para asustar a la burguesía. Balmes lo emplea como un argumento convencional para la acción política.

Donoso le da un alcance metafísico, incluyéndole como argumento en su concepción teológica de la historia. La revolución se convierte en una categoría y pierde carácter concreto. El valor de tópico literario, para la retórica parlamentaria o política en general, de

la idea de Revolución alcanza con Donoso el nivel más alto.

Manejada por Aparisi y Guijarro la idea se empobrece y llega al mínimo de contenido conceptual.

«Porque yo os digo que viene la revolución, se me acaba de llamar otra vez soñador; no lo he soñado; vosotros me lo habéis dicho; todos vosotros y los progresistas y los demócratas, me habéis confesado en voz baja que viene la Revolución; y porque yo os lo digo en voz alta me decís que estoy soñando. Los partidos medios se van, oídlo otra vez; todo esto se va. El sucesor de esto que se va, oídlo otra vez, es la revolución. Si la revolución nos coge de sorpresa, se desplomará el edificio social, con inmenso escándalo y ruina; si no nos coge de sorpresa, en ese caso habrá fuerza civil, que terminará, probablemente, con una intervención extranjera (1).

En Vázquez de Mella revolución es una palabra que ha perdido casi contenido político. Es equivalente a catástrofe mundial o lucha de razas, o situación por el movimiento masivo de pueblos. Se ha convertido en un elemento retórico profético con escasísimo contenido político concreto.

Andrés Borrego dio concreción prematuramente al término en un libro publicado en 1856, «España y la Revolución» (Madrid, 1856); y bastantes años después en otro que es, prácticamente, inexcusable para tratar esta cuestión. Borrego ve con claridad los términos del problema. Revolución quiere decir lucha entre ricos y pobres que altera violentamente la estructura social y política. Los proletarios —dice Borrego— están y estarán en mayoría. No es admisible trabajar sobre la hipótesis de una sociedad sin pobres, y éstos amenazarán

(1) En el tomo II, pág. 461 de sus Obras Completas. Madrid, 1873-77.

hasta llegar a la destrucción cuando tomen conciencia de que la riqueza ha pasado a manos exclusivamente de los ricos y los dirigentes proletarios, digan a sus secuaces :

«Nada os han dejado, ni un pedazo de tierra al que podáis aspirar, como antiguamente podía, el infeliz jornalero.»

Volviendo a Costa, la versión que nuestro autor da de la Revolución no es la tópica tradicional. No concibe más que la revolución dentro del orden, es decir, una protesta legal dentro de los límites jurídicos. El máximo de sus concesiones en este sentido no pasa de la huelga pacífica. En 1896, en un trabajo publicado en el semanario de Barbastro «La Cámara», Costa contesta a unos cuantos concejales y contribuyentes del pueblecito, La Litera, que le habían escrito una carta patética :

«Alguno de los que firmamos, decían en la carta, podríamos tirar aún por algún tiempo, pero no queremos abandonar a la multitud agonizante y desesperada que se vuelve a nosotros y está para lanzarse a los mayores excesos. Indíquenos, si lo hay, un pararrayos.»

Costa contestó con un sermón, y propone algo que al parecer tiene, en su proceso intelectual, carácter de juicio de ocasión y para salir del paso; propone el socialismo cristiano, al que califica de socialismo constructivo frente al socialismo destructor. Durante unos minutos, leyendo estos párrafos del artículo de Costa, he pensado que quizás hubiera que darles una interpretación irónica; pero no, Costa hablaba absolutamente en serio cuando aconsejaba a los hambrientos y a los ricos de La Litera que «buscarán una fórmula de renovación en el catecismo»; y citaba un pensamiento de Balme,

«los pobres deben respetar la propiedad de los ricos, pero los ricos, a su vez, están obligados a socorrer el infortunio de los pobres».

En 1906, cuando Costa era claramente republicano, una comisión de Barcelona fue a visitarle a Zaragoza en nombre de los republicanos de aquella ciudad. Le llevaron un mensaje lujosamente encuadernado con algunos pliegos de firmas. Los visitantes le rogaron que asistiese a la inauguración de la casa del pueblo de Barcelona, donde podría marcar derroteros seguros a la política y llamar a la concordia a los desunidos o desavenidos. La contestación de Costa tiene un gran interés biográfico e intelectual. Por lo pronto, dio a los visitantes una nota inédita cuyo título era «La pobreza como fuente de esclavitud y de delito según la Biblia», y un ejemplar de la obra «Colectivismo agrario en España».

En concreto, Costa propone a los enviados barceloneses que se aclare el término revolucionario y se ponga en claro.

«Si los que somos en substancia y de verdad republicanos gubernamentales, restauradores de la personalidad nacional y de su soberanía política, única legítima, y rompemos lanzas por la dignidad de la nación y de los nacionales tanto como por su reconstitución y adelanto mental y económico, pero recibimos el dictado de revolucionarios, somos efectivamente unos extraviados o locos o si por el contrario, los dementes, los ilusos, los teóricos en el mal sentido de la palabra, los que sacrifican patria, progreso y libertad en aras de una abstracción, son cabalmente ellos, los republicanos de aquella banda... los que llaman gubernamentales...»

Si no se aclara esto y las ideas siguen en la indefinición y la ambigüedad y los hombres por esta razón en su lógica pasividad, aconsejaría a los jóvenes republicanos :

«Que se dejen de libros de caballerías y fueran a naturalizarse en pueblos diligentes y despiertos, que no padezcan el instinto del suicidio, o sin pisar la frontera se amputasen la hiel y se arrimasen al «hombre de hoy» o al «hombre de mañana», o de pasado mañana, o a los tres por turno, y les ayudasen buenamente a mantenerse encumbrados sobre las espaldas de su víctima, y nación, y triunfasen con ellos y comiesen de su plato, seguros a su vez de empalmar con el plato británico el día que vengan de allá a levantar, naturalmente para sí, no para nosotros, lo que con nuestro beneplácito y visto bueno han derribado los propios... porque he perdido en más de sus tres cuartas partes la fe y tengo no diré un pie, sino pie y medio, en el estribo del tren que conduce a los desengaños, a contemplar con angustia, desde el retiro de mi vida privada, cómo acaba de desplomarse el último bastión que por ventura quedaba aún inhiesto.»

Costa pensó alguna vez en la Revolución de las hoces como posibilidad histórica, pero la rechazó. Un burgués auténtico metido a político extremista la hubiera aceptado, del mismo modo que los jornales misérrimos y la guerra económica. Costa tenía los prejuicios y la perplejidad del autodidacta, y no se decidía a incitar a la violencia. Lo mejor, dice en esta misma conversación con los barceloneses, lo mejor, o lo menos malo, es el silencio. ¿A qué fatigarse y desazonar a los demás sin ningún fruto en perspectiva, dice, más que el de echar a perder una masa ya tan agriada, habiendo tantas cosas en que emplear provechosamente el tiempo?

Su idea fue siempre la de movilizar al país sin producir desastres. Pero prácticamente no contaba con nadie para una «movilización» efectiva. Su primer ensayo, fatigado de los «almendros», retóricos, fue, como hemos dicho, movilizar la clase media labradora, los agricultores. Quizás en esto, más que en otra cosa, se manifieste el cas-

tellanismo de Costa. Su mentalidad y su programa están dentro del área del trigo y del seco. Su héroe había sido esencialmente un héroe castellano, el Cid. Al padre de Costa le llamaban de apodo el Cid; y el hijo, que tenía mentalidad de mitólogo más que de historiador, sentía un amor entrañable al caudillo épico. Las relaciones de Costa con el Cid explican, en cierto modo, el proceso espiritual de Costa.

En principio, Costa vio en el Cid —según expresiones de 1878— no una invención caballeresca, ni una égloga deleitable, ni una novela que cautive por lo singular del artificio y de la fábula; lo ve como un relato idealizado de la vida real de un pueblo y como un libro doctrinal que mueve a reflexión y fertiliza el pensamiento de quienes aciertan a levantar su corteza épica y a leer en el fondo. Costa acertó a levantar esta corteza épica, y dando rienda suelta a los elementos de mayor sinceridad y de raíces más profundas de su educación y carácter ve al Cid :

«Noble y villano, legítimo y bastardo, hidalgo e hijo de sus obras, labrador, menestral y guerrero, infanzón y ciudadano, excomulgado y santo, vasallo de un rey y señor de reyes vasallos, príncipe soberano y par de emperador. Lleva la voz de todas las clases y simboliza, no la fusión, sino la concordia y armonía entre ellos y la unidad orgánica de la nación.»

La mentalidad de Costa se aproxima en ocasiones, como hemos dicho, a la del mitólogo. Inventa un mito justificativo y bello. Desde joven se sintió atraído por el mito como síntesis suprahistórica del sentimiento y la conciencia popular.

En 1881 publicaba su «Mitología popular española y mitología y literatura Celto-Hispanas». Ya viejo citaba con fruición los libros que le debieron impresionar profundamente, de Max Müller y Reinach, sobre temas de

historia comparada de las religiones, libros que habían aparecido en español en la Biblioteca Científico-Histórica de Daniel Torró. Costa, que siguió con bastante docilidad los tópicos de su época, no se podía escapar a uno de los más impresionantes, la historia y estudio de los mitos.

Con esta mentalidad mítico-popular, se acercó al Cid e incluso al derecho. Se transparenta esta inclinación en su idea, en el fondo imprecisa y de escasa utilidad, del «derecho vivo» y la costumbre como fuente jurídica directamente popular.

«En la vida práctica —dice Costa, en «Estudios jurídicos y políticos»— obran dos energías jurídicas, y entrambas concurren a la formación del derecho positivo: los legisladores oficiales, autores de la ley y el pueblo, padre de la costumbre.»

El pueblo es, por consiguiente, una fuente de energía inagotable donde está lo más puro y esencial de la creación jurídica y política. Se trata de una idea sumamente ingenua en la que se integran elementos dispares bajo la cobertura y complicidad de un lenguaje meramente intuitivo. Estos elementos son: la idea krausista de la integración armónica de todo orden en un orden superior, que llevaba directamente al reconocimiento de órdenes espontáneos de convivencia y organización y la llamada «escuela histórica», la inclinación a los estudios mitográficos propia de su época y el patriotismo exaltado, tradicional y tópico que constituía el fondo auténtico de la personalidad de Costa (1).

A su juicio, según escribe en el libro citado:

«La doctrina política del pueblo español, revelada en su refranero, en sus costumbres jurídicas

(1) La conexión entre krausismo y tradicionalismo, a la cual aludo en diferentes ocasiones, fue notada por primera vez, que yo sepa, por Carlos Ollero: «Hay algo que puede

y prácticas, en los poemas del Cid, en los romances, en las cartas pueblas, en los cuadernos de Cortes, en el Privilegio General, en las observaciones aragonesas, en la Carta Castellana de 1882, en el proyecto de Constitución de la Santa Junta, etc., no trae en poco ni en mucho origen exótico, carece de ascendencia conocida, brota directamente, ora en caudal purísimo, ora enturbiado por impurezas nacidas de los hechos, de las entrañas mismas de la sociedad.»

Con este criterio estudió el romancero, el refranero y, de modo especial, la epopeya del Cid. El Cid aparece para Costa, tal y cómo se recoge en la versión epopéyica, como expresión del alma nacional; significa el buen sentido, el afán expansivo de la raza, el espíritu creador, la altivez frente al poderoso y la comprensión ante el humilde, la concreción de la espontaneidad jurídica, la universalidad y la tolerancia.

Pero según el tiempo pasa y el desbarajuste nacional aumenta, Costa se esfuerza por sofocar las voces más profundas, lo que realmente le expresaba como era, y acude a la dimensión práctica, al espíritu de concreción y programa, siempre al margen de las ideologías políticas de partido. Está, y sin querer la expresión resulta irónica, fructificando su aversión al almendro.

En 1.º de abril de 1896, cuando se presentó diputado por Barbastro, lanzó un manifiesto programa con el que inicia su actividad política concreta. En el manifiesto no se hace concesión ninguna a la oratoria ni a los tópicos generalizadores. Costa creyó que seduciría al pueblo desde lo concreto, e inició un estilo propio y único du-

parecer sorprendente y que queremos tan sólo señalar aquí: La relación interna, no muy explícita, pero indiscutiblemente implícita y significativa, entre el corporativismo gremialista del tradicionalismo y el organismo Krausista español. Con ello tocamos uno de los fenómenos culturales más destacados del siglo XIX español». Estudios de Ciencias Política. Madrid, 1955.

rante mucho tiempo en la política española. El estilo «directo» en la propaganda política. Muy poco tiempo después debió comprender que lo concreto requiere su propia retórica para ser seductor, y sus mensajes posteriores son más retóricamente directos.

En este mensaje de 1896 Costa recoge las líneas fundamentales de su pensamiento sobre la reconstrucción nacional, por cuya razón le transcribo, reduciendo alguno de sus párrafos:

- 1.º Formación de un plan general de canales de riego.
- 2.º Construcción por el Estado de una red muy ~~hasta~~ de caminos «para que pueda llegarse con ruedas a casi todos los pueblos de la península».
- 3.º Adquirir a toda costa mercados para la producción agrícola de nuestro país, y especialmente al mercado de Francia para los vinos en las condiciones del tratado de 1882.
- 4.º Reforma del régimen hipotecario vigente.
- 5.º Suspensión absoluta e inmediata de la venta de bienes propios de los pueblos, poniendo término a la desamortización civil tan desastrosa para los lares menesterosos.
- 6.º Autonomía administrativa de los municipios.
- 7.º Como criterio general de Gobierno en lo administrativo y financiero, adaptación de los servicios públicos y consiguientemente del presupuesto nacional de gastos a la pobreza del país que no es transitoria sino irremediable y constitucional, por lo montuoso de su suelo y la irregularidad y abrasado de su clima, renunciando al empeño pueril y torpe de organismos y gastar como las naciones ricas, que nos hace vivir del capital.
- 8.º Codificación del Derecho Civil Aragonés.
- 9.º Establecimiento urgente del seguro sobre la

vida, socorros mutuos y cajas de retiro para los labradores y braceros del campo, menestrales y comerciantes en toda la nación, por iniciativa del Estado y bajo su dirección y patronato.

10.º Mejora de la instrucción primaria.

11.º Justicia a Puerto Rico y Cuba en todos los órdenes, político, económico y administrativo, poniendo término breve a cualquier precio que no sea el del honor, a una guerra que amenaza durar muchos años y que representa para España una sangría suelta por donde se le escapa la poca vida que le queda.

12.º Atención intensa y sostenida a los intereses mercantiles de España y a los de su raza y civilización en el mundo, apretando cada vez más los lazos morales que la unen a Méjico, a Chile y demás naciones hispanoamericanas con la mira de una federación o de una alianza que reprima el instinto invasor y absorbente y contenga los rápidos avances de la República norteamericana; acudiendo con Portugal a salvar algo del porvenir en sus posesiones del Africa Austral, que sin eso acabarán de perderse irremisiblemente en pocos años; y haciendo causa común con Francia en lo que toca a los problemas, tan vitales para nuestra nación, que se encierran en estos dos conceptos geográficos políticos, Marruecos y Egipto.

Costa no salió diputado, pero se lanzó a la política activa pidiendo hechos y recurriendo a la clase que, según él, tenía en sus manos el porvenir nacional; las clases neutras, de acuerdo con la expresión de aquel tiempo, hoy en desuso.

La Cámara Agrícola del Alto Aragón creada al calor del Decreto de 14 de noviembre de 1890, que había pro-

mulgado las bases para constituir estas instituciones por la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, había sido inspiración de Costa. Desde esta Cámara Agrícola pensaba actuar políticamente de acuerdo con su idea de política nacional sin partidos, para que los intereses de las clases medias no comprometidas dirigieran el poder. Parece que Costa no quería el poder, sino la dirección del poder a través de la presión de los grandes grupos sociales marginales a la política. Una fórmula de difícil realización, pues equivale a hacer política sin «meterse» en política. Quiere esto decir que la expresión política es equívoca, y que tanto significa buena administración como dominio y técnica del poder. Pero la cuestión es esta ¿puede haber buena administración sin el dominio y técnica del poder? Costa creía en una *potestas indirecta*, en la acción de los intereses a través de la opinión pública controlando desde lejos el poder. En el fondo se trasluce un esquema corporativo para identificar administración y política, que Costa no acabó de formular. El formulador más concreto fue, como hemos visto, Macias Picavea.

Movido por tal idea, que en el fondo se aproxima a lo que los teóricos tradicionalistas llamaban soberanía social, aplicando ideas del krausismo, Costa promovió continuamente la creación de nuevas sociedades y el fomento y vigorización de las antiguas. No está muy claro en qué medida procuró, ocultamente, llevar a las asociaciones de intereses a constituirse en partido.

Hacia mediados de siglo, coincidiendo generalmente con el período de gobierno de la Unión Liberal, habían surgido la Sociedad para el Fomento de las Artes, la Sociedad Libre de Economía Política, el Círculo Filosófico, el Círculo de la Unión Mercantil; el Ateneo desarrollaba una labor muy activa, en el patio de la Bolsa de Madrid comenzaron los grandes *meetings*, expresión de moda en la época, de la Sociedad para la Reforma del Arancel. Estas Sociedades contribuyeron poderosamente a la Revolución de Septiembre. Después continuó el proceso aún con mayor fuerza. En 1870 se creaba la Asociación

para la Enseñanza de la Mujer. En 1876 se fundó la Institución Libre de Enseñanza, en el mismo año la Sociedad Geográfica Española. Costa, que se preocupó tanto por las cuestiones geográficas y agrícolas, aprovechó la decisión del Congreso español de Geografía Colonial y Mercantil, celebrado en Madrid en 1884, de crear la Sociedad de «Africanistas y Colonialistas» de la que se constituyó en un infatigable animador, con la ayuda de don Rafael Torres Campos. La Sociedad de Africanistas y Colonialistas, cambió más tarde su nombre por el de Sociedad de Geografía Comercial, y en 1897 se fusionó con la Sociedad Geográfica. Estas sociedades se constituían siempre declarando su neutralidad ideológica y su independencia de cualquier disciplina de partido. La fórmula definitiva la dio la Institución Libre de Enseñanza que se definió «completamente ajena a todo espíritu de partido e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político, proclamando tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas».

La Institución tenía un carácter exclusivamente docente, pero donde dice profesor se puede poner, ingeniero o publicista y se obtendrá el espíritu de neutralidad política que formalmente declaraban estas sociedades.

Costa, siempre próximo a los imperativos tópicos del medio, fundó, en plena exaltación regeneradora y antipolítica, la «Liga Nacional de Productores» en 13 de noviembre de 1898, lanzando con la misma fecha un Mensaje-Programa firmado en Barbastro el 13 de noviembre de 1898, por la junta directiva de la Cámara Agrícola del Alto Aragón. El mensaje, redactado exclusivamente por Costa, expresa de modo conciso y sumamente eficaz —ya con retórica del antirretoricismo— su pensamiento. En el preámbulo del mensaje Costa expone lo que pudiéramos llamar bases objetivas de la protesta.

Según él hace cuatro siglos, desde que se constituyó la nacionalidad, en la península no se ha apreciado el problema de la productividad, en otras palabras: se ha olvidado que somos un país pobre. Dos accidente históricos, el Descubrimiento de América, la «lotería del nuevo mundo», dice Costa, y el matrimonio de Doña Juana con sus expectativas en Europa Central, produjeron la distorsión de nuestra historia y la extraña yuxtaposición entre pobreza y grandeza.

«Si la península hubiese medido una extensión tres o cuatro veces menor, concentrando las provincias de la periferia que son en general las fértiles, industriales y trabajadas, nos habríamos tenido por inferiores a Francia e Inglaterra resignándonos a ser como una modesta Bélgica; y sin embargo nos habría traído ventaja, nuestro territorio habría valido más, nuestra inferioridad habría sido menor que siendo la Península lo que es, porque aquellas provincias periféricas, de valor europeo, y los raros oasis interiores, semidesiertos y cordilleras fragosísimas, dificultan y encarecen las comunicaciones y la administración y dan al conjunto el aspecto de uno de los más ruines e incómodos arrabales del Planeta.

Con un suelo semi-africano y una población medieval, no era posible constituir una nación moderna, por el tipo de las de Europa Central. Pero esto no lo vieron los fundadores de la nacionalidad, ni lo hemos visto todavía nosotros; no vieron ni hemos visto que España necesitaba una morfología especial, con instituciones a la medida, creadas por la espontaneidad social; que necesitaba un plan de vida o programa político propio, acomodado a su medio y a la estructura de su espíritu y de su cuerpo; y por no haberlo visto hemos combatido o dejado parecer lo propio, en vez de sostenerlo o de reformarlo y copiando mecánicamente las institu-

ciones y los movimientos que observamos en el extranjero, sin discernirlos ni adaptarlos.

Propiamente venimos siendo una nación amorfa, una nación por constituir. De ahí su falta de consistencia y la facilidad con que se ha venido a tierra sin que los yankees hayan tenido que hacer apenas otra cosa que presenciarlo.»

Como el lector observará Costa ofrece aquí la mayor parte de los tópicos que los escritores pesimistas y pre-totalitarios recogen después. Particularmente formula con la mayor claridad dos de ellos; el tópico de la pobreza nacional y el del «austracismo».

En el contexto del mensaje Costa insinúa, de modo muy impreciso, la tesis de la dictadura. Ahora es una dictadura impersonal, de gente abnegada, más tarde se transformará, aunque al propio Costa le asuste, en la dictadura de un elegido.

«Ha concluido el áureo reinado de los Augustos y empieza la férrea y homicida labor de los Trajanos y de los Teodosios. No será ya, desde hoy, el poder una satisfacción; será un sacrificio y una cruz. Quien no sienta vocación más que para el Capitolio, quien no vea en el poder sino sus esplendores, eso que de ordinario se ha mirado en él, un instrumento para decorar el miserable minuto presente del Gobernante; quien no haya de gobernar por amor de Dios puestos los ojos en la fosa y en el olvido que le aguardan para la hora siguiente, no sirve. Necesitamos en el gobierno impersonales. Bismarks sujetos en San Francisco de Asís, con más de San Francisco que de Bismark.»

La reducción de este párrafo del mensaje a una esquema conceptual sin retórica, confirma la impresión de que Costa no sabía lo que quería, en cuanto al sis-

tema de gobierno se refiere. Desde luego poseía una antropología del gobernante de carácter barroco que se aproxima a la de Quevedo o Gracián. Quería un gobernante cuya personalidad estuviese modelada sobre las virtudes cardinales e incluso por las teologales. Conociendo su reacción personal anticatólica de última hora, cabe sospechar que estas alusiones al gobernante cristiano, casi santo, como sus referencias a Fray Luis de León para obtener de sus escritos las condiciones y virtudes del rector de los pueblos, son tanto señales de perplejidad como concesiones a los prejuicios católicos de sus auditores.

La raíz de la perplejidad de Costa parece clara. Por una parte comprende que el país necesita una reforma profunda —«una revolución desde arriba»— que no se puede hacer eficazmente de no emplear una amplia dosis de gobierno personal, es decir, reduciendo prácticamente a nada el parlamentarismo. Pero, por otra parte, ni se decide a la dictadura ni crea un órgano eficaz para la toma del poder. Es una perplejidad que crece día a día en el ánimo de Costa, pero que no acaba de vencer. Por vez primera habla en este mensaje del poder exclusivamente como fuerza de dominación política. No obstante, es un camino que no sigue. Tiene miedo al poder absoluto, y de este miedo puede inducirse que, de acuerdo con su condición de intelectual autodidacto, sus condiciones para la política apenas salen de la esfera de la moral y el espíritu reformador. Estos años son los decisivos. Los dolores y humillaciones que antecedieron y siguieron a la guerra con Norteamérica provocaron en Costa algo semejante a la ambición de poder, pero que no es confundible con la *libido dominandi* que caracteriza al político en cuanto tal.

Es digno de notar que Costa, en términos generales, había visto el problema con relación al doctrinarismo y los doctrinarios. En un trabajo juvenil, incluido en el tomo de *Estudios Jurídicos y Políticos*, que editó siendo profesor de la institución libre de Enseñanza (1884), es-

tudia la Filosofía Política de Donoso Cortés. Es un análisis expositivo en el que no se regatean los elogios al autor del ensayo del *Catolicismo comparado con el Socialismo*, y que concluye con este párrafo donosiano :

«Tales son las tres enfermedades posibles para todos los pueblos y para todas las sociedades: la *dictadura*, la *reforma* y la *conquista* son los tres únicos remedios que pueden salvarla de esos abismos. Costa aludió después reiteradamente a los tres remedios, incluso a la conquista, para salvar a España, pero es indudable que este párrafo se le vendría a veces a la mente como una disyuntiva, ¿dictadura o reforma? El proceso síquico de Costa va de la reforma a la dictadura, pero sin decisión, sin abrazar del todo y con sinceridad esta última solución.»

Esto confirma una tesis que he expuesto en mis cursos Universitarios, que en el krausismo español hay elementos para derivar la idea de una dictadura popular, moral y jurídicamente justificada. Esto también justifica las muchas coincidencias entre ciertas perspectivas tradicionalistas, la soberanía social, por ejemplo, y el krausismo.

Del propio mensaje al que antes he aludido son los párrafos que copio, excusándome una vez más por la prolijidad de las citas, pero si suprimo del mensaje que voy a transcribir la envoltura retórica, el lector no capta el tono emocional ni las connotaciones irracionales de las ideas de Costa. El criterio general ha de ser :

«Política reductora o simplificadora. La ley en biología es que el cuerpo viva de sus órganos; y aquí al revés, los órganos han vivido abrazados al cuerpo, como la yedra al árbol, y lo han aniquilado. Se impone una poda muy profunda, hasta alcanzar, retrocediendo, aquel tipo morfológico que

corresponde al grado de desarrollo intelectual del pueblo español y a su economía que no son, desgraciadamente, los de Europa.»

La metáfora de la yedra gustó, y se repitió con frecuencia en diversas ocasiones y por diversos autores. Concretamente Ramiro de Maeztu, tan influido por Costa en los comienzos de su carrera política e intelectual, la divulgó en un libro famoso. Por otra parte, Costa tiene un lenguaje relativamente original por la inserción de términos técnicos científicos en la prosa retórica. Algunos escritores del grupo del 98 elevarán este matiz a estilo enriqueciendo el lenguaje en profundidad y extensión.

Lo que Costa dice en el mensaje es razonable, claro y común. Prácticamente nadie había que no opinara del mismo modo, aunque nadie lo había elevado a programa regenerador, ni lo había fortalecido con la armadura de los datos y exigencias respecto de problemas muy concretos.

«Concentración de funciones, continúa diciendo el Mensaje, con unos mismos organismos. Política sumarísima, sacrificando la perfección a la prontitud de los resultados, porque no podemos aguardar política modesta, callada, de recogimiento, que camine sobre las puntas de los pies, como si España entera fuese un hospital, atenta sólo a elaborar primera materia para una nación, sin la loca ambición de grandes palingenesis y renovaciones sociales.»

No hay duda que el Mensaje se eleva a un alto nivel estilístico y emocional. Es comprensible que causara profunda impresión e incluso celos. Se insinuaba un poder cuya transformación en fuerza política era posible, si se conseguía institucionalizar su «pathos» nacionalista en unos órganos de elección adecuados. El

propio Costa lo sabía y contaba con las Cámaras Agrícolas y en las Cámaras de Comercio. Este fue su error. Si hubiera constituido un partido político, aunque fuera mínimo, con el programa encerrado en el mensaje, es casi seguro que hubiera alcanzado el poder tanto más cuanto que, en esta época, era manifiesta su indiferencia por las formas de gobierno. Por otra parte, no producía temor profundo. Buscaba la ayuda del proletariado rural, pero no le concedía un papel activo en la representación política. En los periódicos contemporáneos se recoge el mensaje con agrado, aunque con ciertas reticencias. La pregunta general es, ¿en qué quedará todo esto? A primera vista parece un nuevo despotismo ilustrado, formulado en un lenguaje estilísticamente nuevo.

«Política reparadora, y por tanto, para la blusa y el calzón corto, principalmente entre otras razones (son los más, son el cimiento del mañana que se trata de edificar, han costado con su oro, su sudor, sus lágrimas y su sangre, la conquista de los derechos políticos de que ellos no sentían necesidad y que no les han servido para nada, que sólo han servido a la minoría de los ricos y de los ilustrados), entre otras razones, repetimos, porque hay que compensarlos del empréstito de sangre de estos cuatro años... Política tradicionalista; la historia y la costumbre como medio de partear el gran movimiento social de nuestro tiempo, imponiéndole carácter evolutivo y conservador, ganando para su causa a las clases ricas. No puede el legislador decretar reformas para una sociedad vieja de dos mil años como el filósofo se pone a elaborar la crítica de la Razón Pura. Por el género de la primera materia sobre la que opera, el político no tiene derecho a equivocarse. Caminar llevado de la mano por la experiencia. Oportunismo en todo. Hacer de provecho público las obras de mi-

sericordia. Gobernar con tristeza como Fernando VI, velando y consolando la tristeza de los gobernados, como exigía Quevedo del gobernante.»

Oportunismo, pesimismo, conciencia de la pequeñez y gobierno concreto de programas. Costa se esfuerza en desprenderse de su fondo, inalienable de tradiciones y entusiasmos históricos. Su moral es la moral de la derrota; sencillez y esfuerzo unánimes de los españoles por la regeneración.

«Concurso de todos; el hombre no es monárquico ni republicano. Abaratar la patria de tal modo que la condición de español no deje de ser un gran negocio. Disminuir el número de contemplativos y parásitos y repartir equitativamente entre todos la vida media. Las leyes acomodadas a la cultura de los más, no a la de los menos. Salto del tapón para el pueblo. *Doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar.*»

El párrafo último que hemos transcrito es, sin duda, el mejor del mensaje y el que peor oculta y por consiguiente mejor expresa la inquietud y casi desesperación de Costa frente al problema nacional. Ha reducido su esquema de valores a una categoría puramente material, abaratar, y no vacila en asociar ese término con el de Patria. Este es un lenguaje nuevo, cuya violencia procede de la rebelión de Costa contra sí mismo. Se ha alzado contra su ídolo y mito, el Cid. La frase final, doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar, tiene un contenido dramático individual y colectivo. Es la renuncia a la interpretación de la historia de España en la que Costa creía. Considerándolo desde cierto nivel tiene la profundidad y el significado de una apostasía.

Este es el segundo momento, el que aludimos al principio de este capítulo, de las espirituales relaciones de

Costa con el Cid de la epopeya. Cabe inducir que Costa vivió su renuncia como una mutilación. El Cid significaba para él la España emprendedora, pero fuerte y concreta. En cierto modo veía al Cid como un anti-Quijote, personaje al que cita poco y con un matiz de despego. El grupo esteticista de la generación del 98 tuvo con esto un motivo más para alejarse de Costa.

Ya he dicho que el mensaje causó impresión. Estaba pensado para conmover y atraer a agricultores y comerciantes, a los apolíticos y «clases neutras». Costa aprovechó en este sentido el movimiento activísimo de las Cámaras de Comercio, Ligas de Contribuyentes, etc. Es incuestionable que un gran sector de la opinión, cansado de fracasos, vinculaba este cansancio al tópico de la ineficiencia de la política. Existía una vaga aspiración a un «gobierno sin política», que equivale, reduciendo la cuestión a términos de hecho, a decir que las clases neutras deseaban vagamente, incluso sin plena consciencia de ello, una dictadura. Pero en el pensamiento de Costa quedaba, remanente muchas veces, con claridad muy pocas, una contradicción equivalente, en un plano distinto, a la que anteriormente hemos aludido. Nada de lo que propone se puede hacer sin un Estado fuerte, incluso, no se puede hacer sin un Estado agresivo. La contradicción radica en que Costa desconfiaba del Estado. Su inicial educación krausista le inclina hacia la espontaneidad social. Con este criterio deja a la reforma que propone sin camino viable; la espontaneidad, la moral natural no reforman. Además no hay un caudillo sin un Estado fuerte. Este es el límite que, de haberlo traspasado, hubiera hecho de Costa un dictador.

Este mensaje, programa de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, convocaba a todos los organismos de igual índole a una Asamblea y ésta se celebró conjuntamente con la de las Cámaras de Comercio en Zaragoza, en los días 15 al 21 de febrero de 1899. Allí se constituyó la Liga Nacional de Productores. Una liga y no un par-

tido. Se nombró un directorio compuesto por los siguientes señores :

Catalán de Ocón, Joaquín Costa, Mariano Sabas Muniesa, Ricardo Rubio y Manuel Vázquez.

En 1893 Costa manejando la Liga de Contribuyentes de Ribagorza, había promovido la asamblea de agricultores de Barbastro a la que ya me he referido. Un acto espedacular, que tuvo gran resonancia y en el que se anuncian las ideas y actitudes que he expuesto. Para que el lector se haga cargo de la formulación incipiente de las ideas de Costa, copio las inscripciones que los pueblos y corporaciones reunidos, mostraban en grandes carteles (1). A continuación entresacaré del discurso de Costa los párrafos más expresivos, algunas de cuyas frases repetiría después.

He aquí los párrafos del discurso de Costa :

«Es preciso que el régimen constitucional dé algo al pueblo en substitución de la sopa de los

(1) Las juntas locales de la Cámara Agrícola alzaban unos mástiles con escudos expresivos de las necesidades de cada una: La junta local de *Clamosa*: «El labrador de hoy pasa peor vida que el siervo de la gleba. No conoce de la civilización más que sus cargas y sus corrupciones. El Estado no llega a él sino en figura de recaudador, de sargento y de candidato para tomar la hacienda, los hijos y la paz (Segismundo Moret).

Villacarlí. — Fomento del bienestar individual. «La libertad del hombre está en sus riquezas; el pobre sucumbe siempre, sin que haya para él ni ley ni justicia. Vale más morir que vivir en la indigencia (Proverbio, XIII, 8; Ecclesiast., XIII, 4; XL, 29).

Torres del Obispo. — Programa de gobierno; dar de comer al hambriento; dar de beber al sediento; enseñar al que no sabe, redimir al cautivo. El sediento es la tierra; el hambriento, diecisiete millones de españoles; el ignorante la nación en todas sus clases; el cautivo los labradores, siervos del Fisco, de la administración y del cacique.

Calasanz. — Compadézcanse del país, señores senadores y diputados, miren hacia fuera, no hacia sí propios y sean manos sin lengua; el remedio de nuestros males ha de entrarnos por la boca y no por el oído.

conventos, ya que no ha sabido darle siquiera libertad. El ministro de Hacienda investiga riqueza para hacerla contribuir; es preciso que el ministro de Fomento investigue pobreza para socorrerla y sanar de ella el cuerpo social, reanudando la interrumpida tradición de la política de abastos. Así lo ha hecho el gobierno británico, construyendo los canales de la India como medio de combatir las hambreras que diezmaban periódicamente su población... El agua es trigo, es lana, es fruta, es carne.

Aragón que ha iniciado todos los grandes progresos sociales en nuestra Península, cumpliendo respecto de España el mismo ministerio educador que Inglaterra respecto de Europa, en tal concepto ha iniciado también este aspecto de la política económica, haciendo del Ebro el río de las grandes canalizaciones modernas, está llamado a cultivarlo,

Monzón. — La Patria nos cuesta a los españoles más de lo que vale. Para que estemos satisfechos de haber nacido en ella es preciso abaratarla; abaratar sus servicios, justicia, registros, policía, transportes, obras públicas, marina, diplomacia, etcétera, y juntamente mejorar la calidad de ellos.

Puebla de Castro. — Haré economías por cien millones de pesetas, nivelaré con ellos los presupuestos y levantaré un empréstito para obras públicas (D. P. Sagasta).

Benabarre. — Política exterior: que España gane rápidamente la categoría de primera potencia en lo económico, sin perder su posición privilegiada de potencia de segundo orden en lo político.

Boltaña. — Ganado, ganado y ganado. Menos sembrados y más pastos naturales. Reconciliación de la agricultura con la ganadería; el cayado cetro del labrador.

Binéfar. — «La sequía crónica Aragón es dolencia más grave que las inundaciones de Levante y que los terremotos de Andalucía; y el poder público tiene obligación de proveer el remedio construyendo por cuenta del Estado los pantanos y canales en proyecto» (El Castellar, 1890).

Fornillos. — Política hidráulica 150 millones de pesetas para canales y pantanos de riego en 30 provincias, que es menos de lo que se está gastando en escuadra de guerra. Plan general de aprovechamiento de las aguas fluviales de la península.

desarrollarlo y, en caso necesario, imponerlo, inspirándose en el ejemplo de sus grandes hombres y muy particularmente de Aranda, glorioso hijo del Alto Aragón, cuyos actos de gobierno constituyeron todo un programa, lleno todavía de actualidad, cuyos procedimientos expeditivos urge rehabilitar para contrarrestar los males de nuestro viciado parlamentarismo. El hombre de más viveza de ingenio, de más presteza en la ejecución entre cuantos han ejercido el poder en España en los últimos cien años, manejaba, sin embargo, con dificultad suma la palabra, no pareciendo sino que toda la lengua se le había trasladado a los dedos y que era mudo. Ese es nuestro hombre; ese es el tipo del estadista moderno que España necesita para regenerarse. Si el mal de España tiene remedio todavía, ese reme-

Barbastro. — Canal de Sobrarbe - Pantanos de Alquezar: Llamaré al trigo y multiplicaré el fruto del árbol y las cosechas de los campos para que no sufráis por más tiempo el oprobio del hambre entre las gentes (Ezequiel XXXVI, 30).

Albelda. — Canales de la Litera y de Sobrarbe 200.000 hectáreas de regadío; 100.000 cabezas de ganado vacuno; 2.000.000 de hectólitros de trigo; 100.000 quintales de aceite; 4.000.000 de arrobas de frutas; 100.000 quintales de pescado; 7.000.000 de pesetas de contribución territorial.

Baells. — Cultivo intenso de la vid (50 a 100.000 hectólitros de vino por hectárea) con labor de desfondo, abono y donde sea posible riego. Tratado con Francia a toda costa. ¡Abajo todo impuesto especial sobre vinos y alcoholes! Reducción de las tarifas de transporte en ferrocarril.

Baragona. — Ferrocarril secundario de Graus a Fraga y Tarragona, complemento necesario de los canales de la Litera y de Sobrarbe.

Fouz. — Banco agrícola y territorial sobre la base del aumento de los regadíos. El crédito agrícola, con secanos tan poco productivos como los nuestros es una utopía. La sequía engendra fatalmente la usura.

Capella. — Reforma del Régimen hipotecario y notarial. Simplificación y abaratamiento de las transmisiones y de los préstamos, títulos de propiedad pignorables. Cédulas hipotecarias endosables y al portador.

«...dio no puede ser otro que el silencio. Necesitamos, por encima de todo, un Parlamento silencioso y un pueblo silencioso.»

El lector habrá observado que Costa, organizador del Acto hasta sus menores detalles, incluye frases de Moret, Castelar, Sagasta. En el fondo son recriminaciones.

En el año 1900 se había celebrado en Valladolid, por instigación de Gamazo, la Asamblea de las Cámaras de Comercio. La Asamblea estaba profundamente influida por el Programa-Mensaje de Costa. Parte de los asambleístas, dirigidos por don Santiago Alba, pedían acción dentro de los límites constitucionales, para coaccionar y obligar al Gobierno. Los representantes vascos y navarros se oponían por razones económicas regionales. Al fin, la Asamblea votó un programa de exigencias mínimas que parece obra de don Santiago Alba. El programa suena a Costa, y no es sino un complemento y pormenorización del mensaje que creaba la liga de productores.

He aquí el programa de la Asamblea de Valladolid :

- a) De reorganizar la justicia retribuyéndola, mejor haciendo efectiva su independencia y fácil y realmente exigible su responsabilidad.
- b) De reorganizar la enseñanza, acometiendo la obra de la educación integral obligatoria y gratuita, retribuyendo debidamente al profesorado.
- c) De reorganizar el sistema político, sobre la base de una representación electoral verdadera, y de una purificación del Parlamento, invadido y dominado hoy por los funcionarios.
- d) De reorganizar el ejército, sobre la base del servicio obligatorio; desarticulando su actual presupuesto para reducir en mayor escala las categorías superiores y los altos e inútiles cuerpos consultivos; mejorando la situación de la oficialidad y del soldado; dotando, merced a una reducción máxima del contingente y una

mejor distribución de los gastos militares, las consignaciones de material de guerra y prácticas; e interviniendo la administración civil todos los gastos militares.

e) De reorganizar la Marina, poniendo término a las escandalosas prodigalidades que hoy distinguen su presupuesto; reduciendo estrictamente éste a las necesidades presentes del país y al número de barcos útiles que poseemos; aprovechando en el mar el entusiasmo y la inteligencia del personal; procurando nuevas y mejores construcciones; interviniendo asimismo la administración civil los gastos de la Marina; y refundiendo en uno solo este Ministerio y el de la Guerra.

f) De reorganizar la Administración civil, iniciando la amortización de todas las vacantes mientras no se halle hecha en cada ramo la reorganización, creando la carrera administrativa con inamovilidad y estrecha responsabilidad y dotando mejor las categorías inferiores.

g) De reorganizar la Administración provincial y municipal, poniendo término a los escandalosos abusos que a diario acomete con la mayor impunidad un desenfrenado caciquismo, procurando la substitución del impuesto de consumos; y mientras esto no sea posible, modificando la forma actual del repartimiento.

h) De transformar el procedimiento administrativo, haciendo éste más sencillo para el contribuyente y para el Estado, y asegurando el cumplimiento de los plazos legales hoy observados, con una sanción en el Código Penal e indemnización, exigible ante los Tribunales, de los perjuicios que tales demoras acusen.

i) Acometer una política económica rigorista y resuelta, que alcance a todos los órdenes de la producción y del trabajo; estimule las inicia-

tivas privadas; favorezca nuestra exportación; facilite el consumo interior; impulse el desarrollo de nuestra Marina Mercante, substra-yéndole de la jurisdicción de Marina y llevándola al Ministerio de Fomento; organice por el Estado el servicio de paquetes postales y asegure el mercado de las naciones americanas para los productos literarios españoles.

j) De mejorar la situación de las clases obreras, llevando a cabo aquellas reformas ya ensayadas con éxito en otros países.

k) De revisar los monopolios concedidos por el Estado, respetando la libertad de industria; anulando los arrendamientos que adolezcan de vicios de origen; y concediendo el libre cultivo del tabaco.

De las posibilidades programáticas de este mensaje y de las ambiciones políticas de Alba y Paraíso, nació la Unión Nacional.

La Asamblea promovía la Unión Nacional pensando que «no cabe ya poner la esperanza en súplicas y ruegos cerca de nadie, sino en la virtualidad del esfuerzo propio; y acreditaba así, dolorosamente la necesidad que de cuantos elementos se hallan interesados en la regeneración del país sumen sus fuerzas y concierten sus voluntades para el bien de España».

La Unión Nacional nace, pues, fiel al espíritu de Costa. No es revolucionaria, no es propiamente un partido político, porque se declara ajena a «toda cuestión de formas de gobierno y a cualquier clase de problemas de orden constituyente del Estado».

Don Santiago Alba y su íntimo amigo don Basilio Paraíso, fueron nombrados presidente y secretario de la Unión Nacional cuyo comité directivo contaba, además, con doce vocales.

La Asamblea en masa invitó a Joaquín Costa y a la

Liga de Productores a que ingresaran en la Unión Nacional. La respuesta de la Liga, redactada por Costa, fue la siguiente :

«Recibimos hoy la expresiva comunicación de ustedes, fecha de 18 de los corrientes, en que se sirven transmitirnos el anhelo vivo de unión entre las asociaciones de carácter económico que se ha manifestado en la Asamblea de Productores celebrada en Valladolid e invitar a esta Liga a que la corresponda coadyuvando activamente a su logro.

El Directorio que suscribe (el de la Liga Nacional de Productores) ha visto con júbilo despertarse por las clases económicas e intelectuales, ese sentimiento de solidaridad que permite todavía alentar alguna esperanza; y se considera obligado, como considera obligados a ustedes a fomentarlo y servirlo. No han tenido que esforzar en su escrito el argumento a favor de la Unión, porque les constaba que se dirigían a convencidos. Hace más de dos meses se propuso en nombre nuestro a esa Presidencia la fusión del organismo Cámaras de Comercio con la Liga de Productores, a cuyo frente estaba entonces, lo mismo que ahora, este Directorio, contando con que de ese modo podríamos convocar y celebrar unidos la Asamblea de Productores que estaba anunciada para el mes de diciembre último.

Aquella proposición, desgraciadamente, no fue aceptada y la Comisión permanente de las Cámaras mercantiles se adelantó a convocar por sí dicha Asamblea de Productores sin contar con la Liga ni invitarla. Luego que llegó a convencimiento nuestro el propósito que abrigaba la Cámara de Comercio de Huesca, el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid y otras importantes entidades, de suscitar en dicha Asamblea de Valladolid el problema

de la fusión entre las dos nombradas agrupaciones de clases neutras, esta presidencia consultó a prevención a los individuos del Directorio residentes en Granada, Sevilla, Logroño y Zaragoza, cuyo parecer ignoraba; y por mayoría quedó acordado que sería aceptada la fusión si la Asamblea efectivamente la proponía.»

Como el lector ve, hay semioculta una recriminación de Costa, que creyéndose, con razón, iniciador y cabeza del movimiento se encontró postergado a un segundo lugar, al menos en la iniciativa, por la Asamblea de Valladolid. La Unión Nacional, que es necesario interpretar como *Unión Nacional de Productores*, comenzaba con una tensión que a su vez encerraba lucha por la presidencia y el mando efectivo. Con un carácter como el de Costa, incapaz de hacer concesiones a la política de intriga, violento y de una susceptibilidad enfermiza, tales comienzos auguraban mal fin. No obstante, Costa, posponiendo sus recelos personales al bien del movimiento social de las clases neutras, continúa su contestación diciendo :

«Esto (el acuerdo de la Liga), nos permite contestar en el acto a esa respetable e ilustrada Comisión, lo siguiente :

Primero. — Que al igual de las asociaciones congregadas en Valladolid, consideramos nosotros absolutamente necesaria y de suma urgencia la fusión y más aún que de fuerzas, de entendimientos y corazones, para que no acabe de fracasar el movimiento nacional iniciado en noviembre de 1898.

Segundo. — Que esperamos conocer el pensamiento de ustedes acerca de la fecha más conveniente para celebrar la Asamblea mixta de ambas entidades, en que ha de convenirse eso que es en los actuales momentos suprema aspiración del país productor; un solo programa, una sola di-

rección, sin lo cual sería en vano que esperemos el triunfo de sus ideales; la reconstitución y europeización de España. Madrid, 21 de enero de 1900. El Presidente: Joaquín Costa. El Secretario: Marqués de Palomares de Duero. Señores Presidente y Secretario de la Unión Nacional (1).

La contestación de Paraíso y Alba, fue que no se reuniese la Asamblea conjunta de la Unión Nacional y de la Liga de los Productores. Que los Directorios de ambas entidades, que gozaban de poderes para ello se reuniesen y concertasen la fusión. Sin duda temían que Costa, con su prestigio y sus dotes de orador, los dejase en un segundo lugar. La Carta de Paraíso a Alba de 29 de enero de 1900 es significativa del recelo que predominaba en la fusión.

«Tiene que resaltar bien, escribe, que no hay que hacer una escritura para la Unión, con artículos, como si se tratase de una Ley de Partido; que la Unión debe llevarse a efecto porque es necesaria, y que se vea siempre quienes hemos querido la Unión y hemos sufrido desaires, y quienes son los que sin haberla querido, hoy manifiestan amarla obligados por las circunstancias.»

Costa se encontraba en el momento decisivo de su vida. La acción o la pasividad encubierta por prestarse al juego de las elecciones y las contiendas parlamentarias que tan duramente criticó. En el campo monárquico le tenían miedo profundo. Hubo un momento, ahora en 1900, en el cual Costa tenía hipnotizados a los ministros y al país pendiente de él. Se había configurado en el espacio de dos años como un caudillo semirrevolucionario. Existe una carta de don Segismundo Moret a don Santiago Alba, sumamente clara en este sentido.

(1) Archivo de los descendientes de D. Santiago Alba, a quienes agradezco me hayan permitido consultarlo.

Moret, después de quejarse de la prolijidad y confusión del programa de U.N., plantea la siguiente disyuntiva :

«O ir a la lucha revolucionaria mediante la resistencia al pago de las contribuciones o permanecer en el terreno legal. Y me alegro de no saberlo, porque así abrigo la esperanza de no verlos entrar por un camino al final del cual no hay más que la muerte de la U. N. Y lo digo con profunda convicción. Si proclaman ustedes la resistencia pasiva al pago su actitud no tendrá eco. No la secundarán los agricultores, que no pueden excusar el pago; no la seguirán las ciudades y provincias que ya se han mostrado hostiles e indiferentes; no la obedecerán las capitales que se encuentran en situación próspera y agresiva, Santander, Bilbao, Barcelona, quizá ni Zaragoza. Y si dan ustedes el grito de guerra y no responde el país el movimiento ha fracasado y muere llevándose tras sí las esperanzas de los que en él creemos.»

Moret aconseja la legalidad clara, con la lucha electoral y parlamentaria para conseguir el poder. Unión Nacional triunfarán en las elecciones o triunfará en el parlamento, pero no puede lanzarse a una huelga de contribuyentes que desencadene la Revolución o la guerra civil. Es este temor el que hace decir a don Segismundo :

«Me parece una falta inmensa haber provocado la Unión de los elementos agrícolas a lo que fue una creación propia y exclusiva de los mercantiles. Porque esos elementos son esencialmente pasivos, inertes y conservadores y porque, estando representados por Costa, su entrada en el Directorio es la salida de Paraíso y la desocupación de la U.N. Por fortuna Costa no entrará, creo saberlo, y con

él se desprenderán los pocos elementos de esa clase que hoy están con ustedes. Pero si me equivoco, los días de la U.N. están contados.»

En esta última afirmación fue profético Moret. Desconcierta, sin embargo, su valoración de Costa como jefe de una masa pasiva e inerte, los agricultores y su miedo de que entre en el Directorio.

Da la impresión de que Moret conocía la indecisión política de Costa en los momentos graves y su incapacidad para la jefatura.

Alba no hizo caso de la recomendación de Moret, de un lado, y de otro se desprendió definitivamente de la tutela de Gamazo. Don Germán Gamazo, cuñado de don Antonio Maura, se molestó en principio con Alba por la tesis que éste sostenía —tesis de Costa— de emancipar el movimiento de las clases neutras de los partidos políticos tradicionales, y más tarde porque Alba y Muro se presentasen diputados por Valladolid (1901) aprovechando que el Gobierno, que les quería dar esa oportunidad frente a Gamazo, no presentaba candidatura propia en la capital. Más tarde tratará, en el Parlamento, a Alba, de «novel apóstol de la emancipación de los comerciantes y agricultores», que, agrega Llanos y Torriglia, no sé si siguiendo a don Germán Gamazo, «se dispone a entrar en la liza parlamentaria al amparo de la benevolencia y de las martingalas del Gobierno».

Lo cierto es que Alba no se decidió por la lucha parlamentaria, es decir, por la legalidad de la retórica y los «pucherazos» hasta que se distanció definitivamente de Costa, que hundió la U.N. por su indecisión y por su miedo a cualquier clase de violencia. Cuando llegó el momento de tomar una decisión, su condición de burgués frustrado le llevó a analizar las condiciones de la revolución justa y no las halló. La Unión Nacional fracasó contra el parecer de Alba, mejor dotado para la acción política. No es extraño que Alba se orientara hacia el parlamentarismo, de la intriga y el pucherazo

Costa quería la coacción *gradual*, pero efectiva, sobre el gobierno, como se refleja en esta carta que escribió a Alba el 18 de marzo de 1900, vísperas de la aprobación de los presupuestos de don Raimundo Fernández Villaverde.

«Querido Alba... me dijo ayer Paraíso que iba a escribir a usted para que viniera a Madrid. Por si acaso le alcanza ésta todavía en Valladolid, le envío la adjunta prueba. Salvo alguna corrección que acabo de hacer, ese es mi proyecto de comunicación. Como la gente se cansa de vernos pedir, amenazar y anunciar que si los políticos no hacen, que si los partidos no acontecen, haremos y aconteceremos nosotros, y para no dar muestras y señales nada más que de lengua, me ha parecido que debíamos dar ya una nota nueva que sirva de transición entre nuestro pasado y la conducta de hoy en adelante, y sostenga la esperanza de los que empiezan a dudar y a cansarse de nosotros, a saber :

»Nada ya con el Gobierno, habiéndonos despedido de él definitivamente por inabordable e impenitente...

»Sería de malísimo efecto que abriésemos nuevos plazos, aun indirectamente, diciendo que si los gobernantes se obstinan en su camino de perdición, que si no se apresuran a rectificar su conducta, etc.

»Y, por otra parte, no tendría razón de ser la protesta dirigida al Gobierno, después de haber roto con él las relaciones. Ahora, contra las Cortes o contra nadie.

»He enviado otro ejemplar a Paraíso, para ver si estamos conformes y hacer la tirada mañana temprano, pues urge enviar eso al correo, y es trabajo largo escribir las cartas; vamos retrasados y

corremos peligro de llegar tarde. Muy suyo afectísimo y colega....»

Un poco más tarde, escribía aún en tono de mayor pesimismo :

«Está esto (lo nuestro) tan caído, según veo por la prensa, por las Cortes, por lo que me escribe el Presidente de la Cámara de Comercio de Burgos, que sólo un esfuerzo muy grande ahora, preparador del día de la protesta, y un «meeting» monstruo poco después, podría entonar de nuevo el movimiento» (1).

La opinión de Costa de protestar enérgicamente, fue al cabo aceptada por Alba y Paraíso y presentaron a las Cortes, por no quererlo hacer ante el presidente del Consejo de Ministros, un escrito sumamente curioso, cuyo texto es el siguiente :

«Los que suscriben, tienen el honor de acercarse nuevamente al poder núblico del Estado, en la persona del Congreso de los Diputados, ya no para pedir, sino para quejarse, con todo el respeto que le es debido, de que sus peticiones de reforma social, política y administrativa hayan sido de hecho desestimadas o no atendidas, y de que el recurso que interpusieron alzándose, los proyectos de Presupuestos del señor ministro de Hacienda haya sido resuelto a favor del Gobierno contra el país.

»Como era de temer, las Cortes actuales se han rendido a la misma fatalidad de la herencia que hizo estéril la celebración de las anteriores. Debieron ser más que Constituyentes, y han sido menos que ordinarias, habiendo ejecutado menos labor práctica que muchas de sus antecesoras, con haber hecho todas tan poco. Hubiérase abstenido el Gobierno de convocarlas, y las cosas no estarían peor ni la nación un paso más atrás de donde

(1) Archivo de los señores Alba.

al presente se halla. Por tercera vez después de la catástrofe, van a separarse los señores diputados y senadores dejando a la nación inconstituida y en el mismo estado de atraso, de inferioridad, incultura, desgobierno, vasallaje y opresión feudal en que se hallaba hace uno y hace diez y hace veinte años. Esperábamos de ellas una revolución, y nos han dado cartuchos de papel, repletos de "promesas y orientaciones para el porvenir".

«Comparen los que se dicen representantes nuestros, representantes del país, la ingente mole de reformas que implica una revolución tan extensa y tan honda como la que necesitamos nosotros, con la obra minúscula, apenas visible al microscopio, que las Cortes han realizado en un año, y calculen luego el número de legislaturas que serían menester para que tal revolución se consumase y pudiera España decirse miembro vivo de la comunidad europea tal como Europa es en este final de siglo. No bastarían ni con mucho cien legislaturas. Y es el caso que al término de tan ímproba y diluida labor, fenecida la nueva centuria que ahora alborea, España se encontraría a igual distancia de Europa que al presente, y aún puede anticiparse que más lejos, porque dentro de cien años, en esta vieja cuna de la moderna civilización habría surgido una Europa nueva, más distinta de la actual que la actual lo es de la del siglo xv. Atrévase nadie, después de esto, a tacharnos de impacientes, descontentadizos por sistema y espíritus de oposición, cuando cabalmente el exceso de paciencia es lo que nos ha perdido; digan los espíritus desapasionados, sin excluir los parlamentarios mismos, si sería prudente que siguiésemos descansando en una institución tal como esa de las Cortes, que en ochenta años no ha logrado nacionalizarse española, compenetrándose con el alma de la multitud, ni contener la decadencia y la caída de la nación, y en la cual se hacen cada día más visibles el acento extranjero y la falta de adaptación; si sería de hombres prudentes volver a confiarle nuestra causa, como se la confiamos todavía hace ocho meses, no obstante tan larga

serie de experiencias y de desengaños; o si no debemos, por el contrario, dar ya por acabada la prueba y requerir el remedio por caminos menos inciertos y más pronto de curar.

»Luego que hubimos vuelto, hace veinte meses, de aquella leyenda de rosa que habíamos estado forjando durante cuatro siglos y que nos hacía veces de historia nacional, y una desoladora realidad nos impuso plantear el problema del mañana como problema de expiación, de resurrección y de vida nueva, algunos hombres superiores dirigiéndonos este grito tentador, con dejos de sarcástico, que ya se había oído otra vez entre los incrédulos del Calvario: "Si es verdad que hay voluntad en el país, que pruebe a levantarse por sí sin aguardar el milagro de los Gobiernos; a éstos no les cumple sino ayudar". A tal invocación, el país ha respondido con hechos, improvisando todo un renacimiento industrial y económico, verdadero desbordamiento del capital y del trabajo, cuyo mayor defecto quizá está en ser excesivo y no aguardar medida, cuyo mayor mérito es haberse producido afrontando dos trabas gigantes; el expediente y el cacique. Hasta los pequeños ahorros abandonan su escondite medieval y salen a la luz, buscándose unos a otros y asociándose para obtener en el trabajo una retribución más alta que en los fondos públicos; en ningún año se habían creado tantas compañías anónimas para fines industriales, compañías mineras, metalúrgicas, químicas, azucareras, eléctricas, de navegación, de crédito, etcétera, como en el año último; la riqueza mobiliaria ha experimentado un aumento de 25 por 100, término medio en el conjunto; la cotización de las acciones de las sociedades ferroviarias ha mejorado notablemente; la marina mercante amplía sus líneas de navegación, preparándose a disputar a los extranjeros el comercio de exportación; la extracción del carbón mineral ha aumentado en cerca de medio millón de toneladas; las fábricas y depósitos de abonos químicos han ensanchado sus operaciones o acrecentado su número, señal de que los cul-

tivos se transforman; los saltos de agua son explotados por todo el territorio, vinculándose al servicio de la turbina para mover telares, muelas, dínamos, tranvías; multiplíquense las sangrías y embalses de arroyos y ríos para fertilización del suelo; los rentistas se han dejado mermar en una quinta parte sus utilidades sin que la cotización se haya resentido, y antes bien, ganando nuestro signo normal de créditos hasta 19 enteros en poco más de un año; en vez de la guerra civil que amagaba por míseras cuestiones de dinastías, ha estallado incruenta entre vinicultores y arroceros por serias cuestiones de trabajo; los contribuyentes están pechando al Tesoro muchos más millones que en el anterior ejercicio. El país ha tomado animosamente su cruz; sólo el Cirineo, sólo el poder se ha quedado egoístamente en su casa a gozar NUESTRA derrota, de igual modo que en el caso contrario habría gozado SU triunfo. Mientras nosotros trabajábamos para nosotros y para el Estado, el Estado no ha trabajado más que para sí.

»No pretendemos echar nuestra carga a los Gobiernos, según es moda repetir entre los profesionales de la política; quisimos nada más que los Poderes hicieran lo que nosotros no podíamos hacer, lo que en todas partes, por ley de su naturaleza, hacen o han hecho. ¿Por ventura nos tocaba también a nosotros mudar el sentido de la enseñanza, metamorfosear el magisterio y la escuela de niños, crear la Universidad y ponerla en comunicación con el extranjero, fomentar la investigación y hacer cría de inventores, establecer granjas-escuelas para instrucción de capataces y gañanes, formar el plan general de canales y pantanos de riegos, revisar el de carreteras, construir caminos vecinales o mejorar los existentes, dotar de condiciones al crédito agrícola inmovilizando jurídicamente la propiedad territorial, retirar su monopolio al Banco Hipotecario, combatir la crisis de la vinicultura, promover la construcción de los ferrocarriles secundarios, aliviar el bárbaro impuesto de consumos, simplificar y abreviar los procedimientos judicia-

les, matar el expediente y el burocratismo, implantar el seguro social y las cajas de retiro, en beneficio principalmente de las clases desvalidas, universalizar el huer-to, como sustituto de la antigua propiedad corporativa de la annona y de la policía de abastos, descentralizar la Administración, manumitir el municipio esclavo, humanizar los tribunales, arrasando esa y las demás fortalezas del nuevo feudalismo, acorralar al cacique, adaptar las instituciones a los recursos, reorganizar los servicios públicos, amortizar empleos, suprimir derechos pasivos, revisar jubilaciones y pensiones, restaurar montepíos, reducir obligaciones eclesiásticas, abolir la redención a metálico, dar plantillas fijas al Ejército y amortizar vacantes de verdad, cerrar academias militares, reducir contingentes, liquidar Marina y unirla con Guerra, hacer partícipe al Estado en los beneficios del Banco de España, convertir Deudas, suprimir Ministerios, Direcciones generales, Consejos, Capitanías, Arsenales, y Diócesis? Si de nosotros hubiese dependido ya estaría hecho o se estaría haciendo. Ese renacimiento político, o administrativo y social, competencia del Poder público, constituía un complemento necesario del renacimiento económico, incumbencia del país productor; y los dos juntos, actuando a la vez y convergentemente, eran condición esencial para restaurar la patria y reintegrarla a la historia moderna y a la comunidad europea.

»Hemos querido creer en el Poder, cerrando los ojos a la multiplicación de agravios de largos años, y el Poder con su indiferencia ha matado en nosotros toda fe, obligándonos a no esperar sino de nosotros mismos. Hemos mostrado empeño por conseguir una reconciliación, que podría haber sido tan fecunda, entre el poder público y el país, divorciados de inmemorial; y el Poder público ha correspondido volviéndonos la espalda y declinando toda la función de gobernar en solo el Ministerio de Hacienda. No ha sido la historia para nuestros republicanos maestra de la vida. No han querido recordar que los preliminares de la Revolución francesa

invirtieron dos años, durante los cuales habría sido cosa fácil desarmarla; y que nosotros hemos entrado en el segundo. No han estudiado en sus historiadores aquel capítulo tan sugestivo, que Thiers instituía: «moyens de prévenir la revolution»; no se han penetrado de aquella reflexión hecha por Cantú con referencia a los años de 1787 a 89, que encierra una alta lección valdada para todo el tiempo, verbigracia, para 1899-1900, y con la cual cerraremos, guardando la debida referencia, esta nuestra queja: "Un grande hombre habría quizá salvado a Francia, haciéndose árbitro y moderador de las reformas necesarias, pero Luis, oscilando al impulso de ministros, cortesanos, mujer, tradiciones, filosofía, caminaba a tientas; no sabiendo la corte ponerlo a la cabeza del movimiento, pretendió que lo detuviese, y como no tenía vigor para ello, se manifestaba en el Gobierno aquella mezcla de injusticias y debilidades que irrita sin disuadir de la resistencia, antes bien, haciéndola popular y dándole esperanzas de triunfo".

»Marzo, 30 de 1900. — Excmo. Sr. (siguen las firmas de 350 Asociaciones, Gremios, Sindicatos, Ligas, Círculos, Delegaciones, Ateneos, Comunidades, etc.).»

Después de leer estos documentos, hasta ahora inéditos, ¿qué juicio formar de la conducta de Costa? No me atrevo a formular ninguno absoluto. No me parece justo sin examinar el archivo de la familia de Costa. Pero es indudable que los documentos conservados por la familia Alba confirman mi tesis. Costa no quiso desencadenar lo que él creía una revolución. Temía todo movimiento popular, aunque fuese de la clase media y de gente tan medrosa como los comerciantes medios. No creo que Costa tuviera miedo personal, ni que le arredrasen las consecuencias sociales de un procesamiento. A mi juicio, Costa quedó incapacitado para la acción cuando comprobó que sus palabras habían producido hechos. Es frecuente que los intelectuales, particularmente los autodidactas, olviden que

las palabras crean. Les gusta exponer hasta el fin el proceso lógico exigido por las ideas, pero cuando germinan los hechos y se encuentran ante su obra, quedan asustados. Su sorpresa es auténtica, pues nunca pensaron que los hechos en cuanto hechos pudieran substituir a las ideas. Cuando ocurre así no saben qué hacer y han de retirarse. El momento es para otros hombres; concretamente, para los hombres de acción.

El ideario de Costa, y el estilo de Costa para forjar frases que permanezcan como una inspiración colectiva en la memoria del pueblo, quedaron en una peligrosidad latente difundida a través de los libros que hemos analizado en el capítulo segundo, en espera de los hombres de acción. El General Primo de Rivalal intentó ser el actor de Costa, pero las circunstancias y su propio carácter se lo impidieron. La semilla prendió, en Castilla sobre todo. No es el tema de este libro ni el momento adecuado para decirlo, como anteriormente anotamos, pero alguien lo estudiará y pondrá en claro que el movimiento «Jonsista» de Valladolid fue, sobre todo, Costa en acción. Durante la guerra civil y después de la guerra civil, el ideario de Costa, explícita o implícitamente, ha tenido vigencia.

En 1900 precisamente, en enero, cuando la agitación de clases llamadas neutras llegaba al máximo, pronunció Costa una conferencia, que tuvo carácter de mitin político, y que provocó enorme entusiasmo y hasta ciertos temores. La conferencia se titulaba «Quiénes deben gobernar después de la catástrofe», y la publicó el mismo año en un folleto de 47 páginas la Biblioteca del «Financiero». A juzgar por la extensión del folleto Costa debió estar hablando alrededor de dos horas. El tema concreto de la conferencia era «Urgente necesidad de renovar el personal de la política española, y modo de verificar tal renovación». La conferencia es imprescindible para contribuir a analizar la conducta de Costa con la U.N.

El comienzo de la conferencia promete, y es fácil imaginarse al auditorio excitado desde un principio.

«En una cosa estamos de acuerdo los españoles; lo mismo los conservadores, que lo han dicho por boca del señor Silvela, como los liberales que lo han declarado por labios del señor Maura; así los republicanos, que lo han dicho por órgano del señor Pi y Margall, del señor Azcárate, como las clases llamadas neutras, que lo han expresado por órgano de la Liga Nacional de Productores. Esa afirmación que hacen unos cuantos que se preocupan de la reconstitución y suerte futura de la Patria es que, para que ésta se redima y resurja a la vida de la civilización y de la historia, necesita una revolución, o lo que es igual, tiene que mudar de piel, romper los moldes viejos que Europa rompió hace ya más de un siglo, sufrir una transformación honda y radical de todo su modo de ser, político, social y administrativo, acomodar el tipo de su organización a su estado de atraso económico e intelectual y tomarlo nada más que como punto de partida, con la mira puesta en el ideal, el tipo europeo.»

Para conseguir esta renovación, Costa, repitiendo en resumen el Programa de la Liga Nacional de Productores, propone cinco medios.

- 1.º Promover el enriquecimiento del país y la abaratación de la vida.
- 2.º Abaratar la Patria, simplificando la organización política y administrativa.
- 3.º Pagar a las clases desvalidas y menesterosas.
- 4.º Afianzar la libertad de los ciudadanos extirpando el caciquismo.
- 5.º Contener el movimiento de retroceso y africanización absoluta del país y hacer a éste europeo.

Sobre estos fines concretos, que Costa considera insustituibles, construye su concepto de *revolución substantiva*.

«Como ven ustedes, dijo en esta conferencia, la revolución que España necesita, tiene que ser, en parte, *exterior*, obrada por representantes de los poderes sociales; en parte *interior*, obrada dentro de cada español, de cada familia, de cada localidad, y estimulada, provocada y favorecida por el poder público también. En este sentido hemos hablado y hablaremos de una revolución hecha desde arriba, de una revolución hecha desde el poder. Para mí esa revolución substantiva, esa transformación del espíritu, del cuerpo y de la vida de la nación, tiene que verificarse siempre desde dentro y desde arriba; por lo cual, importa no confundirla con lo que llamamos revolución de abajo o revolución de la calle, pues es, si acaso, un simple medio o instrumento para aquélla, pero que no tiene nada que ver con ella, que es cosa enteramente distinta por más que la designemos con el mismo nombre.»

La revolución desde arriba que defiende Costa era un tópico de su época. Apenas existe político o periodista que no formulara esta idea. Pero no se encuentra a nadie que confiese paladinamente que se trata de un subterfugio para defender la revolución eludiendo ayudar a la Revolución. Pero ocurre que Costa da más contenido a este concepto de revolución aparente y en el fondo antirrevolucionario, que sus coetáneos españoles. Una de las ambiciones burguesas desde la Revolución francesa, ha consistido en adueñarse del concepto de Revolución acuñándolo desde la concepción del mundo del orden, la disciplina jerárquica y el espíritu de empresa. La revolución se convertiría así en una actividad de las élites establecidas y, por consiguiente, en una revolución sin cambio profundo en los sectores dirigen-

tes. La burguesía revolucionaria continuaría siendo la clase directora. Se trata de una idea burguesa aunque no capitalista de revolución. Quiero decir que son gentes con espíritu burgués, que no desean provocar la revolución desde la lucha de clases y la guerra sin cuartel, pero que desean cambiar, políticamente, el proceso del capitalismo. Tal es el esquema de las revoluciones burguesas, esquema que no puede apoyarse, básicamente, en la tensión entre ricos y pobres y necesita de otro fundamento que justifique la revolución de los burgueses y la colaboración de los pobres. El fundamento suele ser la Nación y las revoluciones burguesas son revoluciones nacionalistas. Hasta en estos aspectos es Costa, desde su nacionalismo revolucionario, precursor de los fascismos.

Tres formas o grados reconoce Costa a la revolución desde arriba :

«1.º Por los mismos partidos reinantes, o digamos de "turno", adoctrinados por la catástrofe y arrepentidos de su conducta pasada, llegando al poder por las mismas vías de antes, es decir, por su propio pie, por un como ritmo mecánico, por virtud del movimiento adquirido, sin que ni siquiera el poder moderador tenga que intervenir sino por forma, como en 1883 a 189.

2.º Por hombres y partidos nuevos que suplan la falta de preparación, de voluntad o de fortuna de los de turno y que lleguen al poder, sin necesidad de ningún movimiento de abajo, por acción reflexiva y personal del poder moderador, como en 1881.

3.º Por hombres y partidos nuevos también llegados al poder mediante una revolución objetiva o digamos de abajo, sea activa o pasiva, supletoria en todo caso de la prerrogativa, para ese solo efecto, como en 1874.»

Costa no creía ni tenía ninguna afinidad con la revolución, creía en una quimera y estaba pecando de ideólogo, substrayendo del concepto «revolución» incluso las resonancias inconscientes de acción y cambio. De aquí que insinúe una amenaza y apele a la revolución auténtica.

«Todavía podría añadir a esta enumeración un cuarto y desesperado grado para el caso de que tampoco ese tercer trámite diese resultado: pero... no anticipemos los sucesos, concentremos toda nuestra atención en la necesidad del momento, dejando que cada día traiga su labor.»

Y páginas adelante, a propósito de una especie de recital histórico sobre Enrique III el Doliente, hace la amenaza más expresiva:

«Ya he visto como a muchos de ustedes se les ha hecho la boca agua al ver aparecer al verdugo Martín Sánchez en el escenario (grandes risas) y como luego se han sentido poco menos que defraudados, siendo seguro que habrían preferido, como más eficaz y más proporcionado a la culpa y al grado de irritación y de desconsuelo del soberano, que es, vuelvo a decir, el pueblo, un remate tal como el de la Campana de Huesca en el siglo XII, o el de la campana de París en 1793 (aplausos). Por mi parte, aunque soy de tierra de Huesca y le tengo afición a la historia política de mi país, prefiero la solución castellana. Sin que esto quiera decir, que si, desgraciadamente no fuera bastante... En fin, volvamos al tema (aplausos).»

Costa no creía ni tenía ninguna afinidad con la Revolución violenta. La conferencia que resumo fue un intento, en ocasiones demagógico, para llevar a las «clases neutras» a una acción eficaz en el logro del segundo

(D)

grado de la revolución substantiva, de cuyo momento o grado habían de ser estas clases, según Costa, las protagonistas.

Oigámosle ~~h~~arengarlas :

«¡ Arriba, comerciantes ! ¡ Arriba, industriales y labradores ! ¡ Arriba los médicos, los pedagogos, los ingenieros, los publicistas ! ¡ Arriba los menestrales, los operarios de las fábricas, los braceros del campo ! Caldead los ánimos y enardecer la sangre contemplando lo que han hecho de nosotros y de lo nuestro esos caballeros. Recibieron todos los ingredientes necesarios para hacer de España una gran nación, y han preferido ser los sepultureros de su patria. No quisieron fatigarse en transformar el ambiente español y hacerlo europeo, y se limitaron a la descansada tarea de sobredorar la barbarie...»

La verdad es que cuando los comerciantes comenzaron a cerrar sus tiendas en señal de protesta y el movimiento se extendía a toda España, Costa dejó la U.N., en compañía de su amigo y admirador, Marqués de Palomares de Duero.

«¿ Por qué fracasó la Unión Nacional ?».

Y así llegamos al terreno menos abrupto, más intelectual y amable del tercer encuentro de Costa con el Cid. En cierto sentido el «mea culpa» de Costa ante el recuerdo del Cid.

El 15 de septiembre de 1901 se convocaron en Salamanca, siguiendo el ejemplo de otras muchas ciudades españolas, unos juegos florales de los cuales se designó como mantenedor a Joaquín Costa. Como el propio Costa dice, y anteriormente hemos referido, los juegos florales de este tiempo tenían que reflejar la universal preocupación por excelencia, social y política; «Tenían que ser tribuna desde donde pueda decirse lo que en las Cortes no se ha podido o no se ha querido decir», según

frase de doña Emilia Pardo Bazán. El discurso de Salamanca tiene, de acuerdo con este criterio, un contenido político profundo. Tiene, por otra parte, especial interés porque se pronunció poco tiempo después de deshecha la Unión Nacional.

Afirma Costa como base de su dirección y pensamiento, la siguiente tesis:

«El problema fundamental nuestro a la hora de ahora, y desde hace largos años —siglos quizá— puede encerrarse en esta fórmula: *nivelarnos con Europa*, en lo físico lo mismo que en lo espiritual; que el español se eleve de la condición de avasallado a la dignidad de hombre, que alcance la plenitud de la libertad, así política como moral, o dicho de otro modo: que deje padecer hambre, hambre de pan, hambre de instrucción, hambre de justicia, esos tres coeficientes necesarios de la libertad.»

Conviene pues aclarar, de una vez, que Costa no fue «euorpeísta». Nunca se hizo cuestión explícita de la unidad o de la integración de Europa, fue europeizante, que es cosa distinta. Defendió con tesón la necesidad de elevar a España al nivel de Europa. En este sentido fue maestro de algunos hombres del grupo del 98 y dejó hasta ahora como tema permanente y meta a alcanzar la europeización de España. Es ésta una dimensión del pensamiento de Costa que aparece tardía, por lo menos en su formulación combativa, y ajena, cuando no contradictoria, con sus entusiasmos patrióticos y sus esperanzas en el porvenir de la raza hispánica. La europeización de España se patentiza ante Costa como una necesidad después del fracaso del 98. Es, por consiguiente, uno de los elementos del Costa no auténtico, del que quiere olvidar y pide la doble llave al sepulcro del Cid. Ahora, reconciliado con el Cid, pero desengañado y en el fondo escéptico de que el país pudiera cumplir su pro-

grama de reconstrucción y regeneración, tiene que conciliar al Cid con la europeización. En el fondo tiene que replantearse el problema de Europa y España, en términos más amplios que sus limitaciones programáticas de 1898 y con menos retoricismo que en sus momentos africanistas y antibritánicos de exaltación patriótica.

«Hace tres años, dice Costa, en un mensaje a la Cámara Agrícola del Alto Aragón al país, que ha alcanzado cierta resonancia, había yo estampado, a guisa de frontispicio de un plan o programa de reconstrucción nacional, junto con otros aforismos, uno metafórico que decía: «doble llave al sepulcro del Cid para que no vuelva a cabalgar»... En 1898, España había fracasado como Estado guerrero, y yo echaba doble llave al sepulcro del Cid para que no volviese a cabalgar; pero es porque antes me había asomado a él para conversar con el Cid republicano, no con el Cid guerrero, y me había éste declarado en larga interviú un pensamiento social y político y le había yo dado publicidad hace dieciséis años, y acababa de tenerlo delante al delinear el programa alto-aragonés, programa, después, de Zamora.»

El propio Costa recuerda, en el afán de demostrar que su reconciliación con el Cid es el episodio de una larga amistad, un trabajo suyo de 1885 titulado «Programa político al Cid Campeador», en cuyo trabajo descubría en la actividad del Cid todo un programa político, cuyo programa, en resumen, sería:

«Respecto de Europa y el Imperio, la autarquía de la nación más absoluta; respecto de Africa, el rescate del territorio; respecto del Pontificado, la condenación del ultramontanismo y la independencia civil del Estado; respecto del Islam, la tolerancia, considerando a sus oyentes como elemento

integrante de la nacionalidad; respecto de la Península, la unión federativa de sus reinos; respecto del organismo social, la concordia de todas sus clases; respecto del municipio, la autonomía civil y administrativa; tocante a las relaciones entre la autoridad y los súbditos, el imperio absoluto de la ley y de la constitución, mientras no se reformen por las vías legales; respecto del organismo del Estado, la monarquía representativa... (que no ha de confundirse con la parlamentaria), o sea, el gobierno compartido por el Rey, la nobleza y los concejos, el self-government de las clases, el juicio por los pares, el rey obligado a estar derecho como el último ciudadano y, por último, respecto de la tiranía, el derecho de insurrección.»

El programa de Mio Cid, decía Costa en el trabajo citado :

«No ha pasado todavía al panteón de las historias muertas y España debe estudiarlo seriamente, si alguna vez ha de vivir con vida propia, reanudando el hilo roto de sus tradiciones y adquirir el equilibrio estable propio de todo pueblo que logra adaptar sus instituciones políticas a su temperamento y su genio».

Estas consideraciones, que corresponden al Costa auténtico, al amante de la tradición política nacional y entusiasta del Imperio hispánico, no coinciden con la doble llave; y ahora, en 1901, quiere conjugarlo todo en una síntesis sin estridencias (1).

(1) En 1905, opinaba de otra manera: Desenlace lógico de una decadencia de cuatro siglos, ha quedado España reducida a una expresión histórica: el problema consiste en hacer de ella una realidad actual. No se trata de *regenerar* una nación que ya existe: se trata de algo más que eso: de *crear* una nación nueva (El Ribargozano, 13-9-1905).

De la jura de Santa Gadea saca una primera lección para España, en 1900; que lo mismo que el Cid no toleró que gobernase quien tuviese manchadas las manos de sangre fraterna, se aseguró de que Don Alfonso no había matado a su hermano, del mismo modo los españoles no debían tolerar que los gobernasen «hombres que tienen manchadas las manos con sangre de 100.000 hermanos, hijos del soberano que es el pueblo». El Cid que hacía falta a España, en los momentos en que hablaba, era precisamente el Cid togado, el Cid del Derecho y de la ley. Esta es la primera lección y la primera razón para que Costa invite a los españoles a llamar de nuevo al sepulcro del Cid.

Desde cualquier punto de vista que se mire, esto es una rectificación. De manera sutil, pero perceptible, Costa se aleja en este discurso de la revolución violenta que había insinuado. Es un retroceso clarísimo a posiciones conservadoras. Carga, incluso en exceso, la mano en las citas religiosas y en las menciones a los clásicos barrocos. Ha aparecido el Costa auténtico y quizás el menos interesante. Otra vez el nacionalista y retórico patriota, con cuyas ideas se cubre el «fascismo» larvado que parece ser en él la constante más clara. El discurso de salamanca es una síntesis del Costa auténtico y del inauténtico, predominando el primero.

Propone que el país y su futuro se regulen por el ejercicio de las cuatro virtudes cardinales, y, comentando la templanza, reclama «un instrumento nuevo de gobierno, un «partido nacional», con elementos intelectuales y económicos de los no complicados directamente en las responsabilidades de la caída de la Nación».

Costa, directa o indirectamente, dijéralo o no, había pensado desde antiguo en la formación de un partido nacional del que fuera él el jefe. Lo había intentado en la Asamblea de Zaragoza, pero las Cámaras, especialmente la de Valladolid, lo habían insinuado en una conferencia pronunciada en la Asociación de la Prensa de Madrid, el 19 de diciembre de 1898, titulada *O Liga,*

o Partido, y yo creo que la misma idea está latente en la conferencia que hemos comentado, *¿Quiénes deben gobernar después de la catástrofe?*, y en la Ponencia en el Ateneo que comentaremos en el capítulo siguiente. El odio de Costa a los partidos políticos lleva indirectamente a una organización nacional «única» que los substituya.

Costa pone en su discurso una gran dosis de optimismo artificial, alaba y grita ¡ Arriba ! a los del calzón corto y la alpargata, a las clases medias, en general al país en su conjunto, pero no es aún militarista. Digo esto, porque al final de su vida lo fue.

«El honor y la seguridad de la Nación no se hallan hoy en manos de los soldados; están en manos de los que aran la tierra, de los que cavan la viña, de los que plantan el naranjo, de los que pastorean la cabaña, de los que arrancan el mineral, de los que forjan el hierro, de los que conducen el tren... De esas escuelas saldrán los soldados, de esas forjas saldrán los cañones, de esos montes bajarán los navíos, de esos canales nacerá la sangre, de ese hierro brotará la fortaleza, de ese algodón y de ese cáñamo y de esos árboles saldrán las tiendas de campaña y las velas y el asta sagrada que ha de desplegar al viento la bandera rejuvenecida de la patria.»

El almendro de la retórica ha vuelto a florecer para Costa.

«OLIGARQUIA Y CACIQUISMO»

ORTEGA, que mencionó con frecuencia a Costa, dijo en «El Imparcial», el 27 de julio de 1908, que Costa era «el celtíbero cuya alma alcanza más vibraciones por segundo». Esto quiere decir que Ortega tenía mucha estimación por Costa. La frase en la pluma de Ortega, conociendo la mentalidad de este pensador, tiene excepcional importancia. Lo desusado del elogio permite suponer que Ortega se sentía atraído por la vitalidad de Costa, y quizás por la proyección político-teórica de esa vitalidad. Ortega está próximo, más próximo que ningún otro de los estetizantes del 98, a la actitud y los ideales de Costa y de la línea «costista».

«La nueva política (la que Ortega defiende), es menester que comience a diferenciarse de la vieja política en no ser para ella lo más importante, en ser para ella casi lo menos importante, la captación del gobierno de España, y ser, en cambio, lo único importante, el aumento y fomento de la vitalidad española.

»De modo que nuestra actuación política ha de tener constantemente dos dimensiones; la de hacer eficaz la máquina Estado y la de suscitar, estructurar y aumentar la vida nacional en lo que es independiente del Estado. De suerte que, en resolución, lo único que queda como inmutable e

imprescindible son los ideales genéricos, eternos de la democracia y todo lo demás, todo lo que sea medio para realizar y dar eficacia en cada momento a esos ideales democráticos es transitorio... Ninguna de ambas cosas (resolver los problemas y fortalecer el ánimo público) puede hoy intentar la forma individualista del liberalismo. El problema religioso y el de la escuela, el social y el administrativo, según hoy se presentan, rebosan por todos lados los entecos principios individualistas... Para nosotros existe el problema nacional; mas aún, no acertamos a separar la cuestión obrera de la nacional.»

No creo que sea necesario insistir, estos párrafos, sacados del discurso de Ortega en el Teatro de la Comedia el 23 de marzo de 1914, son una muestra de cómo Ortega, otro intelectual comprometido, gravita alrededor de la actitud y las ideas de Costa. De todo el grupo generacional joven es el más próximo, quizás el único próximo al aragonés. Existe, a mi juicio, una semejanza profunda en los programas de regeneración de Costa y de Ortega. Las notas esenciales de esta semejanza están en la necesidad, que ambos ven como inexcusable, de «movilizar la nación», «nacionalizar todo, hasta la Monarquía», frase de Costa, que Ortega repite. Superar el individualismo recurriendo a la espontaneidad social. Tomar una nueva actitud histórica, aunque sea echando doble llave a cuantos sepulcros sean una amenaza para el nuevo movimiento nacional.

La cuestión profunda está en saber si Costa es también paradigma psicológico de ciertas reacciones políticas de Ortega y en qué medida se podría decir que en aquello que se refiere al problema político nacional, Ortega es Costa sin tragedia. La transposición de los problemas al plano preferentemente estético, privaría a Ortega de la gesticulación, en ocasiones desahogada, del campesino aragonés. No hay que olvidar, por otra parte, que Or-

tega, como los demás de su grupo, no sufrieron la miseria que sufrió Costa.

En todo caso es difícil explicarse el intento «ortegiano» con la «Liga de Educación política» española sin el antecedente inmediato de Costa y sus esfuerzos con la «Liga de Productores». En 1914 Ortega estaba muy próximo al espíritu que movía a Joaquín Costa. En 1910, en una conferencia pronunciada en la sociedad el «Sitio», de Bilbao, lo había reconocido explícitamente.

«La palabra regeneración —dijo en esta ocasión Ortega—, no vino sola a la conciencia española: apenas se comienza a hablar de regeneración se empieza a hablar de europeización. Uniendo fuertemente ambas palabras, don Joaquín Costa labró para siempre el escudo de aquellas esperanzas peninsulares. Su libro «Reconstitución y europeización de España» ha orientado durante doce años nuestra voluntad, a la vez que en él aprendíamos el estilo político; la sensibilidad histórica y el mejor castellano. Aun cuando discrepemos en algunos puntos esenciales de su manera de ver el problema nacional, volveremos siempre el rostro reverentemente hacia aquel día en que sobre la desolada planicie moral e intelectual de España se levantó señera su testa enorme, ancha, alta, cuadrada como un «castiello».)»

Es cierto que el libro «Europeización y regeneración de España» causó profunda impresión en la generación joven a la que pertenecía Ortega; pero, a mi juicio, la influencia decisiva hay que atribuirla a una especie de encuesta nacional que, a propuesta de Costa, hizo el Ateneo de Madrid. Costa escribió la ponencia que se envió a las personalidades más descollantes de la nación con el ruego de que respondiesen exponiendo su opinión con sinceridad. La ponencia, las respuestas, y el resumen de Costa las editó el Ateneo de Madrid, en un

denso volumen, el año de 1902. El título íntegro de este libro es muy significativo, se titula «Oligarquía y caciquismo como la forma actual de Gobierno en España: Urgencia y modo de cambiarla». La intervención de Costa es de suma importancia en cuanto, como autor de la ponencia, orientó la discusión en determinado sentido, pero tiene también importancia grande la colaboración de los que manifestaron su opinión verbalmente o por escrito, entre los primeros estaban, elijo los nombres más conocidos, Rafael Salillas, Andrés Ovejero, Gumersindo Azcárate. Por escrito informaron, entre otros, Antonio Maura, Miguel de Unamuno, Pedro Dorado Montero, Damián Isern, Rafael Altamira, Juan Orti y Lara, Jacinto Octavio Picón, Enrique Gil y Robles, Pompeyo Gener, Francisco Pi y Margall, doña Emilia Pardo Bazán, etc., etc.

El informe de Costa, que fue leído el 23 y 30 de marzo de 1901, resume y articula su pensamiento con relación al problema nacional y las ideas que había expuesto de modo más disperso e impreciso se integran en un esquema ordenado y de mayor nivel intelectual que los discursos y mensajes. Como el lector verá, los libros que he llamado costistas y que he antologizado en el II capítulo están aquí recogidos substancialmente. Cuando Costa configuró su pensamiento sobre el problema nacional, quedó claro que había una gran deuda contraída con él, aunque pocas veces confesada. Ninguna, desde luego, con la franqueza y dignidad de Ortega. «Oligarquía y caciquismo» perfila, desde nuestro previo conocimiento de los problemas y de los autores, la profunda huella de Costa entre los intelectuales «puros» españoles.

La ponencia y discusión en el Ateneo son, me parece a mí, el último esfuerzo serio y con fe de Costa para movilizar la clase media del país a una acción política. También fue, precisamente por el mal humor y pesimismo que le invadió después, su último fracaso:

«Costa, dice Ramos Oliveira, fracasó en su designio de cimentar un gran movimiento nacional con un programa limitado y concretísimo de salvación urgente. Las clases neutras no existían como núcleos sociales independientes fuera de cuatro grandes poblaciones» (1).

Cuando Costa escribía su informe, en los periódicos, en las asambleas políticas, en el Parlamento, se decían cosas semejantes a ésta, publicada en el periódico «El Correo», diario de Madrid, el 19 de abril de 1901 :

«En la constitución y en las leyes y a través de la hojarasca de los periódicos, parecemos un pueblo civilizado ; pero en la realidad estamos, poco más o menos, a la altura de una kabila del Rif.»

Melquiades Alvarez, en un discurso en el Congreso (14 de diciembre de 1901), decía :

«Yo afirmo que en España no existen escuelas ni alumnos, ni profesores, ni útiles de trabajo ; que los Institutos y las Universidades son, por regla general, fábricas de hacer bachilleres y licenciados, que van a engrosar el proletariado de levita ; y que en el profesorado, fuera de muy acertadas personalidades, pertenecemos casi todos, por falta de medios o por ausencia de vocación, a esa turbamulta de medianías insignificantes, como si representáramos desde la altura de la cátedra el agotamiento y la esterilidad intelectual de la raza.»

Se podrían citar cien testimonios, pero el lector ya conoce bastantes. Lo que importa es la reacción de Costa. También la conocemos en parte, pero ahora la formula de modo más rotundo. España, esta es su pri-

(1) Antonio Ramos Oliveira. *Historia de España*, tomo II, pág. 401. México, s. a.

mera afirmación, *no es nación libre y soberana*. En principio, la revolución de 1868 no hizo libre y soberana a España, entre otras razones porque no fue una auténtica revolución.

«La primera sorpresa que nos guarda, en este respecto, la historia política de España, es la absoluta ineficacia de la revolución de 1868, que hayan resultado defraudadas las esperanzas que hizo concebir; que haya sobrevivido el estado anterior a ella, haciendo preciso reponer el problema de la libertad, de la soberanía nacional y de «España con honra», al estado de sumario, tal y como se hallaba en septiembre de 1868.»

Costa traza un cuadro lastimoso de la situación del país antes de la «Gloriosa», como llamaron a la revolución sus entusiastas, y concluye que cuarenta años después subsiste el mismo

«Degradante yugo de aquel feudalismo inorgánico que mantiene a España separada de Europa por toda la distancia de una edad histórica.»

El análisis del feudalismo inorgánico lleva a Costa a distinguir, entre dos estados, uno legal y otro consuetudinario, el primero de los cuales es una máquina perfecta regimentada por leyes admirables pero que no funcionan, y el segundo puro dinamismo anárquico en el que libertad y justicia son privilegio de los malos, donde el hombre recto, como no claudique y se marche, sucumbe. Es parecida idea a la que formularía después Ortega, con la expresión España oficial y España vital.

La revolución de 1868, no nos llevó a ninguna parte, ni fue una auténtica revolución porque permanecíamos en el período mítico y edémico del progresismo y se

tenía una fe ciega en la eficacia de la gaceta. No veíamos en la libertad una cosa dinámica; la libertad, dice Costa, era un mecanismo, el «sí» de una mayoría parlamentaria, o un artículo de la constitución.

Costa quiere una revolución que haga de la libertad social y política una cosa real y no de papel, afirmación que supone poner en entredicho toda la maquinaria liberal que había regido a España por espacio de un siglo. Costa, consecuente con su actitud tiene que sostener que no hay Parlamento ni partidos; que tanto uno como los otros son una ficción.

La tesis no era invención ni producto exclusivo de la observación personal de Costa. Los propios teóricos liberales habían denunciado el hecho, en particular D. Gumersindo Azcárate en dos libros que Costa creía que «debieran andar en manos de todos» (1).

En efecto, Azcárate en el libro «El régimen parlamentario en la práctica» (Madrid, 1885), explica los vicios que desvirtúan el Parlamentarismo, único sistema según él, y única solución «justa, conveniente y posible, del problema político de nuestros días». La tesis básica del libro, por otra parte uno de los mejores que se publicaron en España en el siglo XIX, es que no existe régimen político bueno si no va acompañado del necesario índice de moralidad pública y privada. En otras palabras: que sólo la moral da eficacia a la política para que la política cuide de la moral. Este conocido círculo de la teoría liberal, fundamenta el libro de Azcárate y la permite concluir que dándose esa condición ningún sistema posee tanta virtud intrínseca como el parlamentario.

El problema que Costa plantea y en cuya solución difiere de Azcárate es el siguiente: ¿Corrompido el sistema parlamentario, puede el propio sistema corregir sus propios defectos y evitar la corrupción? Azcárate opina afirmativamente. Para Costa, cuando la corrupción

(1) «Oligorquia y Caciquismo», pág. 21, nota 1.^a.

ha penetrado tan hondo en una nación que invade sus estructuras sociales, económicas, jurídicas y políticas es menester un cirujano de hierro, lo que él llamaba «política quirúrgica». Ciertamente es que de un libro a otro, o de un discurso a otro, cambia bastante lo que Costa entiende por «cirujano de hierro», sin embargo la idea central, soterrada hasta en el período francamente republicano, se asienta según el esquema de un hombre *excepcional*: Un cirujano de hierro. En «Oligarquía y Caciquismo» la tesis de la ponencia de Costa no deja lugar a dudas. El parlamentarismo no arregla los males del parlamentarismo.

¿Cuáles son los males del Parlamento Español? Precisamente que no hay parlamento, ni partidos, que sólo hay oligarquías y caciquismo.

Costa recoge y aplica a España la definición que Azcárate da del caciquismo en la obra anteriormente citada:

«Feudalismo de un nuevo género, cien veces más repugnante que el feudalismo guerrero de la Edad Media y por virtud del cual, se esconde bajo el ropaje del Gobierno representativo una oligarquía mezquina, hipócrita y bastarda.»

Este criterio estaba extendidísimo entre los intelectuales del grupo generacional de Costa. Apenas existía técnico o periodista que no censurase las oligarquías caciquiles.

Rafael Salillas decía en una obra famosa:

«España es una federación oligárquica». «El cacicato es nuestra verdadera constitución política». En general el lector conoce la opinión de los autores que hemos resumido en el capítulo II. Además la literatura de la época está llena de descripciones de cacicazgos. Una novela hoy poco conocida, se hizo famosa por este motivo. Me refiero a «La Ley del embudo», de Queral.

Costa, apartándose de la tesis de Azcárate para radicalizar el tema y darle mayor contundencia, sostiene que,

«No es nuestra forma de Gobierno un régimen parlamentario, viciado por corruptelas y abusos, según es uso entender, sino al contrario, un régimen oligárquico, servido, que no moderado por instituciones aparentemente parlamentarias»... por consiguiente «El problema de la libertad, el problema de la reforma política no es el problema ordinario de un régimen ya existente, falseado en la práctica, pero susceptible de sanearse con depurativos igualmente ordinarios, sino que es de hecho y positivamente todo un problema constitucional, de cambio de forma de gobierno; que se trata nada menos que de una revisión del movimiento revolucionario de 1868, y más aún: de la revolución misma de todo el siglo XIX.»

¿Quién es el cacique?

«En el fondo de todo el conjunto de males que forman la atmósfera de nuestra vida política, se ven flotar miríadas de esos seres que el lenguaje familiar llama *caciques* y que, a semejanza de los microbios que producen las fiebres palúdicas, hacen inhabitables las zonas donde se agitan» (1).

Estos caciques son personas que poseen algún medio de presión política que ponen al servicio de sus intereses privados y de su clientela política. Se establece de este modo una relación según la cual, la clientela ayuda al cacique porque el cacique pone la fuerza política que le da la clientela al servicio de los intereses de ésta. El instrumento que confiere poder efectivo a esta relación

(1) Alvaro Figueroa y Torres. *Biología de los partidos políticos*. Madrid, 1892.

entre cacique y clientela son las elecciones. Cacicazgo es, por consiguiente, un mal que sólo se produce en el medio parlamentario. Sin elecciones, es decir, sin un tráfico inmoral de votos, el cacigazgo no existiría. Existiría la burocracia corrompida, la oligarquía capitalista indiferente a los principios de la moral pública, pero no el cacigazgo.

De aquí que para operar con una terminología ajustada sea necesario distinguir, y Costa distingue, cacique de Oligarca. El olicarga se confunde con frecuencia con el cacique, pero teóricamente se les puede diferenciar con claridad. Los oligarcas son los vínculos directores del parlamentarismo caciquil. La minoría de dirigentes que gobiernan y se mantienen por los caciques. En resumen, y de acuerdo con la definición de Aristóteles, la aristocracia corrompida o el gobierno de los peores.

Precisamente esta expresión emplea Costa en uno de los epígrafes de su libro, oponiendo el gobierno de los peores a la «élite» o aristocracia natural. Costa entiende por aristocracia natural,

«Los mejores, los entendimientos más reflexivos, independientes y robustos, las voluntades más enérgicas y mejor dotadas de idealidad y de iniciativa, las conciencias más inflexibles y de más alta moralidad, los elementos más generosos y nobles de raza, toda esa "aristocracia natural" que podría hereditariamente haber formado legión, clase, y ser levadura del progreso en el orden de la industria y del comercio, como en el de la ciencia y de la política.»

Costa, que toma esta descripción de Fouillée, sostiene que ocurre exactamente lo contrario, que hay en España una

«Postergación sistemática, equivalente a la eliminación de los elementos superiores de la sociedad, tan completa y absoluta, que el país apenas

sabe si existen: es el gobierno y dirección de los mejores por los peores: violación torpe de la ley natural, que mantiene lejos de la cabeza, fuera de todo estado mayor, confundida en la masa del *servum pecus*, la élite intelectual y moral del país.»

Costa, con generosidad intelectual connatural con él, cita religiosamente a Picavea y otros autores cuyas actitudes más radicales proceden de él. Todos coinciden y «Oligarquía y Caciquismo» se convierte en el resumen de un alegato, del que no creo haya otro ejemplo análogo contra el sistema de gobierno del país. La acusación va, lentamente, concretándose en el transcurso del libro. Primero son los gobernadores civiles, pieza esencial del régimen oligárquico caciquil, después la minoría oligárquica relacionándose entre sí y lo que Costa llama con indiscutible acierto, las pseudo-cortes. Las pseudo-cortes no son para el autor del informe sino el espacio físico que recoge y la ficción institucional que protege a los oligarcas. Allí se reparten las prebendas, repartiéndose el poder.

Con esto llegamos a una cuestión más difícil y delicada. ¿Cuál es la función de la Corona frente a estas oligarquías y pseudo-Cortes? A juicio de Costa «la prerrogativa regia no funciona y falta un poder que reprima o siquiera modere la oligarquía». Nuestro autor sostiene que la monarquía española no ha podido reprimir o evitar las oligarquías y caciques, por la sencilla razón de que ha estado protegida por ellos. Hubiera hecho falta un rey que interviniese y no un rey honorario. Este último es explicable en un parlamentarismo honrado, pero en los países que, como en España, tal cuerpo electoral no existe,

«Es particularmente indispensable que el Jefe del Estado presida de un modo efectivo e intervenga con su acción personal en la contienda de los partidos, como dice Sánchez de Toca, para mante-

ner a todos en la obediencia de la ley y amparar al débil contra el poderoso; que inquietara en la nuevas bases constitutivas del Estado que puedan utilizarse como elementos de dirección y gobierno; y que una vez descubiertas, favorezca su desarrollo y su ingreso en la vida pública. Ahora bien, nada de eso, tan de esencia, tan vital, ha podido hacer aquí una monarquía teórica, que durante un siglo ha carecido de titular; y así, la nación desamparada e indefensa, ha vivido a merced de las facciones, sin que nadie las fuese a la mano ni las sometiera al imperio del derecho, haciendo de ellas órganos de opinión impersonales a la europea.»

Es inevitable, tropezarse de cuando en cuando, con Costa perplejo o que produce perplejidad. De este párrafo se pudiera inducir que el régimen ideal es la Monarquía ilustrada de carácter absoluto, o quizás mejor una monarquía tradicional, tal y como defendían determinados teóricos carlistas, en la que el poder del soberano estuviera limitado por el derecho natural y la fuerza de las instituciones tradicionales. Más de una vez se nota, en las obras de Costa, esta afinidad subyacente con el grupo teórico tradicionalista.

El sistema caciquil y oligárquico produce un estado social de barbarie. Parece que esta barbarie o para utilizar una expresión de Costa, que después recogió Unamuno, africanización, debería producir agitación y protesta popular. Lejos de eso el pueblo está en la pasividad mayor. La cuestión de cómo salir de esta pasividad, plantea otra vez, el temor de la Revolución que Costa deja sin resolver. Su actitud es la misma que vimos en páginas anteriores; acentuadamente ambigua:

«No he de aconsejar yo, dicho se está, que el pueblo de tal o cual provincia, de tal o cual reino, se alce un día como angel exterminador... y recorra el país aplicando la tea purificadora a todas

las fortalezas del nuevo feudalismo... las hoces no deben emplearse nunca más que en segar mieses; pero es preciso que los que las manejan, sepan que sirven también para segar otras cosas, si además de segadores quieren ser ciudadanos...»

La conclusión general que Costa saca de esta primera parte de su ponencia es la que después se refleja en Ortega y Gasset: un neoliberalismo. Pero es cierto que este neoliberalismo de Costa ha de tener varias interpretaciones y que la más directa a mi juicio lleva a un estado de perplejidad en cuanto configura posibilidades contradictorias. Oigámosle:

«Para terminar, y volviendo al punto de partida, resulta como conclusión de toda esta lectura, que el programa liberal de las parcialidades turnantes ha fracasado totalmente, pues no ha logrado encarnar, poco ni mucho, en la realidad, haciendo libres a los españoles; que por tal motivo así la una como la otra parcialidad han hecho bancarrota, pasando a ser categorías históricas y de museo, sin género alguno de actualidad; y que se impone con toda urgencia renovarlas, sustituyéndolas, no diré por órganos nuevos, por órganos verdaderos de opinión, reclutados en las entrañas de la España nueva y subterránea que hasta ahora ha callado sin más preocupación que la del estudio y el trabajo; emancipados de la idolatría de los nombres; en quienes aliente un espíritu de bien y de verdad; adalides y portaestandartes de un *neoliberalismo* que acometa con decisión la obra urgente de extirpar de nuestro suelo la oligarquía, como condición necesaria para que pueda aclimatarse en él un régimen europeo de libertad y de self-government, del gobierno del país por el país.»

Parece que el pensamiento de Costa, sea el siguiente: un autoritarismo neoliberal que sustituya el sistema par-

lamentaro para llegar a un régimen europeo de libertad. Todo esto no se entiende si se aplica al criterio de la lógica de las instituciones políticas, pero sí se entiende utilizando el esquema del Costa contradictorio y burgués imperfecto. Costa tenía que optar entre un conjunto de posibilidades contradictorias; revolución o reforma; dictadura o parlamentarismo; república o monarquía; predominio del Estado o de la sociedad. Nunca se decidió del todo. Vacila y busca fórmulas intermedias que tiene la debilidad y el artificio de las transacciones.

La segunda parte de la ponencia de Costa se titula: «Remedios orgánicos. Complementos coactivos. Régimen presidencial, resumen de programa».

En principio, opina Costa que la clave del remedio no está en reformas mecánicas de una legislación teóricamente perfecta. Costa pide una reforma espiritual que cambie la mentalidad del país y sirva de garantía ética a las instituciones políticas. En última instancia su tesis es la de Ortega «educar para la democracia».

«Lo que hay que hacer, dice Costa, es al elector; lo que hay que reformar es al gobernante. F. Giner ha fundado un criterio nuevo para la ciencia y para la vida del Derecho, mostrando como éste no constituye una esfera menos interna, menos «ética», más accesible a la coacción que la esfera de la moralidad; que en última instancia, toda la garantía del derecho y, por tanto, del Estado, como en general de la sociedad, descansa en fuerzas meramente espirituales y éticas, en la recta voluntad de las personas en la interna disposición de ánimo.»

Puede, pues, inducirse que para Costa las garantías políticas, las jurídicas y las sociales, están a su vez garantizadas por los principios éticos que deben *regir* la convivencia entre los humanos. Pero Costa ha demostrado hasta la saciedad que en España no existe nivel moral suficiente para que las garantías políticas, jurídi-

cas y sociales estén a su vez garantizadas. En tal caso ¿qué hacer? La cuestión parece que es ésta ¿cómo regenerar moralmente a los españoles? Parece que el país está moralmente corrompido, no institucionalmente. Las instituciones valen si los hombres son íntegros.

En estas afirmaciones de Costa hay un neutralismo absoluto acerca de la organización política y de la estructura política del país. Antes o después, inexorable, reaparece este Costa krausista, que se olvida de las instituciones para confiar en la esfera «de la moralidad», con un criterio de predicador visionario. Precisamente, que pretenda ante todo moralizar, se haga por uno u otro sistema de instituciones, abre su pensamiento al totalitarismo o a fórmulas afines. Para un liberal, la moralidad es un producto social espontáneo, Costa quiere imponerla. Las instituciones liberales no imponen, simplemente protegen la moral. El supuesto de Costa según el cual se puede imponer la moral a un pueblo, por una revolución desde arriba, es un supuesto totalitario, en cierto modo mesiánico, en contradicción con su idea de la espontaneidad social en la vida jurídica y corporativa. De modo inconsciente, quizás por razones temperamentales, Costa transmuta cuanto toca en imposición y disciplina. Los fundamentos de la ética de D. Francisco Giner le sirven de punto de partida para llegar a la política quirúrgica y al «cirujano de hierro».

Dos procedimientos es necesario seguir a su juicio para sanar a España: uno, la operación quirúrgica de efecto casi instantáneo; otro el tratamiento médico de acción lenta y paulatina.

El primer procedimiento, la acción quirúrgica pide cuatro medidas de gobierno. Dos sustantivas que consisten en reformar «al hombre interior del cacique y en animar y educar a quienes le sirven». Dos adjetivas, dirigidas a cortar ligaduras que han estorbado la acción medicatriz de la naturaleza y estorbarían o neutralizarían del mismo modo la del arte.

Costa formula así sus cuatro máximas regeneradoras:

- 1.º Fomento intensivo de la enseñanza y de la educación por métodos europeos.
- 2.º Fomento intensivo de la producción y difusión consiguiente del bienestar material de los ciudadanos.

Y aquí Costa agrega estas prudentes reflexiones, sumamente actuales,

«Recordar aquella máxima tan cierta de la Biblia que "la libertad del hombre está en sus riquezas", y aquel hecho de experiencia, sabido de todos, que el que tiene la llave de la conciencia, que el que tiene el estómago pendiente de ajenas despensas no puede ser libre de hecho, no obstante cualesquiera constituciones democráticas.»

- 3.º Reconocimiento de la personalidad del Municipio.
- 4.º Independencia del orden judicial; intervención del pueblo en los juicios civiles mediante arbitraje obligatorio y simplificación de los procedimientos.

El informe que comento es de 1900, pero Costa estaba por entonces escribiendo un ensayo acerca de la inferioridad de los españoles y se preguntaba si España podría ser una nación moderna. En 1906, publicaba en el Heraldo de Aragón, un artículo con el mismo título: «Si puede España ser una nación moderna» y sus conclusiones supongo que estarían ya acuñadas cuando leía el informe del Ateneo.

Del mencionado artículo son estas frases:

«Yo me inclino a pensar que la causa de nuestra inferioridad y de nuestra decadencia es étnica y tiene su raíz en los más hondos estratos de la corteza del cerebro. Ya alguien hubo de sospecharlo en el siglo XVIII, y el P. Masdeu lo combate

en los primeros párrafos de su monumental "Historia crítica de España y de la cultura española". El camino abierto a la investigación, desde 1896, por el inglés Ammon y el francés Lapouge, con su ensayo de creación de una Antroposociología y de caracterización de tres tipos distintos de hombre en el continente europeo, diferentes entre sí por su aspecto físico y por sus cualidades espirituales, el *homo europoeus* (el tipo superior) el *alpinus* y el *mediterraneus* (el inferior de los tres) nos dará acaso el conocimiento de nosotros mismos y con él conjuntamente la clave de nuestro papel y destino en el mundo. Desde aquella fecha, una copiosa literatura se ha formado en derredor de este nuevo punto de vista («el criterio de la raza»), a la cual no han permanecido extraños ni aun los españoles: Aranzadi, Hoyos, Oloriz, Antón, Sales, Dorado Montero, etc. Si la hipotética jerarquía se confirma como natural, no como meramente histórica y resulta en definitiva que esa falta de aptitudes de gobierno en los españoles y la consiguiente decadencia de la Nación desde que se hizo necesaria una mayor capacidad psíquica para los nuevos horizontes abiertos por el Renacimiento, la crisis religiosa y la constitución de las nacionalidades, tiene un fundamento natural en las circunvoluciones cerebrales, el problema de los problemas para nosotros, en su aspecto práctico, positivo, quedará siendo sencillamente éste: si el *homo mediterraneus* puede ascender en la escala de la mentalidad al grado de *homo europoeus*».

Si Costa había llegado a pensar en una inferioridad connatural al español en cuanto a la convivencia, no podía confiar en la espontaneidad ética, como fundamento para la salvación del país. Su educación krausista, sus buenos deseos e incluso, sus inclinaciones profundas tropiezan con los hechos y ante España africanizada sur-

el totalitarismo de Costa, que se entremezcla con frecuencia de modo inextricable, con la democracia orgánica y el máximo respeto al individuo y el nacionalismo combativo. Le faltó ser burgués pleno para poder ser liberal completo.

Consciente de la condición del país Costa pide para acabar con la oligarquía y el caciquismo «Una política de efectos provisionales, pero inmediatos».

«Porque no estamos en condiciones de poder aguardar evoluciones lentas, como si nos halláramos en situación normal y ordinaria; que si hemos de asegurar la existencia de la Nación como nación independiente, como nación autónoma, si hemos de escapar a la suerte de China, de Turquía, de Portugal, tenemos que abreviar los trámites de la historia, dando un salto de cuatro siglos para alcanzar a los que nos han tomado esa delantera y con los cuales nos es fuerza convivir.»

Para abreviar los trámites de la historia, es imprescindible la «política quirúrgica» que Costa centra en la acción personal.

Ahora aparece Costa defensor de la dictadura, Costa que preconiza el «cirujano de hierro». Ante este aspecto de la personalidad del perplejo e incomprensible teorizador, cabe que el lector se pregunte: en este Costa imperativo y dictatorial, ¿qué es lo auténtico o lo inauténtico? A mí me parece que la solución dictatorial en Costa es la expresión de la suma de sus perplejidades. El procedimiento más común de salir de la perplejidad, tanto individual como colectiva, es el autoritarismo y la obediencia impuesta. Costa romántico, patriota sentimental, exaltador de la nación, amigo de generalidades retóricas y entusiasta de los tópicos de la historia del país, se conjuga vitalmente con el Costa práctico, positivo, amigo de las estadísticas, y de los programas con soluciones concretas y que pidió a gritos la doble llave al

sepulcro del Cid. En este sentido lo más auténtico de Costa es la dictadura como solución a su permanente estado de oscilación y duda.

Veamos cómo configura Costa el cirujano de hierro, o según la tesis constante de este trabajo, el dictador prefascista.

«Esa política (la quirúrgica) sin la cual la libertad podrá ser una promesa y una esperanza para mañana, para un mañana muy remoto, en manera alguna para hoy, y España como una simiente de nación enterrada en el surco, que otra generación podrá ver nacer, si antes el campo no es subvertido por uno de tantos terremotos de la historia: esa política quirúrgica, repito, tiene que ser cargo personal de un cirujano de hierro, que conozca bien la materia del pueblo español y sienta por él una compasión infinita, como aquella que inspiró los actos de gobierno del Conde Aranda hace siglo y tercio; que tenga buen pulso y valor de héroe y más aún que valor lo que llamaríamos entrañas y coraje, para tener a raya a esos enjambres de malvados que viven de hacer morir a los demás; que sienta un ansia desesperada y rabiosa por tener una patria y se arroje, artista de pueblos, a improvisarla.»

«Ese gobernante, ese libertador, que ha de sacar a la nación del cautiverio en el que gime y desencantar la libertad, no tiene que hacer nada extraordinario: garantizar *personalmente* la efectividad de la ley; ponerse en lugar del rico arsenal de garantías exteriores inventado por el doctrinarismo y que no ha garantizado nada; a eso se reduce todo; cortar por propia mano las ligaduras que oprimen a la ley, y con la ley a las masas no políticas, haciendo en obras de meses una revolución pacífica de que nadie se haya dado cuenta; convertirse en alma de la nación, en fuerza de haberse

compenetrado con ella, y al propio tiempo ser su brazo armado; poner en ecuación la España legal con la España real y viva, para que desaparezca esa inmensa ficción que llamamos «Estado».)

Yo no he subrayado el adverbio «personalmente», fue el propio Costa y en ese adverbio y en la idea de que una persona sustituya las garantías legales se oculta y, al mismo tiempo, transparece el principio dictatorial que animaba a Costa. Si interpretamos con imparcialidad y rigor las frases que acabamos de transcribir resulta que el pensamiento de Costa es decesionista. Se trata, en última instancia, de buscar un «guardián de la Constitución». Este *Der Hüter der Verfassung*, coincide con la teoría de Donoso Cortés tal y como la ha interpretado Carl Schmitt, y con la propia teoría de este autor sobre una voluntad extra constitucional que cuide de la legalidad de la Constitución. Tengo ante los ojos un conjunto de ensayos de Carl Schmitt, que se anuncian bajo el epígrafe general de «*Das problem des Hüters der Verfassung und der verfassungsrechtlichen garantie*» (1), que se aproximan de modo sorprendente al pensamiento de Costa, particularmente el que se titula «*Das Reichsgericht als Hüter der Verfassung*».

El éxito feliz de las teorías de Carl Schmitt en España tal vez pueda explicarse, además de su intrínseco valor, por la presencia más o menos difusa del espíritu de Costa.

Quizás sea más que una conjetura una inducción con fundamento admitir, que la lectura de Donoso Cortés, que en sus años mozos hizo Costa, permaneció como una amenaza, alimentando parte de sus pensamientos profun-

(1) Es una idea permanente en Costa. En 1909, en un editorial del Ribagorzano (15-12): «No hay nada comparable con las luchas electorales que contribuyen al retroceso y trastorno de los pueblos... lástima grande se vayan sucediendo los negativos choques entre convecinos, motivados por las elecciones».

dos. Es un dato más en favor del Costa perplejo, más auténtico en su dimensión romántica y tradicional, que en la pragmática y moderna.

La siguiente conclusión de Costa está plenamente justificada en la lógica de su sistema. «El régimen parlamentario es incompatible con esa política necesaria.»

¿Y al Parlamento, se pregunta Costa, qué papel le compete, por la ley de su naturaleza, en la obra de redención o liberación que tenemos delante planteada?

«Repárese lo primero, que de lo que se trata es de mudar la forma oligárquica del Estado por un régimen propiamente liberal y de selfgouvernement, y que la cristalización y quinta esencia del régimen oligárquico y al propio tiempo su disfraz, con que se cohonestaba a los ojos del país y el baluarte donde se hace fuerte y ampara las vandálicas correrías de sus hacedores, es cabalmente el Parlamento; y se caerá en la cuenta de que no es en el Parlamento donde hemos de buscar remedio.»

Costa defiende, pues, lo que en la primera parte de su informe llamó «neoliberalismo», un liberalismo con dictadura. Tal neoliberalismo se corresponderá con lo que el pueblo pide y necesita. Se trata de construir un sistema político nacional pues,

«Para que todo marchase bien, necesitaba el Estado español vestirse a la medida, crearse una morfología especial, que fuese como la concrección externa de su espíritu, no copiada de la de otros países de raza distinta, de distinto estado social, de distinto grado de cultura, de unas tradiciones y economías diferentes.»

La conclusión que sigue, aparece, admitido lo anterior como una consecuencia inexcusable; que «el régimen pseudo-parlamentario ha obrado como un estorbo y

coadyuvado activamente al desastre. Por consiguiente, es menester suplantarle

Costa sigue de cerca el libro de Azcárate «La constitución inglesa y la política del Continente» (Madrid, 1878), el del Conde de Romanones, que ya hemos citado, «Biología de los partidos políticos» y el de Pi Margall, «El nuevo régimen», amén de uno, hoy particularmente olvidado, pero en el que hay «costismo» y tradicionalismo histórico abundantes; me refiero al del Marqués del Riscal «Feudalismo y democracia», libro que, a su vez, influyó no poco en Costa.

Apoyándome en estas y otras autoridades, da nuestro autor la siguiente semblanza del Parlamentarismo español:

«Creó (la improvisación española) un simulacro o una aprensión de Parlamento, que desde el primer instante ha tomado al revés la orden del día dictada por la razón: puso a la cola lo vital y no le llegó el turno nunca; el accidente devoró sus legislaturas; se pasó medio siglo doliente de empacho de nonadas; hizo de sus juntas una diversión y un torneo, cosa para sí, feria de vanidades, instrumento para «hacer carrera», puente para pasar del montón anónimo de los oprimidos a la clase de los privilegiados y entrar a la parte del botín y de los honores en uno u otro grado de la jerarquía feudal, con carteras, direcciones, consejos, magistraturas y gobiernos civiles; hizo del pueblo, no un objetivo, no la cantera que había que labrar para sacar de ella una nación moderna, sino un tema de retórica para exornar discursos.»

Con abundancia de testimonios, pues la mayoría de sus coetáneos pensaban igual que él, Costa rechaza el Parlamento por perjudicial.

La cuestión que se plantea ahora es mucho más grave que la meramente crítica. Costa va a decidirse acerca de

un interrogante que atosigaba, de verdad, o en apariencia, a las clases directoras del país ¿qué hacer con el Parlamento? Y en términos que conciernen más al propio planteamiento de Costa, ¿cómo conciliar Parlamentarismo y gobierno personal?

Costa dedica grandes elogios, que en esta medida son en su pluma poco frecuentes, a Macias Picavea y considera la proposición de este autor de suspender por espacio de diez años el Parlamento. Costa no opina así. A su juicio las Cortes están tan arraigadas en la mentalidad nacional que no conviene suprimirlas sino conservarlas al lado del gobierno personal, pero con una doble condición:

«1.º Que ya que no coadyuven a las iniciativas de éste, siquiera no puedan impedir las como ahora y ser un obstáculo o una rémora a la reconstrucción patria; y 2.º, que su papel quede achicado en tanto que instrumento y reparo de la oligarquía, y disminuida por tanto la importancia personal y económica de las elecciones... haciendo que las Cortes funcionen separadamente del Gobierno y que el Gobierno funcione con independencia de las Cortes; que cada uno de esos dos poderes obre por su cuenta, sin que por una crisis o por una votación del uno haya de disolverse o caer el otro.»

Sostiene el autor a renglón seguido que esto equivaldría al sistema presidencialista de Estados Unidos. Para sostener esto es preciso ignorancia o cautela. A mi juicio fue lo segundo, como le echó en cara Gil-Robles en la contestación al informe. Si las elecciones no resuelven nada, ni el parlamento es representativo por medio del sufragio universal directo y secreto, si no existen partidos, ¿qué tiene que ver el régimen que propone Costa con el presidencialismo de Estados Unidos? Costa

propone una dictadura con unas Cortes que recuerdan mucho la Asamblea Nacional del General Primo de Rivera y las Cortes Españolas actuales.

Por razones que ignoro, quizás porque no estuviese muy seguro de acertar, no tuvo valor para declarar franca y paladinamente su idea, que no obstante se ve clara, de Dictadura con un solo partido nacional. Cuando afirma que el régimen parlamentario es el ideal y que la dictadura (o régimen presidencial) que preconiza es el medio, el lector intuye que intentan engañarle. En éste, como en muchos otros casos, al autodidacta le faltó decisión.

Pretende justificar su actitud sosteniendo que dice lo mismo que había dicho en su libro «Reconstitución y europeización de España». No es exacto. En este libro, aunque se mueve dentro de la misma ambigüedad, no se transparenta tan claramente su idea de la dictadura antiparlamentaria.

El resumen de su informe o ponencia lo recoge Costa en los siguientes puntos esenciales :

«1.º Política radicalmente transformadora o si se quiere, revolucionaria, representando una liquidación de todo nuestro pasado y una nueva orientación y nuevos ideales de vida para el presente y para el porvenir.

2.º Política esencialmente liberadora, como no lo ha sido ni puede ser la de los liberales, reprimiendo por fuerza material el orden de malos, organizados en función oligárquica, substituyéndolos en la dirección de la sociedad por la aristocracia natural del país, y dando a ésta condiciones de libertad, de dignidad y de independencia para vivir y para gobernar, hasta haber conseguido que España entre en el régimen de los pueblos libres europeos.

3.º Ha de ser, en tercer lugar, política eminente-

temente *substantiva* y de edificación interior, por tanto política pedagógica, económica, financiera, social, con la mira de transformar el tipo de la raza, que es todavía tipo Edad Media, o tal vez mejor asiático, en tipo europeo y siglo XX.

4.º Ha de ser, en cuarto lugar, política sumarísima que sacrifique la perfección a la prontitud de los resultados, de forma que aun los más viejos alcancen a tocar algunos.

5.º Ha de ser, por último, en cuanto a organización política anti-doctrinaria, y, por tanto, ética, circunstancial y de confianza, que no fíe su virtud a un mecanismo dilatorio de vetos, contrapesos y garantías exteriores; política, por tanto, *semi-personal* y política *semi-parlamentaria*, con un gobierno independientes de las Cortes y unas Cortes independientes del Gobierno y en el Gobierno un estadista o varios estadistas de capacidad y de corazón, escultores de pueblos, que sientan y encarnen el grandioso programa de resurrección política del profeta Ezequiel.»

Resulta, pues, que podemos conjeturar qué quería Costa, pero la conjetura, aunque tenga visos de certeza, no pasa de ser tal conjetura. En su tiempo era frecuentísima la crítica a la división clásica de poderes y al excesivo mecanismo del Estado. Esta crítica no justifica la dictadura, ni el ataque a los partidos políticos. La conjetura se afianza en el criterio dictatorial y en la imprecisión doctrinal de Costa. Repitamos una vez más que había algo infecundo en su retoricismo antirretórico. No sale de generalidades y fórmulas; pues hablar de lo concreto no es concretar. Se le ve tantear buscando el apoyo de la opinión para la dictadura y yo creo, sinceramente, que se veía a sí mismo como el posible gobernante dictatorial. Por estos años 1900-1903, en los últi-

mos párrafos de su discurso «Quiénes deben gobernar después de la catástrofe», y en una conferencia en la Asociación de la Prensa, a la que ya he aludido, titulada «Liga o Partido», Costa pide a las clases neutras que formen un partido, que ha de ser :

«Ese nuevo instrumento de gobierno, que ha de ser el cuchillo de la reforma que se clava y penetra hasta lo más hondo del cáncer y extrae el pus y los gusanos y los arroja al basurero, para que no acaben de corromper la escasa sangre que le queda al cuerpo social, y se abra camino a la cicatrización y España convalezca y volvamos a tener una Patria, dejando de ser huérfanos en el planeta.»

Es notable que Costa no consiguiese formar el grupo político que le permitiese el acceso al poder y desde él concretar su programa de Dictadura regeneradora, si tenemos en cuenta que la mayoría de sus contemporáneos pensaban como él. Este es un hecho asombroso y que, a mi juicio, no se ha tenido en cuenta para valorar la historia de España en el siglo XX.

De 1900 a 1923, *la inmensa mayoría del país —en el nivel de las clases dirigentes— estaba de acuerdo en que el régimen parlamentario español y en general le estructura del Estado y del Gobierno, debían ser reformados en un sentido autoritario y de política de homogeneidad nacional.*

Pensaban así incluso los republicanos, a quienes Costa no perdía de vista y a quienes dirige los paliativos, tan ingenuos y artificiosos, de régimen presidencial, etc. Por otra parte, la tradición autoritaria y personalista que hemos llamado prefascismo, procede de la última parte del siglo XIX como creo que he demostrado.

De la lectura de los informes o «testimonios» de las personas a quienes el Ateneo invitó, se concluye que había un acuerdo total acerca de los vicios que denuncia

Costa y la necesidad de remediarlos enérgicamente.

Incluso quienes sostienen un criterio democrático y se oponen a la dictadura, elegimos como ejemplo a don Antonio Maura, admiten que es necesaria la autoridad firme y efectiva pero no dan solución a los males que describen con tanta o mayor dureza que Costa.

Dice don Antonio Maura :

«Debajo de la mentida armazón constitucional, lo que de veras existe es un cacicato, editor de la Gaceta y distribuidor del presupuesto. Disputarse esta herramienta del predominio y sojuzgar a los demás es la sola y común vocación... la sedición sistemática, en nombre del orden; la violencia y la prescripción en nombre de la libertad; la realeza patrimonial, aspirando a tomar la investidura de manos de la plebe insurrecta; el superlativo democrático, agenciado en las puertas traseras de los cuarteles, por vía de rebelión pretoriana; todas las formas imaginables de vida facciosa; nunca acatamiento a la autoridad abstracta, ni neutralidad en las leyes, ni moderación en el mando, ni perseverancia para reivindicar el derecho, ni tenacidad para ejercer las funciones de la ciudadanía. Generaciones amamantadas y educadas así no podrían parar en otra cosa; ni el gobernante sabe ser magistrado, ni el súbdito se siente ciudadano. La arbitrariedad se ejercita cuando se puede, y se ambiciona cuando toca la vez de padecerla. El cacique que no es sino un faccioso con mando; el faccioso, un aspirante a cacique.»

El único testimonio diferente, como después veremos, es el de don Miguel de Unamuno, los demás todos concuerdan en la intolerable corrupción del sistema. ¿Este acuerdo de fondo significa que hubiese un consentimiento común en cuanto a la dictadura se refiere? Incuestionablemente, no. Las vacilaciones y sinuosida-

des conceptuales de Costa, se justifican porque la dictadura personal no la deseaba ninguno de los intelectuales que respondieron a la encuesta de Ateneo, con la excepción de don José M.^a Gil Robles que lo dice sin rodeos.

Uno de los amigos y seguidores de Costa, don Alfredo Calderón, cree interpretar rectamente a Costa sosteniendo que no desea la dictadura, sino un régimen «presidencial» como en la ponencia dice. No obstante, opina Calderón, que el régimen propuesto por Costa es impracticable, porque cualquiera personalismo derivaría automáticamente a la dictadura sin paliativos. La dictadura, como forma de gobierno, no asusta a Calderón, pues:

«No estamos los españoles en situación de pagarnos de palabras, ni hacer ascos al remedio, por amargo y duro que sea. El enorme desengaño de la gran mentira liberal, parlamentaria y democrática debe habernos enseñado a distinguir las apariencias de las realidades. ¡Bien venida la dictadura si ella hiciera patria! Ninguna de las objeciones que, en circunstancias ordinarias, valen contra el régimen dictatorial, tiene aplicación en el estado actual de España. Ciertó que la dictadura es un gobierno depresivo para la dignidad del pueblo, pero ¿quién osa hablar aquí, después de lo que hemos soportado, de dignidad moral? Ciertó que la dictadura es incompatible con los derechos del ciudadano; pero ¿dónde están aquí tales derechos fuera de la patraña constitucional? Ciertó que la dictadura hace pagar caros sus servicios, cuando los presta, pero ¿qué precio sería excesivo tratándose de comprar una patria culta, libre y europea? Ciertó que el gobierno personal suele llevar los pueblos al abismo, testigo Francia con sus dos imperios, pero ¿adónde sino a ese abismo, nos conduce aún con mayor certeza el camino que seguimos? La dictadura es para las naciones enfermas

lo que suelen ser para los individuos los inyecciones de cafeína o las inhalaciones de oxígeno. Remedio de desesperación y medicina de agonía.»

Pese a este reconocimiento de la necesidad de la dictadura en ciertas ocasiones, el autor del «testimonio» no la acepta para España, porque el país produce dictadores «al modo sudamericano», como don Ramón M.^a Alvarez, «de odiosa memoria». El señor Calderón cree que la dictadura personal de Costa, pues reconoce implícitamente que lo que Costa pide es una dictadura personal, no es viable. Su idea es la de una «dictadura parlamentaria». El poder supremo ejercido colectivamente por los mejores.

La Cámara Agrícola de Tortosa, envió un informe en el que disiente también de la Dictadura. ¿Cómo lograr la regeneración?

«No mediante la intervención de un mesías salvador; que no se muestra a la vista hombre ninguno para tal histórica función; sino mediante una organización de todas las fuerzas vivas del país, dirigidas por la minoría de «intelectuales» independientes, que concentrarían e imprimirían unidad al esfuerzo colectivo y lo harían incontrastable.»

De las muchas conclusiones que se pueden sacar de las 752 páginas de «Oligarquía y Caciquismo», hay una incuestionable, el remedio de Costa no fue aceptado por nadie. Las clases directoras no querían la dictadura; deseaban un remedio de la situación que no fuese el dictatorial. Costa se queda a solas con su proyecto y, pese a su cautela, clasificado como propugnador de la dictadura. De aquí creo yo que naciera su republicanismo, de la común repulsa que resultó de esta encuesta del Ateneo.

Don Enrique iG1 Robles, planteó la cuestión abiertamente. Es quizás el único de los informante que vio claro que la «oligarquía» era un resultado de la presencia y desarrollo del burgués en España.

«La Oligarquía presente es una *burguesocracia* en que todas las capas de la clase media se han constituido en empresa mercantil e industrial para la explotación de una mina, el pueblo del país; es una tiranía y un despotismo, de clase en contra y en perjuicio, no de las otras, porque ya no las hay, sino de la masa inorgánica, desagregada y atomística, que aún sigue llamándose nación. En esa empresa cada cual ocupa un lugar jerárquico, y en la medida de la posición y del poder percibe el dividendo, desde el sueldo ministerial y gajes accesorios, aventurada y jugosa empresa, audaz y triunfante jugada de Bolsa, etc., etc., hasta la alcaldía *gratuita y honoraria* y el juzgado municipal, de aldea, secretarías respectivas, sayonía del lugar, estanco y demás aprovechamientos oficiales y extraoficiales. Sólo un accionista hay que cobra hartos y no manda ni en sí mismo.»

Los remedios que propone el catedrático de Derecho Político y Administrativo de Salamanca, son tajantes :

«Si el Parlamento ha sido el principal agente de tanta ignorancia y desdicha, ¿por qué no ha de ser destruido y arrasarlo la primera y más urgente empresa de ese poder personal, cuyo nombre verdadero oculta cuidadosamente la memoria?»

Conviene por consiguiente :

- a) Deseuropeizar al enfermo. Es decir, suprimir de la cultura española los elementos europeos que son contrarios al espíritu nacional.

«Nuestra actual africanización depende de nuestra *europización* más corrosiva ; hace tiempo que la nueva Africa atravesó hacia el sur el Pirineo, aunque no niego que tal vez haya encontrado aquí soterrados en las capas más profundas de nuestra

constitución étnica preciosos elementos berberiscos auxiliares.»

- b) Disolución del Parlamento.
- c) Necesidad del poder personal y de su acción omnímoda, incompatible con grado alguno del régimen representativo.

«Porque esa acción personal que no se atreve usted a designar por su nombre, esa operación de sajar, quemar, resecar, amputar, extraer pus, transfundir sangre, injertar músculo, esa política quirúrgica, en la cual plena y absolutamente estamos de acuerdo, no cabe dentro del molde representativo; está fuera de las atribuciones constitucionales del Jefe del Estado, lo mismo en gobierno presidencial que parlamentario, como quiera que rey o presidente no es dictador, ni la dictadura forma y procedimientos ordinarios de ordenación, sino recurso extremo, medicamento heroico para organismo profundamente perturbado y viciado, y sobre el cual se viene encima y hay que conjugarla, sin perder tiempo, la crisis final. La dictadura no consiente más Instituciones que las que le convienen y auxilian; y ahora, la primera medida que tendría que tomar, por luz de buen sentido e inspiración patriótica; que nunca le sería bastante agradecida, por mucho que lo fuese, sería la de arrancar de cuajo, deshacer, quemar y aventar el maldito manzanillo a cuya sombra de muerte ha dormitado en letal desmayo y postración, va para una centuria este pueblo infeliz.»

Pero Gil Robles no quiere un dictador cualquiera. Piensa en un Rey. Repite en este informe el ideal que ya expuso en su opúsculo «El absolutismo y la democracia». Un Rey absoluto que actúe con rigor pero paternalmente. En resumen, los viejos ideales carlistas, de

un poder omnímodo puesto en manos de un Rey, que una vez que pasen las circunstancias difíciles, reanude «la áurea cadena de la gloriosa tradición representativa». La representación áurea a que aludes es :

«El verdadero gobierno representativo, que no se funde en la ficción de la soberanía nacional, y en la intrínseca contradicción de un derecho soberano que sólo puede ejercer en forma de representación total y necesaria, que estorba al dictador, porque es incompatible con la dictadura.»

Como el lector observará, las discrepancias entre Gil Robles y Costa son muchas, pero más asombran, aunque sean menores, sus coincidencias. Hay en Costa un germen tradicional que crece al menor estímulo y que es perceptible a través de cualquier forma, más o menos circunstancial que le recubra. El Costa auténtico, al que he aludido tantas veces, se manifiesta en esta, en principio sorprendente, parcial proximidad al tradicionalismo. Tanto Gil Robles como Costa pretenden lo mismo, aunque por caminos distintos, que las antiguas intituciones y formas de vida recojan y ordenen las necesidades modernas. Los dos, en el fondo, evitan enfrentarse sin embargo con las exigencias de los tiempos nuevos.

Quizás la contestación de las de este volumen que más posibilidades críticas abre, sea la de don Miguel de Unamuno. Replantea un tema al que aludimos en la primera parte de este trabajo, a saber : el de la desviación esteticista del grupo generacional joven. Lo principal de la tesis lo había dicho en un trabajo titulado «La vida es sueño; reflexiones sobre la regeneración de España», que publicó en 1898. Ahora, cuatro años después, dice substancialmente lo mismo. Decía en la primera fecha :

«En rigor, no somos más que los llamados, con más o menos justicia, *intelectuales* y algunos hom-

bres públicos los que hablamos ahora a cada paso de la regeneración de España. Es nuestra última postura, el tema de última hora, a que casi nadie ¡ débiles ! se substraen. El pueblo, por su parte, el que llamamos por antonomasia pueblo, el que no es más que pueblo, la masa de los hombres privados o *idiotas*, que decían los griegos, los muchos de Platón, no responden. Oyen hablar de todo eso como quien oye llover, porque no entienden lo de la regeneración. Y el pueblo está aquí en lo firme; su aparente indiferencia arranca de su cristiana salud. Acúsanle de falta de pulso los que no saben llegarle al alma, donde palpita su fe secreta y recogida. Dicen que está muerto los que no le sienten como sueña su vida.»

En la contestación al informe, memoria o ponencia decía el señor de Unamuno.

«Vida interior necesitamos. No es que esté enferma; España está dormida o muerta. Si dormida, despertarla; si muerta, resucitarla. Y si nunca la tuvimos, crearla. No es modificación anatómica, único a que la cirugía y la ortopedia llegan; es modificación histológica lo que nos pide el cuerpo social... No tanto leyes, cuanto personas, nos hacen falta; no ideas, sino hombres. Lo semejante engendra lo semejante; las ideas no hacen más que ideas; sólo los hombres hacen hombres... Necesitamos nuestra reforma, una reforma indígena, íntima, propia, brotada del propio suelo y con jugos propios, pero al sol y a las brisas del espíritu europeo moderno.» (1).

(1) La tesis inicial de Unamuno la expuso con evidente exageración, y quizás a destiempo, Azorín, en una comedia titulada *«Old Spain»*, estrenada en 1926. La tesis de la comedia es el triunfo de la inactividad, la vida interior contemplativa, como nota diferencial de la vieja España.

Es patente que en este informe la actitud de don Miguel de Unamuno es menos estetizante y menos inmoral que en su primer trabajo, en el que venía, en resumen, a pedir que dejaran a obreros y labriegos soñar y morir con su mucha mugre y embrutecimiento. Pero el cambio no es fundamental; sigue creyendo que la vida interior, la religión resolverá el problema. La actitud estetizante permanece inconmovible. Cobraría mil formas en las distintas personalidades del grupo generacional, pero en todas el pueblo español y los problemas nacionales son, más o menos, un tema estético.

No quiero proseguir sin formular una pregunta que quizás haya asaltado al lector. ¿Realmente la corrupción era tanta, el caciquismo tan malo y la «oligarquía» tan insana y sin escrúpulos? No dispongo de datos para enjuiciar con exactitud ni creo que tales datos lleguen a codificarse nunca. Por otra parte, la perspectiva histórica disminuye la importancia de corruptelas administrativas e inmoralidades políticas que son abrumadoras para los coetáneos. En este sentido la distancia histórica tiende a salvar a los más y culpar a los menos. Es incuestionable que existía un cacicazgo difundido en los grupos de interés dominantes. Es también incuestionable que en el proceso de desarrollo económico de fines del siglo XIX y principios del XX la corrupción actúa como un estimulante en un mercado que no cuenta con tradición económica burguesa y en el que la alta burocracia se confunde o representa a las actividades de las empresas económicas. No cabe negar que durante la restauración pasó el país por uno de sus períodos peores de condicionamiento económico de la política. Sin embargo, de la lectura de los libros y periódicos de la época se saca la impresión, por lo menos eso me ha ocurrido a mí, de una exageración reiterada sobre un tema que sirve de tópico consolador e incluso de inconsciente justificación moral. Todos sabemos que insistir y exagerar la corrupción pública, justifica, en el mejor de los casos, la personal tolerancia e incluso cierta participación con el

INSTITUTO ARAGONES

sistema corrompido. No hay que olvidar que el Parlamento no era un conjunto sin excepción de truhanes o mohatreros. Al contrario, abundaban las personas honradas y de buenísima intención. Basta leer los Diarios de sesiones para convencerse de ello. Por otra parte, un Parlamento malo siempre es preferible, por la publicidad y discusión de los asuntos, a una dictadura personal. A mi juicio la recíproca intromisión entre economía y política, propia de estos momentos de desarrollo, orientaba las conductas, incluso las de los hombres honrados, en el sentido que la mecánica del sistema exigía. Hay una exageración moral de orden estético en las denuncias de Costa, amén de la parcial ceguera que provocaba en él su afición a la dictadura. Maura y Azcárate tenían razón; corregir el sistema parlamentario, disminuir sus defectos, no destruirle.

He repetido con frecuencia en este libro que Costa se inclinaba, desde los prejuicios personales más firmes, a las formas políticas tradicionales y que en este aspecto siempre fue antiliberal y se inclinó siempre, entre brumas más o menos densas, hacia la dictadura.

Creo que uno de sus libros y los antecedentes de su publicación justifican este criterio.

En 1895 fue nombrado Costa Presidente de la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de Madrid. Aceptó el cargo y propuso inmediatamente a la Junta General que se estudiase el tema «Tutela de pueblos en la Historia». El Ateneo invitó para que contribuyesen con sus estudios a personas descollantes en el campo de estos trabajos y el prospecto impreso que acompañó a la invitación denuncia la pluma y la mentalidad de Costa.

«A los grandes progresos que ha alcanzado en el terreno de la filosofía jurídica la teoría de la tutela civil y de la tutela correccional, no corresponde el estado embrionario en que todavía se mantiene la doctrina de la «dictadura» como tutela de pueblos nacientes o de pueblos retrasados, caídos

o enfermos, incapacitados por defectos de edad o por accidental retroceso o declinación para regir su propia vida; y ha de parecer anómalo que siga atendida a los vagos presentimientos y a las indicaciones, por su mayor parte precientíficas de Platón, San Agustín, Maquiavelo, Sismondi, Donoso Cortés, Taparelli, Roeder, Stuart Mill, Lilienfeld y algún otro de menos cuenta, no obstante tratarse de un problema tan vital y de una rama de la ciencia política que se ha visto solicitada y llamada a reflexión por sucesos tan varios y de tanta resonancia en todo el discurso del presente siglo.

La sección de Ciencias Históricas del Ateneo, se propone estudiar aquella institución *como hecho*, en la vida de las grandes instituciones de pueblos y restauradores de naciones que, en más o en menos, acertaron a suplir en momentos críticos la falta de capacidad de tal o cual agrupación o colectividad humana, al fin de deducir empíricamente, por conclusión de tal estudio, el concepto de este género de tutela social o política, las circunstancias o el medio que la reclamaron, haciéndola legítima en igual grado que cualquier otra, las leyes de su constitución y las formas de su procedimiento, límites dentro de los cuales ha sido provechoso y eficaz, males que pueden engendrarse de ella, porque degenera, v. g., en despotismo y modos de precaverlos y remediarlos.

De esta suerte, ejerciendo la historia, prudentemente interrogada por nosotros, el divino magisterio que le atribuyó el orador romano, podrá suministrarnos un criterio positivo, siquiera provisional, para juzgar los hechos, y algo como un arte de restaurar naciones, cuya transcendencia práctica para nuestro país no hay para que ponderar hasta tanto que con el progreso de la Filosofía Política acabe por lucir esa tan suspirada y tan necesaria terapéutica social, construida sistemá-

ticamente en la razón. Con tal estudio, parteamos por ventura una ciencia, contemplamos un aspecto puede, decirse nuevo, de la Historia humana, y adquirimos desde luego, como por añadidura, un doctrinal.»

Invitaron a estas conferencias a las siguientes personalidades :

- D. Gumersindo de Azcárate, D. Antonio Cánovas del Castillo, D. José M. Cos, D. Fernando Cos-Gayón, D. Francisco Giner de los Ríos, D. Eduardo de Hinojosa, D. Rafael M.^a de Labra, D. Marcelino Menéndez Pelayo.
- D. Eugenio Montero Ríos, D. Segismundo Moret.
- D. Manuel Pedregal, D. Alejandro Pidal, Don Francisco Pi y Margall, D. Gabriel Rodríguez, D. Eduardo Saavedra, D. Nicolás Salmerón, D. Francisco Silvela, D. Juan Valera, D. Marcelino Ximénez de la España, D. Alfredo Calderón.
- D. Pedro Dorado Montero, D. Jerónimo Vida.
- D. José Pella y Forgas, D. Rafael Salinas, Don Rafael Torres Campos, D. Miguel de Unamuno, D. Miguel Murguía.

Sólo se pronunciaron cuatro conferencias, por el Marqués del Cenete, el propio Costa, D. Rafael de Altamira, buen amigo de Costa, y D. Eduardo Hinojosa, en quien concurría la misma condición. Los demás se excusaron, salvo algunos que ni siquiera se molestaron en hacerlo. Fue, pues, un fracaso. En cuanto tal fracaso denuncia dos cosas; una, que Costa sentía con más profundidad y urgencia que los propios gobernantes la necesidad de un remedio. Otra, que no había ambiente propicio a la dictadura que Costa quería infiltrar insidiosamente bajo el eufemismo «tutela de pueblos».

La crisis de 1998 produjo una reacción y el ambiente favorable a los presupuestos, no a la solución defendida por Costa. Así, tras el fracaso de «tutela de pueblos», vino el éxito de «Oligarquía y Caciquismo».

Pero volviendo a nuestro tema, la exageración del tópico caciqueril y oligarca, exageración que existía, a mi juicio debe interpretarse no en el sentido de que la corrupción no fuera mucha, sino más bien de admitir que la coyuntura económica y social en cierto modo la exigía y que el moralismo absoluto estaba históricamente desplazado. Es un buen indicio de esto que el Estado tuviera que alimentar, prácticamente, a la clase media porque la estructura social no daba de sí para empleos en actividades no estatales. La burocracia monstruosa propia de los países en transición hacia las formas desarrolladas del Estado moderno, ha sido un mal característico de España oligárquica y caciquil. Maura lo denunció en un discurso famoso, del 8 de julio de 1899:

«Hemos venido a parar a que el presupuesto de gastos del Estado no es la dotación de los servicios públicos, es la lista civil de la clase media; la congrua alimenticia de las personas que sirven los cargos públicos una lista interminable de asignaciones para que sostengan un decoro raído los que no han querido, no han sabido o no han podido encontrar en la industria, en la agricultura, en las artes, en la ciencia, mejor explotación de su actividad.»

Al contrario de lo que Costa, con mucha obstinación y bastante ingenuidad creía, las dictaduras no resuelven las cuestiones que plantea la mecánica del proceso del desarrollo; al contrario las agravan. En el resumen que hizo, con mucha habilidad, de los distintos informes o testimonios enviados por las diferentes personas consultadas, procura manifestarse como antidictatorial defendiendo la dictadura.

Sostiene Costa en este resumen, entre otras muchas cosas que eludo, bien porque son repticiones, bien por-

que no hacen ahora al caso, que de los diversos informes ha quedado claro que existe oligarquía, que existe caciquismo y que todos coindicen en la necesidad de exterminarlos. Pero no dice que haya sido rechazada, prácticamente por unanimidad, la dictadura personal, ni dice tampoco que observando la frialdad o el olvido, con que los informantes citaban o no citaban a la dinastía e incluso a la monarquía parlamentaria, dejó de súbito su cautela inicial y se muestra en el resumen francamente republicano. No está muy claro si pide una dictadura republicana o simplemente una dictadura en la que no intervenga para nada la dinastía.

Oigámosle :

«Nuestro problema, si todavía queda alguno que no sea el del viático, no es problema de leyes, no es problema de Parlamento, sino de palo, o digamos de bisturí; problema de gobernante genial en quien el verbo de la ley y el verbo del derecho se haga carne y por cuyo ministerio, como decía la Memoria (se refiere a la suya, que inició la encuesta), las reformas no sean letra muerta, sepultadas, antes de nacer, en el archivo de las Cortes o en las columnas de la Gaceta... Para reprimir un estorbo tan gigante (oligarquía y caciquismo) que más que cosa de hombres parece una fuerza natural, la mano férrea de un Fernando V o de un Cisneros es indispensable. Stuart Mill admitía, por excepción, hasta la dictadura cuando «como Solon o Pittaco, el dictador emplea el poder que se le ha confiado en derribar los obstáculos que se alzan entre la Nación y la libertad.»

En el capitulillo siguiente afirma Costa que la política quirúrgica nada tiene de común con la dictadura y es compatible con el régiuen parlamentario.

«Yo no quiero la dictadura, dice, yo conservo un parlamento independiente del impuesto dicta-

dor, instauro al lado de él un poder judicial más independiente que eso que así se llama ahora que ni es independiente ni es poder, acentúo la personalidad del municipio, declarándole soberano para todo lo suyo, etc. El dictador en el grado máximo en que esta dignidad se ha manifestado en la historia, se subroga en lugar de todas las magistraturas; y aquí en el régimen de la Memoria, las magistraturas siguen todas funcionando; nada más el cirujano de hierro les sirve de complemento *adjetivo* conforme a la constitución; hace que las leyes rijan, que la administración administre, que el gobernador gobierne, que el profesor eduque, que el inspector, gobierne... policía de la policía, vigila sobre los encargados de vigilar; suple las deficiencias de todos esos órganos con decretos y acción; les asegura su libertad contra el cacique, en la manera que expone la Memoria.»

Costa se olvida que ha suprimido el sufragio universal, el Parlamento correspondiente y los partidos políticos. ¿Qué queda a la luz de estas supresiones sino un dictador vulgar? El decisionismo de Costa, clarísimo en estos párrafos, denuncia su paladina condición de prefascista. Pide y defiende, con cautela, pero con cuantas fuerzas puede, un sistema autoritario semejante al español actual. En este sentido Costa es un precursor (1).

Por otra parte, su obsesión por la dictadura era tal

(1) En 1906 decía D. Rafael Salillas en un artículo panegírico de Costa:

Los hombres se hacen dos veces: cuando los engendran copulativamente para formar una organización sociológica y cuando los engendran socialmente para formar una organización política. Hay políticas deformadoras y contra ellas, contra la Oligarquía el Caciquismo una de las mayores propagandas de Costa, actuará el cirujano de hierro, separando radicalmente todo lo que es incompatible con la vida. Hay políticas reproductoras de la vida y organizadoras de los seres para acondicionarlos como continuadores de la vida en la su-

en estos años, que pretende demostrar que su peculiar sistema distatorial-semi-parlamentario-semi-liberal y republicano, lo había esbozado ya en un libro del año 1876, que se titulaba «La vida del Derecho». Hay que defender a Costa de Costa. En su ensayo no hay totalitarismo, quizás lo contrario, una especie de «societarismo» generalizado, ni su idea de la dictadura coincide con lo que ahora defiende.

A cuanto llevamos dicho hay que agregar los ataques a la dinastía y la corona. Precisamente una de las personalidades con las que discrepa, en este punto es Sánchez de Toca a quien Costa admiraba y que estaba tan influido por el espíritu del «costismo».

Refiriéndose a un libro de Sánchez de Toca, libro que Costa cita con frecuencia, «Del poder real en la Monarquía moderna», dice que:

«La finalidad de este trabajo no puede ser aprobada; hartos pecados propios tiene que purgar la oligarquía para que además hayamos de hacerle cargar con los ajenos. A ningún palo exime la historia de aguantar su vela, siquiera ostente en el remate una corona.»

Páginas más adelante, en la 669, para citar alguna página alguna vez, se manifiesta como antidinástico con mayor claridad e incluso con mayor denuedo.

cesión del progreso. El escultor de pueblos lo hará, porque para este género de obras, la primera materia es el hombre. (A. Salillas, «D. Joaquín Costa», El Ribagorzano, 31-3-1906.)

Del mismo artículo son los siguientes párrafos:

«Un pueblo fuerte es un pueblo atlético, una cultura musculosa. El hombre fuerte y honrado de los historiadores, es un artista de circo en el gran circo de la historia. Es el que supo dar los grandes saltos de Alejandro y César en la continuación del mundo antiguo y levantar un mundo como los atletas de circo levantan pesos colosales. Así se definen las *grandes potencias*. La noción de potencialidad es la noción política.»

«...el único firme donde podría acaso cimentarse la desquiciada máquina del Estado para recomponerla es el poder del Jefe del Estado, pero que entre él y la Nación ha vuelto a interponerse, por fatalidades históricas, una familia parasitaria para estorbar el que España se reconstituya y se salve. Para ser desgraciados en todo, ni siquiera ese infortunio ha querido perdonarnos el adverso hado de nuestra Patria. Cuatro generaciones sin jefe, y se empantanó la nación y rodó después toda la pendiente hasta embarrancar y anegarse en las aguas de Cuba: ¡pues sin jefe otra vez! En hora tan haciaga, cuando más necesitábamos de condiciones personales sobresalientes en la cabeza del Estado para intentar la empresa casi loca de sacarlo otra vez a flote y reponerlo de sus quebrantos, se nos ofrece esta burla cruel: ¡un menor de edad, que sabe leer y escribir.

»El nudo no tiene más ya que una solución: cortarlo; o una renuncia como la de D. Amadeo; o un destronamiento como el de D.^a Isabel. La dinastía no puede ya redimirse.»

Costa tenía consciencia de la actitud prudente que había mantenido en el primer informe sobre dinastía y monarquía y procura justificarlo diciendo en este segundo discurso que «transigió», pero que el proceso político le ha defraudado; que no es posible conceder más.

Es digno de notar que Costa, que había leído y en alguna ocasión cita, la literatura barroca sobre los «Reinados de menor edad», no comprenda que la esencia de la monarquía en cuanto institución típificada se manifiesta precisamente en esas circunstancias en las que, por una u otra razón, la sucesión de la corona no coincide con las exigencias de orden natural o político impuesto por la Constitución, escrita o no, del Estado. En un Rey niño, la Monarquía adquiere pleno sentido como institución. Costa lo sabía, pero subestimó cualquier

categoría política al republicanismo dictatorial que creía era más hacedero que la monarquía dictatorial, a juzgar por el tono de las contestaciones a la encuesta sobre Oligarquía y Caciquismo.

En este último capítulo, síntesis y comentario del resto del libro, Costa defiende a las claras la necesidad de un «partido nacional». Este es un tema sobre el cual, aunque con oscilaciones, el pensamiento de Costa ha sido constante. Sin embargo, ahora se manifiesta sin rebozo, reduciendo el margen de imprecisión con el que solía encubrir sus intenciones otras veces.

«...el hecho de un programa nacional lleva consigo la necesidad de un gobierno nacional y, por tanto, que la cruzada promovida en Zaragoza ha debido organizarse con forma de partido nacional apto para las luchas activas de la política y para la gobernación del Estado, en la manera aquí mismo expuesta por el informe de la Cámara Agrícola del Alto Aragón.»

Costa consideraba el movimiento por él iniciado como una cruzada y vinculaba este espíritu de reconquista a un «partido nacional» que rescatase la Jerusalén española del poder de nuestros infieles, «los políticos de turno y sus cómplices y similares, que la seguían tiranizando y usufructuando».

La idea de cruzada política y de Partido Nacional, ambas claramente prefascistas, quedarían como una semilla que esperaba el momento de fructificar en la mente de muchos jóvenes de los que asistían al Ateneo y leían los periódicos y revistas libres de aquel tiempo. No todo el mundo le veía con la indiferencia de Baroja, como «un hombre violento y vociferante, lleno de complejos de soberbia y, en suma, poco simpático». Muchos le admiraban, particularmente los jóvenes de la alta bur-

guesía, y compartían sus ideales de dictadura regeneradora (1).

En resumen, y con esto quiero acabar este capítulo y este libro que se está haciendo demasiado extenso, Costa no tuvo un éxito inmediato. Fracasó en todos sus proyectos, pero la actitud antiliberal, nacionalista y totalitaria prendió en una minoría que elevó después los arbitrios de Costa a programa nacional.

De la encuesta que hemos analizado, e incluso de la actitud vital de Costa desde 1903 hasta su muerte, se desprende que nadie le siguió, en el orden de los hechos, compartiendo sus quimeras.

Se quedó a solas con unas actitudes básicas que no pudo transportar a la vida política práctica.

Repetiré, en síntesis, estas actitudes básicas:

- 1.º Cierta espíritu mesiánico vinculando a una cruzada nacional de reconquista.
- 2.º Una tendencia tradicional, vivida con autenticidad y que constituye el fondo prejudicial de sus opiniones políticas.
- 3.º La reducción de todas las ideologías a una sola en la cual el espíritu mesiánico encarna: la ideología de la grandeza nacional, la exaltación de la nación española.
- 4.º La yuxtaposición, que no acaba de encajar en un sistema coherente, a los supuestos anteriores de la defensa de lo concreto y práctico, del empirismo y pragmatismo político como instrumento de su ideal mesiánico de regeneración.

(1) He aquí cómo veían D. Rafael Salillas y los colaboradores del Ribagorzano a Costa, a quien aplican los siguientes conceptos: «Es el hombre de la esperanza: es el hombre admirado, es el querido de todos, es el temido por los malos españoles, es el sentenciador, es el vidente. es el que inflama los corazones, es el que levanta el espíritu; en una palabra, el más grande de los españoles» (El Ribagorzano, 31-5-1908).

- 5.º Perplejidad en las actitudes, las ideas y los hechos que procede de su condición de burgués incompleto y autodidacta y de cierta inconsciente sinceridad que le impidió ser lo que realmente debería haber sido, un tradicionalista afiliado al carlismo.
- 6.º La solución dictatorial como medio de resolver contradicciones y ambigüedades, pretendiendo dar a la expresión dictadura un contenido nuevo que, fundamentalmente, coincide con el caudillismo decisionista.
- 7.º Postergación de las ideas políticas y exaltación de los hechos y del bienestar a un único y común ideal nacional.
- 8.º Creó una tendencia definida, aunque de contenido impreciso de carácter prefascista.

Esto explica que no se cite a Costa, que se hable de él pero apenas se le cite. Carecen sus obras de valor científico y sus ideas son comunes, aunque las exponga con un acierto poco común. El interés que Costa despierta está más bien, a mi juicio, en que simboliza la preocupación por el problema nacional en un plano de violencia febril, hasta él desconocido y que denunció los males y propuso soluciones con el encono y la tenacidad de un patriotismo que no es frecuente en España.

Sin embargo, el mayor mérito de Costa está en las lecciones que se pueden sacar de su doctrina y actuación. Son tres, sobre todo:

- 1.ª Que el espíritu liberal-democrático es consustancial con la cultura europea contemporánea y que la dictadura ha perdido sentido político, cualquiera que sea la forma que la encubra.
- 2.ª Que la tendencia nacionalista mesiánica de Costa y sus supuestos prefascistas, influyeron,

desde la imprecisión ideológica del propio Costa y sus secuaces, en la mentalidad del grupo generacional más joven, contribuyendo a producir un estado mental coincidente, de peligrosidad suma, inclinado hacia el autoritarismo agresivo.

- 3.^a Que la yuxtaposición de lo más empírico y concreto con ideales mesiánicos, es una tendencia de la burguesía europea moderna en el período de transformación, tendencia que procede y se continúa en los totalitarismos.

No quiero acabar este capítulo y este libro, sin decir cuál fue el final en el proceso de la reflexión permanente de Costa sobre España.

Sus últimas palabras para la opinión pública las pronunció ante los periodistas madrileños en 22 de enero de 1911. Dijo que tenía esperanza de que «la parte sana del ejército ponga término a la francachela del presupuesto nacional y lo encamine al desenvolvimiento de la riqueza pública y de la cultura nacional y a lograr una recta administración de justicia».

Parece que unos meses antes de morir las perplejidades de Costa habían desaparecido; pedía una dictadura militar.

La declaración a los periodistas no sorprende como una actitud nueva a quien conoce el pensamiento de Costa en los últimos años. En El Ribagorzano (30-VI-1908) hay un artículo titulado «Una enseñanza», del que entresaco estas frases:

«El nombre de Costa no debe gastarse, decía un eminente hombre público hace pocos días, porque es la única autoridad por su nombre inmaculado, el único cerebro pensante en reserva que le queda a la nación española: es algo sagrado, es algo grande, es el profeta, es el Mesías de la regeneración. Dejémosle en su tranquilo retiro laborando por la patria mientras llega ese supremo momento en que el Ejército sacuda su somno-

lencia, y, asociado al pueblo, digan a la España paralítica «levántate y anda». Ellos representan la fuerza: Costa es el cerebro: en esto se piensa y a éste irán a buscar, como hicieron los Romanos con Cincinato, nombrándole su dictador y será transplantado desde ese vivero de Graus a la esteparia orilla del Manzanares. Así piensa parte del elemento joven, del elemento estudioso del ejército español, sin ocuparse ni preocuparse de quienes llegaron pacíficos a las cumbres... Tampoco se preocuparían de la forma de Gobierno, puesto que viviendo compenetrados con Costa, ellos saben que éste adora a la Patria.»

El equipo de redactores del «Ribagorzano» que se titularon a sí mismos en un editorial de 1911 «huérfanos de Costa» (20-V-1911), derivaron lentamente hacia una ideología fascista, como ya se insinúa en el artículo del cual acabo de transcribir unos párrafos. A mayor abundamiento oigamos a D.M. Gambón, también en El Ribagorzano en 1924 (12-IV), en un artículo titulado «Hacia el partido Nacional».

«Estamos en momento de constitución de un *partido nacional*. Los agrarios debían integrarse en su mayoría. A nosotros nos consta que los del alto Aragón, representados por sus asociaciones no quedarán atrás. Los del Ribagorzano y Segorbe cumpliremos con nuestro deber, manteniendo en toda su pureza nuestros ideales sagrados Costistas». El partido nacional que iba a realizar los sagrados ideales costistas, era la «Unión Patriótica» del General Primo de Rivera.

... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de

El segundo de los aspectos del problema que se
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de

El tercer de los aspectos del problema que se
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de
... y, en consecuencia, el pueblo, desde la liberación de

ÍNDICE

	<u>Página</u>
El espacio histórico-generacional de Costa	7
Primero	14
Costismo y tradición costista.	31
Primero	31
Segundo	45
Tercero	65
Cuarto	75
Quinto	88
Sexto	99
Séptimo	109
Octavo	121
Perplejidad y contradicción	135
Los intentos de acción	159
"Oligarquía y caciquismo"	223



1.500





INSTITUTO BIBLIOGRAFICO ARAGONES

BIBLIOTECA DE ARAGÓN



1180914
IB.17408

TIERNO GALVÁN

COSTA

Y EL

REGENA

ROCIONISMO

B-17408

(c) Gobierno de A